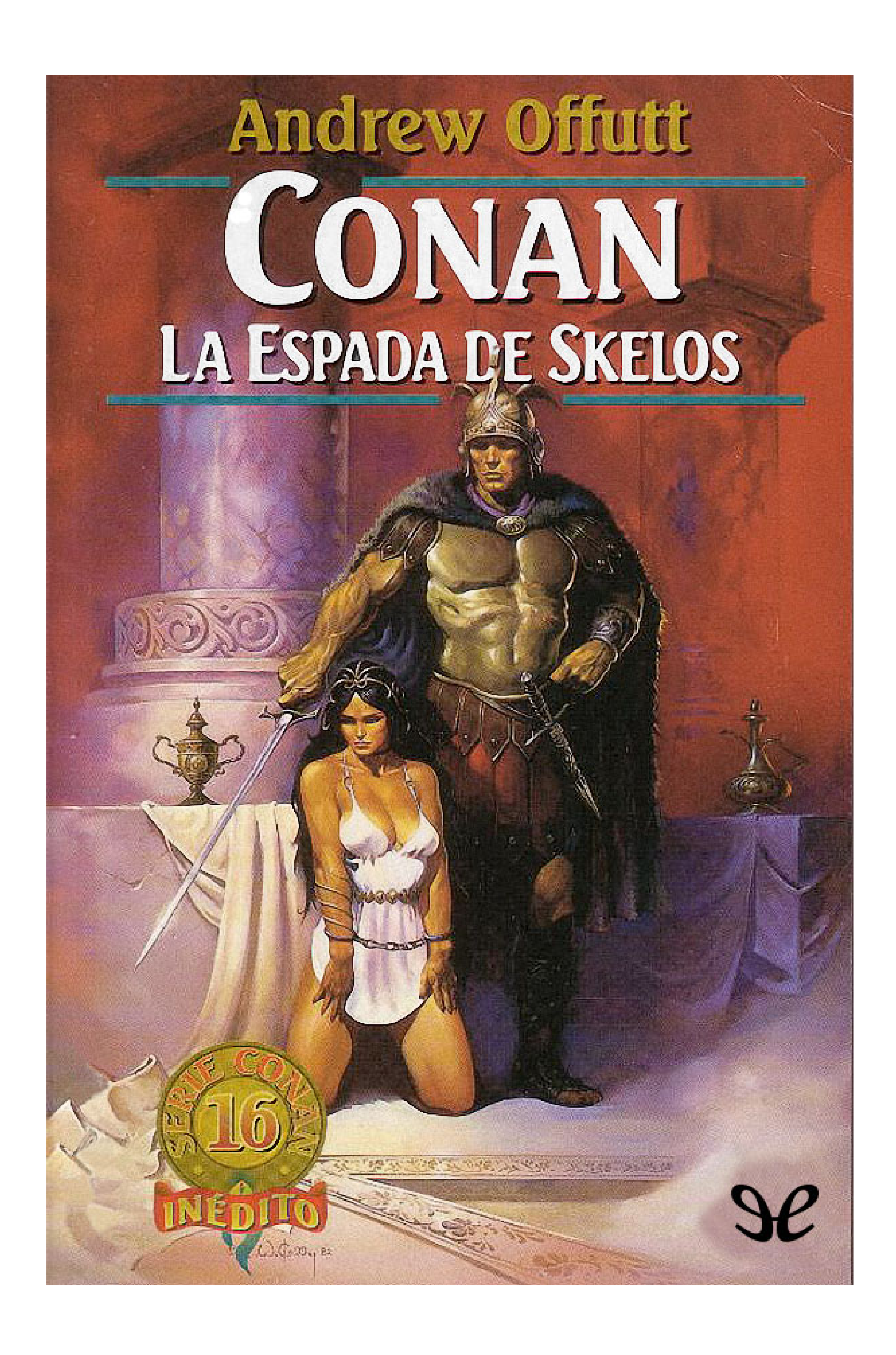

Andrew Offutt
CONAN
LA ESPADA DE SKELOS
SERIE CONAN
16
INÉDITO

La espada de Skelos estaba embrujada. Malignos conjuros la habían poseído. Las más oscuras energías mágicas de los cuatro elementos se agitan en su hoja. Sin necesidad de que ningún guerrero la empuñe, puede herir y derramar la sangre de sus enemigos. Cuando Conan, el poderoso bárbaro, y su bella y fiera camarada Isparana llegan de un desierto infernal y buscan el favor y la recompensa del khan de Zamula, solo la muerte les aguarda en la corte del cruel tirano, la muerte que inflinge la Espada de Skelos.



Andrew J. Offutt

Conan: La espada de Skelos

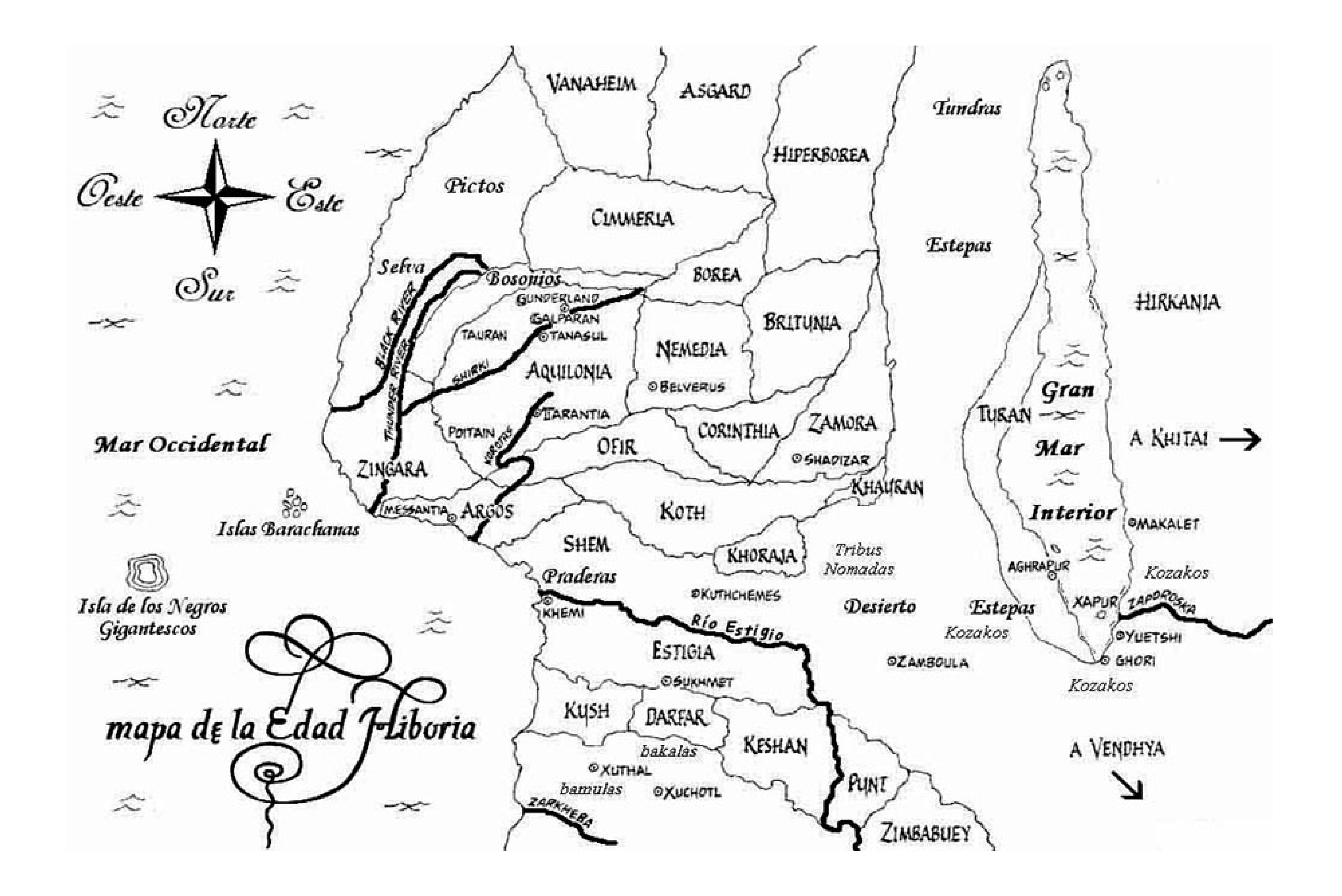
Conan: Serie Conan - 16

ePub r1.0
Titivillus 17.02.16

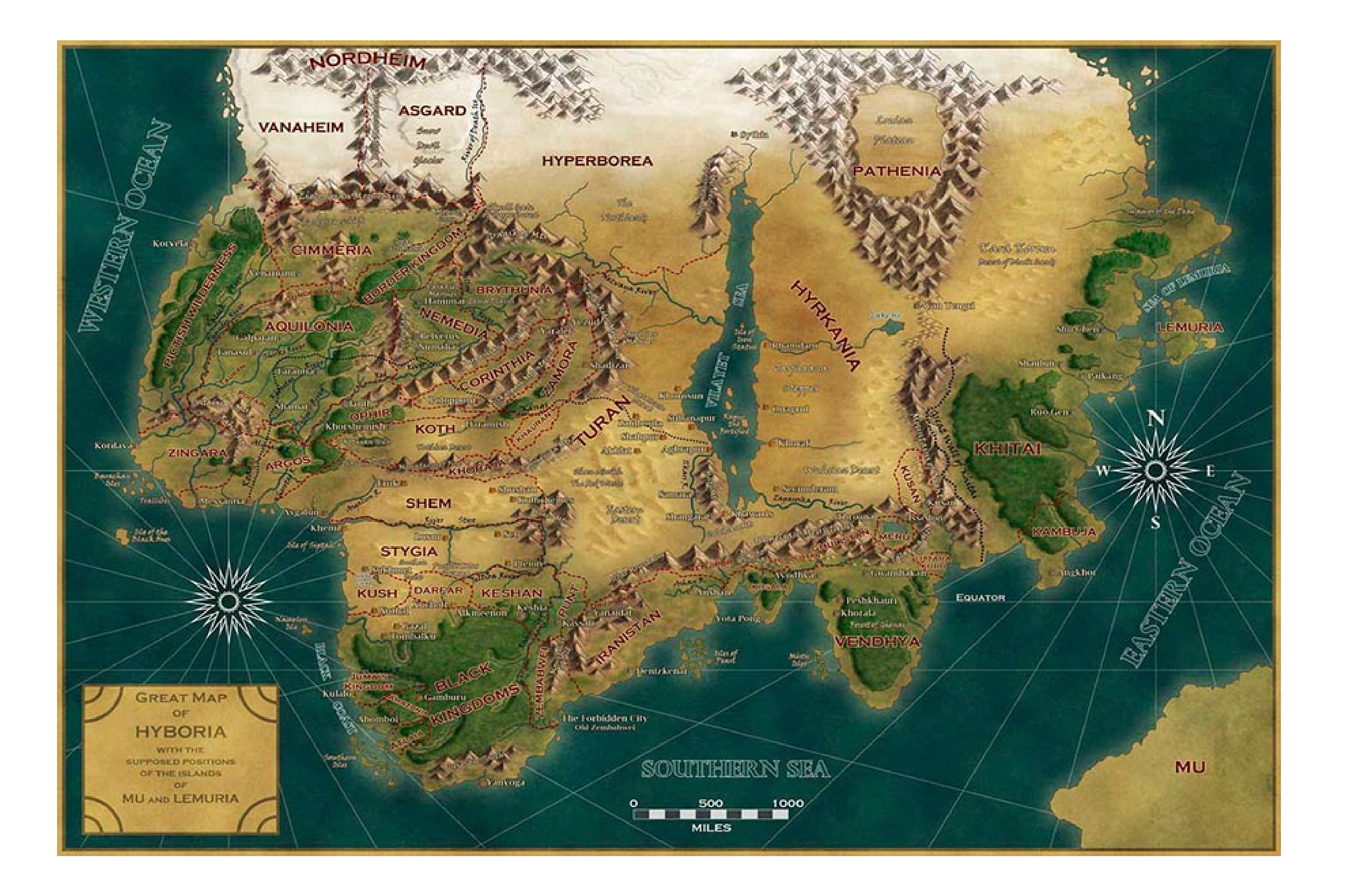
Título original: *The Sword of Skelos*
Andrew J. Offutt, 1979
Traducción: Joan Josep Musarra
Diseño de cubierta: Ken Kelly

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





mapa de la Edad Hiboria
Norte
Oeste
Este
Sur
Vanaheim
Asgard
Tundras
Hiperborea
Pictos
Cimmeria
Estepas
Selva
Bosonios
Borea
Gunderland
Galparan
Tauran
Tanasul
Black River
Thunder River
Shirki
Aquilonia
Nemedia
Britunia
Hirkania
Belverus
Tarantia
Poitain
Khorotas
Corinthia
Zamora
Ofir
Shadizar
Mar Occidental
Zingara
Messantia
Argos
Khauran
Koth
Islas Barachanas
Shem
Khoraja
Tribus Nomadas
Praderas
Kuthchemes
Desierto
Isla de los Negros Gigantescos
Khemi
Río Estigio
Estigia
Sukhmet
Zamboula
Kush
Darfar
Keshan
bakalas
Xuthal
bamulas
Xuchotl
Zarkheba
Punt
Zimbabuey
Turan
Gran
Mar
Interior
A Khitai
Makalet
Aghrapur
Kozakos
Xapur
Zaporoska
Yuetshi
Ghori
A Vendhya



Great Map
of
HYBORIA
with the
supposed positions
of the islands
of
MU and LEMURIA
NORDHEIM
VANAHEIM
ASGARD
HYPERBOREA
PATHENIA
CIMMERIA
BORDER KINGDOM
BRYTHUNIA
NEMEDIA
AQUILONIA
PICTISH WILDERNESS
CORINTHIA
ZAMORA
OPHIR
KOTH
ZINGARA
ARGOS
KHORAJA
TURAN
HYRKANIA
VILAYET SEA
SHEM
STYGIA
KUSH
DARFAR
KESHAN
PUNT
IRANISTAN
ZEMBABWEI
BLACK KINGDOMS
BLACK COAST
KUSAN
KHITAI
KAMBUJA
VENDHYA
LEMURIA
MU
WESTERN OCEAN
EASTERN OCEAN
SOUTHERN SEA
EQUATOR
N
E
S
W
0
500
1000
MILES
Korvela
Kordava
Khemi
Shadizar
Khawarizm
Sultanapur
Zamboula
Aghrapur
Khoraf
Secunderam
Peshkhauri
Khorala
Ayodhya
Yota Pong
Vendhya
Shaulun
Paikang
Ruo Gen
Angkhor
Kulalo
Gamburu
Abombi
Yanyoga
Keshia
Kassali
Yanaidar
Alkmeenon
Nebthu
The Forbidden City
Old Zembabwei
Sythia

«… lanzó un profundo rugido, como un tigre en el que se combinan la fuerza del animal y la inteligencia de un demonio».

Balzac

Prólogo: La espada

Desnudos, con las marcas del hambre y de la pericia del torturador, los dos hombres, en lo hondo de la fosa de paredes de piedra, miraban hacia arriba con odio. Desde el rellano, delante mismo de la puerta que había al final de la escalera, otros cuatro les devolvieron la mirada. Tres de estos tenían barba; dos iban cubiertos con la cota de malla y el yelmo. Los otros dos vestían túnicas, y uno de los dos, además, una extraña capa. Tres llevaban la espada envainada a la cintura, mientras que el cuarto sostenía la suya con su joven mano.

Este hombre más joven, que llevaba puesto un extraño gorro ferigio y una larga túnica de color malva, se percató de la mirada de los dos cautivos, y se dirigió a otro que vestía una rúnica multicolor.

—¿Ya habéis obtenido todo lo que requeríais de estos cautivos, mi señor Khan? ¿Queréis ordenar su muerte ya?

El hombre, que tenía grasiento el pelo rizado y negro, y voluminosa la panza, y, con todo, era apuesto, y vestía una abigarrada túnica con filigranas de oro y un cinto de plata, enarcó las cejas.

—Sí —dijo—. Sin duda alguna, pero ¿es que quieres bajar ahí tú mismo y hacer las veces de verdugo?

Uno de los dos soldados sonrió sardónicamente bajo su puntiagudo yelmo de bronce, almohadillado y forrado de cuero por dentro. Hizo cierto sonido con los labios, y el hombre de la larga túnica que empuñaba una espada le miró con ojos sombríos. Afloró a su cuadrado rostro una sonrisa aviesa, sin embargo, y se volvió hacia el khan.

—No, mi señor. Tan solo os pido que esperéis un momento, y observéis. Solo un momento, mi señor.

Cerca de ellos, un brasero bajo, de patas arqueadas, se agazapaba como un demonio negro que hubiera tenido la cabeza en llamas, y arrojaba espectrales destellos sobre los muros de la mazmorra. Al otro lado del hombre de larga túnica había dos cubos; uno estaba lleno de tierra, y el otro de agua. Agachándose, el hombre de cuadrada mandíbula y afeitado rostro dejó la espada en el rellano, de tal manera que su punta señalaba directamente hacia él. La hoja estaba bien forjada; era una hoja larga, mortífera, de brillante acero, cuyo filo empezaba en una empuñadura de plata: el cuello y la cabeza erguida de un dragón. Los gavilanes de las guardas tenían la forma de sus alas, y el pomo de topacio le coronaba la cabeza cual oro de amarillo relumbrón.

Mascullando algo, el hombre que se había agachado arrojó tierra del cubo sobre su espada. Ensució así su hoja, sus guardas y su pomo, y tuvo buen cuidado de cubrir el arma entera, minuciosamente. El soldado más viejo, que obviamente desaprobaba aquello, miraba al suelo, y tenía sombrío el rostro. ¡Cómo podían tratar así a un arma tan bien forjada, y con tanta labor, el producto del genio de un maestro artesano!

Dándole la vuelta a la espada, el mago —pues, evidentemente, de un mago se trataba— repitió su acción. Mientras tanto, seguía entre murmullos con sus brujescos conjuros.

Sin prestar atención a sus ropajes oscuros como el vino, que se le ceñían exageradamente sobre el erguido trasero, el mago se agachó sobre manos y rodillas como adorando a la espada. Pero no; siguió susurrando al tiempo que iba soplando con fuerza sobre toda la hoja. De nuevo se esforzaba en cubrirla por completo, esta vez con su invisible aliento.

La tierra espolvoreada se agitó, y cayó al suelo cuando el mago alzó la espada y cortó con ella, tres veces, el aire de la silenciosa y cerrada estancia. El mismo aire gimió, herido por la aguda hoja.

Desde abajo, los cautivos, desnudos y llenos de verdugones, contemplaban los ritos. Se miraron con perplejidad y aprensión, y luego volvieron a observar lo que sucedía arriba. Ambos sabían reconocer la brujería, pues su tierra nativa de Iranistán, en el oriente, raramente se veía libre de magos, ni de visitantes procedentes del plano que se halla entre las dimensiones.

De igual manera miraban el khan y la pareja de soldados, y ellos

también sintieron que les venían escalofríos, y que les fallaba el aliento. Sabían que estaban contemplando un acto de brujería. Solo podían preguntarse qué propósito y qué resultado final podía tener en aquella gélida y lóbrega mazmorra.

El mago hundió la mano en el cubo de agua. Una y otra vez, aspergió y sumergió y aspergió la espada, mientras seguía hablando en murmullos. Todo lo hizo ante el obvio escándalo del más viejo de los dos guardias; aquel hombre había estado en el campo de batalla y sentía un gran respeto por una buena arma. Cualquiera puede tener un hacha, pero la espada es una obra de arte y de gran ingenio. Aquel veterano había ahorrado, y ahorrado, para poder tener la que colgaba de su muslo. La trataba con más respeto y cuidado que a su mujer, a la que, al fin y al cabo, no amaba tanto. Apretando los labios, vio cómo el mago cubría el arma con el peor enemigo de una buena hoja de acero: el agua.

Y, entre tanto, hablaba en murmullos, susurraba de tal manera que quienes le observaban sabían que estaba diciendo palabras, aunque no comprendieran ninguna.

Quizá se apaciguara en algo el ánimo del soldado: alzando la húmeda espada, el mago prosiguió con su mascullado encantamiento. Sin apenas mover los labios, pasó la hoja por entre la llama que bailaba sobre el brasero.

El metal siseó, como con ira sobrenatural. Dándole la vuelta, el mago repitió el mismo gesto, y, presumiblemente, las palabras de su maldición o brujesca invocación.

Al fin, murmurando todavía su incomprensible conjuro, se alzó. Sin aviso previo, y casi sin apuntar, arrojó la espada, a modo de lanza, contra los dos hombres desnudos. Entonces prosiguió en voz alta con su retahíla de hechizos, y todos comprendieron sus palabras.

—Mátalo.

La espada aún surcaba el aire cual plateado rayo cuando dijo el mago aquellas palabras con voz apagada, venenosa, imbuida de amenaza y malicia, como las mortíferas esporas que cubrían la vaina del loto negro de Khitai en las tenebrosas junglas. Los soldados y el khan miraron, y también los dos cautivos iranistanios. Uno, de mejillas y barriga hundidas, y lleno de cicatrices, trató de esquivar la hoja que caía sobre él, señalándole con su punta.

Entonces se alzaron voces, otros murmullos de labios que no eran los del mago; ¿se había torcido la hoja de la espada, un momento antes de hundirse en el pecho del hombre que trataba de eludirla… solo un poco, hacia la izquierda?

Herido de aquella manera novelesca que encanta a los más descuidados narradores y escribanos de relatos —en el mismo corazón—, el iranistanio tembló con violentas convulsiones. Exhaló un sepulcral suspiro, y cayó. No quedó yerto al principio, sino que se retorció en su agonía. La espada se había clavado profundamente. Su empuñadura se estremecía.

—Excelente tiro, Zafra —dijo el khan, sorprendido, una vez se hubo librado del petrificante asombro—. No habría imaginado que tú…

Abajo, el segundo cautivo había agarrado el puño en forma de dragón de la espada, que sobresalía, cual esbelto indicador de una tumba, del cadáver de su camarada. La extrajo de este, y al hacerlo brotó un chorro de sangre. Miró hacia arriba, al cuarteto de enemigos captores que le observaba. Podían leerse sus pensamientos y emociones en sus ojos, hundidos, y brillantes por el hambre: ¡el khan! El mismísimo khan a tan solo unas yardas, y el iranistanio tenía un arma en la mano…

Con pasos lentos, el desnudo extranjero anduvo por la mazmorra hasta el pie de la escalera. Tenía la mirada fija en el khan. Goteaba sangre de la espada que empuñaba.

A espaldas del mago, dos otras espadas rozaron la boca de madera de sus vainas, pues dos hombres de armas se aprestaron a defender a su caudillo. El iranistanio, debilitado por la tortura y por el hambre, había de caer en unos segundos. Sin duda, los soldados habrían vivido poco más en el caso de que alguien lograra asesinar a su khan, pues este era un sátrapa turanio, y el Imperio de Turan tenía el poder y el celo de un soberbio garañón en la cima de su juventud.

El joven mago alzó la mano para detenerlos. Dijo suavemente: «Mátalo».

Cuando el iranistanio ponía el pie en el segundo escalón, la espada cobró vida en su mano.

El dragón se retorció, y se retorció una vez más; se zafó de su puño, pues el hombre, sorprendido, había dejado de agarrarlo con

firmeza.

La espada se dio la vuelta. Acometió contra el cautivo como si alguien la hubiera empuñado, como si la hubiera empujado un brazo fuerte e invisible. El prisionero levantó el brazo en instintiva defensa, y la hoja le cortó la muñeca casi por completo. La mano quedó colgando de un jirón de piel, de un bocado de músculo y de hueso astillado. Entonces, la espada apuntó mejor y se hundió en el pecho del hombre… algo a la izquierda.

Después que la fuerza de la acometida le forzara a dar un paso atrás, el iranistanio se tambaleó y cayó de espaldas. Allí quedó; uno de sus talones desnudos reposaba todavía sobre el primer escalón. Sus piernas se movieron espasmódicamente. La espada sobresalía de su cadáver. Se estremecía como si el dragón de plata que la coronaba hubiera estado vivo, y hambriento.

El mago se volvió para contemplar a su khan con pardas pupilas, Mas como la castidad. Su rostro de cuadrada mandíbula, afeitado, no daba a entender nada bajo su voluminoso gorro; ni el triunfo ni la esperanza iluminaban sus rasgos. Ignoraba por completo a los dos guardias, cuyos corazones se llenaron de gélido temor, frío como el acero… como el acero embrujado.

—¡Ha sido impresionante, brujo!

El mago se inclinó ante las palabras de su khan. Y sonrió cuando, por un momento, los otros no pudieron ver su rostro, pues este era un hombre joven, aprendiz reciente, que no recibía alabanzas a menudo, y cuyo futuro y fortuna habían sido puestos en duda. Ahora sabía que tenía ambos asegurados, todavía más que el mismo khan. Ya no era un simple aprendiz, sino un mago apreciado por Akter Khan.

—Si embrujas de la misma manera un millar de espadas —siguió diciendo el gobernante cuando el mago se incorporó—, tendré un ejército que no necesitará avituallamiento, y solo la más pequeña de las casernas… ¡y que, además, será invencible!

—Ah, mi señor —osó decir el joven mago—, acabo de mostraros algo horriblemente tremebundo, y, al instante, vos queréis más, más.

Uno de los soldados sofocó un grito. Al oír a su caudillo, supo ya que, en adelante, aquel estremecedor demonio de forma humana, con su gorro ferigio, sus ojillos de serpiente y todo lo demás, había

de ser tratado con atención y respeto.

—Tenme por ingrato, hechicero… pero no pienso tolerar tus reprimendas.

El khan volvió la mirada a un lado, hacia los dos guardias. Como callado recordatorio de que los dos prisioneros habían muerto.

—Lamento deciros que solo dos espadas pueden ser embrujadas de esta manera a la vez, mi señor —dijo el mago.

Quizá alguien se percatara de que no había pedido disculpas; nadie hizo comentarios.

—¿Por qué?

Los ojos del mago miraron por un momento a los soldados; luego volvió a mirar al khan.

—Aquí no hay nada de lo que debáis protegernos —dijo este—. Esperadnos un momento detrás de la puerta.

Tras un momento de vacilación, después que uno de ellos abriera la boca —y volviera a cerrarla sin haber dicho nada—, los dos soldados salieron. Su caudillo no miró cómo se iban; no apartó la vista del rostro del mago que acababa de probarle que solo le faltaban años.

—¿Por qué? —repitió el khan.

—Es una ley de Skelos, de la cual procede el encantamiento que acabo de imponer a la espada, mi señor Khan. Hay que emplear las palabras antiguas con el tono y la manera exactos, y los cuatro elementos en el orden exacto, y siempre mientras se recitan algunas palabras específicas de los conjuros: los elementos que comprenden todas las cosas: tierra y aire, agua y fuego.

—Qué lástima. Sin embargo… tu hazaña ha sido grande, y estoy impresionado y muy complacido, mago. Toma, a partir de ahora lo llevarás.

Un anillo, con un gran jaspe engastado, pasó del dedo a la palma del khan, y de esta al dedo de Zafra. El mago hizo una reverencia nada profunda, y no dijo más.

—Quiero esa espada.

—Ya supuse que la desearía mi khan. Y también he tenido otra idea, que es la razón por la que he pedido que nos dejaran los guardias. ¿No podría quizás obrar el encantamiento en la espada misma de mi generoso señor?

El khan llevó la mano a la enjoyada empuñadura de la espada

curva que colgaba de su muslo izquierdo.

—¡Sí! ¡Por las entrañas de Erlik… hazlo!

—La espada debe bañarse en sangre inmediatamente después de recibir el hechizo, señor.

—Sí, brujo; ¡creo que no será difícil encontrar a alguien que entregue una vida inútil para que su khan pueda protegerse con una espada semejante! Procede.

Y el sátrapa de Zambula desenvainó su espada de enjoyado puño, y la presentó a Zafra, su mago.

1. Conan de Cimmeria

El corpulento joven pellizcó el moreno brazo de la muchacha, y le dio una palmada en el trasero. Por culpa del manotazo, la joven dio un traspiés que le revolvió la cabellera, del color del pelaje de un caballo ruano, y le echó una mirada en la que se entremezclaban mofa y dulzura. Él lo había hecho con ella, esa misma noche. Acompañada por el tintineo de su cinturón de monedas, la muchacha se fue por su lado, igual que el joven por el suyo.

La moza se apresuró a ir hacia lugares mejor iluminados, pues se hallaba en la parte peor de la Ciudad de los Perversos. Los nombres eran degollados con ligereza en las oscuras y angostas calles del barrio conocido como el Desierto, y con todavía más ligereza en la penumbra de los callejones, resbaladizos a causa de la basura y los vómitos.

El corpulento joven dio no más de cuatro garbosas zancadas antes de meterse en uno de los estrechos callejones de que hablábamos. Tal vez pudiera ver menos allí que en el fondo de un pozo. La poca claridad que había llegaba en su mayor parte de la esquina que dejaba atrás, de un par de faroles con forma de león que brillaban a la puerta de una ruidosa taberna. La luz de estos trató de seguirle, pero se tuvo que rendir.

El hedor le asaltó las narices y trató de abrumarlas con la miasma de heces podridas y vino rancio —que se había agriado ya en algún estómago— y tierra húmeda que llenaba el hueco entre edificios, al tiempo que la oscuridad trataba de cegar sus ardientes ojos azules. La suavidad de las facciones de aquel hombre delataba su juventud. Y algo que tenía en los ojos, que recordaba la dureza del acero, la desmentía. El observador más atento se habría percatado de que aquel casi gigante de menos de veinte años había visto mucho, había vivido mucho, había resistido y… vencido.

Nadie habría sido tan estúpido como para creer que su daga, y la espada que llevaba en la vaina de viejo y raído chagrén, no se habían manchado nunca de sangre.

Aquello, y su misma estatura, le daban confianza en sí mismo; su corpulenta figura anduvo por el callejón sin apenas variar el paso.

Tenía la fachendosa confianza en sí mismo del joven, del lobo que se halla entre perros. Aquel sujeto, nacido en un campo de batalla, había vencido a dos cadáveres andantes, había robado a víctimas que dormían a solo unos pies de él, había dado muerte a un par de hechiceros deseosos de matarle, y, sí, también a un noble de alto rango de Koth, y había derrotado a hechicerías varias, y mandado a la otra vida a tantos hombres armados que, a pesar de sus pocos años, había perdido ya la cuenta. Todos ellos no habían sido sino perros que aullaron al lobo, y el lobo era más corpulento, más rápido, más fiero y cruel, y tenía un aura de confianza en sí mismo nacida de su propia pericia, semejante al nimbo de luz que corona una candela.

El lobo había entrado en el callejón, y los perros aguardaban.

Con una zancada, un hombre esbelto, que se movía con gracia felina, salió de las sombras que amortajaban la pared y, arrugándole la túnica, apoyó la punta de la espada en el musculoso vientre del joven.

—No te muevas, y no trates de tirar del puño de tu arma, Conan, porque te clavaría esta y te abriría otro ombligo.

Los fríos ojos del aludido se clavaron con fiereza en el hombre que sostenía la espada. Era de estatura media, es decir, su presa medía un pie más que él. Vestía una capa larga y oscura, cuya capucha llevaba puesta; en la penumbra del callejón, ni siquiera los agudos ojos del joven cimmerio podían distinguir el rostro del hombre que le había abordado. Conan no se movió; su cerebro iba ordenando a cada uno de sus corpulentos miembros que reposara. Muy lentamente, fue echando atrás un pie. Y luego el otro, y, cuando ya no sintió la punta de la espada en el vientre, hinchó este para que no se separara del arma, y el hombre creyera tenerle una pulgada o dos más cerca de lo que realmente estaba.

—Por Bel, dios de todos los ladrones —dijo—, ¿qué suerte de traicionera idiotez es esto? ¡Qué hay del código de Bel, camarada; los ladrones no roban a los ladrones!

—No te… no te muevas, Conan, si valoras en algo tu estómago.

—No voy a moverme si tengo una espada a punto de rasgarme la túnica —dijo Conan, y, al mismo tiempo que decía su mentira, oyó un roce como de tela a sus espaldas.

No podía jugar más. Conan no era hombre que se dejara acuchillar o golpear por la espalda solo porque tuviera otra amenaza enfrente. La espada del encapuchado, al menos, era visible; el otro, en cambio, podía matarle sin ni siquiera dejarse ver. Pensó que, si la suerte le acompañaba aquella noche, el primero que le había abordado acometería mecánicamente, ¡y ensartaría al felón que tenía detrás! La oscuridad, según los sabios del Oriente, confunde a los canallas tanto como a los hombres honestos. Conan no se detuvo a pensar que él mismo también era un canalla.

Se agachó de pronto, y no aguardó a que, quizás, le acuchillaran desde arriba; cuando sus nalgas ya iban a chocar con las musculosas pantorrillas, se echó a un lado. Al mismo tiempo, apartó la diestra del vientre para agarrar la empuñadura de su espada.

Oyó el veloz zumbido que cortaba el aire, y supo al instante, por el sonido, que no era una espada lo que el hombre que tenía a sus espaldas había empleado contra su cabeza; la resistencia del aire era demasiado fuerte. Al tiempo que desenvainaba su propia arma, vio que se trataba de una porra. El hombre aquel blandía un bastón de cinco pies, grueso como la muñeca de una mujer. Conan vio también que el encapuchado no había acometido con su espada.

«Qué raro —pensó Conan, que en ningún momento había dejado de moverse—. Si uno me tenía a punta de espada, ¿por qué el otro ha intentado arrearme un garrotazo por detrás? ¿Y por qué el que tiene la espada no ha tratado de matarme, o por lo menos de herirme cuando me he movido?».

Al tiempo que se ponía en cuclillas para pelear, acometió con su propia espada. El encapuchado prefirió retroceder antes que intentar parar el golpe. Sin detenerse, Conan prosiguió con su acometida, y, con la punta de su arma, hirió certeramente en la garganta al que llevaba la porra. Este retrocedió y, por primera vez, Conan se fijó en que llevaba una cuerda en la mano izquierda.

El hombre cayó contra una pared, y trató de mantenerse en pie mientras la vida ya escapaba de su garganta en forma de rojo reguero. Conan siguió presto, en cuclillas —afloró a sus labios una

sonrisa feroz—, y plantó cara al otro… que cayó de hinojos. La espada de este se hundió en la porquería de la calle.

—No me mates, Conan. Te lo suplico. Yo no trataba de matarte a ti… no lo habría hecho. ¿Ves? No tengo ningún arma. ¿Ves? ¿Verdad que no eres capaz de matar a un hombre desarmado?

—Sí soy capaz —dijo Conan, ocultando su asombro—. Levántate. El hombre de la larga capa oscura obedeció.

—Vuélvete. Quítate esa capucha y camina delante de mí hacia un lugar donde haya luz.

El asaltante se puso de pie, y dudó en darle la espalda al cimmerio.

Un lobo rugió:

—Vamos.

—Yo… yo… te lo suplico…

—Anda, maldito seas. Yo no mato a nadie por la espalda. Si quisiera matarte, lo haría de cara. Me tomaría el placer de ver tu mirada, y la sangre que saldría a borbotones por tus labios como vino vomitado.

El hombre pareció tambalearse ante las palabras intencionadamente tremendas del cimmerio. Se quitó la capucha, y Conan alcanzó a distinguir el brillo de sus ojos, que se clavaban en él con horror y miedo. Vio también que una cicatriz marcaba el rostro de aquel individuo y le partía la barba. Este, con algo parecido a un gemido, se volvió, tembloroso. El bárbaro se agachó un momento para limpiar su espada en las ropas del otro atacante, que estaba tendido en el suelo, quieto, sin respirar. Y recogió el arma que había caído.

Conan se levantó y dio un paso. El encapuchado lo oyó y se apresuró, sin correr, por el callejón, delante del cimmerio.

En el Desierto de Shadizar, donde la Guardia no acudía para nada, la gente desaparecía de la calle al ver a un hombre temeroso seguido por otro que esgrimía, no una, sino dos espadas desnudas. El hombre de la capa se acercó a la lumbre de una antorcha aceitosa, que ardía en un fogaril montado sobre una puerta pintada de rojo.

—Quédate aquí —dijo Conan—. La puerta de un burdel es buen lugar para ti. ¿Cómo te llamas?

—Yavuz —dijo el individuo, al tiempo que observaba al gigante,

el cual estaba examinando la espada cuya punta, hacía unos momentos, había puesto en peligro el tejido de su túnica de abierta pechera, si bien no la claridad de sus pensamientos—. No queríamos matarte —añadió Yavuz en tono de súplica.

—No —dijo Conan—. Y me conocíais. Estabais esperándome a mí, y no a cualquiera que pasase. Os mandaron a por mí. El hombre que te contrató fue el mismo que te prestó esta espada, ¿verdad? Me quería vivo, ¿verdad? El otro iba a golpearme por la espalda mientras tú me tenías quieto y amable como una bestia castrada, y aguardaba el golpe. Teníais que atarme con la cuerda que traía tu compañero.

Conan levantó la mirada. Yavuz le observaba con los ojos todavía más abiertos.

—Por Bel… ¿cómo sabes todo esto? ¿Es que me han engañado?

—Solo cuando te dijeron que un sujeto como tú podría capturarme, mercenario. Un hombre de Iranistán te pagó por tenerme vivo, pero atado como un semental indómito… para poder hacerme algunas preguntas.

Conan supo, por la mirada del hombre, que había acertado.

—En nombre de Mitra… ¿es que ese perro iranistanio nos mandó a por un brujo?

—Por supuesto —dijo Conan con una sonrisa. Alzó la espada de Yavuz—. Este enorme puñal procede de los Montes Ilbars. Una vez vi otro semejante en la mano de un hombre de Iranistán. Ahora dime, ¿adónde ibais a llevarme? Cuéntamelo, o si no…

—¿No vas a matarme?

—No veo razón para ello. ¿La ves tú?

—¡No! ¡No tienes ninguna!

—Quítate el borceguí izquierdo.

—¿Mi… borceguí izquierdo?

—Sí. ¡Vamos! No podemos pasar la noche con esto. No tengo más paciencia, y también se impacientará a fuerza de esperarte el que te ha enviado.

—¡Ah! Quieres que vayamos juntos a su encuentro. ¡Sí!

Viendo que seguiría con vida durante el tiempo necesario para llevar a su pretendida víctima con el extranjero que le había contratado —y con la esperanza de que se presentaría una oportunidad de meterse en un callejón y poner pies en polvorosa—,

Yavuz se agachó. Apresuradamente, desató los cordones de su flexible coturno. Pensó, casi sonriendo, que aquello no le haría correr más lento; ¡el gigante había de ver cómo corría, aun con un pie desnudo!

—Acércate a la puerta —dijo Conan, al tiempo que envainaba su propia espada y agarraba con la diestra el arma ilbarsi. Parecía lo bastante grande como para derribar a un buey.

Yavuz obedeció. Agachado, sin dejar de mirar amenazadoramente al otro, Conan buscó entre la apretada tierra que cubría el suelo hasta que encontró un hueso.

—Ah.

Era el hueso de un muslo de pollo lo que había encontrado en la calle del barrio más pobre e ingobernable de Shadizar, y lo recogió. Sonriéndole a Yavuz con sonrisa de lobo, y ni una pizca de humor, echó el hueso dentro del borceguí. Conan se incorporó, y arrojó el coturno, de una patada, de nuevo a su propietario.

—Póntelo. Átate los cordones.

La partida barba de Yavuz tembló; se estaba mordiendo el labio. Todo él temblaba visiblemente.

—¿Esto es… brujería?

—Así es. Si tratas de huir al llevarme con ese hombre que te ha contratado, el hueso te matará.

Tembloroso, Yavuz se puso el borceguí. Ató sus cordones de cuero crudo. Al incorporarse, y apoyar todo su peso en aquel pie, dio un respingo. Y por fin lo comprendió. No podría correr.

—¿Ves? Lo que yo te decía. Si tratas de huir, ese hueso te frenará, te obligará a cojear… y yo te mataré. Brujería. Ahora, dame esa capa, porque así, cuando camine a tu lado con esta espada en la mano, la capa la ocultará. Tú camina a mi lado, Yavuz, no delante, como un cautivo. Y tampoco te retrases.

—Pero… tengo la espalda de la túnica rasgada. Conan le enseñó los dientes al otro, y le miró malévolamente con sus fríos ojos azules, que brillaban bajo las negras cejas.

—Magnífico. Esta noche no es fresca, y creo que estás sudando con tanta capa. ¡Quítatela!

Momentos después, Conan, que había sacudido violentamente la larga capa de color marrón oscuro en un intento de librarse de los pequeños habitantes de seis patas que pudiera haber, hizo que

pareciera más corta al ponérsela. Esta le acarició las pantorrillas por arriba mientras andaba al lado del otro hombre, de estatura normal. Algún observador prevenido habría notado que la capa no se apartaba en ningún momento del costado derecho del corpulento joven; este la retenía con dos dedos, para que ocultara el arma larga que allí llevaba.

—Por aquí llegaremos al bazar —observó Conan.

—Sí —dijo Yavuz, cojeando—. El perro iranistanio se hospeda en una buena posada, fuera del Desierto.

—¡No le llames perro, perro; trabajabas para él! Veamos cuánto dinero llevas.

Instintivamente, la mano de Yavuz trató de proteger la cuadrada bolsa que colgaba de su cinturón, atada con dos correas; Yavuz se precavía contra los ladrones.

Una mano le agarró el brazo. Cuando esta apretó, tuvo que abrir los ojos desmesuradamente. El dolor le asaltó con gran rapidez. El mercenario que había trabajado para un forastero del lejano Oriente sabía que quedaban todavía muchas fuerzas sin emplear en aquella mano. Con la que él todavía podía mover, desató los cordones de la bolsa. La entregó al otro hombre. Conan le soltó, y Yavuz, al mirarse el brazo, vio cuatro marcas blancas; mientras aún miraba, estas se oscurecieron a causa de la sangre que por fin podía volver a circular. Pensó que la fuerza de aquella mano habría bastado para derribar un buey. ¡Diablos, aquel muchacho tan crecido habría podido estrangular un buey!

—Por Mitra —murmuró Yavuz.

—No, por Crom —dijo Conan.

—¿Qué?

—Yo juro por Crom.

En Shadizar abundaban los dioses, y algunos eran extraños y otros obscenos, y todavía peores sus ritos.

—Pues por Crom —dijo Yavuz, y pensó: «¿Quién es Crom?».

—Quincalla —murmuró Conan mientras rebuscaba en la bolsa del otro—. Quincalla… bonito anillo. Lo robaste hace tan poco tiempo que aún no has podido venderlo, ¿eh? Y algunas monedas de cobre… ¿qué es esto? ¡Dos de oro! ¡Ja ja, apuesto a que todavía deben de estar calientes de alguna mano iranistania! Voy a devolvérselas. No te las has ganado, ¿verdad? Toma; no quiero la

quincalla que queda.

—¡Quincallla!

—Sí, Esa esmeralda del anillo de cobre es tan pequeña que no te daría para comer ni dos días.

—¡De cobre!

—Vuelve a sacarlo, y acarícialo durante el camino. Seguramente, tendrás los dedos verdes antes de que lleguemos a nuestro destino. ¿Queda mucho?

Yavuz ató de nuevo doblemente la bolsa a su cinturón, y no la abrió para «acariciar» el anillo.

—No… no mucho —dijo—. Tú que devuelves monedas de cobre y un anillo que sabes que es robado… es buena cosa ir contigo. Nadie nos molesta. Todos se apartan a nuestro paso.

Conan sonrió abiertamente.

—No necesitarás un sicario, ¿verdad?, ¿un ayudante hábil con los dedos, sigiloso y discreto?

—Pues no. Además, tú estás cojo.

—¡Ando así por el hueso que me has metido en el borceguí! ¡Pero soy un valor tan seguro como una moneda de oro turania!

—Bueno, pero ahora estás en Zamora. Camina, Yavuz. ¡Quiero hablar con un iranistanio, no con un caracortada de las cloacas de Shadizar que cojea!

—No vas a matarme, ¿verdad, Conan?

—Probablemente no. Pero empiezo a impacientarme.

A pesar de su cojera, Yavuz aceleró el paso. Entraron por una calle que desembocaba a una manzana del bazar, donde empezaba la Shadizar opulenta. Una pareja de uniformados de la Guardia de la Ciudad pasó sin prisas por su lado, y les echó una mirada sin interrumpir su conversación. Si dijéramos que los hombres de aquella especie no gustaban a Conan, nos habríamos quedado cortos. Sin embargo, el cimmerio estaba decidido a no buscar pelea aquella noche con los defensores de la ley de Shadizar. Apretando los dientes, hizo una gran concesión; bajó a la calzada para que los hombres de la Guardia pudieran pasar por la acera. Ellos lo hicieron, y siguieron adelante.

Un cartel colgaba de viejas cadenas chirriantes; en él estaba pintada la cabeza de un león rugiente. Cabeza y melena eran de color escarlata.

—Aquí —dijo Yavuz.

—Echa una ojeada por dentro. A ver si encuentras al hombre que buscamos.

Yavuz entró un momento, y volvió a salir apresuradamente. Como tenía el hueso de pollo en el borceguí, iba dando saltitos.

—Sí. Está aquí. Al fondo, a la izquierda, cerca del barrilete; lleva puesta una cufia verde.

Conan volvió a aferrar el brazo de Yavuz con una mano, y miró adentro.

—Hum. —Se volvió—. Mañana por la mañana, tu capa colgará de un clavo detrás de esta misma puerta, Yavuz. Solo tendrás que decirle tu nombre al posadero.

—Pero…

—No hace frío, y la necesito para acercarme a la mesa de ese chacal… sin que se vea la espada que llevo en la mano.

—¡Por Mitra! —dijo Yavuz, y al instante se corrigió—: ¡Por Crom! ¡No irás a entrar y matarlo!

—Lo que yo haga o deje de hacer no te concierne, pequeño Yavuz, mi muy pequeño Yavuz. Estás libre, y vivo. Te ordeno que te largues, y que te metas en alguna madriguera.

Viéndose libre, y convidado de tal manera, Yavuz no perdió tiempo saliendo de su asombro, ni expresando gratitud por su vida. Se escabulló… cojeando.

Conan entró en la posada del León Rojo.

2. Khassek de Iranistán

El hombre que estaba solo, sentado en un rincón, al fondo del León Rojo, era medianamente apuesto. Llevaba bigote y una barba corta y puntiaguda, ambos de color negro, y tenía los ojos casi del mismo color. Vestía un turbante al estilo oriental; el paño verde de este le cubría la coronilla y, por detrás, toda la cabeza hasta los hombros. Una cinta de tela, amarilla y negra, bordada con espirales, lo sujetaba. Su camisa de largas mangas era amarilla, y rojos sus holgados pantalones; del mismo color, también, el fajín que le ceñía el talle. Los ojos, muy separados, brillaban en una faz alargada, que tenía la nariz luenga y afilada, y la mandíbula prominente.

El cimmerio fue directamente hacia su mesa. Sacó las manos de debajo de la oscura capa marrón para dejar delante del hombre sentado dos monedas de oro y la «daga» de tres pies de largo de los Montes Ilbars.

—Le quité estas dos monedas de oro a cierto individuo que tenía la barba partida por una cicatriz. No bastan para comprar a un hombre que pueda capturarme.

La mano izquierda del otro no soltó la jarra de tierra teñida de alheña; la diestra reposaba sobre el borde de la mesa. Levantó la mirada, y vio a un hombre muy joven que le observaba amenazadoramente. A pesar de sus pocos años, el muchacho era peligroso; cualquiera lo habría visto, cualquiera que supiese adonde mirar.

Era extraordinariamente alto, y muy corpulento. Tenía la melena negra, de corte cuadrado, y los ojos azules. Vestía una buena túnica, corta, de color verde, y no llevaba debajo ninguna otra prenda; la escotadura en forma de «v» de la pechera, inusualmente larga, dejaba a la vista los bien formados músculos de su amplio pecho. Espada y daga colgaban de un talabarte de cuero viejo, raído, que

ceñía holgadamente sus esbeltas caderas. Un amuleto tribal —un trabajo de lastimosa «orfebrería»— colgaba de su cuello al extremo de una correa también de cuero: un cuajaron alargado de arcilla rojiza, con una incrustación de cristal amarillento que, definitivamente, no podía considerarse una joya. Probablemente tendría algo que ver con su religión, cualquiera que fuese esta, o quizá se tratara de una protección contra la enfermedad o el mal de ojo. Su único otro adorno era un bonito anillo de oro, pequeño, que llevaba en el meñique de la mano izquierda. Guarnecido con una esmeralda de no muy grande tamaño, en nada parecía un anillo de hombre.

Aquel joven tenía un aire, casi un aura, de salvajismo apenas contenido, de constante disposición a la violencia. Volvió a hablar.

—En una ocasión, conocí a otro hombre de Iranistán. Nos conocimos en casa de cierto personaje, que tenía ciertos poderes. Solo por coincidencia nos encontramos ambos en aquel lugar, una noche. Juntos, peleamos con unos guardias que no eran… hombres naturales. Entonces, dos serpientes salieron de detrás de uno de los paneles que adornaban cierta puerta: eran víboras. Ambas mordieron al hombre de Iranistán. Vi como moría sin poder ayudarle.

De pie ante la mesa, Conan se despojó de la capa de Yavuz, y vio que el iranistanio había entendido ya que el cimmerio sabía bien a quién buscaba; y vio también que estaba sopesando si debía tratar de negarlo todo. Cuando por fin se decidió a hablar, habló con relativa franqueza, como aceptando que ambos sabían quién era el hombre que tenían enfrente y qué hacía este allí. Al mismo tiempo, se mantuvo en cierta prevención.

—¿Se llamaba Yusuphar?

—¿Tienes algún interés en que hablemos? ¿Aunque yo no esté atado?

—Puede ser.

—Aguarda, pues, a que le dé esta capa al posadero. Pertenece a Yavuz, a quien no maté.

El iranistanio frunció levemente el ceño.

—El otro…

—Trató de golpearme por detrás. Lo esquivé, y le ataqué a mi vez. Él no esquivó. De haber sabido que solo quería capturarme con

vida, tal vez no le habría degollado con la espada.

El otro hombre asintió.

—¿Le malheriste?

—Está muerto —dijo Conan, y fue por la taberna a hablar con el posadero—. Esta misma noche me han prestado esta capa —dijo al encontrar al mesonero de ojos saltones—. Es de un buen amigo. Se llama Yavuz, y tiene una herida que le parte la barba por aquí. —Conan indicó el lugar en su bien afeitada cara—. Le dije que dejaría la capa colgada de ese clavo de la puerta.

—Podría desaparecer si la dejas ahora. Ya conozco a Yavuz. Mejor que me dejes a mí la capa; la colgaré ahí cuando abra por la mañana.

—Está bien. Me disgustaría mucho que desapareciera. Una vez, un hombre trató de engañar a mi amigo Yavuz, y ahora le llaman Tresdedos. Me voy con el iranistanio. Llévale otra de lo mismo, y a mí una copa de tu mejor vino. Hay oro encima de la mesa.

El posadero echó una ojeada.

—Mff. También una espada. Eso tiene que desaparecer de la vista. Más valdría que me dejaras guardar también la tuya hasta que te marches.

—Haré desaparecer la otra. Pero soy el salvaguardia de ese rico iranistanio, y necesito mis armas.

Antes de que el otro tuviera tiempo de replicar, Conan se volvió y anduvo hacia la mesa. Sin sentarse, dijo:

—Apoya tu descomunal daga en esa pared que tienes a la izquierda.

Al hacerlo, el iranistanio sonrió levemente; el joven había notado en seguida que aquel hombre era zurdo, y que no podría empuñar con rapidez una espada que tuviera apoyada contra la pared a su izquierda. Conan se sentó delante de él.

—¿Se llamaba Yusuphar ese otro hombre de Iranistán al que conociste por accidente en casa de cierto personaje que tenía ciertos poderes?

—Ambos sabemos que no —dijo Conan—. Se llamaba Ajhindar. Me dijo que un compatriota suyo se hallaba cerca: un espía que le estaba siguiendo. Llevaba un arma igual que esta otra que les quité a dos mercenarios… que eran secuestradores, no asesinos. Uno ha muerto, y el otro todavía estará corriendo. Tienes tu arma y tu oro,

y yo estoy aquí. ¿Por qué querías que me trajeran a tu presencia?

La mano izquierda del iranistanio se alejó de la copa, y de la mesa.

—No toques tu daga —dijo Conan—. La mía te habría atravesado antes de que lograras empuñarla.

Una joven que meneaba las caderas, vestida con dos piezas de tela escarlata zurcidas con hilo verde, pasó por el lado de Conan con vino para ambos. Ninguno de los dos hombres la miró. Se fue, prietos los labios, habiendo notado el interés que aquellos dos parecían tener el uno en el otro. Había visto de todo ya.

—Tú eres Conan, un cimmerio.

—Lo soy. Tú vienes de Iranistán, que está muy, muy lejos de aquí. Me has seguido hasta aquí desde Arenjun. ¿Tu nombre?

—A vosotros, cimmerios, os llaman bárbaros. ¿Cómo es que vienes y me preguntas mi nombre, en vez de aguardar afuera y matarme al salir de aquí?

—Los cimmerios también somos curiosos, y se sabe que nos gusta satisfacer nuestros caprichos. Y, si en Cimmeria hubiéramos oído hablar de Iranistán, os llamaríamos bárbaros a vosotros, porque no sois cimmerios.

El hombre sonrió, y se arrellanó en el asiento.

—Me llamo Khassek. ¿De verdad murió Ajhindar como tú dices?

Mirando a Khassek a los ojos, Conan dijo:

—Así fue.

—¡Sabes… que Crom me lleve consigo si no te creo!

—¡Crom! ¿Juras por el torvo Señor del Montículo? Khassek sonrió.

—He estado aprendiendo todo lo que he podido acerca de Cimmeria.

—Y de mí. Has estado buscándome. Te has preparado para interrogarme.

—Sí, Conan. Hasta podría negociar contigo. Ambos, tú y Ajhindar, ibais tras un particular… botín. Creo que lo tenéis.

—Por supuesto que no sé de qué me hablas. —Conan bebió un sorbo de vino—. Además, tendrás que pagarme. Eso que tú buscas, ¿tiene algún valor en Iranistán?

—Sabes que sí, Conan.

—¿Por qué?

Un grupo de gente, al otro extremo de la taberna, se echó a reír ruidosamente. Khassek miró a Conan durante largo rato. Al fin, adelantó el cuerpo, y apoyó ambos codos en la mesa.

—Creo —dijo— que puedo decírtelo.

—Dime cuál es el botín del que hablabas —dijo Conan suavemente—. ¿Una joya?

—Varias —dijo Khassek—. Las de un amuleto que tiene mucho, mucho más valor que tu anillo y que ese poco de piedra y cristal que cuelga de tu cuello, Conan. Si el amuleto llamado Ojo de Erlik llegara a las manos de mi khan, podrías llevar un talismán de oro con rubíes… a menos que prefieras las esmeraldas.

—¿El ojo de un dios?

—Solo es el nombre del amuleto.

—¿Una o dos gemas amarillas, quizás?

Como sabía que Conan no estaba haciendo suposiciones al azar, Khassek se limitó a asentir.

Conan jugueteaba con su jarra de vino.

—Es un amuleto valioso, sin duda. Y tu Khan me daría otro igual de valioso.

—A ti, te daría uno todavía más valioso. Escúchame, Conan, cimmerio. Ese amuleto es importante para el Khan de Zambula. Ya debes de saberlo. Zambula se halla entre esta ciudad e Iranistán. ¿Has estado allí en alguna ocasión?

Conan negó con la cabeza.

—Solo soy un muchacho de un país montañoso —dijo evasivamente.

—Que, por lo que veo, viste una túnica hecha en Khaurán.

—¡Eres un hombre instruido, Khassek! No, jamás he estado en Zambula, y, hasta hace un mes o algo así, no había oído hablar de Iranistán. ¿Dices que está más lejos que Zambula? Debe de estar muy lejos.

—Creo que ya sabes bien que sí. Iranistán no planea emprender ninguna guerra contra Zambula, ni le quiere ningún mal a su gobernante, un sátrapa del poderoso Turan. Pero, si tuviera el Ojo de Erlik en sus manos, mi khan podría negociar un acuerdo comercial con Zambula mucho mejor que el presente. Esa es nuestra meta.

—Quizá —dijo Conan—. Puesto que tú creías que el amuleto se

hallaba en manos de un mago, y que Ajhindar lo buscaba allí… quizá sea un objeto mágico, algo que permitirá a tu soberano torturar o matar al dignísimo khan de Zambula desde lejos.

—No, Conan… el khan de Zambula no es nada digno. Pero, aunque lo fuera… ¿a ti qué te importa? Te estoy diciendo que obtendrás una pingüe recompensa si me ayudas a poner el Ojo de Erlik en manos de mi khan.

—¡Dentro de dos meses!

—¿Es que tienes asuntos pendientes en Shadizar que debas resolver con urgencia, Conan?

—Así es —dijo el cimmerio. Se encogió de hombros—. La salud del sátrapa de Zambula no me preocupa más que los acuerdos comerciales de Iranistán. Ni me importa a qué manos llegue cierto amuleto. ¡Un ojo! —Movió la cabeza como en negación—. ¿Así, Erlik ha quedado tuerto?

Khassek asintió.

—Ahora, supongamos que lo tengas tú, o que sepas dónde podríamos encontrarlo. Si lo lleváramos juntos a Iranistán, ambos seríamos recompensados. ¿No tendrás alguna otra idea en mente?

—Iranistán queda muy lejos —dijo Conan, que seguía chanceándose del otro… y, mientras, iba pensando.

—Eso es cierto. No he venido hasta tan lejos para regresar sin el amuleto, y no lo haré. ¿Qué te retiene aquí? Sé que en Arenjun… todavía te buscan.

—¿Quieres que haga un viaje tan largo con un hombre que pagó a otros dos para que me dieran garrote y me capturaran con el único fin de hablar conmigo? Sin duda, me habrías torturado, si hubiera sido necesario, para que te dijera dónde está ese Ojo. ¡Por un O/o!

—No lo voy a negar. ¿Cómo podía saber yo que eres un hombre razonable? Creía que habías matado a Ajhindar.

—¿Y ahora ya no lo crees?

—Tengo la impresión de que me has dicho la verdad… al menos, en eso —añadió el iranistanio con toda intención. Conan rio entre dientes.

—Así es. Y cuando hubieras dado por cierto que yo no sabía nada de esa cosa que buscas, me habrías matado.

—Eso sí lo niego. En cuanto hubiera sabido dónde tenías

escondido el Ojo de Erlik, lo habría cogido y me habría marchado a toda prisa hacia Iranistán. No veo por qué habría tenido que matarte… a menos, claro, que me hubiera visto obligado. Nosotros no obramos así, Conan; yo, al menos, no. Ven conmigo, y no cambiaré de idea al respecto. No tengo otro interés que poner ese amuleto en manos de mi patrón.

Aunque sí tuviera el amuleto —había pasado grandes apuros, muy grandes, para obtenerlo—, Conan pensó que, seguramente, aún no sabía todo acerca de aquel asunto. Por ejemplo, ¿cómo puede alguien llamar «patrón» a su rey?

—Para mi monarca, ese amuleto es más importante que mi vida, Conan —dijo Khassek, que mientras hablaba le miró directamente a los ojos—. Si supiera que ibas a llevárselo, quedaría satisfecho. Si sé que no se lo vas a llevar, tendré que pelear contigo.

—Entonces, será mejor que te mate ahora mismo.

—Matarme ahora sería una torpeza. Cuatro hombres de la Guardia de la Ciudad acaban de entrar en la posada. Más te valdría marcharte de este sitio.

Conan pensó que solo los hombres de la Guardia de Arenjun podían tener alguna razón para tratar de capturarle… vivo, o muerto. Allí, en Shadizar… bueno, habría sido mejor no abandonar la relativa seguridad del Desierto, el equivalente, en Shadizar, del Mazo de Arenjun. Dijo:

—¿Por qué? —con la franqueza escrita en la cara—. Eres tú el extranjero. Yo no tengo nada que temer de los guardias de la ciudad.

—Un Dragón Real va con ellos, y están buscando a alguien.

—¡No tengo ningún problema con el rey de Zamora!

—Humm. A menos que haya recibido alguna queja de Arenjun. Yo he oído que allí heriste a dos, y dejaste tullido a otro, en la parte alta de la ciudad… a uno que era Sargento de la Guardia. Me alegro de que no temas a ningún amigo que pudiera tener en Shadizar, ni tampoco haya presentado ninguna queja al rey el gobernador de Arenjun, porque esos cinco vienen hacia aquí.

—También fue muerto un hombre en Arenjun —dijo Conan—. Yo herí a los otros… fue Ajhindar quien mató a este.

—Uno de esos trae una ballesta. Mm… Conan… es cierto que yo soy un extranjero, y que tú, por supuesto, como mides nueve pies, y

tienes los ojos azules, pareces oriundo de Zamora… pero esa ballesta te está apuntando a ti.

—Condenación. Khassek le miró.

—Tú… ¡has dicho la misma expresión que solía gastar Ajhindar!

—Lo sé. ¿Y qué quieres que diga? Vine aquí con orgullo y petulancia para hacerte cautivo. Y olvidé un importante proverbio zamorio: «Cuando entres, piensa primero cómo vas a salir». Otra regla que tendría que recordar es: «¡Nunca te sientes de espaldas a la puerta!». ¿Qué es todo ese tumulto?

—La mayoría de los otros clientes se marchan apresurados. Ahí vienen con el hombre del rey a la cabeza. A propósito, en Iranistán los sabios dicen: «Entres donde entres, averigua si existe alguna otra puerta».

—Parece razonable. —Conan empezó a levantarse.

—¡No te muevas, cimmerio! ¡No podrías esquivar el pivote de la ballesta que te apunta a la espalda, y hemos desenvainado tres espadas!

El hombre que había hablado se acercó a Conan, sonriendo, por el lado de la mesa donde estaba sentado Khassek. No era alto, pero sí esbelto, aunque había en su rostro algunos indicios de llevar una vida cómoda. Tenía en el lustroso cabello, de color castaño oscuro, un esmerado flequillo, que se encrespaba ligeramente en la frente. En un gran medallón de oro, que colgaba sobre la pechera de su túnica azul bordada con hilo también de oro —Conan vio que la túnica era de seda—, lucía las armas del rey de Zamora, un borracho dominado en tiempos recientes por un brujo de Arenjun. «Ese bastardo tendría que estarme agradecido por haberle librado de Yara», pensó Conan, malhumorado. El bigote fino y bien recortado del hombre se movía nerviosamente cada vez que este hablaba. Conan vio algún reflejo dorado en su boca. ¡Por Crom, aquel sujeto que no debía de pasar de los treinta ya llevaba arreglos en los dientes!

—Conan de Cimmeria, residente hasta hace poco en Arenjun, te hago prisionero en nombre del rey. ¿Vendrás sin oponer resistencia?

Conan le examinó con la mirada. Bonitos calzones azules; botas negras limpias y ajustadas. Un precioso y extravagante cinturón, del que colgaban las vainas; de estas, sobresalía el enjoyado puño de una daga, y una espada que tenía por pomo una cabeza de león,

hecha seguramente de plata.

Conan miró a Khassek, que estaba sentado al lado mismo del hombre del rey; este, sorprendido, observaba a Conan a su vez. El cimmerio miró en torno. Vio una posada casi vacía… y uniformes. Las espadas, desnudas. Sí, y el ballestero que se acercaba poco a poco, y la punta de su pequeña y desagradable saeta seguía apuntando a Conan.

—¡Queréis decir… queréis decir que este hombre es un criminal! —exclamó Khassek—. ¡Oh!

El Dragón del rey le miró, y enarcó las cejas con menosprecio.

—¿No eres amigo suyo?

—¡En absoluto! Estoy aquí en viaje comercial para la reina de Koth.

—¡Koth! Pareces más bien uno de esos… ¡parece que vengas del este, no del oeste!

Khassek suspiró exageradamente.

—Es cierto. Tuve por madre a una esclava de Aghrapur.

—¡Aghrapur! —El amanerado agente del rey quedó perplejo de nuevo.

—Sí. —Khassek suspiró tristemente—. Fue raptada en su juventud por un mercader de armaduras de Koth. Este la llevó consigo, sí. Como si los dioses lo hubieran dispuesto de antemano, descubrió, al llegar a su país, que la amaba. Nací yo. Mi padre hizo que recibiera una educación. Ahora… bueno, ¡ahora represento a la propia reina! Y, en cuanto a este individuo… parece limpio, y, como entró tan confiado en esta buena posada… esta es una buena posada, ¿verdad, mi señor?

El zamorio sonrió halagado.

—Sí. Las hay mejores aquí en Shadizar, ¡pero también las hay mucho peores! ¿Dices que eres agente de la reina?

—Eh… mi señor Ferhad… —empezó a decir uno de los hombres de la Guardia.

El Dragón se volvió para lanzarle una mirada fulminante.

—¡Espérate! ¡No molestes a un hombre del Servicio del Rey!

—Bueno, este hombre me estaba ofreciendo ese anillo que lleva, decía que había sido de su madre —dijo Khassek, mientras Conan se maravillaba de su elaborado relato, y se preguntaba adonde iría a parar—. Y dejó estas monedas de oro sobre la mesa para demostrar

que no estaba sin blanca. Me dio esta extraña espada en prenda, y dijo que necesitaba otras dos monedas de oro para ir a Nemedia…

Como ya era de esperar, el noble Ferhad dijo:

—¡Nemedia!

—Eso dijo. Así pues… así pues, mi señor… ¿es posible que este sujeto tratara de venderme joyas robadas a mí, ¡a mí!, al proveedor de joyas y cosméticos de la reina de Koth?

—Es muy posible —dijo Ferhad—. Es un hombre peligroso y rebelde. Ha perpetrado muchos desmanes en Arenjun, ¡y osa huir aquí, a la propia capital, para esconderse!

Ferhad volvió a clavar en Conan su mirada leonina, erguido en toda su notable estatura, alto el mentón; miraba lo que tenía debajo de su voluminosa nariz y se mostraba mucho más altanero, pues se debía a la distinguida audiencia que integraba aquel único individuo: ¡El mismísimo proveedor de joyas y cosméticos de la reina de Koth!

—¡Atacar a hombres de la Guardia de la Ciudad, en cualquier punto de nuestro reino, es un delito capital, bárbaro! ¡Ahora levántate pausadamente y deja que te conduzcamos… a cierto mesón que no te gustará tanto como esta elegante posada, dónde has tratado de arrastrar al delito a tan distinguido visitante extranjero!

—Sí —dijo Khassek con petulancia—, ¡y llévate contigo esta terrible espada!

Volviéndose a medias, sacó la gran daga ilbarsi de su vaina. Al instante, se abalanzó sobre Ferhad por la espalda, le cruzó la espada delante del pecho y, con su otra mano morena, le puso la daga en la garganta.

—¡Que nadie se mueva! ¡Mi señor Ferhad, ordena que dejen todas las espadas, y también la ballesta, en esa mesa que tienes a tu derecha!

—Qu… qué… no puedes… suéltam… ¡ah! ¡Ten cuidado con esa daga!

Ferhad dio la orden. El ballestero indicó que su arma estaba amartillada, y podía ser peligrosa. Khassek le aconsejó que disparara el pivote a la pared, justo debajo del techo, y Ferhad le ordenó que lo hiciera. Efectivamente, el pivote se clavó allí, y allí se quedó tras vibrar un momento; le valdría como recuerdo al dueño

del León Rojo.

—Conan —dijo Khassek—, convence a nuestro huésped de que nos muestre la bodega.

—¡La bodega! —repitió Ferhad con un aullido, y su bocado de adán, rozó el gélido filo de la daga de Khassek.

Procurando no tragar saliva, Ferhad se mantuvo erguido cual recluta militar, y no dijo más.

3. Adiós a Shadizar

Imraz, el propietario del León Rojo, hombre de ojos saltones, levantó una cuadrada trampilla del suelo de su despensa. Uno tras otro, los cuatro miembros de la Guardia de la Ciudad de Shadizar descendieron gruñendo a la oscuridad. Todos echaron una última y hosca mirada al corpulento bárbaro que se quedaba arriba, y sonreía, con el cuerpo apoyado en una espada; la del sargento.

—Mi apreciado señor Ferhad —dijo Khassek—, lo lamento profundamente, pero la única salida que veo a esta situación es que os quedéis abajo con esos hombres.

—¡Abajo!

—Trata de mirarlo por el lado bueno —dijo Conan—. Quizá nuestro anfitrión Imraz guarde allí sus mejores vinos.

—Encontraré más bien nabos podridos, telarañas y hongos —dijo Ferhad con voz ahogada, pues estiraba tanto la garganta para mantener la cabeza enhiesta que no podía hablar de otra manera—. ¿Por qué no me atáis y me dejáis aquí? Es que tener que verme encerrado en la oscuridad con esos soldados ordinarios…

—… que, sin duda, podrán contaros muchas bellas historias para vuestro entretenimiento, mi buen señor. —Khassek lo desató y, al mismo tiempo, le quitó su elegante espada—. Baja, y te deseo que pases una buena noche.

—Lo mismo digo —exclamó Conan cuando aquel hombre de extravagante vestimenta puso un pie, con timidez, en la escalera de madera, que se adentraba en la negrura saturada de olor a moho. Conan extrajo limpiamente la enjoyada daga de Ferhad de su vaina.

—Los dos vais a lamentar mucho lo que estáis haciendo, mucho —prometió Ferhad mientras bajaba.

—Bien, puedes venir hasta Brithunia y comentarlo con nosotros —dijo Khassek afablemente.

—¡Brithunia!

Khassek cerró la trampilla de una patada.

—Hala, ahora no puede cerrarse —murmuró y, al levantar la mirada, vio que el dueño del León Rojo, lentamente, se había ido alejando.

Conan dio cuatro rápidos pasos.

—No, no, Imraz, ahora no te vas. Ven, ayúdanos a poner ese gran barril lleno encima de la trampilla… bien, así me gusta.

Mediando algunos gruñidos, los tres lograron mover el barril y lo pusieron en el lugar donde querían. Conan echó una ojeada por la puerta de la despensa y vio varios rostros que miraban con interés desde la entrada principal.

—¡Eh! —gritó—. ¡Traedme esa ballesta!

Los rostros desaparecieron, y Khassek fue a paso ligero hasta la puerta de la posada y la atrancó. Entonces, con el ceño fruncido, se volvió.

—Acabo de pensar que… ¡Imraz! ¿Dónde está esa camarera que tenías por aquí?

El mesonero parpadeó.

—Pues… no lo sé…

—¡Condenación! Habrá salido por la puerta trasera para ir en busca de soldados aún más bravos… esta vez vendrá la Guardia del Rey, estoy casi seguro. Conan…

—Tenemos todas estas espadas y dagas, y la ballesta —dijo Conan—. Llevémoslo con nosotros —añadió, al tiempo que señalaba al posadero con la cabeza—. ¡Tendremos que salir por detrás, y correr!

—Dudo que Imraz pueda apartar él solo el gran barril que mantiene cerrada la trampilla —dijo Khassek mientras recogía la ballesta.

—¡No, pero puede abrir la puerta principal y hacer entrar a otros para que le ayuden!

—Ah, claro. Creo que ya no pienso con la claridad de antes. ¡Si me hubieras traído la cuerda que di a esos dos, junto con el oro y mi espetón! Ven, Imraz… nos acompañarás durante un trecho de camino.

Mientras el posadero le miraba con franca renuencia, y ojos apesadumbrados y todavía más saltones, Khassek abrió su bolsa y

sacó otras cinco monedas de oro.

—Ya tienes dos encima de la mesa, y el vino que hemos bebido solo valía algunas monedas de cobre. Ten, cógelas. Piensa en lo gracioso que ha sido vernos tomar el pelo a ese petimetre engolado de Ferhad, ¡y piensa también en cuántos clientes vendrán a tu posada solo para que les cuentes cómo este Dragón del rey recibió su merecido! Sí, los clientes acudirán como moscas. Ven.

Imraz les acompañó en silencio. Conan metió cinco espadas y cuatro dagas en un barrilete vacío, y el dueño del barrilete hizo desaparecer, con más eficiencia todavía, cinco monedas de oro. Los llevó por otra salida hasta un callejón, muy distinto de los del Desierto, y se marcharon todos corriendo como tres amigos.

—A la derecha, por ahí —gruñía Conan sin soltar el barrilete, que aferraba con ambos brazos, y giraban hacia la derecha; en el siguiente cruce, murmuraba «a la izquierda».

—Pareces un patán con todas esas armas en el barrilete —le indicó Khassek—. ¿De verdad crees que las necesitaremos?

—Nunca se llevan suficientes armas —le aseguró Conan, y siguió adelante, encorvada la espalda, apoyando en la barriga el barrilete que abrazaba como un oso. Salían de su interior traqueteos y ruidos metálicos.

Tras doblar otra esquina, le dieron las buenas noches a su anfitrión, y se marcharon a toda prisa mientras Imraz se iba en la dirección opuesta.

—¿Decías antes que iríamos a Brithunia? —preguntó Conan.

—Le fui dando el nombre de varios lugares…

—¡Ya lo he notado!

—… pero ninguno de ellos es nuestro verdadero destino —acabó de explicarle pacientemente Khassek—. Que trate de averiguarlo él solo. ¿Hay alguien aquí que pueda reconocer a un iranistanio a simple vista? Ambos iremos al mismo lugar, ¿verdad, Conan?

—Seremos una extraña pareja —dijo el cimmerio.

—Un trío; no olvides tu barril lleno de armas. Pero, no, no. Somos un par de avispados muchachos, que habrían tratado de matar a esos cinco individuos si yo no hubiera sido tan listo, y Ferhad tan tonto, y ambos lo sabemos. Conan… ¿no se te ha ocurrido también que, en todo el rato que has llevado ese barrilete, yo podría haberte clavado un par de dagas?

—Nos estamos adentrando en el Desierto, Khassek. No dudes de que nos están observando, aunque tú no veas a nadie. Tengo amigos aquí. A mi no me ven como a un extraño.

—Mmm. No tendrás unos pocos camellos, ¿verdad?

—Odio a esas bestias. Pero tengo no menos de cuatro caballos. Ningún camello. ¿Por qué no llevas un rato el barrilete?

—No, gracias.

Conan, de mala gana, tras dejar en el suelo el barrilete, lo volcó. Tomó la daga enjoyada de Ferhad y se la sujetó al talabarte. Dio tres golpes con la espada de uno de los guardias en el pomo de la de Ferhad, echó a perder una buena arma y se quedó con una bonita cabeza de león hecha de plata. La arrojó al aire y la cogió al vuelo, sonriendo.

—¿Crees que nos darán un camello por esto?

—Es probable que solo el recubrimiento sea de plata —dijo Khassek.

Conan frunció el ceño.

—¡Qué bastardo! ¡Vaya suerte habré tenido si las joyas de esta daga no son auténticas! Oye, ¿y tú? ¿No tienes caballo ni camellos? Has venido desde muy lejos.

—Tengo buenos atuendos —dijo Khassek con un suspiro plañidero—: Varias mudas; y un elegante anillo, y dos caballos, hice casi todo el camino con una caravana. Y, también en mi cuarto, en la posada, en el León Rojo, acuérdate, veinte monedas de oro de Zambula.

—¡Veinte! —El cimmerio le miró fijamente, y sus dos ojos compitieron por salirse de sus órbitas—. Por Mitra, por Crom y por Bel, ¿cómo es que no subiste un momento a recogerlas antes de que nos fuéramos?

Khassek puso una cara todavía más triste.

—Parece que no me acordé. Me temo que ya deben de pertenecer a la corona de Zamora.

—Por los ojos de Ishtar —se lamentó Conan—, ¡veinte monedas de oro!

—Tienes que verlo de esta manera, Conan: te he salvado de los rigores de la cárcel y, sin duda, de algo peor.

—De eso no nos veremos libres —dijo Conan, gruñendo por lo bajo— hasta que salgamos de esta ciudad, ¡y de este reino!

Los dos hombres estaban solos en una calle sombría, y tenían a sus pies un barril volcado y un revuelto surtido de armas. Los ojos oscuros de Khassek se cruzaron con los del bárbaro, azules y sombríos. Khassek dijo:

—¿Los dos?

Conan se volvió y echó a andar; Khassek corrió a su lado.

—Condenación —dijo Conan en voz baja, pensativo—. Ajhindar era un hombre bueno, me gustaba. Se consagró a su khan y a su misión hasta el punto de arriesgar la vida: ¡trató de matarme cuando ya conocía mi habilidad y mi fuerza! Y después de que yo le hubiera salvado el pellejo. Era algo traicionero, pero lo hacía por su monarca. Ahora, tú te has arriesgado a perder la vida para salvarme, Khassek de Turan… porque todavía no sabes dónde está ese amuleto, por supuesto. ¡Todo por tu khan! Creo que me gustaría conocer a un khan que ha sabido ganarse así la lealtad de dos hombres buenos.

—¡Él también tendrá interés en conocerte, amigo-de-manos-grandes-como-jamones! Bien, pues. Dos hombres como nosotros podremos salir de Shadizar, sin duda, aunque pongan vigilancia en las tres puertas. Vamos allá.

Se adentraron aún más en el Desierto de Shadizar.

—Ah, Conan, ¿tienes el amuleto? El cimmerio rio entre dientes.

—Sé dónde está. Lo enterré entre Shadizar y Zambula, en el desierto.

—Condenación —dijo Khassek, al tiempo que soltaba la daga.

Horas más tarde, tres hombres, que guardaban la Puerta del Negro Trono de Erlik, en Shadizar, vieron cómo se acercaban dos a caballo. A horcajadas sobre un par de bellos animales, la mujer y su joven hijo guiaban a otras dos bestias, muy cargadas. Ella tiró de las riendas y miró a los dos uniformados que se hallaban al lado de la rueda; esta servía para tirar de la pesada cadena, con la que levantaban la descomunal tranca que mantenía cerradas las jambas.

—Y bien, abrid. No tiene sentido montar guardia a este lado; quiero salir, no entrar.

—Querida —dijo una voz, y la mujer, al levantar la mirada, vio que provenía de otro uniformado. Este la miraba desde la angosta puerta, rematada por un arco, de la torre de vigilancia—. Soy un hombre sensible y bueno, y no podría dormir bien si antes no os

advirtiera que es peligroso salir de la ciudad a esta hora.

—Gracias. Eres un hombre bueno. Pero nos vamos. Es una misión sagrada.

—¿Un peregrinaje?

—Sí. Mi hijo y yo servimos en el templo del Santo Khosatral Khel, Rehabilitado y dos veces Establecido, Señor del Universo, Padre de Mitra, Ishtar y Bel.

—Un dios atareado y sin duda venerable, querida, pero… sin duda, una persona sensata aguardaría, por lo menos, hasta que rayara el alba. Quizá entonces pudieras unirte a otros peregrinos semejantes, tal vez incluso a una caravana, que es la mejor protección. Aquí, os refugiáis en el seno de la capital de la poderosa Zamora. Allí fuera…

Le indicó con un gesto que nada, salvo peligro y tribulaciones, aguardaba tras la Puerta del Negro Trono de Erlik, de Shadizar.

La embozada mujer, que en nada parecía frágil, habló con fuerza:

—¡Temo lo que pueda encontrar ahí fuera, aun en el desierto, mucho menos que a esta ciudad de ladrones, brutos que maltratan a las mujeres, y cultos perversos, muy perversos, dedicados a dioses a los que nadie conoce ni quiere conocer! Dejadme pasar, os lo ruego. Queremos irnos.

—Ojalá estuviera en mi mano impedir que dierais un paso tan arriesgado —dijo el comandante.

—Bien, os lo agradezco. Pero el caso es que no está en vuestra mano, y me llevo a mi hijo conmigo, y ya me duele la nuca de tanto miraros. Si no vais a abrir la puerta, ¿podéis decirme adónde me tengo que ir a quejar?

—Solo faltan un par de clepsidras hasta la aurora… La mujer perdió los estribos.

—¿Qué es lo que tengo que hacer o decir para que me dejéis salir de aquí?

El hombre de la torre suspiró.

—Abrid la puerta.

Alguien gruñó, la cadena rechinó, y se levantó la tranca. Crujió la puerta. Una mujer de voluntad fuerte salió de Shadizar con su callado hijo y cuatro caballos. No espoleó a su montura, ni siquiera agitó las riendas. Los caballos caminaban trabajosamente, y, sin

detenerse, se adentraron en la negrura. El comandante de la puerta se asomó al estrecho alféizar de la aspillera y les observó hasta que hubieron desaparecido en la oscura noche que precede al ocaso de la luna. Al fin, se incorporó, movió resignadamente la cabeza, y se volvió. Habló a los que estaban abajo.

—No van a volver. Cerrad.

Ni él ni sus hombres tenían idea de que entretanto, lejos de su puerta, dos individuos habían salido de la ciudad tras escalar la muralla oriental. Habían huido corriendo entre las sombras.

Pocas horas más tarde, al despuntar el alba, la misma mujer y su hijo regresaron a Shadizar. Aunque ilesos, habían sido tristemente despojados de caballos y bagajes; ni siquiera la capa le habían dejado a la mujer. El nombre que dio acabó por ser falso, y, luego, nadie se mostró interesado en registrar todas las casas del Desierto en su busca. Aquellos soldados que la habían dejado pasar con renuencia tampoco sabían que la mujer era íntima amiga de cierto corpulento montañés del norte que por aquel entonces todos buscaban con asiduo esfuerzo por toda la ciudad, ni que después del incidente era mucho más rica.

Lejos de Shadizar, con los mismos cuatro caballos, iban Conan el Cimmerio y Khassek de Iranistán.

—Has preparado muy bien el ardid, Conan —dijo Khassek.

—Ah, Hafiza es una mujer buena, y una buena amiga, Khassek. Y como tú añadiste ese saquito de perlas al pomo de plata de Ferhad, se alegró doblemente de poder ayudarnos.

—Triplemente —dijo Khassek—. Salió mucho antes que nosotros.

—Sí, y ha corrido un riesgo por ganarse su paga. Tu patrón te envió bien provisto de recursos, Khassek. Todas esas monedas que has ido gastando, y las treinta de oro que dejaste en el León Rojo, y esas perlas… ¿todavía somos ricos?

—Nosotros, desde luego, no, amigo mío. Llevo casi un mes aquí, buscándote por Arenjun y Shadizar, y seremos pobres, o algo peor, cuando lleguemos a Iranistán. Pero, una vez allí…

—Humm. Una vez allí… —Conan gruñó—. Sí.

«¿Y qué hago yo —pensó— embarcándome en este viaje que ha de durar meses? Oh, bueno… ¿por qué no? Tal y como le dije a Khastris en Khaurán, este mundo es grande… ¡aún tengo que ver

muchas cosas antes de que piense en sentar cabeza!».

4. Los monstruos

—Vuestra espada está lista, mi señor.

El khan sonrió a su mago, pero solo tras mirar el arma de reojo, a la manera del mercader en cuya tienda acaba de entrar un rústico con la bolsa llena, o del niño campesino que contempla la mesa repleta de manjares de un rey.

—Lista ya —murmuró aquel sátrapa del imperio de Turan que gobernaba Zambula, en nombre del poderoso Yildiz, desde su labrado trono.

El khan de Zambula temía por su vida, y por la sucesión que había de recaer en su hijo Jungir; y con razón. Estaba seguro de que los hombres conspiraban. No tenía ninguna duda de que el Ojo de Erlik se hallaba en algún lugar.

—Sí —dijo Zafra—. Salvo que, como ya os dije, hay que empaparla en sangre para terminar el hechizo.

Miró abajo, pues ninguno de los dos se había percatado de que mago y gobernante estaban solos en la oscura media galería que asomaba sobre la mazmorra doblemente oscura.

—Qué lástima que no… conserváramos a uno de los espías iranistanios.

Con la cabeza levemente ladeada, el khan miró por encima de su nariz aguileña al hombre más esbelto y joven. Frunció las comisuras de los labios; tenía la boca sensual. Al fin, asintió violentamente con resolución.

—Sí —murmuró para sus adentros, y su capa doméstica de ribetes rojos, bordada en oro, de fina seda, aleteó y se revolvió como con un susurro cuando se acercó apresuradamente a la puerta.

Vista desde dentro, esta puerta era una gran plancha de hierro, gruesa como un dedo de doncella, y lo bastante pesada como para detener a un elefante de las oscuras tierras del sur. Y ni traza de

pomos o cerraduras aligeraba su oscura superficie. Agarrando una maza con la mano izquierda, el gobernante de Zambula la golpeó, y se apartó a un lado. La puerta respondió con apagados ecos, y no cedió en lo más mínimo, y Akter Khan volvió a golpear varias veces con la siniestra.

La puerta se abrió hacia adentro. El más viejo de sus dos guardias le miró interrogativamente.

—Tráeme aquí a la muchacha que esos shanki me entregaron hace un par de semanas, Faruz.

—Mi señor… —Faruz dudaba.

—¿Sabes a qué doncella me refiero, Faruz?

—Sí, mi señor. ¿Tengo… tengo que traerla como cautiva, mi señor?

—¡Oh, no, Faruz! Dile que su amo y señor tiene un obsequio para ella. Pero tráemela ya.

—¡Señor!

El soldado asintió bruscamente a la manera militar, retrocedió los dos pasos de rigor y se volvió para marcharse a toda prisa por el bien iluminado corredor de baldosas brillantes, que disfrazaba el sitio que podía considerarse segundo en horripilancia dentro de los dominios del khan. Lo más horrible era el Callejón del Colono, vergonzoso aun para la maldita Zambula, ciudad edificada por los estigios y poblada por variopintos mestizos gobernados por los hirkanios.

Akter Khan se volvió hacia Zafra, y casi sonrió; al menos, parecía contento consigo mismo.

—¡Es una putilla! ¡Ese culo de mal asiento, Akhimen «Khan», caudillo de esos nómadas de cabellos grasientos del desierto, me la trajo como obsequio y tributo: una encantadora niña de doce años, enteramente virgen, parecida en la forma a la sensual Derketo de Estigia!

Zafra asintió. Había visto ya a la doncella cuyo nombre había desdeñado al instante el khan para llamarla Derketari, imitando el nombre de la diosa del placer de la antigua Estigia. ¡Su figura, y sus grandes ojos negros habrían avivado la lujuria de una estatua, por Hanumán… por Derketo!

—¡Y actuaba esa pequeña y maldita víbora de formas engañosas como si temiera y odiara a todos los hombres! ¡Se encogió de miedo

y chilló cuando la llevé a mis estancias privadas… aquella misma noche! ¡Ante un honor tan grande para una muchachita de las dunas aún no crecida, cuya madre, sin duda, debía de tener bigote ya a los dieciocho años! Ella…

El khan no dijo más.

No le habría contado a Zafra, el joven mago, ni a nadie más, que, al ver cómo se encogía, cómo gimoteaba y suplicaba, cómo lloraba, él, acostumbrado a las mujeres complacientes, mujeres que incluso participaban activamente porque se sentían honradas y orgullosas de que el propio khan las llamara, se había deshonrado y había fracasado en su virilidad. ¡Akter Khan habría querido golpearla, aferrar con sus dos manos aquella garganta encantadora y estrangularla!

Pero, en cambio, había mandado que se la llevaran, aún llorando, juzgando que era demasiado estúpida para avergonzarle. Hizo llamar a su argosea, Chia. Él la llamaba Tigresa, y con ella se había probado como hombre y como khan. Por la mañana, había ordenado a su Tigresa que instruyera y preparara a la doncella de los shanki… ¡qué niña estúpida! Y, durante siete días, esta había parecido contenta, y era hermosa, hermosa. Esbelta como la serpiente, sobresalía en las danzas que los doblemente malditos nómadas empezaban, sin duda, a enseñar a sus niñas cuando solo tenían tres años. Aquella cría encarnaba la tentación misma, y llevaba atuendos pensados para complacer a los hombres como si hubiera nacido para ellos, como si los amara, luciendo sus caderas; como si complacer a un hombre hubiera sido su único deseo. Pero Akter Khan se había forzado a esperar una semana entera, y un día más para enardecer sus apetitos. Le concedió el honor de compartir con él una cena muy privada, y se mostró amable y gentil. E incluso solícito, según recordaba con cierto embarazo. Y entonces… cuando el khan se levantó, sus ojos le contaron a la muchacha cuáles eran sus emociones, y su intención, perfectamente normal. Y ella volvió a encogerse de miedo, a lloriquear, a suplicar como una niña.

Ni siquiera entonces la devolvió en desgracia a su padre. Pero, por Tarim, y por el mismísimo Señor del Negro Trono… ¿hasta dónde puede aguantar un hombre?

¿Un hombre? ¡Un khan, por las piedras de Hanumán!

Khan y mago aguardaron en silencio, perdidos en sus

pensamientos, y solo uno de los dos se preguntaba por los del otro. Entre ambos se hallaba la espada; la espada de puño enjoyado de Akter Khan y espiga, aunque invisible, marcada con runas. Abajo yacían dos iranistanios, con el rigor de la muerte. La espada de Zafra seguía clavada en el pecho de uno de ellos, y no vibraba, sino que se erguía sobre su víctima cual centinela de la muerte.

Con ambas manos, Akter Khan se sacó por la cabeza la cadenita a cuyo extremo colgaba sobre su pecho una rueda con perlas en el borde; la adornaba un rubí de gran tamaño y muchas facetas, rodeado, a modo de estrella de seis puntas, por doce topacios amarillos y brillantes.

—Llévate esto abajo, y también mi espada —ordenó al mago, que tan recientemente había sido un aprendiz, que aún no tenía los treinta años de edad—. Clava la espada en el suelo. ¿Eso no afectará al hechizo?

—No, mi señor.

—Entonces, cuelga esto de su guarda —dijo Akter con breve asentimiento—, y tráeme la otra espada.

Sin réplica alguna, Zafra cogió espada y medallón. Levantando al descender el dobladillo izquierdo de su túnica, pasando por encima del cadáver del segundo iranistanio asesinado, se detuvo a un paso del primer muerto. Fracasó en su primer intento de hundir la espada del sátrapa en el suelo de tierra negra apisonada, que los coágulos de sangre humana llevaban mucho tiempo endureciendo. Empleó ambas manos en el segundo intento, y esta vez logró clavarla. Colgó la cadenilla, y el medallón de su señor, de las guardas que, bellamente adornadas con colgaduras, arrojaban destellos al ser agitadas y teñían la hoja de agradables reflejos: oro amarillo sobre plateado acero.

Precisó de ambas manos y algún esfuerzo para extraer la otra espada del cuerpo de su víctima, tan profundamente se había clavado el arma. Zafra se detuvo para inclinarse y limpiar la hoja, con cuidado, en el largo cabello negro del muerto. Este estaba sucio, pero bastó para quitar la sangre y, accidentalmente, aceitó la hoja. Más tarde, un sirviente había de prodigarle atenciones más apropiadas.

El joven mago subió por las escaleras. Al acercarse al rellano, que se ensanchaba hacia la derecha para dar paso a la media

galería, vio que la muchacha entraba por la puerta. El rostro de Faruz, feo y encasquetado en su yelmo, era visible por completo detrás de ella, aun cuando Zafra todavía no hubiera llegado arriba; tan pequeñuela era la hermosa doncella de doce años.

Akter Khan se volvió al oír su gritito ahogado.

—Ah —dijo—, ¡mi adorable flor del desierto! Acércate, bella Derketari, vas a ver lo que tengo para ti. —Le dio la mano.

Se decía, al hablar de las hijas del desierto, que eran bellas a los doce años, y terriblemente bellas a los trece; y madres a los quince, y viejas brujas a los veinticinco. Y esta muchacha tenía doce años.

Zafra se vio incapaz de dejar de mirarla. Veía toda su masa de cabello negro y brillante, adornado con perlas para que se pareciera a la noche cuajada de estrellas; su dulce y ovalada cara, con la boca que recordaba el arco de un arquero de caballería, teñida de rojo y brillante; la grande y bella redondez de sus ojos, negros como un pozo cuyo fondo se escrutara con la mirada momentos después de salir la luna. ¡Y, al menos, le habían quitado aquellas holgadas vestiduras de color escarlata de los shanki!

Llevaba puesto un peto de oro, y de cada uno de los senos de este pendían unas diminutas cadenas, también de oro, que se mecían de tal modo que las gemas que de estas colgaban iban danzando, y acariciaban con gentileza el liso vientre a cada gesto de la muchacha. El cinto, que quedaba muy por debajo del ombligo, consistía tan solo en tres tiras de tela de oro trenzadas en torno a un cordel no más grueso que su dedo meñique. De este colgaban, resplandecientes, cuatro palmos de gasa blanca como la nieve, bordados con hilo de pálido azul; aquel simulacro de falda no tenía más anchura que la de un palmo. El dobladillo le llegaba a la altura de los tobillos, y otra tira similar que le cubría las nalgas era solo un poco más corta. Adornaban sus bellas piernas unas cintas de oro, entrelazadas, que partían de sus botines ligeros, de fieltro negro adornado con perlas. Esta suerte de polainas terminaban en las rodillas.

Zafra pensó que habría podido tratarse de una de aquellas jóvenes vírgenes con cuya sangre se escribían los encantamientos en una especie de pergamino de piel de serpiente; encantamientos que Zafra había leído, y confiado a su memoria sin que lo supiera su mentor.

Aquel obsequio de doce años de los shanki había llegado con solamente dos adornos: un anillo ritual de su tribu adornado con granates, hecho con pelo de camella y con una hebra de su propia cabellera, y el pequeño medallón de plata y ópalo con el que se había presentado ante el sátrapa. Al extremo de una cadena de plata de casual belleza, el medallón adornaba la leve curva de sus senos.

Miró, con grandes ojos, los dos cadáveres que había detrás de Zafra. No pareció darse cuenta de que la peluda mano de su señor había agarrado la suya propia.

Tras llegar al rellano, Zafra puso su propia espada en la mano de Faruz, para que la sacara de la mazmorra. El brujo se apartó de los otros y pareció fundirse con la pared, al cabo de la escalera.

—¡M… mi señor! ¿A ese lugar…? ¡Esos hombres! —La voz de la doncella shanki vacilaba al temblar ella.

—¡Alégrate! —le ordenó el khan—. ¡Eran iranistanios, enviados contra nosotros por un rey que piensa en la conquista! ¡Pero uno de ellos tenía dotes de profeta, e hizo la alegre profecía de que pronto había de nacer de ti un hermoso muchacho que, al crecer, gobernaría no solo Zambula, sino todo el magnífico imperio de Turan!

La niña le miró con sus ojos negros, oscurecidos con negro tinte. No apartó la mano de la de su dueño, y se maravilló, hechizada al parecer por aquellas palabras, subyugada. A sus espaldas, Faruz cerró silenciosamente la gran puerta, que por fuera estaba adornada con paneles de madera.

—Abajo se halla mi propia espada, símbolo de mi poder. Tan cargado de joyas me encontraba yo que tuve que quitarme mi propio medallón de oro, perlas y topacio, que mi propia madre llevó en su seno, y colgarlo del arma. Fue entonces cuando los espías trataron de matarme, y tuvieron que morir a manos de mis leales guardias, los que te han traído aquí. Puse la mano sobre el puño de la espada e hice un juramento: La mujer que recobre esta Gema de Zambula será la primera entre las mujeres de Zambula y de toda la comarca, a fin de preparar el camino para el encumbramiento del fruto de sus entrañas.

Los grandes ojos de la muchacha ya no miraban al rostro del khan, que proseguía con este discurso, y observaban más bien el

parpadeante medallón que colgaba abajo, como el trofeo de un vencedor, del enjoyado puño de la espada.

—M-mi… mi señor… yo… ¡yo no puedo bajar allí!

—Mas, Derketari… loto del desierto besado por el sol… ¡tendrás que hacerlo! ¿O es que ha de quedar en nada la profecía de un hombre muerto? ¿Es que los shanki, que moran en tiendas, no han de verse elevados por encima de todos los demás, y recibir los favores de un futuro gobernante… de sangre shanki?

La niña miró el medallón. Miró de nuevo al hombre de nariz aguileña que tenía al lado. La melosa lengua de este había callado. Miró de nuevo a los dos cadáveres, y de nuevo el medallón. Colgaba allí, y la llamaba silenciosamente con sus destellos de fuego enjoyado, entre los reflejos de las antorchas que llenaban de humo la mazmorra. Su lengua recorrió el labio superior.

Lo había oído; había oído cada palabra. Khan y mago sabían que había pensado en su pobre gente, atrapada en el desierto, cuyo rostro y cuya mano marchitaba el sol antes de que llegaran a los cuarenta años de edad; había pensado en el orgullo y las esperanzas de su padre, y sin duda en su vergüenza, que había de tornarse en furor, si llegaba a saber que la muchacha había desperdiciado la ocasión de que tanto él como su pueblo, y también ella misma, alcanzaran gran honor y gloria, solo por una vacilación de niña; aquello solo era una mazmorra. Solo había allí dos hombres muertos, y, además, muertos recientes. No había nadie en el desierto que no hubiera visto un cadáver antes de cumplir los doce años. Casi todo el mundo los había visto, al menos en alguna ocasión, en toda su repugnancia: hinchados por el sol, cubiertos de moscas y picoteados por los buitres.

—Mmf —murmuró para sí la muchacha que no se llamaba Derketari—. Ya he visto cadáveres otras veces. ¡Mmf!

Y Akter, sonriente, la miró por encima de su nariz de buitre. La soltó en el momento en que sintió que iba a moverse. Se limpió la mano en su abigarrada túnica, pues la de la niña había sudado mucho.

Con gesto casi regio, la muchacha dobló solo un poco las rodillas para recoger con la mano ambos extremos de sus faldas, y pasó la parte de detrás por entre las piernas. Bajó lentamente por las escaleras. A cada paso que daba, veíase cómo se iba armando de

valor. Al cabo de las escaleras, la mirada del khan se cruzó con la del mago. El khan habló en voz baja.

—Tienes un hechizo por terminar, ¿no es cierto?

La doncella siguió bajando sin mirar atrás. La escalera tenía veinticinco escalones de piedra; acababa de poner en el decimonoveno su pie calzado en fieltro.

—Sí, mi señor.

Akter miró de nuevo el obsequio de los shanki. Vio como ponía el pie izquierdo en el vigésimo primer escalón.

—Termínalo pues, mago, y duplicarás las alegrías de mi vida, mientras que tú… ¿querrías entretener por esta noche a una tigresa, Zafra? ¿Una Tigresa, de Argos, cuyas garras estuvieran envueltas en seda?

Abajo; el pie de la muchacha se hallaba todavía en el vigésimo cuarto escalón, pues la niña había vacilado al pisarlo, y buscaba con la mirada un camino que le permitiera rodear el cadáver desnudo de quien ella no sabía que había sido un hombre de casi increíble valor y arrojo.

—Sí, mi buen señor —dijo Zafra, y sus ojos parecieron refulgir cuando miró de nuevo la espalda de la muchacha, y luego la espada de la que colgaba el medallón, que se alzaba del suelo de la mazmorra como un monumento a dos muertes violentas. «Tres», pensó Zafra, y dijo, muy para sus adentros, sin apenas mover los labios—: Mátalo.

Tierra y agua, fuego y aire habían ungido la espada al mismo tiempo que eran dichas las antiguas palabras. Con los ecos del oro contra el acero, la espada de Akter Khan salió por sí sola del piso de tierra apisonada. Sin vacilaciones, dio un giro en el aire y se arrojó, cual flecha disparada por un arquero de miembros fuertes y gran destreza, sobre la pequeña hija del desierto.

Ella, por puro instinto, la había mirado al oír el tintineo del metal contra el metal, de igual manera que Akter Khan había mirado a Zafra al oír el pronombre que empleaba el mago. La garganta de la muchacha quedó muda a causa del pavor y el horror; no así la del khan.

—¿Has dicho «mátalo»? —preguntó.

—Una espada, aun hechizada, no entiende de géneros, mi señor. Además, aquellos contra quienes vaya a emplearla dentro de poco

mi señor serán, casi con seguridad, hombres en su mayoría.

Abajo, el grito que por fin iba a lanzar la muchacha se convirtió en un horroroso respingo; la embrujada arma demostró que nada sabía de géneros ni de pronombres. Se clavó en el mismo lugar donde terminaba el dorado peto, algo a la izquierda.

El khan hinchó las narices para tomar aliento largamente. Lo expulsó por la boca con ruidoso suspiro.

—Ay, cuando pienso que ha muerto virgen —dijo, como si hubiera estado entonando el pean delante de su tumba—, ¡y por una causa tan grande! Y no lo sabrá jamás su pueblo, pues, antes de que pase un mes, les mandaremos la triste noticia de que ha expirado a causa de unas fiebres que casi se llevaron también a su amado señor —el khan tosió—, y ha recibido sepultura con honor y llanto en el Cementerio de los Reyes, sin duda con un príncipe en las entrañas, que se llevará consigo… ¡al infierno!

Aun Zafra tuvo que tragar saliva.

Había sido aprendiz de un mago hasta tiempos muy recientes; se había consagrado a abominables brujerías sacadas del antiguo libro de Skelos y de los hediondos códices de Sabatea, del pavo real de oro y de la tinta ponzoñosa; podía invocar a Set y al oscuro Erlik, e incluso a los hijos pictos de Jhil, de quienes aquellos salvajes sabían menos que él… y, hacía poco, había matado a su antiguo amo; todas aquellas cosas había podido hacerlas Zafra, y todavía más, pues soñaba con gobernar, con tener en el futuro tan vasto ascendiente que se impondría a los khanes, y no habría de llamar «señor» a ningún otro hombre… y, con todo, había tragado saliva ante las palabras de pura maldad, ponzoñosas, de su patrón, si no ante el asesinato de inocente belleza.

«¡Villano! —pensó Zafra—. Así me habrán de llamar los hombres en tiempos venideros, ¡y ninguno sabrá que he servido al mayor de los villanos que hayan existido desde que Thugra Khotan muriera en Khorshemish hace tres mil años!».

Akter Khan, vengada ya su virilidad, siguió hablando en murmullos, con la misma mortífera voz.

—La espada colgará de unas abrazaderas de oro nuevas, en la pared, detrás de mi trono, Zafra, y tendré que hacerme violencia para no ir probándola una y otra vez. Y tú, oh genio, serás desde ahora el Mago de Zambula, consejero del Khan, y tendrás tus

aposentos en la segunda mejor estancia de palacio, atendido por el siervo que tú elijas entre los míos, y por una muchacha que yo mismo escogeré. ¡Y, esta noche, te visitará una Tigresa!

—Mi señor —dijo Zafra con súbita unción— es excesivamente generoso.

El khan le miró, y, a lado y lado de su nariz aguileña, los ojos le brillaron como los de la misma águila.

—Mi generosidad no será pasajera, Zafra, Mago de Zambula. No mientras tú me sirvas.

Zafra hizo una de sus abreviadas reverencias.

—¡Soy vuestro hombre ligio, Khan de Zambula!

—Bien. ¡Ahora, tráeme mi magnífica espada nueva! Luego, ve a la ciudad, y paga a dos rufianes con una moneda de oro, y promételes tres más, a cada uno de ellos, por el trabajo de una hora. Esa carroña de abajo ha de ser desnudada, mutilada y sacada de aquí en alforjas de cuero, en varias alforjas de cuero. Las alforjas serán abandonadas en el Callejón del Colono. Luego, ambos volverán aquí para que les des las tres monedas de oro restantes. —El khan lo miró por un momento, y le dijo—: Tus nuevos aposentos estarán al lado mismo del salón del trono, Zafra.

Desnuda, mutilada para que nadie pudiera reconocerla… ¡y luego despedazada como la carne de una bestia! Zafra tuvo que esforzarse por no tener que tragar saliva otra vez, víctima de la náusea, pues el khan le estaba mirando.

—Comprendo, mi señor. ¿Y he de darles acero como recompensa, en vez de oro?

—Tal vez puedas invitarlos a una copa de vino, con buenas especias.

—Comprendo, mi señor. Poseo especias tales.

—Nadie, salvo nosotros dos, tiene que saber lo que ha ocurrido aquí, Mago de Zambula, por lo que ahora, al marcharme, me haré acompañar por mis dos guardias. Tú me seguirás luego; ¡les diré que has de ser tú quién lleve luego a sus estancias a esa puta a la que insulté con el nombre de la tres veces sensual Derketo! ¡Entonces, mago, ve a tu estancia mientras te preparan la nueva, y procura traerme noticias del Ojo de Erlik antes de que cene!

Zafra asintió, y bajó a la mazmorra para extraer la espada embrujada del corazón de la doncella.

5. Historia de dos magos

Conan y Khassek habían cabalgado hacia el este a fin de cruzar lo antes posible la frontera zamoria. Habían discutido si debían continuar en aquella dirección, atravesando las estepas y la estrecha franja de tierra que era el Turan estricto; así llegarían a la costa, y se embarcarían a orillas del Vilayet. Con o sin acierto, decidieron no hacerlo. Si, dirigiéndose al sur, hacían todo el viaje por tierra, este sería largo y difícil, pero algo menos peligroso que por mar.

En cuanto hubieron salido de Zamora, guiándose por el sol, se pusieron en camino hacia el sur. Evitaron la frontera oriental del minúsculo vecino sureño de Zamora, Khaurán, y encaminaron sus monturas hacia el mediodía, atravesando las estepas. En ningún momento cesaba su vigilancia, pues aquella tierra albergaba nómadas, y entre estos había saqueadores que sentían gran celo territorial por sus onduladas estepas.

—Conan… —empezó a decir Khassek, volviéndose sobre la silla del gran caballo ruano al que había bautizado como Testa de Hierro —. Una noche, Ajhindar fue a robar en la casa de Hisarr Zul, y tú, por desgracia, parece que escogiste la misma noche. Ajhindar no volvió de allí. Quiero decir que no volvió vivo; encontraron su cuerpo, algunos días después, en un oasis cercano a Arenjun. Había muerto, sin duda alguna, del mordisco de una serpiente. Solo yo imaginé que no le había mordido al pasear por aquel oasis. Al mismo tiempo, Conan, un cimmerio, desapareció de Arenjun. Ahora, casi dos meses más tarde, te encuentro en Shadizar. Y, en cuanto a Hisarr Zul… su casa ardió hace unas semanas. ¿Por tu mano?

—Te lo voy a contar todo —dijo Conan—. Yo me dedicaba al robo en Arenjun. No sabía nada de Hisarr Zul. Había tenido un par de éxitos en mis robos, y me hallaba alojado en una posada de la

parte alta, un lugar al que yo no pertenezco. ¡Qué lejos queda ya todo aquello! Han sucedido tantas cosas desde aquella noche en que empezó todo… ¡qué joven me parece aquel Conan! Una muchacha a la que yo cortejaba en aquella posada de Arenjun resultó tener un amante, un prefecto de la Guardia… un subprefecto en realidad, y era de lo más celoso. Irrumpió en la posada con sus hombres, y te aseguro que se esforzó en provocarme. Se llamaba Kagul. Al fin, oí que desenvainaba la espada, yo le había estado ignorando, y actué. Eran cuatro. Kagul sufrió algún rasguño, y también dos de los suyos. Entonces, otro hombre al que yo no conocía mató a uno de ellos, y me ayudó a escapar, pues había oído que venía más gente de la Guardia. Ese era Ajhindar. Salí por la ventana y trepé al tejado; los cimmerios sabemos trepar bien.

—¿No estabas herido?

—Ni un rasguño.

—¡Los cimmerios sabéis hacer otras cosas además de trepar!

—Mmm. Entonces, por accidente, oí que dos agentes hablaban en una habitación de arriba; agentes del khan de Zambula. Karamek e Isparana, una mujer, ¡qué mujer!, planeaban robar a cierto mago, Hisarr Zul. Oí que hablaban del gran valor que tenía algo llamado Ojo de Erlik para Akter Khan, de Zambula, y esperé allí hasta que dijeron que lo tenía Hisarr Zul. En cuanto hube oído que pensaban irrumpir al cabo de un par de noches en casa del mago, me marché de aquel tejado, jurando que yo me adelantaría y aquella misma noche robaría lo que ellos buscaban.

»Al día siguiente reconocí el terreno y elaboré mi plan. A la misma noche, sin muchas dificultades, entré en la casa de Zul. Allí encontré a Ajhindar, a quien habían atacado unas horribles criaturas de Hisarr Zul; eran hombres a quienes el brujo había robado sus propias almas—, las encerraba en espejos que luego rompía. Se habían convertido en criaturas de ojos apagados y vacuos, sometidas a la voluntad del mago; estúpidos perros guardianes provistos de espadas. Reconocí a Ajhindar; me había ayudado la noche anterior. Aunque habría sido más juicioso dejar que entretuviera a aquellos "hombres" mientras buscaba el amuleto, le… salvé. ¡Destrozamos graciosamente a varias de aquellas criaturas, y creo que deben estarnos agradecidas!

Cuando Ajhindar y yo nos dijimos nuestro nombre, y él supo que

yo también buscaba el Ojo, me atacó sin avisarme. ¡Solo porque él resbaló en la sangre de uno de aquellos muertos horrores sin alma me salvé yo de sucumbir al primer mandoble de su ataque por sorpresa! Habíamos estado conversando; ¡ambos habíamos salvado la vida del otro, y éramos amigos, hermanos de sangre!

Conan negó con la cabeza y siguió cabalgando, durante un rato, en meditabundo silencio, sombrío el rostro.

—Resbaló, como te he contado. Cayó contra una puerta. Se abrió una trampilla secreta que había en esta, y dos víboras salieron reptando al instante. Le mordieron una y otra vez, en unos pocos segundos… en la cara.

Khassek preguntó:

—¿Eso es todo?

—No, no es todo. Trató de matarme una segunda vez. Sabiendo que iba a morir al cabo de unos segundos, lo intentó de nuevo; ¡me arrojó aquellas malditas víboras! Yo ya había desenvainado la espada, y las corté a ambas por la mitad con un solo tajo, al vuelo. Entonces, ya solamente pude contemplar cómo Ajhindar se hinchaba, cómo su piel se oscurecía, y moría. Me habló del Ojo en un intento de convencerme de que terminara su misión: llevar ese amuleto hasta Iranistán. Y murió. Khassek, mi tristeza fue doble. Me gustaba ese hombre, yo respetaba su habilidad y su sentido del honor. Y había tratado de matarme sin aviso previo, con un mandoble traicionero. Luego, había muerto de manera indecente, de manera estúpida y horrible.

—Ajhindar merecía algo mejor —dijo Khassek.

—Fui a buscar el Ojo. Los dos Zambulanos habían llegado antes que yo a la estancia donde se encontraba. Lo tenía ella: Isparana. ¡Qué mujer, esa Isparana! Karamek, su camarada, se enzarzó en pelea conmigo mientras ella huía, y cuando lo hube matado Isparana ya había salido por una puerta, y la había cerrado y atrancado por el otro lado.

—Así —dijo Khassek, pensativo—, varios de los esbirros sin alma de Hisarr han muerto, y también Ajhindar, y Karamek. Todos, de una forma u otra, a tus manos o por culpa tuya.

—Sí —dijo Conan despreocupadamente—. Me aparté de aquella puerta y fui hacia una ventana, ¡y caí en una trampa que Hisarr Zul había dispuesto para quien quisiera entrar por allí! Me atraparon

unas mandíbulas de acero. Rompí la espada, y varias uñas, tratando de liberarme. No fui capaz. Solo pude aguardar a que el mago viniera. Y vino, recreándose en mi desgracia, y me dijo que tendría que quitarle el Ojo a Isparana y devolvérselo. ¡Ja! ¡Me habría comprometido a pasar una semana bailando, o a ir volando hasta Khitai para traerle un dragón y las barbas del emperador, con tal de salir de su casa y evitar que me llevaran a la cárcel! Pero el mago era astuto. Con unos polvos, me dejó inconsciente. Cuando desperté, me había… ¡me había quitado el alma! Me la enseñó, me enseñó una pequeña imagen de mí mismo en un espejo. Decía que, si lo rompía, me quedaría sin alma para siempre, como los hombres que le servían sin ser hombres ya.

»Entonces accedí, y fui tras la pista de Isparana… al servicio de Hisarr Zul.

Khassek oyó un sonido, y se volvió y vio que eran los dientes de Conan, que rechinaban, y que sus quijadas y su mentón habían palidecido.

—¿Has… has logrado recobrar tu alma, Conan?

—Sí. Me la devolvió la reina de Khaurán hace menos de dos semanas.

—¡Khaurán! ¿Allí estuviste mientras yo te buscaba por Shadizar? Pero ¿por qué volviste allí si tenías una tan buena amiga en Khaurán?

—Ella murió —dijo Conan, y siguió cabalgando en silencio durante un ralo—. La salvé a ella, y a todo Khaurán, de una conjura de brujos que tenía como meta entregar ese reino a Koth —murmuró por fin—, y, al hacerlo, la… condené.

Khassek no dijo nada, pero siguió adelante. ¡Qué aventuras había vivido aquel joven norteño! ¡En cuántas trampas había caído, o se había metido… para luego escapar de ellas derramando sangre! Ajhindar había muerto. Karamek había muerto. Y la reina de Khaurán… y, sin duda, algunos de los participantes en aquella «conjura de brujos» a la que el cimmerio había aludido tan escuetamente. Khassek sabía también que Hisarr Zul había muerto. Se preguntó si Isparana…

—Cuéntame, Conan. Así que fuiste en pos de Isparana.

—Sí. Solo, en el desierto, con un único caballo. Obré como un necio, y tuve suerte. En el primer oasis donde paré, me atacaron dos

hombres.

—¿A eso lo llamas tener suerte?

—Sí… porque fue la manera de obtener caballos y provisiones. Si no, el desierto habría acabado por matar, sin duda alguna, a aquel necio muchacho de Cimmeria.

—Oh —dijo Khassek en voz baja—. Y esos dos que…

—Murieron.

—Claro. —¡Y se llamaba a sí mismo «muchacho»! Khassek le echó una mirada a su compañero, y vio que este le estaba observando—. No me mires tan fijamente, Conan. Tiendes a ensangrentar los lugares por donde pasas, ¿sabes?

—Crom, dios de Cimmeria —dijo Conan mientras miraba al frente— infunde en el alma de cada cimmerio, cuando nace, fuerza para luchar y matar. Luego, ya no nos tiene más en cuenta. Somos hombres.

—Así que… luchas, y matas.

—Sí. —Al cabo de un rato de silencio, en el que los caballos, ya fatigados, siguieron adelante, Conan dijo—: Yo raramente busco pelea, Khassek. Es ella la que me busca, me persigue, me acosa. —Se irguió sobre el caballo, y el iranistanio, salvando con la mirada los escasos pies que separaban ambas monturas, se complació en las formas de aquel poderoso pecho—. ¡No la rehúyo! —dijo Conan al universo.

—Los sabios de mi tierra le dicen al hombre: «Sigue el camino que te aguarda» —explicó Khassek—. Es un buen consejo. Poco más puede hacer un hombre valiente que también sea sensato. ¿Lograste capturar a Isparana?

—Sí, al final lo logré —respondió Conan con voz apagada, y no dijo nada más durante millas de cabalgata.

Khassek dejó que su más joven compañero diera vueltas a sus pensamientos. La hierba de las estepas escaseaba cada vez más. Se acercaban al Gran Desierto. Más al sur, Zambula hacía ostentación de sus muros, y sus torres, y su palacio cupulado, en los mismos confines de ese desierto. Iranistán, al sudeste de Zambula, se hallaba al pie de una gran cordillera. Estaba muy, muy lejos. Khassek se preguntó, emprendido ya el camino, a dónde les llevaría este. Se le ocurrió que tal vez Conan estuviera pensando en lo mismo.

—En el desierto, mucho más al sur —empezó de repente a decir Conan, y Khassek hizo un gesto brusco al oír aquella voz a su izquierda—, tropecé con soldados de Samara. Eran gente agradable; estaban siguiendo torpemente hacia el norte el rastro de un par de ladrones. Estos ladrones eran los dos hombres que también habían tratado de robarme a mí. Yo tenía entonces casi todo su botín, y sus caballos… no había podido dominar sus camellos.

—¿Y quién puede? —dijo Khassek con una sonrisa.

—¡Oh, ahora sí puedo! En todo caso, aquella buena gente también me dejó algunas cosas del botín de los que perseguían. Y siguieron adelante, tras advertirme que no me acercara a cierto desfiladero.

—¡La Barranca del Demonio de Arena!

—Esa misma. Por desgracia, vi a Isparana, que me precedía en unas cuantas millas, y supe que por aquel desfiladero le daría alcance mucho antes que si subía a uno de esos malditos Cerros del Dragón, y volvía a bajar, y después subía a otro, y otro. Entré en la Barranca del Demonio de Arena.

—¡Y saliste vivo!

—Y salí vivo, Khassek. Aquello me atacó. Era imposible hacerle frente, y mis caballos huyeron por donde habían venido. Las mismas arenas se alzaron. Tomaron una forma vagamente humana, que mudaba sin cesar a modo de torbellino… y me agarraron. Oí una voz… su voz… ¡y exigió que le dijera si yo era Hisarr Zul! Aquella voz hablaba de algún modo dentro de mi mente, y, de algún modo, le respondí: No, le dije al monstruo, estoy tratando de matar a Hisarr Zul; solo yo puedo hacerlo —Conan miró de reojo a su compañero—. Exageré un poco, apreciado procurador de perfumes de la reina de Koth.

Khassek asintió sin sonreír. «Así que ambos sabemos mentir», pensó, y se preguntó si él mismo habría tenido presencia de ánimo suficiente para contar embustes si un demonio de arena hubiera estado sofocándole hasta la muerte.

El Demonio de Arena, entonces, le había liberado —explicó Conan—, y le había contado su historia: era el fantasma ciego del hermano de Hisarr Zul, y había muerto en aquel lugar diez años antes, y, en aquellos años, había logrado controlar las mismas arenas. Así, había matado a todos los que habían tratado de pasar

por el desfiladero. Buscando a quien le había quitado la vida, a Hisarr, atacaba y mataba a todos los viajeros. Los barrancos del desfiladero estaban sembrados de huesos, jirones de ropa y armas. Durante años, solo los necios, y los que no tenían conocimiento del gimoteante horror de arena que lo poblaba, han tomado el largo atajo entre los enloquecedores Cerros del Dragón.

—Hisarr y su hermano, el Demonio de Arena se había llamado en vida Tosya Zul, pasaron años estudiando la antigua doctrina; la arcana ciencia de magos que murieron hace mucho tiempo. Habían conocido secretos que no sabe ningún otro de los que moran entre los hombres; el saber demoníaco de horrores sin forma que acechan entre los cerros del mundo, y en la misma negrura que se interpone entre los mundos, en oscuras cavernas donde no entra ningún hombre, e incluso en los desiertos en perpetuo cambio, que el sol abrasa por toda la eternidad. Quisieron poder. El khan descubrió que estaban elaborando abominaciones en su casa de Zambula y mandó hombres a prenderlos. Los magos huyeron con sacos cargados de riquezas, pero abandonaron sus libros; o, por lo menos, eso creyó Tosya Zul. Este había puesto la vida en juego al volver a casa de ambos para salvar a Hisarr. Huyeron, y dejaron atrás tesoros sin precio de pavoroso saber. Huyeron en la noche como perros… ¡cómo perros ricos!

Hisarr había mentido a su hermano. En los Cerros del Dragón, Tosya descubrió que su hermano se había llevado algunos de los antiguos pergaminos. Se pelearon. Abrigado por la noche, Hisarr lo mató y le quemó los ojos con monedas al rojo vivo, para que no pudiera encontrar el camino hacia el otro mundo. E Hisarr fue entonces a Arenjun. Allí, perfeccionó los métodos para robar las almas de los hombres, como descubrí yo para mi consternación… ¡no, algo peor que la consternación! Pensaba aprovecharlos, ¿sabes?, para dominar a ciertas autoridades y poder gobernar una ciudad. Y luego un país, siempre chantajeando a hombres cuyas almas poseería. Y luego… —Conan se encogió de hombros— otro país, supongo, y quizá luego otro. Durante diez años, el Demonio de Arena en el que se había convertido Tosya Zul conoció el dolor, y mató a todos los que osaron acercarse a él. Los chacales se habían comido su carne, ¡y, a pesar de haber muerto, lo sabía, y sentía! El Demonio se lamentaba de su década de angustia, en la que había

estado muerto pero no muerto, y él mismo me dijo que comprendiera que no había podido conservar la cordura. ¡Oh, claro que lo comprendí!

—Entonces ¿estuviste allí y hablaste con… Arena? ¿Viste a ese mago muerto?

—Vi un pilar de arena que cambiaba continuamente de forma. Su voz habló dentro de mi cabeza. Me dijo cómo podría recobrar mi propia alma: Tenía que impedir que se rompiera el espejo, pues en tal caso me condenaría para siempre. Pero que debía lograr que lo rompiera alguna testa coronada. Dijo que todos los reyes tienen poderes que ellos mismos no conocen. Pero primero tenía que recobrar el espejo. Porque, verás, yo no dudaba de que Hisarr Zul actuaría traicioneramente en cuanto le devolviera el amuleto. No creía que fuera a devolverme mi alma y dejarme marchar. El Demonio de Arena me contó cómo liberar a aquellas criaturas sin alma de su hermano.

Khassek miró al cimmerio, y vio que su rostro tomaba el severo aire de un hosco dios de piedra al contar qué horribles medios habrían sido necesarios para dar reposo a aquellos que ya no podían llamarse hombres, y advirtió al instante que Conan los había empleado ya: cortarle la cabeza al mago, llenarle el cráneo, y los oídos y las narices con tierra, y quemarla por completo.

—Ah. Y la casa de Hisarr Zul ardió con todo lo que había dentro. ¿Fue obra tuya, Conan?

—Sí —dijo la estatua de entrecerrados ojos—. La llama creció, desde su cabeza, una vez el mismo hueso quedó reducido a polvo y cenizas.

—¿Cómo lo derrotaste?

—El Demonio de Tosya me reveló varias maneras de lograrlo, pero todas, salvo una, eran demasiado horribles como para intentarlo. Yo…

—¡Cuéntame —dijo el iranistanio, a quien la carne de los brazos se le puso de gallina— esos métodos, demasiado horribles incluso para ti, que habrías podido usar contra un personaje tan horrible como Hisarr Zul!

—Los recuerdo —dijo Conan con voz sombría—, jamás los olvidaré. El Demonio me dijo que, tras la muerte de su hermano, quedaría libre por fin de su vida-en-la-muerte, podría abandonar el

desfiladero e ir adonde… adonde sea que van las almas después de morir. Me dijo lo que debía hacer, y le pedí otro método, y otro. Aunque iba encolerizándose, le recordé que no había otro hombre que pudiera liberarle, que pudiera destruir a Hisarr Zul.

Y Conan, con voz baja y apagada, contó cuáles eran aquellos métodos.

Podía haber matado a Hissar Zul estrangulándolo con los cabellos de una virgen asesinada con un arma de bronce, y desflorada después de rapada. Conan dijo que, al oírlo, había sentido que se le revolvía el estómago, igual que en aquel momento se revolvía el de Khassek. ¡Qué abominación! También las aguas del río Zarkheba podían matar a Hissar, pues eran ponzoñosas; por desgracia, el Zarkheba estaba lejos, en el Kush suroriental. También habría podido matarlo con hierro forjado en Estigia, con un fuego alimentado por huesos, pues de aquella tierra oscura y plagada de brujería provenían casi todos los hechizos que los dos magos habían aprendido.

—¡Por los dioses y por la sangre de los dioses! —dijo Khassek, sin tratar de ocultar su estremecimiento.

—Sí. Finalmente, me dijo también que Hisarr podía ser derrotado por quien volviera contra él su propia magia. Creí que me sugería algo imposible… pero, al final, lo hice.

—¿Cómo?

—No voy a decírtelo —le respondió tranquilamente el bárbaro, y Khassek no volvió a preguntar.

Conan había perdido sus corceles y vituallas en la Barranca. Tosya Zul le resolvió aquel problema, pensando en su propio provecho; poco le importaba el cimmerio, salvo como arma que emplear contra su hermano. Alzó una tormenta de arena. Esta levantó a Conan por el aire, y lo arrastró varias millas hacia el sur, hasta un oasis. El Demonio creía que Hisarr Zul se dirigiría hacia aquel oasis; Conan supo que encontraría allí a Isparana, pues se había adelantado en el camino que la joven seguía con sus camellos.

—El mago me había dado una copia inofensiva del amuleto. Le di el cambiazo sin que ella se enterara. Entonces… bien, por una u otra razón… porque Isparana es toda una mujer, Khassek, y buena con la espada, y tan traicionera como… ¡como Hisarr! Decía que, por una u otra razón, una caravana nos capturó a ambos. Procedía

de Khawarizm, y eran mercaderes de esclavos. Al poco, Isparana y yo nos pusimos en camino hacia el norte, juntos… cargados de cadenas.

—¿Entre todas tus peripecias, te han hecho esclavo?

—Sí —dijo Conan tranquilamente—. No sin antes matar a varios guardias de su caravana, ¡te lo aseguro!

«Más cadáveres en su camino», pensó Khassek, y no dijo nada.

—¡Fue esa maldita Isparana la que me tumbó! Y luego trató de escapar. La capturaron. Nos cargaron de cadenas a ambos. Y encadenados anduvimos hacia el norte. Ambos teníamos, cada uno, un amuleto. Ella no vio el mío, y no sabía que el suyo era falso, y que de nada le habría servido al Khan de Zambula.

—¿Cómo, en nombre de Erlik y de Drud, escapaste de una caravana de esclavos khawarizmi, en pleno desierto… encadenado?

—No conozco a ese dios Drud —dijo Conan; su aparente calma estaba enervando a su compañero.

—Un dios muy antiguo, que todavía es adorado en Iranistán —dijo brevemente Khassek.

—He de admitir —dijo Conan— que no escapé. Ya te he mencionado a los cinco soldados de Samara con los que me había encontrado antes. Tropezamos con ellos de nuevo; estaban regresando a su ciudad. Yo grité y grité, y el capitán Arsil de Samara logró que quedáramos libres. Como, para mi propio mal, soy demasiado generoso, conseguí que también liberaran a Isparana. —Sonrió—. La última vez que la vi, cabalgaba hacia el sur, «escoltada» en dirección a Zambula por Arsil y sus hombres, que nada sabían de nuestras verdaderas intenciones, las de Isparana y las mías; yo cabalgué hacia el norte con camellos y caballos.

Khassek rio ruidosamente.

—¡Y así, le llevó el falso Ojo a Akter Khan, que, sin duda, lo debe de llevar ahora al cuello, creyendo que así goza de protección mágica! Pues el Ojo está vinculado a él de manera peculiar y única, Conan, gracias a la brujería.

El cimmerio negó con la cabeza.

—No —dijo, y Khassek le miró con atención. ¿Había algo más? —. Para asegurarme de que yo le llevaba el auténtico, Hisarr creó un hechizo que había de fundir al cabo de cierto tiempo el metal de la copia. Lo lamento. No le desearía ese dolor ni siquiera a Isparana,

ni tampoco, en caso de que sobreviva, la quemadura que le habrá dejado entre los pechos. Los tenía hermosos.

Igual que su compatriota iranistanio de quien Conan había adoptado el hábito, Khassek dio a entender su desengaño con una única palabra:

—¡Condenación!

Conan le miró de reojo, y, por una vez, en sus ojos de color azul volcánico pareció pintarse la complacencia. «Sí», replicó.

Siguieron adelante, y se adentraron en el desierto. Incluso parecía que el sol calentara más. Raquíticas plantas asomaban aquí y allá del suelo amarillento, y, tenazmente, se aferraban a la tierra y a la vida. El sol y el cielo brillaban, y parecía que reflejasen la palidez creciente de la tierra que pisaban los caballos.

—Conan —dijo Khassek—. No… sabrás nada acerca de la destrucción de una gran torre perteneciente a un tal Yara, sacerdote de Arenjun, ¿verdad?

Aunque sintió cierto escalofrío al recordar su encuentro con aquel brujo —habían pasado tres meses—, Conan rio entre dientes.

—Quizás Yara encolerizó al dios al que servía, y este destruyó su rutilante torre con un rayo, Khassek.

—Quizá. ¡Y tal vez yo me encuentre en compañía de un ladrón verdaderamente grande… y de un azote de magos!

Conan solo rio entre dientes, pero, mientras proseguían con su camino, se maravilló de aquello. ¿Azote de magos? Ciertamente, había tenido experiencias interesantes con varios magos, y con productos de la brujería… y había sobrevivido, mientras que ellos no. Lo fue meditando mientras cabalgaban hacia el sur por aquella tierra resplandeciente.

6. El mago de Zambula

Más al sur, mucho más, que Conan y el iranistanio, en el mismo desierto, y tan solo unos días al norte de Zambula, cuatro soldados de Samara despertaron y se encontraron con que faltaba uno de ellos. Y también la «invitada» a la que estaban escoltando. El capitán samaratano se dio un puñetazo en plena palma de la mano.

—¡Infierno y devastación! Habría ofrecido mi brazo derecho como prenda por Sarid. Por la barba de Tarim… esa maldita bruja…

—Sí, capitán —dijo uno de sus hombres—. Sarid no le había quitado los ojos de encima desde el principio, desde que la liberamos a ella y al cimmerio de la caravana de esclavos khawarizmi. Sarid se había escogido a sí mismo para ser su guardián. Ninguno de nosotros pensó en fijarse en ellos o en lo que se iban diciendo mientras cabalgábamos, y acampábamos, y cabalgábamos de nuevo…

—¡Y ahora esa zorra le ha persuadido de huir con ella! ¡Sarid! Ha desertado… ha desertado de su deber y de su rey… ¡por esa traicionera zambulana! ¡Maldito sea el día en que ese cimmerio logró que nos la lleváramos!

—Quizá muera de esa quemadura…

—¡La misma que nosotros le curamos con ungüento y le vendamos con tan tierno cuidado! ¡Mmf! No tendremos tanta suerte, Salik. Mala hierba nunca muere.

—Capitán Arsil… la mujer juró en todo momento que era agente del Khan de Zambula. Y que las bestias y vituallas que el cimmerio se había llevado le pertenecían a ella. Y también decía sin cesar que tenía un amuleto perteneciente a su khan. Y ese que tenía… —La voz le tembló al soldado samaratano, y calló. Hizo un signo que guardaba de todo mal y murmuró el nombre de un dios.

El capitán Arsü levantó bruscamente la cabeza.

—Y el cimm… Conan dijo otra cosa. Ahora me pregunto si… ¿ella y Sarid han cabalgado hacia el norte, Kambur?

—Eso parece —dijo el tercer soldado.

—Bien. Se aleja de Zambula, y nosotros estamos muy cerca de esa ciudad. ¡Tratará de buscar a Conan el Cimmerio, sin duda! Quizá, después de todo, ese rufián de extraños ojos nos mintiera. Admito que me gustaba ese hombre… todo esto por un amuleto, ¿eh? Kambur, tengo e) presentimiento de que ese pobre necio de Sarid no verá la próxima luna nueva. Ese cimmerio tan corpulento podría devorarle vivo. ¡Ah, pobre muchacho! ¡Por Tarim, espero que Conan haga comida para perros de esa condenada bruja!

—Arsü… capitán… ¿y si los… siguiéramos?

—¡No! ¡Por Tarim, no! No tengo intención de pasar el resto de mi vida en este desierto, ni tampoco de que vosotros lo hagáis. Ya hemos recobrado, al menos, en su mayor parte, las mercancías robadas que nos mandaron a buscar, y no tengo ganas de ir a contarle a esa moza de Sarid qué le ha pasado a su muchacho. —El capitán Arsü gimió—. Ni a su madre… ni al comandante.

—Pues… quizá todos quedaríamos mejor si dijéramos que Sarid murió. Heroicamente. Entonces…

—¿Para que apareciera en Samara al día siguiente, o al cabo de un mes o de un año? Oh, no, Kambur, con esas ideas tan absurdas jamás llegarás a sargento. ¡No! Y además… Kambur —el bello rostro moreno de Arsü pareció de pronto pensativo—, mejor que no hablemos para nada de Conan de Cimmeria ni de esa maldita Isparana mientras nos hallemos en territorio zambulano.

Kambur, un iranistanio al servicio de Samara, asintió. Arsü tenía razón, razonaba atinadamente… aunque Kambur se habría apostado las botas a que aquel hombre de nariz recta y ojos del color del cielo les había engañado a todos. Kambur no echaría de menos a Sarid, en realidad… aunque le sabía mal que Isparana se hubiera marchado. Le había parecido bien que quedara al cuidado de Sarid, pues este tenía una muchacha en casa, y el compromiso entre ambos ya estaba anunciado y registrado. Kambur se había formado él mismo algunas ideas y esperanzas acerca de la zambulana que habían encontrado con Conan en la caravana de esclavos khawarizmi.

«Así que Arsü teme por Sarid, ¿eh?».

Kambur irguió bruscamente la cabeza, que llevaba encasquetada en un yelmo. ¡Que Sarid se fuera al diablo! ¡Ya podía andarse con cuidado aquel corpulento bárbaro! ¡Isparana era lo bastante mujer y tentadora para ponerle también a él de rodillas! ¡Y cómo odiaba ella al cimmerio!

Los avíos que se amontonaban en la espaciosa habitación iban de lo tópico a lo extraño, pasando por lo exótico y lo sorprendente, y lo verdaderamente horrible. Lo único raro del joven mago que se hallaba en la estancia era su juventud. Estaba escudriñando en su bola de cristal, y al hacerlo sonreía. Su gorro de color marrón era extrañamente alto; vestía, además, una sencilla túnica blanca, larga, sobre calzones oscuros. El medallón que colgaba sobre su pecho se mecía con cada uno de sus movimientos. Aquel medallón tenía forma de gran rueda, guarnecida con perlas en los bordes; en su centro, brillaba un rubí de múltiples facetas, circundado por doce fulgurantes topacios que formaban la figura de una estrella de seis puntas. El medallón le había sido regalado por su khan. Y también uno de los dos anillos que llevaba puestos.

Sonriendo sin despegar los labios, sin suavizar la mirada, se apartó de la bola de cristal. Caminando con sus botas de suave fieltro rojo, se acercó a una puerta alta, adornada con paneles. La golpeó dos veces con los nudillos, y luego volvió, silbando, hacia su bola.

Al cabo de unos minutos, la puerta se abrió, y apareció otro hombre. Era calvo y, aunque la barba le cubriera ambas mejillas, se había afeitado el mentón, donde lucía una cicatriz. Unas vides enmarañadas, bordadas en hilo rojo, adornaban el dobladillo, los puños y el cuello de su oscura túnica marrón. Una cadenilla de plata colgaba sobre su pecho, y calzaba también botas de fieltro rojo. Llevaba en la muñeca un brazalete de bronce.

Ni él ni el mago hablaron. Mientras aguantaba la puerta, el mago pasó de largo por su lado sin dignarse a mirarlo con las gemas oscuras y frías que tenía por pupilas.

El joven brujo entró en una sala amplia, de techo elevado, pintado a manera de un cielo, y sostenido por columnas que representaban acacias. Dominaba la sala un estrado que había al fondo; y el estrado, un gran trono de madera de frutal con

guarniciones de plata. En este trono se sentaba un hombre ni apuesto ni feo, ni grueso ni delgado, aunque echaba cierta panza. Llevaba, encima de la larga túnica amarilla, otra de seda azul floreada, que, indudablemente, había sido importada por un elevado precio del lejano Khitai. Su interesante hechura dejaba a la vista el otro atuendo de color azafrán.

Al acercarse al estrado, el joven mago hizo un ademán brusco.

El hombre que se hallaba en el trono respondió, en el mismo instante en que vio la señal.

—Déjanos solos, Hafar.

Sin cerrar la puerta que conducía a la estancia del mago, el hombre más viejo salió del amplio salón del trono, acompañado por el frufrú de su túnica marrón. Pasó por una pequeña puerta que había en la pared opuesta, y la cerró a sus espaldas.

El hombre que se sentaba en el trono miró al mago con ojos oscuros, muy oscuros.

—Mi señor Khan, el Ojo de Erlik se encuentra de nuevo al sur de Arenjun.

—¿Cómo dices? ¡Bien!

—He visto en la bola de cristal que se halla en poder de un iranistanio y de ese mismo que se lo quitó a Hisarr Zul… y a Isparana.

El rostro de Akter Khan perdió algo de su rudeza.

—¡Un iranistanio! ¡Erlik nos proteja! Zafra: ¿Cuál de los dos tiene el Ojo?

El mago se hallaba delante mismo del trono, al pie del estrado, cuyos escalones cubría una alfombra del mismo color azul de la sobretúnica o sobrevesta del khan. Volvió la mirada hacia la pared que se hallaba detrás del trono, algo a la izquierda. En esta había una espada, envainada, sin más adorno. Las gemas de su empuñadura relucían. Dos abrazaderas de oro, o quizá sobredoradas, sostenían su vaina. Los fríos ojos de serpiente del mago se encontraron con la mirada de su khan.

—Ay, mi señor, no tengo poderes ilimitados. Los dos viajan juntos, y solamente puedo saber con certeza que el amuleto viaja con ellos. Solo en caso de que se separaran podría averiguar cuál es el que lleva el Ojo.

—Te trato bien, Zafra —le dijo Akter Khan—. Ocupas una

estancia contigua a este mismo salón del trono. ¡A tu señal, vacié esa estancia, y, siguiendo una indicación tuya, he prescindido de mi visir! Quiero saber más.

Zafra halló prudente hacer una reverencia, aunque breve y no profunda.

—Ningún hombre en todo el mundo podría decirte más de lo que te he dicho yo, mi señor Khan de Zambula. ¡Lo juro por mis barbas y por mi poder! Del Ojo de Erlik se desprende un aura, porque es un objeto creado por la brujería. Si se hallara entre tres personas, o incluso diez, ni el más hábil de esos célebres brujos de Estigia, la plagada de demonios, podría decir quién lo tiene si este no se separa de los demás. Sé dónde está el amuleto, mi señor Khan. Puedo vigilarlo mientras se acerca. Y lo haré. Ahora todavía está lejos. No importa cuál de los dos lo lleve, podremos apoderarnos fácilmente de él cuando se hallen lo bastante cerca. Entretanto, Akter Khan, ellos se irán acercando a nosotros, y no será necesario que hagamos nada. Les vigilaré.

—¡A menos que se desvíen hacia el este para evitar Zambula en su camino hacia Iranistán!

—No dejaré de vigilarlos en ningún momento, mi señor. Creo que se hallan al sur de la Vía de los Reyes. Pero, si se desviaran hacia el este, hacia el mar, no habrá manera de que nuestros hombres lleguen allí antes que ellos.

Los dedos de Akter Khan repiqueteaban en el brazo, entreverado de hebras de plata, de su silla de Estado; se oía el chasquido de sus uñas.

—Vigila a esos dos, Zafra, e infórmame tres veces cada día, ni una menos. Avísame de inmediato si se desvían de su camino, o si descubres cuál de ellos tiene el Ojo.

—Sí, Khan de Zambula. Por supuesto. Por lo menos, ahora sabemos que el amuleto está viniendo de nuevo hacia aquí.

—O quizá vaya hacia Iranistán. ¡Eso no debe ocurrir!

—Se hallan a semanas de aquí, mi señor Akter. Lo sabríamos. Mi señor no debe preocuparse. Os mantendré al corriente.

—Hummm. ¡Y todavía no sabemos nada de Karamek ni de Isparana! Así la plaga se lleve a… ¡Hafar! Será mejor que haga alguna otra aportación a los templos de Erlik y de Yog, pues algún dios debe de estar airado conmigo, ¡y no creo que se trate de

Hanumán! ¡Hafar!

Cuando Hafar entró, Zafra, el mago, ya se iba, y el Khan de Zambula se había vuelto para contemplar la espada que tenía colgada en la pared. Llevaba varios días haciéndolo, y Hafar se preguntaba qué significado tendría aquel arma para su señor, y se maravillaba del ascendiente que Zafra ejercía sobre él.

Zafra, entretanto, cerró la puerta a sus espaldas y se apoyó en los paneles de esta para poder contemplar mejor a la mujer que le aguardaba. Mientras cerraba, ella sonrió y dejó que su sencillo atuendo cayera al suelo, hecho un revoltijo del color de la amatista.

—Chia —dijo él, sin aliento—. No deberías haber venido aquí. ¿Es que ahora tendré que habituarme a cerrar la puerta del corredor?

La muchacha sonrió perezosamente y meneó las caderas. Adornaba estas una delicada cadenilla de oro, que ceñía por debajo su vientre de bello ombligo. Nada más cubría su cuerpo salvo algunos anillos, y, al igual que el medallón de Zafra, se la había regalado su señor el khan.

—Pero ¿cómo habría podido quedarme afuera? —le respondió suavemente—. Ven, y haz que tu Tigresa ronronee.

El favorito del Khan de Zambula se acercó a la favorita del mismo khan.

7. Isparana de Zambula

—Soo, Testa de Hierro; ya hemos salido, muchachos. ¡Decías la verdad, Conan! Hemos recorrido todo ese desfiladero embrujado, y no hemos hallado rastro alguno de fantasmas ni demonios de arena. Me disculpo por haber dudado. ¡Amigo, eres un héroe! ¡Ahora se tardará un día y varias horas menos en subir de Zambula a Zamora!

Conan asintió, al tiempo que mecía el cuerpo al ritmo del caballo. Se sentía un héroe, y procuraba olvidar que la mera imprudencia y su absurda cabezonería le habían empujado, hacía solo dos meses, a internarse en el desfiladero de la muerte. No quería acordarse de que solo la suerte, o quizás algún otro dios caprichoso, le habían salvado de añadirse a la lista de víctimas del fantasma que durante tanto tiempo había rondado por aquella barranca que se abría camino entre los Cerros del Dragón.

—Primero —dijo—, los viajeros habrán de saber con certeza que este paso es seguro. Creo que será mejor que no lo digamos a nadie, Khassek. Los Zambulanos podrían hacernos demasiadas preguntas.

El iranistanio, que cabalgaba algo adelantado, a la izquierda, asintió.

—Comprendo. Hablando del amuleto… me sentiría más confiado si me lo enseñaras, Conan.

La garganta del bárbaro escupió una risa breve, que recordó al otro hombre la tos de un león.

—¡Y yo también me sentiría más confiado si de verdad supiera que ya te quedas satisfecho con que ambos se lo llevemos a tu… patrón, Khass! Ya viste cómo me alejé de ti para desenterrarlo de las arenas. Lo llevamos con nosotros.

—Conan, me gustas. Tienes madera de luchador, y eres sensato, y creo que eres un chico honesto. En…

—Si fuera más sensato, sería sin duda menos honesto —dijo

Conan, y su rostro se ensombreció al oír la palabra «chico».

—Yo no lo creo. En cualquier caso, conozco a mi señor. Sé que nos recompensará a ambos. No tengo razón alguna para quererte mal, ni para tratar de quitarte el amuleto. ¡Aun cuando fuéramos enemigos, cruzaría el desierto contigo antes que hacerlo yo solo!

Conan se echó a reír.

—Yo sé de alguien que sí me quiere mal, y que además tiene buenos motivos para tratar de arrebatarme el amuleto… ¡y que preferiría arrebatarlo de mi cadáver!

—Esa mujer zambulana.

—¡Sí!

—Crees que ella llevaba el amuleto cuando Hisarr Zul lo convirtió en metal amarillo fundido.

—Con tres gemas incrustadas. No creo que se lo hubiera quitado. ¡Pobre Isparana! Era una buena ladrona, y tan avispada… y además recreaba la vista, Khass.

—Pues yo creo que se lo mereció por ladrona —dijo Khassek, sin pensar en que él mismo había sido enviado a robar el amuleto por alguien a quien no le pertenecía, y que estaba cabalgando al lado de otro ladrón—. Y no lograste poseerla.

—No.

—¡Psché! Y ahora, sus bellos pechos deben de estar chamuscados.

—Puede ser.

—No pareces muy… mm… apesadumbrado, amigo mío.

Los caballos siguieron hacia el sur, y dejaron atrás la Barranca del Demonio de Arena y los Cerros del Dragón. Sus dos acémilas caminaban trabajosamente tras ellos; probablemente, estas se sentían ofendidas de que, un día de cada dos, las obligaran a abandonar su oficio de cabalgaduras y a cargar con las alforjas. Solo la excelente montura de Conan parecía reconocer su nada original nombre; Khassek llamaba Testa de Hierro al caballo que estuviera montando en aquel momento. Al menos, le había dicho a Conan que eso significaba la palabra en iranistanio que siempre empleaba.

—Trató de matarme, Khass. En dos ocasiones. Y, ahora que me acuerdo, también en otra ocasión. ¡Tres veces! Y me abandonó tras darme por muerto, o creyendo tal vez que aquellos esclavistas khawarizmi me matarían. ¡Recuerda que yo mismo la había salvado

de ellos! Y, solo porque ella me golpeó a traición, pasamos años caminando penosamente por el desierto con aquella caravana de esclavos.

—¿Años?

—A mí me parecieron años —masculló Conan—. Para un cimmerio, un día sin libertad es como un año.

—Conan… hablando del Ojo… Si Hisarr manipuló los componentes de la copia para destruirla… es que debió de llegar a ver el original. —Khassek se ajustó la entrepierna de sus holgados pantalones—. Al mismo tiempo, quiero decir.

—Esa era mi misión —dijo Conan—. Me había fijado un plazo; tenía que llevarle el Ojo. Por supuesto que lo vio. Solo que no llegó a tenerlo.

—Lloro por él. Pero, en ese caso… Conan… me resulta extraño que, después de volver a Arenjun con el amuleto, después de mostrárselo a Hisarr, y matarle… me resulta extraño que volvieras a salir de Arenjun y cabalgaras hacia el desierto para enterrar el Ojo.

—¿Estás poniendo en duda mi palabra, Khass?

Khassek tiró de las riendas para obligar a su caballo a desviarse un tanto hacia la izquierda, y miró a Conan por encima del hombro; este se estaba poniendo bien la cinta que le sujetaba el cabello. Khassek no se hallaba muy lejos de él; el flanco derecho de Testa de Hierro prácticamente rozaba el morro de su montura. El cimmerio había dado a su animal, de pelaje castaño, precisamente el nombre de Castaño. Con eso le bastaba. Solía llamar Caballo al otro.

—¡Pero lo hago con gran precaución, hijo de una cimmeria, pues te tengo a mis espaldas!

Conan sonrió, y rio entre dientes.

—De acuerdo. Si la historia que te he contado fuera un cubo, no retendría ni un par de gotas de agua. No enterré el Ojo de Erlik en el desierto.

—¿Lo tenías escondido en Arenjun? —Khassek se dio una palmada en la cabeza—. ¡Con los caballos! Conan negó con la cabeza.

—Lo he llevado siempre encima, Khassek.

El iranistanio profirió juramentos en dos lenguas y por cuatro dioses. Conan sonrió, y asintió con aprobación. La blasfemia es un buen hábito, y gana con la variedad de idiomas.

—Pero ¿por qué…?

—Me pareció buena idea esperar a que ambos hubiéramos huido de Shadizar, y también hubiéramos dejado atrás Arenjun, antes de revelarte que lo tenía, Khass. Ahora que solo somos dos, creo que podré contigo.

—¡Artero bárbaro de las colinas! —El iranistanio sonreía.

—¡Astuto secuestrador montañés! —Conan sonrió también, y alzó la cabeza. Y los caballos siguieron adelante, siempre hacia el sur. Detrás de las acémilas, los escarpados cerros llamados del Dragón parecían empequeñecer, apiñarse, menguar.

—¡Ja!, ¡so, caballo!

Al tiempo que sujetaba las riendas, Khassek pasó una pierna por encima de la silla y saltó al suelo. Echó a correr, y una daga brilló en su mano; Conan vio cómo la arrojaba. El abandonado caballo le miraba. La daga dio en su blanco, y Conan asintió, frunciendo los labios. ¡Más le valdría recordar cuán hábil era Khassek con el puñal!

Sonriendo, el iranistanio regresó, y sus botas crujieron en la arena. Traía consigo su presa: un lagarto pequeño, repulsivo.

—Carne fresca para la cena —le hizo saber.

—Ugh —dijo Conan.

—Pues sigue comiendo de esa maldita carne salada —respondió Khassek, y se lo metió en el hueco que dejaba su pie dentro de la bota, y luego volvió a montar y se acomodó en la silla de elevados arzones.

Conan no dijo nada; sabía que el lagarto olería como la mejor carne de vacuno cuando lo asaran sobre un par de boñigas de caballo que habían ido recogiendo, y que sin duda había de gustarle. Siguieron adelante. El sol les observaba desde lo alto, y su gran ojo ardía. Unos días antes, la nariz de Conan se había despellejado. Y lo mismo había sucedido el día anterior.

—Conan… hablando de esta tal Isparana… Después de todo lo que me has contado de ella, ¡qué puta traidora! Con todo, la hiciste liberar de la esclavitud por tus… amigos samaratanos.

—Yo no le deseo la esclavitud a nadie, Khass. Ella servía a su señor, y yo era su rival, su enemigo. ¡De hecho, soy su enemigo! Ella trató de servirle bien. Tuve el poder de liberarla, o de condenarla a la esclavitud. No la odio tanto, e hice lo que debía hacer.

—Lo que te pareció que debías hacer.

Conan se quitó la cinta que le sujetaba el cabello para limpiarla de sudor.

—Lo uno y lo otro son lo mismo para un cimmerio. Volvió a ponerse la cinta, parpadeando.

—Yo no la habría hecho liberar —admitió el iranistanio tras haberlo meditado—. Para un iranistanio no es lo mismo.

—Lo tendré en cuenta, Khassek de Iranistán.

—¡Conan! —Khassek le mentó en tono acusador; y, también, burlón y petulante.

—Tú sigue cabalgando delante de mí para que pueda verte bien, amigo Khassek.

Tras algunos días, y otros más de luz y tórrido calor, Conan todavía no le había dicho a Khassek, pese a la insistencia de este, dónde llevaba el amuleto; Khassek creyó haberlo adivinado; y todavía cabalgaba delante del cimmerio al salir ambos de una «cañada» entre dos dunas. Les quedaba poca agua, y habían admitido, por fin, que empezaban a ponerse nerviosos.

El iranistanio fue el primero en ver a la pareja que venía hacia ellos en dirección opuesta. Él y los otros dos se sorprendieron y quedaron perplejos, y también sus respectivas monturas. El cuero de los arneses crujió cuando tiraron de las riendas.

Desde detrás del iranistanio, Conan alcanzó a ver a un soldado de barba partida, con el casco rematado en punta y, a su lado, algo retrasado, un jinete de poca estatura, cubierto con una chilaba, cuya capucha, al protegerle de la arena, le ocultaba el rostro. Fue aquel rostro invisible el primero en hablar.

—¡Sarid! ¡Es él… Conan!

—Qué diablos… —Al mismo tiempo que hablaba, Khassek trató ya de desenvainar el acero. Su caballo hizo cabriolas, nervioso. Los pantalones amarillos y sucios del iranistanio, abiertos por los lados, aletearon un poco a causa de una brisa… cálida.

Sarid desenvainó su arma el primero, aguijoneado por las palabras de su camarada.

El iranistanio aún no había desenvainado por completo su daga cuando el acero de Sarid le hirió en el rostro. Khassek masculló algo entre borbotones de sangre, y el aliento que empleó en las palabras que no podía articular convirtió la espuma roja en chorro. Jirones

de lengua y labio cayeron sobre la pechera de su sobrevesta.

Se tambaleó; Sarid, acometiendo de nuevo, hundió su espada en la sien del otro, haciendo un sonido como «chog».

Sarid tuvo que retirar el arma con rapidez, pues el iranistanio cayó hacia atrás, y luego a un lado de la silla. Solo quedaba de su rostro una espantosa ruina; el primer mandoble le había destrozado la boca, y el segundo todo un costado de la cabeza. Al caer sobre la arena hizo un sonido como el del saco de grano que suelta un descuidado estibador; cayó como una gota de agua en un charco. Khassek dio tumbos, se revolcó, hizo horribles gorgoteos.

Solo habían pasado unos segundos. El viento seco y cálido le agitaba la vestimenta. Conan estaba seguro de que Khassek no sufriría mucho más, y también de que no le habría dejado vivir con aquel rostro.

El caballo de Khassek, que se hallaba a la salida de aquel estrecho paso entre dos dunas, se encabritó cuando Sarid trató de avanzar. Este había atacado antes al oír el grito de su compañero, y sin pensarlo dos veces; ahora, el soldado entrenado reconocía por fin a su verdadera presa. Isparana le había hablado del grandísimo hijo de perra cimmerio. Sarid trató de eludir al encabritado caballo. Este tropezó con la montura de Conan. El cimmerio profirió un juramento; aferró las riendas y desenvainó su arma con rapidez. Acordándose de la rienda con la que habían conducido a las acémilas, alargó el brazo para soltarla del elevado arzón posterior de su propia silla de montar. La correa de cuero cayó al suelo; los animales, aunque inquietos, no se movieron.

—Maldita estúpida… bestia… ¡apar… TATE!

Sarid se abalanzó, tratando de sortear a Testa de Hierro. El caballo relinchó y se encabritó de nuevo.

Detrás de Sarid, Isparana se había quitado la capucha. Ella también sostenía una espada con apretado puño, cuyos nudillos aparecían pálidos y huesudos. Khassek se retorcía en el suelo. Su caballo aún se interponía entre Conan y Sarid, a la misma salida del paso.

Pasaron los segundos. Agachándose solo un poco sobre su silla, Conan pareció ir a clavar la espada a la montura de Khassek; dándole la vuelta a la hoja en el último momento, golpeó ruidosamente con el plano de esta las ancas de Testa de Hierro.

Con un chillido casi humano, el animal avanzó ciegamente entre sacudidas. Así, le dio con el codo a la bestia de Sarid en el cuello arqueado y de larga crin… pero Testa de Hierro no se detuvo. Siguió adelante, y faltó poco para que, primero con el codo, y luego con la silla de montar, le arrancara de cuajo la pierna al mismo Sarid. El hombre chilló con voz tan aguda e inhumana como la del animal.

Entonces, Testa de Hierro pasó desbocado por el lado de Isparana; Sarid no podía manejar ya su propio caballo, ni a sí mismo, y se tambaleó, trasmudado el rostro, y Conan aguijó a su montura con ambos tobillos, que luego afianzó en los flancos de la bestia. Tenía los músculos de las piernas tensos.

Su caballo se echó a cabalgar con la intención de ir tras el animal que conocía y al que había seguido por todo el camino desde Shadizar. Y Conan asestó un mandoble con la diestra, entre el cuello de Castaño y su propio pecho, para clavar la espada en el brazo izquierdo de Sarid.

La hoja se hundió profundamente. Ambos caballos galopaban en direcciones opuestas. La espada, clavada en músculo y hueso, aguantó. El brazo de Conan hacía fuerza sobre su propio cuerpo, y le oprimía el pecho. Su caballo no se detuvo. El cimmerio gruñó, y torció el cuerpo. El caballo luchó por seguir adelante. Conan, que ya solo conservaba a medias el equilibrio, acabó por soltar la espada, desesperado… pero lo hizo demasiado tarde. Cayó.

La pezuña trasera izquierda del gran caballo bayo de Sarid golpeó el suelo a dos dedos de la cabeza del cimmerio.

El bayo, al que ya nada sujetaba, se alejó al trote, pues el brazo izquierdo de Sarid estaba medio cortado, y la sangre que perdía a chorros relucía en la hoja del arma que seguía en él clavada. El caballo pasó galopando por el lado de las acémilas de Conan, que se hallaban todavía en el pequeño paso, entre las dunas. No había espació suficiente para todos; al bayo no le importó. Sarid fue derribado al suelo por el golpe de una de las alforjas. Cayó pesadamente. La espada que seguía clavada en su brazo pareció acortarse.

Sarid, a causa del deseo que sentía por Isparana, y empujado a una insensata fiebre por la lujuria, los halagos y las promesas de recompensa, que no se limitaban a la seductora misma, había

abandonado su juramento como soldado de Turan. Había atacado temerariamente, había matado a Khassek, que para él era un completo extraño… y había perdido el brazo izquierdo, y el uso de la pierna izquierda.

Entonces, una de las bestias de carga, encabritada en su pavor, le aplastó el pecho con las patas.

Conan, entretanto, había caído pesadamente sobre la arena. Tratando de incorporarse ya en el mismo momento de caer, se levantó en un par de segundos. Había perdido caballo y espada, y evitado por muy poco que una de las bestias lo arrollara. La cólera que sentía se acercaba a la locura. Al volverse a mirar el camino que había seguido, vio las ancas del caballo de Isparana. Este agitaba su larga cola negra como una bandera, como un burlesco estandarte.

El corpulento cimmerio gruñó, y cometió un disparate. Agarró con ambas manos la larga cola ondeante, y tiró de ella.

Al instante, sus talones se hundieron en la arena y el pelambre de caballo le hirió los dedos.

Con un relincho, y una sacudida que hizo que la mujer se tambaleara, el animal se detuvo. Tiró adelante, entre bufidos… ¡y Conan aguantó!

Su jinete, que se revolvía en una silla de elevado arzón posterior, hecho de cuero sobre madera, se dio la vuelta para atacar a Conan con su espada, curva a la manera oriental; una espada de las que abren grandes heridas. La cola de su montura era bellamente larga, y el hombre que la sujetaba se hallaba algo lejos. No pudo alcanzarlo con la punta de la espada. Lo intentó de nuevo.

Como que su peso no dejaba de moverse sobre el lomo del caballo, y a la vez hacía gestos violentos, y Conan tiraba de la cola del animal, este acabó por encabritarse.

Sonriendo como un lobo, Conan soltó al caballo en el mismo momento en que Isparana arremetía contra él.

Ambos cayeron rodando: el hombre, y la mujer vestida con una túnica. Ambos profirieron blasfemias. El ofendido caballo miró atrás con ojos grandes, nerviosos, blancos en buena medida, que parecían revelar una sensibilidad sorprendida. Luego se volvió para intercambiar miradas con las acémilas. Una de ellas —la que tenía sangre en la pezuña delantera derecha— relinchó. Lo mismo hizo el

caballo de Isparana. A varias yardas de allí, el castaño de Conan miró atrás. Su arnés repiqueteó cuando volvió la cabeza. Relinchó del mismo modo suave y gentil, y luego levantó el morro y relinchó con más fuerza. A un cuarto de milla de allí, Testa de Hierro lo oyó y se detuvo. Se volvió para mirar el camino por donde había venido. Meneó la cabeza. Relinchó, a su vez, ruidosamente.

Isparana y Conan tropezaron el uno con el otro sobre las arenas y se enzarzaron en pelea. Cuando la fatiga los obligó a detenerse, ella estaba encima. Irguió el cuerpo —estaba de hinojos, a horcajadas, encima del cimmerio, llenándole los ojos con sus rodillas embutidas en unos pantalones amarillos— y levantó la espada. El odio y la rabia asesina le afearon los ojos, y la luz del sol se reflejó en estos, así como en su luna creciente de acero.

Conan observó el fulgor de aquellos ojos llenos de odio, enloquecidos, aunque el brillo de la espada tuviera un interés más inmediato para él. Al mismo tiempo que Isparana asestaba su mandoble, el cimmerio propulsó ambos brazos hacia arriba.

La muñeca de la mujer fue a parar a la mano derecha del cimmerio, igual que se introduce el remo en una acanaladura. Todo su brazo se estremeció por el choque, y se detuvo como si hubiera golpeado piedra. El brazo de Conan aguantó, no soltaba al de Isparana, y tenía el puño bien cerrado. Apretó.

Con la otra mano le quitó la daga.

Isparana gimió, y su cimitarra cayó al suelo, al tiempo que sus huesos crujían y abría la mano involuntariamente. Gritó: «¡NO!» al ver que su propia daga iba a clavarse en ella, y le cortaba… la chilaba hasta abrirle toda la delantera.

No llevaba nada puesto aparte de aquel atuendo del desierto, salvo una cinta de algodón para el cabello, y los pantalones abiertos por los lados, amplios, sujetos con apretaderas. Ambas prendas eran de color amarillo brillante, que contrastaba bellamente con la piel de la joven, de color leonado. Conan no vio cicatriz alguna en sus pechos turgentes. Desechó la daga, y tiró de la mujer hacia sí. Esta cayó delante del cimmerio, que aprovechó para cambiar las tornas. Se puso encima de ella y la miró fijamente a los ojos. Cuando la mujer le mordió una mano, pudo propinarle una bofetada con la otra.

—¡NO, maldito seas! —chillaba, y se revolvía con furia.

Khassek de Iranistán yacía en el suelo sin moverse, y también Sarid, soldado turanio de Samara; e Isparana de Zambula se retorcía y jadeaba, y Conan no tardó en ver la fea quemadura en su cadera. El despreocupado sol del desierto les sonreía, refulgente, y el sudor no tardó en empapar la arena, y, al cabo de un rato, las maldiciones de Isparana dieron paso a gemidos y grititos, y, poco después, cambiaron de tono, pues aquella joven ya no era una niña.

8. Amistades extrañas

Un hombre y una mujer cabalgaban hacia el sur por el desierto. A su alrededor se iban sucediendo pequeñas dunas, entre las que había vacíos desfiladeros, y el sol, en lo alto, era un enemigo que había convertido el cielo en caldero de latón. Los caballos andaban lentamente, con la cabeza gacha. La mujer llevaba sujeta al arzón de su silla una larga correa que guiaba a otros cuatro caballos. Dos de estos estaban ensillados y además acarreaban alforjas; los otros dos iban cargados con alforjas aún más voluminosas.

El hombre, sin duda alguna, era un hombre, aunque bastante joven. Alto, y fornido, tenía grandes hombros, que apenas si cabían en el albornoz que llevaba puesto; habría podido tratarse de un luchador profesional. Nadie le habría tenido por apuesto, ni tampoco por feo cuando su rostro no estaba tenso. Una cinta de algodón amarillo le ceñía la testa, y le sujetaba la melena negra. Su rostro era moreno, como también las manos, aunque la alargada región del pecho que dejaba ver su túnica, cuya hechura se abría por delante, tenía el color más pálido. Había cabalgado con las perneras de sus holgados calzones de hombre del desierto subidas hasta la cadera; pero, decidiendo que sus musculosas piernas ya habían tomado mucho sol, bajó las perneras de los calzones de color pardo hasta las botas. Los ojos que miraban desde aquel rostro curtido por el sol, bajo la lustrosa melena y la cinta de color chillón, eran extraños en aquel desierto meridional del creciente imperio de Turan; brillaban con un cálido azul que imitaba el cielo abrasado por el sol.

El día era cálido, como todos los días. La pálida arena reflejaba la luz del mordiente sol en mil millones de destellos diamantinos, por los cuales el mundo del desierto era todavía más cálido, y más brillante, hasta deslumbrar. Los caballos caminaban pesadamente.

Hombre y mujer cabalgaban encorvados, prietos los labios, y clavados los ojos en lo que tenían delante. La ropa se pegaba a sus cuerpos anegados de sudor.

La mujer, sin duda alguna, era una mujer, y de más edad que el hombre. Tenía el rostro alargado, los pómulos bien conformados y los ojos oscuros, la mirada penetrante, y la nariz ligeramente redondeada, los labios pronunciados, y un hoyuelo en el mentón. Nadie habría podido juzgarla hermosa; solo otra mujer la hubiera hallado fea, y sin razón. Sus abombados calzones, de los que se llaman también sirwal, de color amarillo, sucios a causa de la arena y la mugre, oscurecidos aquí y allá por el sudor, estaban abiertos por los lados, y rasgados. Separado de la chilaba, el capuchón yacía sobre sus muslos, pues la sucia túnica blanca había quedado tan rota y andrajosa que ya no le llegaba a las rodillas. El sirwal, muy holgado, terminaba dentro de unas botas rojas que le cubrían sobradamente las voluminosas pantorrillas. Una soberbia masa de cabello negro y ondeante brillaba, azul y purpúrea, a la enojada luz del sol; caía en rizos sobre su rostro, y sobre la sucia tira que la sujetaba; esta, la había llevado antes el hombre. Sus senos, a los que nada sujetaba, se movían cual animalillos inquietos bajo su chilaba, cuyo escote ofrecía a la vista buena parte de sus curvas; la cinta que antes los había sostenido había pasado a ceñir la cabeza de un hombre.

Este había señalado, sin clemencia alguna, que la piel leonada de la joven estaba habituada al sol, y que no había de sufrir quemaduras. La había enfurecido al decirle aquello, y la había sorprendido al ayudarla a cambiarse el vendaje de la cadera. Allí, el sirwal de algodón tenía una fea quemadura, un estropeado agujero de bordes negros.

—¡La piel de los pechos me escuece, perro!

—No se quemará —dijo él, que cabalgaba plácidamente a su derecha—. No mucho, en todo caso —añadió, y la mujer tuvo que apretar los labios.

—¿Por qué quieres que vaya contigo? ¿Por qué no me violas y luego me abandonas para que muera en el desierto, sin ropas e indefensa, bárbaro?

—¿Después de todo lo que hemos pasado juntos? ¡Isparana, Isparana! ¡Me siento responsable de ti, mujer! Además… tu meta es

llevar el Ojo de Erlik a Zambula, ¿no es así?

Ella le miró con ojos brillantes, y su pecho, refulgente a causa del sudor, y parcialmente desnudo, se puso enhiesto. Dijo casi en susurros:

—S-sí…

—Bien. —Conan se encogió de hombros—. Khassek, que me caía bien, maldita seas, ha muerto. Zambula está mucho más cerca que Iranistán, y nada le debo a esa lejana tierra. Podrás cumplir con tu misión, Isparana. Tú y el amuleto llegaréis juntos a Zambula. Pero seré yo quien lleve el Ojo, no tú. Si te comportas amistosamente, le contaré con suma alegría a tu patrón que me has persuadido de que se lo llevara en tu compañía.

Isparana, que estaba mirándole, y parpadeaba, calló. Se humedeció los labios con la punta de la lengua mientras meditaba, reflexionaba, confusa sin duda por las palabras y la imprevisibilidad del maldito montañés. Sensatamente, Isparana calló. Aquel gran perro bárbaro era sin duda un sobreviviente, y digno luchador al mismo tiempo que buen compañero… y, maldición, también un digno amante.

Además, se estaban dirigiendo a Zambula, y Conan le había dicho que tenía el amuleto, aunque no parecía que llevara nada encima aparte del feo y barato abalorio de arcilla, colgado al cuello con una correa.

Aquella tarde aventuró una queja acerca del escaso atuendo que le permitía llevar puesto. Recibió una amistosa palmada en la cadera, y la promesa de que viajar de aquel modo era menos peligroso. Conan le dijo de nuevo que su piel apenas si podía considerarse como blanca, y que no corría ningún riesgo de sufrir quemaduras del sol.

—¡Si nos atacaran —dijo ella—, yo no tendría ni un arma! Conan la miró con mirada sombría y torva.

—Si nos atacaran —le dijo—, tú no necesitarías un arma.

Una calidez la invadió, pero ella misma no recibió de buena gana aquella reacción propia. Isparana se mantuvo en sensato silencio, apretó los labios y miró al frente. Siguieron cabalgando hacia el sur, hacia Zambula.

—No me gusta que estés aquí cuando trabajo —dijo Zafra—. Ni me interesa ese incienso decadente que insistes en quemar, ni las

velas aromáticas. Este es mi lugar de trabajo. También tiene acceso al salón del trono. ¡No me gusta para nada que estés aquí! Si él lo descubriera…

—¡Él! —La muchacha profirió esta palabra como si hubiera sido un insulto—. ¿Qué puede descubrir él? ¡Balad ha asustado a nuestro pobre Akter! ¡Balad quiere el trono, y creo que lo obtendrá, Zafra! Akter está nervioso y siempre tiene a su hijo bajo vigilancia constante y severa, lo más severa posible. Y mientras, nuestro señor khan teme ordenar que las tropas ataquen abiertamente a su contrincante Balad… ¡para evitar que el pueblo se ponga de su parte!

Fue del sofá a la mesa donde Zafra tenía la bola de cristal, moviéndose con sigilo bajo sus pocas onzas de seda y su libra de gemas y perlas. Aquella muchacha a la que Akter Khan llamaba Tigresa andaba con la gracia de un esbelto y sigiloso felino. Y bien podía hacerlo. Chía era una joven de constitución espléndida, aunque económica, y tenía la ligereza del felino, y gracia, y un aura de sensualidad que habría enardecido a un octogenario. Su cabello revuelto, de tonos leonados, esparcía sobre sus anchos hombros el color del ámbar, y sus ojos, grandes, maquillados con afeites de alcohol y con tinte azul en los párpados, eran de un gris desconcertante. Una esclava de la lejana Aquilonia pasaba cada mañana, cepillándole la cabellera, varios minutos, que medían según el tiempo requerido para que la sombra de un reloj de sol recorriera la mitad del camino que separaba una hora de otra. Una vez había terminado, su señora se lo despeinaba deliberadamente, para conservar su apariencia revuelta y sensual.

Aunque la conociera bien, aun cuando hubiera pasado muchas horas ya con ella, Zafra todavía observaba sus movimientos con la fascinación y el interés que Chia suscitaba solo con echarse a caminar.

El mago pensaba que aquella muchacha había nacido para tentar; era digna de un emperador… o de un mago que, con el andar de los años, habría de reinar, y que reinaría en un reino mucho más grande que la pequeña Zambula del desierto. Chia de Argos era tan fiable como el predador de la jungla que le prestaba su nombre, y su moralidad era la de la gata en celo. Encarnaba la fatiga, el esteticismo y la decadencia, y Zafra se complacía en

poseer a la que había pertenecido a Akter Khan. ¡Aunque el mismo khan no supiera que ya no era suya!

Akter no la había mandado llamar hasta aquella última noche, y la joven, por supuesto, había ido, mientras Zafra no podía impedir que le rechinaran los dientes, y hacía planes para un futuro en el que había de reinar mediante la brujería; en el que había de reinar Zafra, que se llamaría Zafra Khan.

Chia siguió hablando, desdeñosa, mientras holgazaneaba, y sus ojos brillaban al mirar a Zafra como con destellos de mica.

—Akter Khan cree que con la ayuda de Totrasmek, el acólito, tiene vigilado a ese tal Balad que querría llamarse Balad Khan… ¡y Balad soborna a Totrasmek, ese retoño de sacerdote, y le dice qué ha de contarle a nuestro noble khan!

Su risotada de menosprecio no fue bella. Ni lo era su rostro cada vez que aquellos sonidos guturales brotaban de su boca de gruesos labios, amplia y sensual, que se esforzaba por mantener siempre cierto mohín desdeñoso aun cuando sonreía… siempre por un solo lado, pues Chia no era perfecta; tenía un diente malo a la izquierda.

Zafra se volvió para echar otra mirada a su bola de cristal, y sonrió tan imperfectamente como ella; sus ojos nunca participaban de su sonrisa. Sí, aquellos dos seguían avanzando, se acercaban cada vez más a Zambula, aunque todavía estuvieran lejos, en el desierto.

—En cuanto a Akter —siguió diciendo Chia—, ¡bien, tú le conoces, Zafra! Cada noche, antes de terminar la cena, el vino ya le tiene amodorrado, y al cabo de una hora de terminarla está completamente borracho. Cada noche. ¡Su voluminosa panza crece visiblemente día a día! ¡Eso no es un khan! Es un borrachuzo cobarde, Akter el Borrachuzo… o el Encurdado, pues así le llama cada vez más la soldadesca.

Inclinándose sobre su mesa de instrumentos, Zafra volvió la cabeza para poder verla aun por encima del hombro.

—Chia… ¿tienes comercio carnal con Totrasmek? Ella le miró.

—¿Yo? ¿Crees que una mujer como yo tiene tratos con hombres que han entregado su virilidad a los dioses? Zafra casi sonrió.

—Bien… piensa cómo puedes lograr que se pregunte si la muchacha shanki, ese obsequio que le trajeron a nuestro señor Khan… que se pregunte, y así se pregunte también Balad, si la

muchacha realmente murió de alguna dolencia o… de otra cosa.

—¿Oh? ¿No murió de una dolencia?

—¿Y cómo ha de saberlo un simple mago, Chia, que además es muy joven? Tú procura que esa idea se difunda entre quienes puedan transmitírsela a Balad.

—Bueno, no será preciso entenderse con un sacerdote insignificante y ambicioso, amor mío. ¡Mi querida Mitralia espía para Balad!

—¿Tu esclava? ¿Esa bonita aquilonia rubia? ¿Por qué no me lo habías dicho antes?

Chia ladeó la cabeza y le miró entre sus gruesas pestañas.

—Porque te lo digo ahora. ¿Acaso tú me cuentas todo lo que sabes, amante ambicioso y hechicero?

La joven, sonriente, bostezó y se desperezó a propósito, estiró sus cobrizos miembros ante la mirada de un hombre de quien sabía que amaba su cuerpo. La fascinaba aquella extraña anomalía de ver a un hombre tocado con el extraño gorro que Zafra usaba. El favorito del khan, el hombre en quien más confiaba este en aquella gran ciudad; un mago, que no estaba avejentado ni era calvo; un joven que conocía el Libro de Skelos, y que sabía más que los propios pictos acerca de sus abominables Hijos de Jhil, y que había leído los hediondos códices de Sabatea, la del pavo real dorado; sin duda, su saber podía parangonarse con el que ocultaban los estigios en sus oscuras criptas.

Chia sabía que al cabo de un año o quizá menos, si Akter retenía su trono, Zafra acabaría por reinar. Y si Balad se hacía con el poder… bien, la muchacha también había elaborado algunos planes por si se daba el caso.

Zafra estaba fascinado con ella, y la joven lo sabía, como si la hechicera hubiese sido Chía, y no él. Pero el brujo también fascinaba a la muchacha, por lo distinto que era y por su osadía… y por el poder que tenía, y por la esperanza del que podía tener. Y, por supuesto, Chía de Argos sabía que acabaría por hastiarse de aquel hombre… ¡a menos que Zafra retuviera y consolidara su poder, y lo acrecentara!

—Balad no carece de partidarios —dijo, enarcando las cejas, al tiempo que bajaba las pestañas, cargadas de afeites de alcohol y de oloroso ungüento—. Y los hay que… hablan en su favor en

Aghrapur, la capital.

Chía no se refería nunca a aquella ciudad solo por el nombre, sino como «Aghrapur, la capital», y Zafra sabía que la muchacha sentía codicia por ella; era el asiento de un imperio.

—Y si además dices «de Turan», del que nuestra Zambula no es más que una satrapía —exclamó—, te habré de retorcer ese bonito cuello.

Sonriendo con pereza, y desarreglándose deliberadamente la poca ropa que llevaba, la joven lo dijo.

—¡Ah, bruja —dijo Zafra—, bruja!

Y al instante decidió hacerle crecer una verruga en la mejilla. Una pequeña, para que la muchacha tuviera algo en que pensar.

—¡Y qué mejor consorte para un mago —dijo ella, sonriendo perezosamente—; un mago, un íntimo de los demonios!

—En absoluto. Ahora, mira, Chia…

La muchacha estiró el cuerpo, se contorsionó ágilmente, y los contornos de sus músculos de tigre se dibujaron en su piel ambarina, tensos como la piel de un tambor.

—¡Llámame Tigresa, Zafra, tigre!

—Él te llama así, Chia. ¡Escúchame; si no me escuchas, acabaré por mostrarte algunos de mis poderes! ¿Sabes que, solo con que hiciera un par de gestos, no te quedaría otro remedio que ponerte de rodillas, con el vientre en el suelo, y que te arrastrarías y reptarías como una serpiente?

La joven se agarró al borde de una mesa cargada de alúdeles y atanores, y de jarras y frascos de extraño contenido. Arqueó la espalda, levantó la grupa, y meneó las caderas mientras le miraba con ojos gatunos.

—¿Si? ¿Eso te gustaría? ¿Quieres verme de esa manera, mago? ¡Pues lo haré si tú me lo pides, mi brujesco amor! ¡No es necesario que malgastes tus conjuros!

El brujo apretó los puños, y se preguntó si la muchacha se estaría burlando de él, o si le temía y trataba de protegerse… o si lo decía en serio.

—¡Ah! —exclamó desesperadamente—. Y el dolor… supongamos que te produzco un dolor tal que me hayas de rogar que cese, y que te permita obedecer mis órdenes.

La muchacha se desnudó los senos, y se acarició lentamente los

labios con la lengua.

—¿Querrías martirizarme y ver cómo me retuerzo, mi brujesco amante? ¡Pégame!

—Chia…

A Zafra, los ojos se le habían tornado fríos y serpentinos; hablaba también con voz fría, y preñada de advertencias que entrañaban amenazas. La joven se dio cuenta de que el brujo se había hartado de sus provocaciones. Habló con voz suave y dulce.

—¿Amor mío?

—Debo ir a decirle al khan que su agente Isparana se está acercando cada vez más a Zambula, en compañía de un hombre que tiene ese Ojo que nuestro borracho señor quiere con tanta desesperación. Le sugeriré que despache a una… guardia de honor, para que les salga al encuentro y los escolte hasta nosotros.

—¡Qué afortunado es al tenerte a ti, que siempre velas por él! ¿Por qué no le haces el favor de acabar con Balad?

—Le he contado que ya estoy trabajando en ello, y que Balad se defiende con grandes hechizos. Ahora… tienes que estar quieta, Chia, y callada, mientras salgo por esa puerta. Pues, si no, causarías la ruina de ambos.

—Guardaré silencio como una ratoncita desnuda —dijo ella, y se despojó con unos pocos y rápidos movimientos de todos sus vestidos, y se arrojó al suelo, en ademán de licencioso abandono. Al extremo de una fina cadenilla de oro, colgaba sobre su vientre un ojo de tigre.

Zafra, a quien le rechinaban los dientes, anduvo hacia la alta puerta adornada con paneles para ir a informar a su khan.

«Qué soberbio animal —pensaba el mago, con el rostro sosegado y los ojos fríos y severos—. ¿Cuánto tiempo pasará hasta que tenga que matarla?».

9. Muerte entre las dunas

Había seis hombres ataviados con túnicas verdes, embozados con pañuelos oscuros, y su cabecilla sostenía la ardiente mirada de Conan y le decía que solo pretendían llevarse a Isparana.

—No entiendo —iba diciendo Conan mientras pensaba qué hacer—. Mi hermana no está en venta.

—¡No queremos comprarla, sesos de mula! —le dijo el hombre de la túnica verde, y dos de sus camaradas rieron.

—Oh —dijo Conan—. Isparana, estos hombres quieren divertirse un momento contigo. No te importa, ¿verdad? Además, convendría que soltaras las riendas de las acémilas que llevas sujetas a tu silla. —Esperó que la mujer imaginara qué palabras seguían a estas—: Y que entonces te dispusieras a salir cabalgando a toda velocidad y sin estorbos.

Los ojos del cabecilla, que el pañuelo verde no llegaba a ocultar, miraron a la mujer. Conan hizo un rápido movimiento con el brazo derecho. Agarró con la diestra el puño de su espada y, sin pensarlo dos veces, la desenvainó. Con la punta del arma destrozó los ojos que le miraban.

Al mismo tiempo, aguijó a su caballo con ambos talones, y los oprimió contra la bestia.

El asaltante chilló, y llevó inútilmente ambas manos a las cuencas sangrantes. Dos de sus compañeros prorrumpieron en gritos, mientras otro profería maldiciones. Y otro, que blandía ya la espada, recibió un golpe tan fuerte al chocar con el codo de la montura del cimmerio que cayó de la silla. Su cimitarra salió volando por los aires. Otros desenvainaron sus armas cuando Isparana ya soltaba las acémilas.

Tomando impulso con el cuerpo para dar más fuerza al mandoble, Conan arremetió contra uno de los hombres de túnica

verde que se había separado algo de los demás. El aspirante a violador probó que los miembros que escondían sus ropajes del desierto eran fuertes; con ecos atemorizadores, su espada chocó con la de Conan y la detuvo.

Un cuarto de los jazikhim, de los nómadas dedicados al bandolerismo, se acercó a Conan por detrás y alzó la espada sobre sus anchas espaldas. El cimmerio estaba en aquel momento parando una acometida, y arreaba patadas al caballo de su enemigo hasta dañarse los pies; al fin, cortó el brazo de su oponente por la muñeca. Al oír un extraño gorgoteo a sus espaldas, se agachó y aguijó al caballo con los talones. Castaño dio un salto adelante, y su jinete, aferrándose a la bestia con ambas piernas, miró hacia atrás.

Comprendió en seguida que un hombre había estado a punto de matarle por la espalda, y que habría tenido éxito de no ser por una intervención; esta había tenido la forma de una daga de siete pulgadas. Isparana la había arrojado con fuerza suficiente para atravesarle el brazo derecho al enemigo. Como la ligera empuñadura del arma y la mitad de la hoja sobresalían entre sus bíceps y sus tríceps, el hombre olvidó a Conan y aguijó a su caballo para ir contra la mujer.

—GRACIAS, Isparana —gritó Conan—. ¡HUYE, Isparana!

Tres hombres se arrojaron sobre él por dos lados, aunque uno tuviera el brazo derecho herido. Conan fustigó a su montura para que tratara de huir entre ellos, y logró esquivar la acometida del primero, pero no pudo contraatacar. Vio que Isparana había logrado escapar del hombre al que había herido y que cabalgaba a toda prisa hacia el sur.

Como ninguno de los hombres del desierto llevaba arco y flechas, y solo podían perseguirla, Conan agarró las riendas de Castaño y fue tras ella.

A sus espaldas, no menos de seis hombres gritaban de rabia y frustración. Dos estaban heridos; otros tres, no. Aullando de rabia, aquellos cinco dieron caza a los fugitivos. El sexto, su cegado cabecilla, iba dando continuos traspiés y los llamaba. Su caballo relinchó, y salió galopando en pos de los demás.

Ocho caballos más aparecieron galopando en el desierto, de camino hacia el sur, en larga hilera.

Las cuatro acémilas los miraron. Una relinchó, y revolvió la

arena con la pata. La segunda echó a correr. La primera permitió que la segunda la guiara. Al final, las cuatro acémilas salieron en pos de las otras ocho bestias.

El hombre ciego, que andaba tambaleante, iba dando traspiés y gritaba, fue a meterse en su camino. La primera acémila pasó por su lado. La segunda y la tercera lo pisotearon. La cuarta de las bestias de carga de Conan e Isparana se fue trotando detrás de las otras, y fueron doce los caballos que cabalgaron hacia el sur por el desierto, en una hilera de casi una legua. El hombre ciego había dejado de chillar.

Testa de Hierro y Castaño cabalgaron bien. Ambos habían pasado mucho tiempo en el desierto, y estaban habituados a aquel terreno extraño que cedía a cada pisada de sus cascos. Conan miró atrás para vigilar el avance de sus aullantes perseguidores jazikhim. Las verdes túnicas de estos se mecían al viento, y las espadas que blandían en alto arrojaban destellos a la luz del sol. Inclinándose sobre el caballo para repartir mejor el peso y reducir la resistencia del aire a su corpulenta figura, el cimmerio llamó a la zambulana una y otra vez.

Conan pensó que había sido estúpido creer que la joven le esperaría, puesto que su caballo iba adelantado y soportaba menos peso. Pero quería que la mujer tuviera un arma. Quería pasarle el arma de larga hoja que colgaba de su silla de montar; la daga de montañés que había pertenecido a Khassek.

Con todo, Isparana se las había apañado para echar mano de una daga y ocultarla… y emplearla para salvarle la vida cuando podía haber huido con el arma. Conan pensó que quizá tuviera otra. Se le ocurrió que en ningún momento había buscado vainas ocultas que pudiera haber en las botas de la joven. No había ninguna otra parte de su atuendo, ni de su cuerpo, que no conociera bien.

—¡Soo, detente! —gritó cuando Castaño, con ligereza, saltó sobre un montículo de arena acumulada por los vientos, y aterrizó con una sacudida que le hizo castañetear los dientes.

La cola del caballo se alzó cual bandera leonada, y el revuelto pelambre de esta golpeó a Conan en el rostro y le dio escozor. Los atuendos del bárbaro se abombaban con el aire. No miró hacia atrás. No tenía razón alguna para creer que sus perseguidores pudieran darle alcance. Solo tenía que seguir galopando…

¿Para siempre?

En absoluto. Tal vez durante algunas horas, o quizá no tanto. Testa de Hierro y Castaño acabarían por fatigarse. Sin duda, ya estaban más cansados que las monturas de los hombres de túnica verde, pues estos debían de vivir, o tener plantadas sus tiendas, no muy lejos de allí. Entonces, Conan e Isparana tendrían que hacer frente a sus enemigos si no querían que estos los mataran por la espalda. Le habría venido bien un pedregal, o una única roca de gran tamaño, practicable, desde donde hubiera podido hacer más daño que sus cinco enemigos.

Mordiéndose el labio, Conan levantó la cabeza lo suficiente para poder mirar de reojo a uno y otro lado. Solo veía onduladas arenas, y nada había en las largas y empinadas laderas salvo más arena, a menos que esta, arrastrada por el viento, hubiera cubierto collados de piedra, erosionados ya hasta quedar lisos.

Castaño acometió una de tales laderas. Conan miró atrás en el momento en que Castaño llegaba a la cima. El quinteto de perseguidores aún no había empezado a subirla. Vio que uno de ellos no se sostenía bien sobre la silla. El cimmerio supuso que aquel al que había rebanado el brazo derecho debía de estar debilitándose por la pérdida de sangre.

En lo alto de la pendiente arenosa, Castaño daba coces y pugnaba por avanzar. Más adelante, Isparana estaba subiendo por una duna, o altozano, mucho más elevado, que la arena, en su incesante movimiento, aún no había erosionado. Guiaba a Testa de Hierro hacia otra ladera menos empinada, para que no se fatigara en el descenso. Conan tomó la decisión propia de un bárbaro, como cuando había atacado al cabecilla de los seis bandidos que le tomara por presa fácil.

Su castaño gruñó al notar que el puño izquierdo del amo agarraba con fuerza y tiraba de las riendas. El caballo habría preferido no tener que torcerse a la izquierda en el descenso. Lo hizo, y sus cascos resbalaron. Conan aguantó, y se esforzó porque el caballo siguiera girando hacia la izquierda, de nuevo hacia la cima; siguió tirando de la rienda en aquella dirección. De muy mala gana, resistiéndose, Castaño volvió a subir al altozano. Conan estuvo a punto de caerse de la silla, y para sostenerse tuvo que oprimir el costillar de la bestia con ambas pantorrillas. Una hora más tarde,

habrían de dolerle todavía.

Entonces…

Entonces, Castaño llegó de nuevo a la cima, y, sin decir nada, Conan dejó de oprimirle el costillar, le arreó con ambos talones y volvió a aferrarse a su montura.

Con un gruñido de indignación, Castaño se abalanzó ladera abajo, algunas yardas a la izquierda de las huellas que había dejado al subir.

«Si huyo, acabarán por capturarme», había pensado Conan. Si se volvía cuando sus enemigos no le pudieran verle, y caía sobre ellos cuando se vieran entorpecidos al subir por la ladera arenosa, podría aprovechar en su favor la ventaja que había de darle un ataque por sorpresa. En cuanto cayera sobre los jazikhim, habrían de ser estos quienes decidieran si querían seguir persiguiéndole, ser perseguidos por él, o rendirse.

Un solo hombre bajó por la ladera para atacar a cinco.

Uno de estos gritó: «¡Paragh!», u otro nombre parecido; quizá hubiera gritado: «¡Por Yog!». Había visto que su presa les embestía con el empuje de una avalancha. No podía dudar de sus siniestros si bien absurdos propósitos. Sus camaradas miraron hacia arriba. Quedaron boquiabiertos.

Nada pudieron hacer, aparte de frenar a sus monturas. Hubo uno que se volvió; aunque solo un atacante se precipitara sobre ellos, el hombre de túnica verde trató instintivamente de escapar.

Saltando, resbalando, deslizándose y volviendo a acometer, Castaño solo lograba mantenerse erguido porque se dejaba arrastrar por su mismo creciente empuje. El caballo se abalanzaba como el águila que ha encontrado a su presa. Conan le obligó a meterse por el estrecho pasillo que quedaba entre el apiñado cuarteto y el otro jazikh que había tratado de abandonarles. Este se hallaba a la derecha de Conan.

El cimmerio sintió que la punta de una espada le arañaba la mejilla, al mismo tiempo que él clavaba la suya en la pierna de un hombre que tenía a su izquierda. Entonces, tiró de las riendas de Castaño, para que se volviera hacia la izquierda también.

Tal y como había esperado, la grupa del caballo giró violentamente hacia la derecha. El golpe que dio con el flanco derecho al caballo del otro hombre tuvo el mismo efecto que si se

hubiera tratado de un canto rodado. La bestia resbaló a varios pies de distancia sobre sus patas traseras, perdió el equilibrio, no logró recuperarlo, y cayó. Su jinete, con una daga clavada en el hombro, cayó junto con la bestia. Poco importó que se hubiera roto la pierna por varios sitios, pues, seguidamente, el caballo le aplastó.

De algún modo, Castaño logró mantenerse en pie mientras seguía con su loca carrera. Conan seguía haciéndole violencia con las riendas, y obligó a la bestia a dar un amplio rodeo al altozano por la izquierda. No daba muestras de consideración alguna para con el animal, que ya debía de tener una llaga en los belfos. Su saliva alcanzaba a mojar, incluso, la pierna de Conan.

Solo cuando el caballo, gruñendo y jadeando, empezó a subir de nuevo por la cuesta, Conan se volvió para ver qué había logrado con su alocado ataque por sorpresa.

Entre relinchos, un caballo sin jinete resbalaba y se deslizaba, sobre sus cuartos traseros, por la pendiente. Otro arremetía cuesta arriba. Dos de los hombres habían caído; uno de estos aún se movía. Y los otros tres, mudos todavía después del sobresalto, estaban mirando fijamente al cimmerio. Este había dejado ciego a su cabecilla de un solo mandoble; otro había recibido una puñalada en el hombro, y había muerto bajo los cascos de su propio caballo desbocado; un tercero yacía algo más abajo, y se agarraba fuertemente con ambas manos la cadera, donde tenía una herida profunda. Eran seis los que habían tratado de robar y violar a una mujer a la que acompañaba un solo hombre; solo tres habían conservado vida y caballo a la par, y uno de estos tenía el brazo derecho herido. No se sostenía bien sobre la silla de montar, y el faldón de su túnica estaba empapado de sangre.

—¡Venid, chacales! —bramó Conan—. ¡Venid a buscarme a este altozano, y os iré matando como a las alimañas que sois! ¡Ya sois la mitad que antes, y todavía no me habéis hecho ni un rasguño!

Mientras profería tan fuertes retos, la sangre manaba de su mejilla y le iba mojando la chilaba, pero Conan no consideraba que aquel rasguño fuera tal. Y su castaño, jadeante, hinchando visiblemente los costados al respirar, se esforzaba por llegar arriba.

Los tres jazikhim se miraron entre sí, miraron también a su camarada muerto, y al herido, y a Conan, y de nuevo entre sí.

—¡Venganza! —gritó uno y, blandiendo la espada, aguijó a su

montura para que subiese por la cuesta. Su túnica verde se hinchaba en torno a su cuerpo a causa del aire, y los rayos del sol inflamaron su espada.

«Condenación —pensó Conan—, se habrían retirado de no ser por ese bocazas».

Isparana se había adelantado mucho mientras Conan hacía que menguara el número de perseguidores, al tiempo que disminuían también las fuerzas de su montura. Y tres enemigos estaban subiendo por la cuesta, seguían prácticamente su mismo camino, y no parecían arredrarse. Decidió bajar con el caballo por la ladera opuesta, subir hasta el siguiente altozano y, desde allí, volver a atacarlos.

Cuando ya estaba forzando a la cabeza de Castaño a volverse, unos fuertes gritos llamaron su atención y la de sus perseguidores. Se volvieron hacia el camino por donde habían venido, y vieron una cuadrilla de siete jinetes que seguían al galope las huellas de todos… y vestían oscuros pañuelos verdes, y atuendos más claros del mismo color.

«Más me habría valido seguir huyendo», pensó Conan.

«Esto se ha acabado —dijo para sus adentros—. Voy a morir. Bien, primero huiré y luego volveré a luchar. Tendrán que matarme en plena lucha… ¡maldito sea si les doy ocasión de capturarme, y de divertirse torturándome hasta la muerte! No, seguiré huyendo mientras pueda, ¡y a ver cuántos chacales de esos puedo llevarme conmigo al infierno!».

Castaño logró llegar a lo más elevado del altozano y siguió adelante. Ya en el otro lado, empezó a resbalar. Conan se aferró a su montura y permitió que se las compusiera a su modo; aquella vez, la bestia no tuvo que lanzarse al galope, sino que iba resbalando torpemente, con desordenados andares. Así, tal vez el caballo hallara algún reposo.

—¡Sácame de esta —le murmuraba Conan—, y te pondré un nombre mejor!

No fue preciso que echara una mirada a su izquierda para ver al enemigo; como se hallaban a veinte pies, y cabalgaban hacia él, prácticamente los tenía encima. El último de ellos ocultaba la diestra debajo de la túnica, y cabalgaba encorvado, agarrándose a la silla de montar con la mano izquierda.

Conan vio que Isparana, más adelante, se detenía en lo alto del siguiente altozano, más elevado que el anterior, que les impedía ver qué había más al sur.

¿Por qué la mujer había tirado de las riendas?

Castaño llegó al final de la ladera. Tropezó, y dio a entender que estaba deseoso de galopar hacia la derecha, por un terreno más llano. Conan le ordenó que hiciera lo contrario. El caballo se tambaleó, trató de menear la cabeza, jadeó y, con fuerzas desfallecientes y obvia desgana, empezó a subir por la siguiente cuesta, más larga y empinada que la otra. Conan trató de que el animal subiera por un ángulo que le resultara más fácil. Eligió el opuesto al que señalaban las huellas de Testa de Hierro.

Los perseguidores estaban más cerca todavía, y se abalanzaban ya entre gritos. También habían visto que llegaban los refuerzos y, sin duda alguna, abrigaban la esperanza de salvar su reputación matando a aquel jinete solitario antes de que llegaran sus camaradas.

Conan se había decidido a llevar a Castaño en la dirección opuesta. Isparana podría cuidar de sí misma mientras él ofrecía el costado derecho al enemigo. Comprendió, sin embargo, que se exponía a verse enzarzado en combate, o algo peor, pues los enemigos de verde túnica estaban ya muy cerca.

Entonces, se oyó arriba un coro cacofónico de chillidos y de gritos de guerra, y Conan levantó la mirada.

Isparana se hallaba en lo más alto del collado, sentada sobre su nerviosa montura, y a cada lado iban apareciendo camellos y más camellos, en dos hileras. Montado en cada uno de estos iba un hombre, ataviado con flotante cufia blanca y albornoz también blanco, y todos gritaban, blandiendo la espada. Sus desgarbadas monturas descendieron ruidosamente por la pendiente, con sus grandes patas ideadas para andar por el desierto. Se levantaron pálidas nubes amarillentas de arena. Las elevadas sillas crujían sobre aquellas ridículas gibas.

Los perseguidores de Conan empezaron a gritar de consternación. Olvidaron a su presa, y trataron de obligar a sus caballos a volver a subir por la pendiente. Por la ladera opuesta venían, llevando entre ellos las acémilas de Conan, sus siete camaradas. El cimmerio sonrió con sonrisa siniestra y fea al ver que

uno caía de su montura. El hombre cuyo brazo cortara había sucumbido por fin a la pérdida de sangre, agravada por la larga persecución en pos de quien le había infligido la herida y por haberse visto obligado a dominar a su caballo en las subidas y bajadas por varias laderas.

Los camellos pasaron de largo por delante de Conan, y sus jinetes apenas si se volvieron para mirarle.

Los dos últimos que quedaban de la cuadrilla que le había atacado al principio cayeron al suelo, heridos de muerte, antes de haber podido alcanzar la estrecha franja de tierra llana que separaba ambas laderas. Los hombres montados en camellos, que eran unos diez, bajaron precipitadamente por la ladera opuesta, aún gritando. ¡Aquellas gentes del desierto —pensó Conan— eran ciertamente ruidosas cuando luchaban entre sí! Y entonces recordó a los aullantes cimmerios junto a los que había combatido en Venárium, y desechó tales pensamientos.

Los otros jinetes de túnica verde chillaron también, y huyeron. Seis de ellos, sin descabalgar de sus monturas, bajaron por la ladera, entre resbalones, hacia el oeste; el séptimo, a quien la codicia le hacía creerse astuto, agarró la correa a la que estaban atadas las cuatro acémilas de Conan y aguijó a su montura para que fuera hacia el este.

Con un rugido de propietario, Conan azuzó a Castaño para que fuera tras él. Cuatro de los hombres montados en camello también le persiguieron; todos los demás, diez camellos y seis caballos galoparon hacia el oeste.

¡Conan pensó que aquellos hombres del albornoz blanco debían de ser terribles luchadores! Con una diferencia de diez a seis, si estos seis hubieran sido hombres, les habrían esperado para luchar.

El jazikh de túnica verde que se llevaba las acémilas cargadas de provisiones de Conan miró atrás, vio que lo perseguían y soltó la correa con que las llevaba. Las cuatro bestias se detuvieron. Trataron de encabritarse y dar coces cuando cuatro camellos pasaron por su lado. De nuevo, Conan obligó a Castaño a cambiar de rumbo. Mientras iba a por las cuatro bestias para detenerlas e impedir que se fueran en otra dirección, oyó los chillidos y la muerte de quien había querido poseerlas.

A punto estuvo Conan de caerse de la silla cuando detuvo a

Castaño y agarró la correa de las acémilas. Se quedó, sentado sobre su montura, aguardando en la ladera. Castaño respiraba con dificultad, y soltaba bufidos; Conan le iba dando palmadas en el cuello empapado de sudor. El cimmerio, que por fin podía estar quieto, sintió que el calor era muy fuerte, y sin embargo juró que no volvería a ir por el desierto sin llevar puesta aquella excelente cota de malla que había comprado en Shadizar por una gema khaurania.

Cuatro hombres montados en camellos venían hacia él subiendo por la ladera, no en grupo sino separados. Empapado de sudor, Conan les habló con presteza.

—¡Sed bienvenidos, halcones del desierto! —gritó a modo de saludo, en lengua turania, con la esperanza de que también la hablaran.

No le respondieron nada; su cabecilla asintió sin abrir boca. Los cuatro lucían barbas no muy largas y frondosas, de color moreno o castaño, y se habían teñido los ojos de negro a fin de parecer extrañamente feroces.

—Estas acémilas nos pertenecen a mí y a mi mujer —dijo señalando brevemente a Isparana, que aguardaba en lo alto del altozano más elevado—. Esos perros de túnica verde nos acosaron valiéndose de su número, y nosotros matamos a cuatro antes de huir. Su cabecilla se encuentra a varias leguas de aquí; yo lo dejé ciego.

Un hombre de gran nariz y barba rizada, solo unos pocos años mayor que Conan, le miró desde lo alto de su dromedario.

—¿Quiénes sois? ¿Adónde vais? ¿Por qué la mujer no lleva armas?

—¡Miradle los ojos! —dijo uno de los otros, con emoción apenas disimulada.

—Soy Conan, un cimmerio —dijo el bárbaro, cuyos ojos azules, en el lejano sur, eran algo desconocido para muchos—, íbamos a Zambula, de donde es ella. Ahí podéis ver a un hombre a quien yo derribé. Lo aplastó su propio caballo —dijo, porque no quería que los recién llegados se atribuyeran todo el mérito, ni que le creyeran poco hábil—. Cerca de este hay otro a quien destrocé la pierna. Veréis la daga de la mujer en el hombro del primero. En cuanto a la espada de la mujer… —Conan negó con la cabeza y mintió sin problemas—. Se quedó a unas cuantas leguas de aquí. La perdió

cuando estos bandidos nos atacaron. ¿Son enemigos vuestros?

—¡Son enemigos de todos… ja!

Los hombres montados en camellos miraron hacia el oeste, donde se oían chillidos y ecos metálicos. Sus camaradas habían alcanzado a los de túnica verde y, sin duda, habrían terminado pronto con aquellos ladrones que preferían huir antes que luchar.

El cabecilla de barba rizada, y ojos inusualmente profundos teñidos de negro, le devolvió la mirada a Conan. Este se fijó en que tenía una cicatriz en la frente, una pequeña «v», limpiamente marcada.

—¿Los dos estáis solos? No sé dónde está… ¿Cimmeria, decías?

—Cimmeria es una nación que se halla muy al norte, más allá del reino de Zamora —dijo Conan, preguntándose si aquellos tribeños del desierto conocerían Zamora—. Sí, estamos solos. Éramos cuatro, y los otros dos fueron asesinados mucho antes. Cuatro de estos caballos son suyos, y llevan sus armas en las alforjas. La mujer está muy ansiosa por llegar a Zambula. ¿Vosotros sois de Zambula?

—No. ¿Lleváis también en las alforjas las orejas de quiénes mataron a vuestros compañeros? Conan negó con la cabeza.

—Nosotros, eh, no solemos cortar orejas.

Las cuatro cufias blancas se volvieron para mirarse, y quienes las llevaban sonrieron abiertamente. Uno de ellos mostró a Conan, en su morena palma, un sangriento trofeo: un par de orejas recién cortadas.

—Nosotros sí.

—Oh. Bueno, podéis quedaros con las orejas de los que he matado yo… a menos que no lo consideréis honorable —se apresuró a añadir, pues vio que fruncían el ceño.

Se fijó en que otros dos tenían la misma cicatriz en forma de «v» sobre el rabillo izquierdo del ojo derecho. No pudo saber si el cuarto tenía otra igual, pues la cufia le ocultaba la frente hasta más abajo.

—No sería honorable. Te pertenecen.

—Hummm. Bien, dado que mi pueblo no corta orejas, quizá vuestro cabecilla las aceptaría como obsequio. —Conan tuvo la impresión de que aquella nueva idea tampoco les gustaba—. Entonces, no sois de Zambula.

—No.

—¿Sois ciudadanos del Imperio Turanio?

—No.

—Estas, hum… estas tierras se hallan entre las que ese Imperio dice dominar, ¿verdad?

El hombre de rizada barba se encogió de hombros.

—No reconocemos la soberanía de Turan.

Conan pensó: «Creo que vamos a tener problemas».

10. Las tiendas de los shanki

Las altas Puertas del Águila de Zambula se abrieron por completo. Unos jinetes formados en hilera salieron a medio galope, con aire jactancioso, de dos en dos. Hasta diez parejas abandonaron la ciudad mientras los centinelas de la puerta contemplaban sus yelmos cupulados, en cuyos picos ondeaban tres flámulas amarillas. Dos palmos de malla metálica adornaban cada yelmo, y relucían y centelleaban como piel de serpiente bajo el sol matinal. Cada una de estas cascadas de acero estaba rematada en los bordes por tres hileras de anillos de bronce, que les añadían color y ornato. Veinte fuertes jinetes del Imperio salían al galope. Como no esperaban encontrar problemas, no se protegían con otra armadura.

Llevaban los blancos y holgados calzones metidos en botas de cuero marrón y caña roja. Vestían sobre estos, hasta las rodillas, una túnica carmesí que tenía una escotadura en la espalda, y sobre esta, una sobrevesta blanca que también tenía escotaduras en la espalda y la pechera, adornada con el blasón del grifo de oro de Turan. Dos fajines amarillos, uno en torno a la cintura, y otro que subía desde la cadera izquierda y pasaba por el hombro para ir a terminar tras la cadera derecha, contrastaban atrevidamente con el blanco de la sobrevesta. Diez de los hombres llevaban espadas, y de diez de las sillas de montar de elevados arzones colgaban hachas de guerra con forma de media luna pregnante. Todos tenían bigote; dieciséis de ellos, también barba. Seis de las monturas cargaban con una ballesta, y todas iban acompañadas por un caballo de refresco que también acarreaba comida y agua.

Del arzón posterior de cada una de las sillas colgaba una trompeta corta, de amplia boca.

Cabalgaron hacia el norte, y aún más hacia el norte, y, al quinto día, ya se habían desperdigado en una hilera larga, muy larga. A

todos les bastaba con asegurarse de tener a otro a la vista. Akter Khan se había enterado de alguna manera de que se estaban acercando a Zambula un hombre y una mujer, que habían atravesado las estepas y el desierto desde el lejano norte. Había mandado veinte hombres en su búsqueda. Ninguno sabía por qué razón su khan daba tanta importancia a aquellos viajeros. Eran soldados, y no tenían por oficio saber, sino cumplir. Habían de escoltarlos. Tenían que ayudarlos, guiarlos, escoltarlos con cortesía… a menos que dieran muestras evidentes de querer ir a otro lugar que no fuera Zambula. En tal caso, tendrían que esforzarse en persuadirlos de que les siguieran hasta la ciudad.

Si entonces se negaban recalcitrantemente a aceptar la invitación del khan, habrían de ser llevados por la fuerza —junto con lo más importante de todo: sus posesiones—, vivos o muertos.

El sol ardía, y el mismo desierto fulguraba, y veinte hombres cabalgaban hacia el norte; y más al sur, en Zambula, un joven mago contemplaba en su espejo cómo se iban acercando aquellos dos, e informaba tres veces por día al khan. Y conspiraba, y también conspiraban el rebelde Balad y sus seguidores, y Zambula resplandecía, y supuraba como una pústula en el desierto del sur.

Conan e Isparana no tuvieron problemas.

Fueron invitados por la pequeña comunidad de los shanki, que moraban en el desierto, cuya antigua religión dictaba que tenían que montar siempre camellos, nunca caballos, y que había que marcar a cada niño con la pequeña cicatriz en forma de «v» en la frente; los niños sobre el rabillo izquierdo del ojo derecho, y las niñas sobre el rabillo derecho del ojo izquierdo.

Con todo, dieciocho caballos les acompañaron en su regreso al oasis que su comunidad tenía por morada. Conan e Isparana iban montados en dos de estos. Otros dos habían sido las monturas de Sarid y de Khassek. Otros dos habían servido a Conan y a Khassek como bestias de carga. Los doce restantes eran las monturas de los bandoleros de verde túnica, llamados yoggitas por ser adoradores del dios Yog; una de las bestias había resultado herida en el enfrentamiento. La habían matado, y abandonado a los carroñeros, tanto cuadrúpedos como alados. Los shanki no montaban a caballo, ni vestían su piel, ni comían su carne.

Cuando el sol ya se acercaba a su ocaso, y el cielo se teñía de

sangre, topacio y nácar, los guerreros montados en camellos y sus huéspedes llegaron a su poblado sin nombre: el hogar de los shanki. Había palmeras altas, y sus hojas colgaban como grandes brazos sobre las tiendas y los pequeños y redondos almacenes. Los hombres vestían túnicas blancas de largas mangas, y holgados calzones, o pantalones amarillos, o anaranjados, o rojos, o de vivo color marrón en cuyo tinte se empleaba orina de camello; sus mujeres se cubrían con atuendos de color escarlata, un largo vestido de una sola pieza que les cubría torso y piernas. Las mujeres casadas ocultaban por completo la cabeza.

Aunque se dijo a los huéspedes que los shanki habían ocupado aquel oasis durante «cientos de años», no había otro edificio que los almacenes: trojes hechos con fango y estiércol. Los shanki vivían en tiendas, como sus ancestros nómadas, y preservaban los adornos y las costumbres de un pueblo guerrero. Vivían allí menos de quinientas personas —el oasis era su hogar, y la población estaba estrictamente controlada—, y las gobernaba un hombre al que llamaban khan.

Había sido el hijo de Akhimen Khan, Hajimen, el que había dirigido el ataque contra los viejos enemigos de los shanki, los jazikhim llamados yoggitas. Akhimen no había llegado todavía a los cuarenta años; su hijo y sucesor tenía veinticuatro, y la hermana mayor se hallaba en el harén del gran khan de Aghrapur; Akhimen la había entregado como obsequio. Los shanki vivían dentro del territorio del Imperio de Turan, pero no formaban parte de este. El rey-emperador de Aghrapur, de Turan, les toleraba sin imponerles levas ni impuestos, pues vigilaban el desierto y, ocasionalmente, ejercían de guardia de caravanas.

Conan se fijó en que tanto Akhimen como su hijo, cuando se quitaban los atuendos blancos que solo vestían al salir de la aldea, se ponían unos holgados tabardos amarillos y camisas de color escarlata, y calzones blancos también muy holgados. Ambos llevaban en la pechera del tabardo una estrella negra de cinco puntas.

La mujer de Hajimen, cuyo atuendo, adornado con ópalos, granates y plata, le ocultaba el rostro, acompañó a Isparana para cuidar de su aseo. Akhimen había de acompañar a Conan hacia su propia tienda. El cabecilla de los shanki se había dejado un

extraordinario bigote; lo había engrasado y aceitado para que reluciera, y lo había peinado en prietas espirales, que le recorrían la mejilla hasta cerca del párpado. Encima del ojo, su marca shanki se veía extrañamente desfigurada por dos de las arrugas verticales que suelen infligir la arena y el viento. Cuarenta años en el desierto le habían dado el rostro de un hombre de sesenta. Un granate de buen tamaño adornaba su único anillo, y un ópalo semiesférico colgaba de una correa de pelo de camello trenzado que llevaba al cuello.

—Conan de Cimmeria, eres bienvenido entre los shanki. Te guardaremos los caballos.

—¿Qué hacen los shanki con los caballos capturados, Akhimen Khan?

—Los shanki los venden en Zambula —le repuso aquel hombre de extremada cortesía—, pues necesitan buenos camellos, y algunas otras cosas. Los Zambulanos se alegran de tener caballos, y también ópalos que mi pueblo talla en forma de camello, y de estrella, y que corta y pule en forma de perfectos hemisferios.

—He visto que los shanki lleváis muchos ópalos —dijo Conan—, y todos son hermosos. Sois artistas. Hoy, los shanki habéis capturado ocho caballos, y yo cinco.

Akhimen inclinó la cabeza. Mientras iban hacia la tienda, cuantos hallaban les cedían el paso con respeto, y observaban a aquel hombre de extraños ojos que tanto sobrepasaba en estatura a su khan, pues poco le faltaba al cimmerio para poder llamarse gigante, y los shanki no eran altos. Conan no llegó a descubrir cuál era su origen.

—Respetamos el derecho de Conan de reclamar todos esos caballos. En todo caso, he escuchado a mi hijo, y él también dice que ocho caballos fueron capturados por nosotros y cinco son de Conan, por derecho de combate y captura. Uno de los nuestros lo matamos. ¡Eh! ¡Qué se llene la jarra de este hombre!

Pues le habían dado a Conan un gran tazón shanki de arcilla y arena cocida casi inmediatamente después de que desmontara.

Mientras un joven guerrero recibía el honor de llenar el cuenco, Conan dijo:

—Ruego al khan de los shanki que escoja para sí a tres de esos cinco, pues, sin la ayuda de su pueblo, mi mujer y yo habríamos perecido hoy mismo.

Entraron en la tienda, que se hallaba en el centro de la aldea y no era más grande que las otras. El guerrero shanki —Conan pensó que debía de tener unos doce años— no entró con ellos. Dentro había mesillas que seguramente no eran obra de la artesanía shanki, y esterillas que sin duda sí lo eran; estaban hechas con las pieles de lanudo pelambre de los camellos, y algunas estaban teñidas con tintes rojos, o con el tinte marrón que solo los shanki sabían elaborar.

Al oír las palabras de su huésped, Akhimen inclinó de nuevo la cabeza.

—Conan es generoso en exceso, tanto en palabras como en caballos. ¡Puesto que un poderoso guerrero que fue atacado por seis y mató a cinco no habría necesitado nuestra ayuda!

El cimmerio inclinó la cabeza, pues le pareció lo más apropiado entre aquellos feroces guerreros del desierto, los cuales observaban tanta cortesía en su aldea que siempre empleaban formas indirectas de tratamiento. No negó lo dicho. El jefe shanki sabía tan bien como el cimmerio que estaba exagerando.

—Solo eran unos yoggitas —dijo Conan, sabiendo que con decir aquello complacería a un hombre a quien respetaba; de muy pocos hubiera podido decir lo mismo.

Vio que Akhimen escupía con afectación.

—Aceptaré un solo caballo como gentil obsequio de Conan —dijo.

Animándose con aquella especie de regateo al revés, Conan, algo nervioso, se atrevió a exagerar su gratitud y a fingir ridícula generosidad.

—Akhimen me disgustará si no acepta los cinco.

—Quizá mi huésped no se disguste si acepto tres —dijo Akhimen, volviendo a la oferta inicial— de su elección.

—Tendrá tres, escogidos por el propio khan —dijo Conan. Aunque enriquecerse fuera la aspiración de su vida, no creía poder lograrlo mediante la adquisición de animales o bienes raíces.

—Me sentiré honrado de elegir dos entre los cinco caballos de mi invitado.

—Confío en que el khan elegirá bien, aunque solo se trate de caballos, no de camellos.

—Me place —dijo Akhimen Khan.

—Me place —dijo Conan.

—¡Qué se llene la jarra de nuestro huésped! —gritó Akhimen.

Como no había nadie en la tienda, cogió él mismo el aguamanil y llenó la jarra. Conan se inclinó. El khan, cuya tienda tenía el color de la arena, y estaba decorada con ristras de orejas humanas a lado y lado de la entrada, se volvió hacia una gruesa cortina de opaco color escarlata que la dividía en dos estancias. Chascó dos veces los dedos.

Salieron de detrás de la cortina dos muchachas recién nubiles, cuyo parecido, en su esbeltez, podía hacerlas pasar por hermanas. Ambas llevaban grandes y pesados pendientes de bronce, que, con el paso del tiempo, les estirarían los lóbulos de las orejas hasta las quijadas; ambas cargaban con una voluminosa y pesada argolla en uno de los tobillos; las dos llevaban en el brazo izquierdo una tira de pellejo de camello trenzado, peligrosamente prieta. No se cubrían el cuerpo con nada más, y Conan trató de no mirar en exceso a las muchachas cuando cayeron de rodillas y le hicieron una profunda reverencia. A pesar de la edad de ambas, Conan sintió el repentino deseo de ponerse tras ellas.

Después entró una mujer joven. Iba envuelta en abundantes atavíos de color rojo, adornados con plata y con ópalos. Llevaba un ópalo en la aleta izquierda de la nariz —Conan se percató de que la tenía perforada—, y la manga izquierda del atuendo estrechamente envuelta en cuero negro. Lucía, prendida en el pecho, una estrella negra de cinco puntas. Le habían teñido de negro los labios, y también todo el contorno de los ojos —saltaba a la vista que muy cuidadosamente— con afeites de alcohol, de manera que sus pupilas parecían más grandes, y los adornos de marfil que le colgaban delante del talle eran de naturaleza obscena.

—Mi hija Zulfi —dijo Akhimen Khan.

Mientras Conan trataba de encontrar palabras lo bastante corteses para los shanki, Zulfi se cubrió el rostro con ambas manos e hizo una profunda reverencia. Conan procedía de un pueblo guerrero y se hallaba entre otro pueblo guerrero, y pensó que le convenía no hacer ningún ademán y permanecer en silencio. Si así ofendía a alguien, pediría disculpas y le recordaría a su anfitrión que había venido de muy lejos. El cimmerio pensó que, si con aquello no bastara, la solución más efectiva colgaba de su cadera.

—La hija del khan, Zulfi, es bella, y honra a su tienda y sus facultades generativas —dijo Conan, y sus peculiares palabras agradaron tanto a la joven de extraños labios como a su padre.

Apareció otra; ocultaba el rostro, e incluso toda la cabeza, bajo un largo velo de color escarlata con arabescos dorados; le llegaba hasta una faja de discos de plata que la cubría hasta los muslos. Conan se fijó en que los discos eran en realidad monedas, y que debían de pesarle mucho a la mujer.

—Mi esposa Aqbi —dijo Akhimen.

Conan notó que su reverencia no era tan profunda como la de su hija.

—Me siento honrado, y… complacido de que se me ahorre el ver la sin duda cegadora belleza de la madre de la hermosa Zulfi y de tan apuesto hijo como Hajimen.

«¡Y si tengo que hacer más discursos como estos —pensó el cimmerio con amargura— acabaré por vomitar toda la cerveza!».

Aqbi hizo otra reverencia. Ella y Zulfi se retiraron a un oscuro rincón para sentarse, y sus fluidos movimientos apenas si se hicieron notar en los atuendos de color escarlata que les cubrían por completo el cuerpo. Akhimen chascó los dedos. Las dos muchachas desnudas retrocedieron torpemente, sin levantarse del suelo, hasta ponerse a lado y lado de las dos mujeres.

—Son hijas de los yoggitas —dijo Akhimen, y escupió con afectación.

Conan respondió: «Por supuesto», y se preguntó por cuánto tiempo habrían tenido desnudas a las cautivas… y cuánto tiempo pasaría antes de que su brazo izquierdo se marchitara y muriera.

El khan se volvió hacia su esposa y su hija.

—Zulfi, tú nos atenderás a mí y al invitado en nuestra tienda. Mujer: ve con tus animales a hacernos la cena.

Conan vio que los dos «animales», que cojeaban ligeramente a causa de las grandes argollas de metal, salían de la tienda precedidas por su dueña. Zulfi se acercó a los hombres y examinó sus jarras. Ambas estaban llenas todavía de espesa cerveza shanki. ¡Aun en medio del desierto, donde el grano escasea —pensó Conan —, los hombres se las apañaban para elaborar cerveza! O tal vez los shanki la compraran en Zambula con ópalos tallados, procedentes de alguna zona de frágil piedra arcillosa, o bien con los caballos de

hombres asesinados.

El cimmerio tenía la esperanza de que Akhimen no quisiera nada a cambio. Isparana había entendido que era sensato hacerse llamar «la mujer de Conan» entre aquellos primitivos guerreros. Sin embargo, el cimmerio no alcanzaba a imaginar que una ladrona tan competente y orgullosa, agente además de su khan, actuara como una sirvienta, ni siquiera ante el poderoso jefe de aquellas quinientas personas. Al mismo tiempo, se preguntaba adonde habría ido.

—Querría preguntar dónde está mi mujer Isparana.

—Le han dado atuendos más propios de una mujer —le dijo Akhimen Khan—, y luego vigilará cuando planten las estacas de la tienda de Conan, como le corresponde a una mujer que cabalga con su hombre.

Conan dijo:

—Oh.

—¡Qué se llene la jarra de este hombre!

Zulfi lo hizo; Aqbi estaba fuera con sus «animales», en un lugar donde Conan había visto dos cocinas de barro, que olían en aquellos momentos a ajo cocinado con grasa.

—Mi huésped no está acostumbrado a la vida del desierto —dijo Akhimen, al tiempo que se arrodillaba ágilmente y se sentaba sobre una esterilla de pelo de camello, extendida sobre un pellejo del mismo animal que cubría el sudo.

Indicó a Conan que se sentara a su lado.

Conan le obedeció.

—No —dijo—. Mi patria, de la que me marché, no tiene desierto, y, durante ciertas estaciones del año, es muy fría. Akhimen asintió.

—He oído hablar del frío —dijo solemnemente, aunque Conan sabía bien que en el desierto, de noche, la helor podía ser muy severa—. Y esos extraños ojos que tiene Conan, del color del cielo, se han resentido por la fuerte luz.

—No.

—Conan es un hombre bendito. Las dolencias de la fuerte luz son una plaga. Nosotros llevamos una piedra para protegernos contra ellas. Y afeites de alcohol en los ojos, por supuesto. Zulfi: tráele a nuestro huésped una piedra contra la luz.

Zulfi desapareció detrás de la cortina entre frufrúes y tintineos, y Conan oyó que en su estómago tronaba; afuera, Aqbi estaba preparando algo sabroso. Pan con ajo, Conan estaba seguro, y esperaba que también algo más. Sabía que no debía rechazar nada que le ofrecieran… y entonces, cuando Zulfi regresó con un granate del tamaño de una ciruela, recordó el regateo al revés de Akhimen. «Como acepte esa enorme gema —pensó el cimmerio—, ya veo que correré la misma suerte de los, ¡escupamos!, yoggitas».

—Tomaré de vosotros una piedra contra la luz que sea cincuenta veces más pequeña que ese tesoro.

—¡Ah! Theba no se muestra complacido —dijo Akhimen, lamentándose e invocando, supuso Conan, a un dios; no conocía aquel nombre—. ¡Un invitado no acepta el obsequio que le he ofrecido! Zulfi, protege nuestro honor; trae una piedra contra la luz que sea como la mitad de esta.

—Aceptaré un obsequio del khan —dijo Conan, mientras el concepto shanki de honor y el regateo pugnaba con su natural codicia— que a lo más sea veinte veces más pequeño que ese.

Akhimen suspiró, como exasperado.

—Nuestro huésped tendrá que aceptar un obsequio que sea tres veces más pequeño que el otro que quisimos darle. Tráelo, Zulfi.

—Se me hace demasiado honor —dijo Conan, tratando de disimular su tristeza, y de tragarse el grumo de codicia que le atragantaba—. ¡Mi propio honor no me permitirá aceptar tan espléndido obsequio! ¡No puedo aceptar más que una piedra diez veces más pequeña que la que sostienen las bellas manos de la hija del khan!

—Nuestro huésped se honra con su modestia —dijo Akhimen Khan, levantando la frente.

Entonces, sorprendió a Conan al sacar una daga curva del ancho fajín escarlata que le ceñía el talle por debajo del tabardo. Cuando el brazo del cimmerio iba ya a agarrar y aplastar la muñeca de Akhimen, este apoyó la punta del arma en su propio pecho.

—Si mi huésped, que tantos caballos me cede, no acepta dos piedras contra la luz diez veces más pequeñas que esta, la cual, en verdad, es demasiado grande para llevarla, de tal modo que me avergüenza el ofrecerla, me quitaré ahora mismo la vida.

—Que se detenga la mano del khan —dijo Conan, conteniendo

la risa—. Pues preferiría derramar mi propia sangre hasta la muerte antes que traerles la desgracia a los shanki siendo la causa de que su gran khan sufra un leve arañazo.

Akhimen lanzó una mirada al cimmerio. Conan no supo si se debía a la admiración porque volvía a hablar en un lenguaje florido, o al dolor que le causaba la «rendición» de su huésped. Zulfi se marchó entre crujidos de seda y tintineos.

—¿Cabe pensar que se me permita inclinarme ante la hija del khan cuando esta regrese?

Akhimen pareció sobresaltarse, y Conan tuvo la impresión de que no fingía.

—¿De qué manera puedo haber ofendido a Conan de Cimmeria, que quiere inclinarse ante una mujer dentro de mi propia tienda?

Conan evaluó con rapidez la situación, y echó mano de su pequeña y afilada daga.

—Voy a quitarme la vida —dijo, y siguió improvisando—: Entre algunos pueblos este es uno de los más grandes honores que puede ofrecer un hombre: inclinarse ante la hija de otro hombre.

—¡Ahh! —Akhimen se llevó la mano a las barbas, y las peinó con los dedos—. ¡Qué concepto fascinante! Ahora veo que Conan solo pretendía honrarme. Las gentes varían mucho a lo largo y lo ancho del mundo, ¿verdad? ¡Qué extrañas costumbres debe de conocer mi huésped!

—Sí —dijo Conan solemnemente, al tiempo que envainaba la daga y recordaba las palabras con que el hombre del desierto se había referido al frío. Akhimen había dicho: He oído hablar de eso —. Sí —repitió el cimmerio—. Algunos liberan a sus esclavos, y les persuaden de que acepten sus propios dioses y costumbres. Entonces, estos esclavos buscan cónyuge entre sus captores, y sus niños son tratados como cualesquiera otros.

Akhimen negó con la cabeza, y pareció ir a vomitar.

—¡No debe de ser esta la costumbre cimmeria!

—Oh, no —dijo Conan.

Había descubierto lo que quería saber. A lo largo de cientos de años, aquella pequeña banda de quinientas personas había practicado la endogamia. Y la sangre de los shanki no había cambiado en nada —independientemente de su origen—, y sus costumbres y ritos, sin variar, se habían ido volviendo más

complejos y estrictos con el paso del tiempo.

Zulfi regresó con dos granates, ambos lo bastante grandes como para hacer las veces de pomo de una daga. Los dos habían sido perforados por mano experta y sin duda laboriosa, y enhebrados con sendas correas de pelo de camello trenzado. Conan aceptó los obsequios con gentileza, y se cuidó muy bien de inclinarse ante la hija de Akhimen, el khan de quinientas almas.

—Que Theba bendiga a Conan de Cimmeria con una vista de águila, y le proteja de las dolencias que provoca la fuerte luz —dijo la muchacha, y Akhimen repitió las mismas palabras.

—¿Podría un huésped, que teme infligir ofensas, preguntar por qué el khan y su familia llevan una estrella de tela negra, mientras que no ha visto ninguna otra entre los shanki? ¿Es acaso el símbolo de la familia del khan?

—No —dijo Akhimen, y miró a la esterilla entre sus rodillas dobladas—. Estamos de luto, hombre de Cimmeria. Mis gentes se quitaron ya las oscuras estrellas de la Muerte cuando hubo pasado un mes. Nosotros llevaremos las nuestras durante todo un año, y, pasado ese tiempo, prenderemos las estrellas, con alfileres, al cuerpo de dos cautivos, y les quemaremos.

Conan pensó que debía de referirse a las dos pequeñas esclavas desnudas, pero no se sorprendió. Aquel era un pueblo de guerreros. Los yoggitas eran sus enemigos jurados, y la costumbre es la costumbre. Conan había vivido también en Shadizar, donde, en templos dedicados a gran número de extraños dioses, se celebraban los más abominables y horribles ritos, en los que perecían animales y hombres, y la sangre del sacrificio era tan antigua como la de su propia estirpe, la más cruel entre cuantas estirpes animales pueblan el mundo.

—El huésped debe llorar con su anfitrión —dijo Conan, con los ojos vueltos también hacia la esterilla—. ¿El khan de los shanki tenía otro hijo, al que ha perdido?

—No. Una hija. La mandé, con honor y gran simpatía, al khan de los Zambulanos. La doncella se hallaba en la flor de la juventud, era una rosa blanca silvestre que todavía no había sido arrancada. Entre aquellas gentes que viven entre murallas, la hija del desierto enfermó y murió. Nos trajeron la noticia. El khan de los Zambulanos nos hizo saber que había albergado un vástago en sus

entrañas, sin duda un varón, y que había querido honrarla sepultando su cuerpo al lado de los cuerpos de sus ancestros y sus mujeres. Le perdonamos, porque no podía saber que la muchacha no habría querido que la sepultaran en la tierra. Naturalmente, habrían tenido que devolverla al desierto, a su hogar, para que fuera quemado su cadáver, y las cenizas esparcidas al viento, para que se mezclaran con las sombras.

—Por supuesto —dijo Conan.

—¡Estos pensamientos me entristecen —dijo Akhimen—, y tal cosa resultaría inconveniente en presencia de un huésped! «Entrégale a la pena solo el tiempo reservado a la pena», nos dice Theba, «y a la alegría el tiempo que le corresponde, y que siempre sea bienvenido el huésped en las tiendas de los shanki». ¡Zulfi! ¡Llénanos las copas! —Akhimen miró a Conan con sus ojos de águila, y estos parecían arder de puro fervor—. ¡Vamos a emborracharnos juntos, hombre de Cimmeria!

«Y mañana por la mañana me marcharé para Zambula con resaca —pensó Conan—. ¡Espero que no tengamos que emborracharnos antes de cenar!».

No fue necesario, si bien una cena de verduras condimentadas con especias, y cocidas con cerveza y cachos de unos panes anchos y planos de trigo entero, grasientos y saturados de ajo, no era la mejor para un carnívoro de los collados cimmerios, aun cuando los salados platos de Aqbi resultaran sabrosos.

Le produjeron sed.

—Estás… estas hermosa —le dijo Conan por la mañana a Isparana, y no trató de esconder su asombro.

Tumbado de espaldas, había abierto los ojos y la había encontrado a su lado.

Las cejas de la mujer, juiciosamente depiladas, habían tomado otra forma, y estaban untadas con sebo; y llevaba los labios de aquel extraño color negro de las mujeres shanki, los cosméticos habían alterado su forma y los hacían relucir; sus ojos adornados con afeites de alcohol parecían más grandes, y las pestañas estaban bellamente húmedas; además, le habían lacado las uñas. Se cubría con un atuendo shanki de color escarlata. Al extremo de una correa de pelo de camello trenzado, un gran ópalo blanco arrojaba destellos rosas y verdes entre sus senos, y su ligera presión daba

relieve a estos.

Al incorporarse a medias sobre el suelo de la tienda, en la que no recordaba haber entrado, vio que también le habían lacado las uñas de los pies. Isparana tenía los pies muy bonitos, y no más morenos que los de Conan.

—Eres… repugnante —le dijo ella sin pasión—. Tuvieron que arrastrarte hasta aquí mientras tú ibas farfullando quién sabe qué, mucho después de que apareciera la luna, borracho, y encima apestabas a ajo y a cerveza de la suya… ¡y todavía apestas!

Conan sonrió y, al notar cuánto le pesaba la cabeza, se preguntó si esta se habría resentido por alguna fatigosa actividad.

—Y no me has matado.

—¿Que no te he matado? ¿Y por qué habría de matarte?

—Bueno, Isparana —dijo él, poniéndole su gran mano sobre la rodilla—, éramos rivales, y enemigos jurados, ¿recuerdas?

—Sí, lo recuerdo. Y también fui yo la que arrojó una daga que te salvó la vida, ¿recuerdas?

—Sí, lo recuerdo. Y te estoy agradecido. Entonces, somos aliados. Y ni siquiera me has registrado. Ella le lanzó una mirada.

—Llevas encima una daga, dos bonitos granates con sus correas de pelo de camello —entre estos lunáticos, se supone que traen suerte— y un hermoso anillo oculto en la bolsa, y esa baratija que te cuelga del cuello, que todavía apesta a ajo.

Conan, que al darse cuenta de que no tardaría en quedarse sin sentido se había frotado pensativamente el «amuleto» de arcilla y cristal con el pan shanki, sonrió. ¡Así pues, la mujer sí le había registrado!

—¿Y si hubieras encontrado el Ojo de Erlik en mi apuesta persona?

—Oh, entonces habría abierto un agujero en la parte de atrás de la tienda con tu daga, querido Conan, y luego te la habría clavado en esas costillas que apestan a ajo, ¡y ya me hallaría a varias leguas al sur de aquí!

—¡Ah, Isparana, Isparana! ¡Qué bruja maligna y repulsiva te gustaría ser! Qué buena suerte para los dos que no encontraras el precioso amuleto de tu precioso khan.

Y la atrajo hacia su cuerpo.

—Ugh —murmuró ella—, cerveza y ajo… Conan sintió que la

cabeza le protestaba, y decidió dejarlo correr y ser paciente.

11. Espías de Zambula

Las antorchas parpadearon. Su humo aceitoso se sumaba a la siniestra mugre de las oscurecidas vigas del techo que unían las paredes de piedra, paredes que se erguían sobre un suelo de oscura tierra apisonada. La víctima colgaba de una de aquellas vigas, y sus pies apenas si tocaban el suelo.

El hombre de la capucha negra enrolló varias veces más la cuerda, terriblemente delgada, en torno a las muñecas de la muchacha, y se aseguró de que estuviera bien atada con un implacable tirón. El cuerpo de la joven se agitó convulsivamente, y sus pies tuvieron que esforzarse por no perder todo contacto con el suelo. Ella, muy rubia, y joven, y completamente desnuda salvo por las correas de cuero, jadeaba, y no pudo contener un largo gemido. Tenía los miembros tan fuertemente atados que la sangre ya no le llegaba a las manos. Las cuerdas la habían arañado y herido, se habían clavado en sus brazos y muñecas mientras la ataban. Ya no sentía allí nada más que un cosquilleo, y no podía sentir las manos mismas. Se preguntaba en su miseria, como pensando en algo ajeno, si se le habrían puesto de color rojo oscuro, o púrpura, o si se le oscurecería ya la piel. Curiosamente, sentía calor en las brazos; al tenerlos estirados hacia arriba, habría tenido que sentir frío. Cuando de nuevo trató de forcejear, vio que sería inútil. Estaba atada, tan indefensa que no podía moverse en ningún sentido. Sus talones no llegaban el suelo… solo podía sostenerse sobre los dedos de los pies. El hombre de la capucha negra era alto, y tenía los brazos largos.

Guturales gorgoteos brotaban, con tonos chillones, de unos labios que no podía cerrar. Estaban secos.

Dos hombres vestidos con túnicas la miraban. Uno de ellos dijo:

—Arriba.

La muchacha gimoteó al oír la orden. Sabía lo que significaba.

Las cuerdas que le sujetaban las muñecas podían deslizarse, en lo alto, sobre una envoltura de cuero enrollada a una de las vigas.

El hombre de la capucha negra la subió hasta que sus pies no pudieron alcanzar el suelo. El gemido de la muchacha fue horroroso. Los dos hombres la observaron en silencio, y las antorchas parpadearon. El de la capucha negra empezó a subir y bajar la cuerda y su peso, como si hubiera estado tañendo una gran campana. Su enorme panza estaba tensa a causa del esfuerzo.

Mientras subía y bajaba, la víctima empezó a gimotear repetidamente, y le pareció que sus costillas querían salírsele de las carnes. Le estaban flagelando el cuerpo al mismo tiempo que este, dolorido, sin fuerzas, daba vueltas y se mecía como un péndulo. La empapaba el sudor. Gemía con cada una de las dolorosas bocanadas de aliento que soltaba.

—¡Habla!

La muchacha oyó aquella voz; estaba lloriqueando, y las lágrimas resbalaban por sus mejillas, y no quena hablar.

—No veo razón para seguir azotándola. Trae los hierros candentes.

—N-no… —murmuró ella, y la cabeza le quedó yerta, colgando.

El hombre de la capucha negra ató el cabo de la cuerda de tal manera que la muchacha solo pudiera alcanzar el suelo de tierra apisonada con la yema de los dedos de los pies. Se sacó un guantelete del cinturón. Se lo puso al tiempo que se acercaba al brasero: un objeto negro, malvado, agazapado sobre sus seis pies, cuya cabeza ardía. Asomaban de esta los mangos de madera de dos delgadas barras de negro hierro. Sacó una. Su punta brillaba con blanco fulgor. Fue amarilleando mientras el hombre volvía, sin prisas, con su víctima, y esta le veía venir con los ojos desorbitados. De nuevo murmuró «no» con su hilillo de voz, y el hombre levantó el hierro.

Los dos que vestían túnicas observaron cómo sostenía el hierro con firmeza, sin vacilaciones, contra el cuerpo de la muchacha, que se retorcía y temblaba convulsivamente, llena de aprensión y horror. Prorrumpió en chillidos, al tiempo que sacudía violentamente la cabeza hacia adelante y hacia atrás, y nuevo sudor relucía y la empapaba. Los hombres de las túnicas oyeron cómo crepitaba vivamente y cómo olía la carne chamuscada.

—Basta.

El hombre de la capucha retiró el hierro. Su víctima jadeaba, gemía, y olía su propia piel quemada. El sudor la empapaba y le oscurecía el cabello.

—¡Habla!

La muchacha tragó saliva repetidamente, y suspiró, y gimoteó, y jadeó.

—¡Otra vez!

El hombre de la capucha negra avanzó, y la joven sintió que se le acercaba el hierro candente.

—¡Basta! Te lo diré. —Hablaba con voz torpemente suplicante.

—Ya basta —dijo el hombre de la túnica; el que tenía la espada.

El otro más joven que se hallaba a su lado no había traído ningún arma. Un bello medallón de oro, perlas y topacios parecía centellear sobre la pechera de su túnica.

—Habla, pues. Pero ten el hierro a punto, Baltaj.

El hombre de la capucha negra se quedó al lado de la muchacha con su instrumento en la mano, como deseoso de que no hablara lo suficiente. Era un hombre corpulento, de elevada estatura.

—¿Has espiado para Balad?

—Sí.

—Sirves a la mujer llamada Chía, y vives aquí, en el palacio, con ella, y nos espiabas a ella y a mí para el traidor Balad.

La joven dudó; el encapuchado empezó a levantar la mano.

—Sí —dijo, admitiendo incluso que Balad era un traidor.

—¿Él te paga?

—Sí.

—¿Cómo te paga?

—Mis… mis padres viven bien… y no saben por qué. Y… yo… yo…

—¡Habla!

—Yo habría tenido los aposentos de mi señora cuando Balad reinara en Zambula, y… y ella habría tenido que servirme a mí.

—¡Idiota! ¡Necia aquilonia! ¿Es que puedes imaginar que esa majestuosa argosea, la que yo llamo Tigresa… puedes imaginar que te sirviera a ti? Te has dejado tomar el pelo, y ya ves cuan caro te ha costado.

—¡Bal… Balad la… hará esclava!

—Oh, por supuesto, ¡por supuesto que la haría esclava! ¡No pasaría un solo día antes de que te hubiera clavado los bellos alfileres de su túnica, estúpida marrana aquilonia! ¿Cómo informabas a Balad, el traidor?

—¡N… no es un traidor! Quiere liberar a Zambula de…

—¡Baltaj!

El encapuchado respondió con su brazo y su mano enguantada. La punta del hierro ya se había enfriado hasta ponerse roja, pero cumplió igualmente con su tarea —de nuevo oyeron y olieron cómo se quemaba la carne—, y la muchacha chilló y se balanceó sin fuerzas.

La reanimaron con agua y ortigas.

Explicó como, tres tardes de cada diez, se encontraba con Khoja, un guardia de palacio, y le entregaba mensajes. No, nunca había visto a Balad en carne y hueso. Él le había mandado un mensaje, y también la gema que habían encontrado escondida en su cabello. No, no tenía ningún mensaje que ellos pudieran ver; ella no sabía leer, y, después de que otro se lo leyera, este se lo había vuelto a llevar. Pero estaba segura de haber reconocido su sello y su nombre.

—¡Te habría valido como orden de ejecución, puta estúpida!

—Nooo…

—Ya basta. Baltaj, deja el hierro en su sitio. Ven aquí.

La cautiva no pudo contener un largo suspiro; ya no le quedaban fuerzas, y trataba de sostener su peso con los dedos de los pies; se esforzaba trabajosamente por tomar aliento. El encapuchado volvió a dejar el hierro en el brasero, y subió los veinticinco escalones que llevaban de la fosa de la mazmorra hasta el rellano donde se hallaban los otros dos hombres.

—Quédate detrás de mí —le dijo su señor, y Baltaj se puso detrás del que blandía la espada. Este también dio un paso atrás, y dejaron a Akter Khan solo delante de ambos.

—Mátala —dijo Akter, y los labios de Zafra se movieron mientras el Khan hablaba.

—¡Ah! —masculló el torturador, y dio otro paso atrás, pues la espada que colgaba del costado del khan salió de su vaina sin que nadie la tocara. Se meció por unos momentos en el aire, y entonces cayó hacia la fosa, y, desviándose ligeramente como si la hubiera llevado en la mano un hombre invisible que corriera —o volara—,

se clavó en el pecho de la cautiva, algo a la izquierda del centro.

Akter Khan sonrió y, aún sonriente, se volvió hacia su mago.

—Qué pena que hayamos hurtado esta víctima a la larga tortura final de Baltaj —dijo—, pero ¡quién podría resistirse a emplear tu maravillosa espada, Zafra!

Este le sonrió a su vez con aviesa sonrisa.

—Quizá mi señor entregue a ese tal Khoja a Baltaj como… compensación —dijo el joven mago.

Akter Khan asintió, y se volvió hacia su torturador.

—¡Que así sea, Baltaj! Pronto te entregarán a Khoja. Enséñale… eso —dijo, al tiempo que señalaba con un ademán la mazmorra donde se balanceaba Mitralia, la doncella aquilonia de Chia, la Tigresa. Mitralia no respiraba—. Y averigua si puede acusar a otros. Empléate a fondo con él, Baltaj.

—¡Oh, mi buen señor sabe que lo haré!

—¡Sí… y también sé lo que harás en cuanto nosotros dos hayamos salido de tus dominios, perverso canalla! —Akter sonrió—. ¡Ven, Zafra, mago real de Zambula!

—¿He de traerle a mi señor su espada?

—¡Baltaj! ¡Arráncale la espada del cuerpo a esa bruja y tráemela!

—Mi… señor…

—No temas, Baltaj, mi perro leal; esa espada, como tú mismo, solo obedece a su señor. No te hará ningún daño. Ahora, es solo una espada.

Baltaj descendió lentamente por la escalera, y Akter sonrió a su mago. El khan le puso una mano en el hombro.

—¡Mi leal Zafra! —dijo con voz suave—. ¡Cuántos bienes me reportas! Y tenías razón… la muchacha, en efecto, era una espía, y nos ha entregado a otro espía. ¡Admito, también, que temía que pudiera implicar a mi Tigresa! Pero está claro que esa moza la odiaba y la envidiaba, y que Balad querría reducir a Chia a la esclavitud… ¡si alguna vez triunfan sus locos proyectos!

Zafra hizo una huera reverencia.

—Tengo que contarle a mi señor… —dijo, también en voz baja —. Mis sospechas comenzaron cuando vi cómo se comportaba en mis visitas a su señora, vuestra Tigresa. Mi señor Khan recordará que, cuando yo le presenté mi espada, me envió a Chia la Tigresa.

—Esa misma noche. Claro que lo recuerdo. ¿Me estás diciendo que te has encontrado con ella… en otras ocasiones? Zafra no levantó la cabeza.

—Sí, mi señor. Debo decíroslo, aunque me haya costado reunir el valor necesario. Hemos estado… muchas veces juntos.

Akter rio, y le dio otra palmada al mago en el flaco hombro.

—¿La amas, Zafra?

—Mi señor —dijo Zafra con toda sinceridad—, no.

—¿Y crees que ella te ama a ti?

—No, mi señor Khan.

—Entonces, puesto que yo mismo te la mandé por primera vez para que saciaras tu lujuria, ¿cómo puedo negarme a que mi real mago pase algún tiempo con la irresistible Tigresa, eh? No sabes cuan agradecido te estoy por habérmelo dicho, Zafra… pues ya lo sabía desde hace semanas. Desde hace un mes, o incluso más. —Akter sonrió al ver el gesto de sorpresa de su brujo—. Sin embargo, voy a buscarte una mujer solo para ti, Mago de Zambula.

—Vuestra… espada, mi señor Khan.

—Ah, sí —Akter se volvió y recibió la espada de manos de Baltaj —. ¡Qué bien que la hayas limpiado y le hayas devuelto su brillo, Baltaj!

—Simplemente, le he devuelto a la muchacha su sangre, señor Khan. Ella no lo ha notado.

Riendo, Akter Khan salió de la mazmorra, con el mago a su lado, y, al cabo de poco tiempo, dos hombres entregaron a un joven guardia, despojado de su espada, a manos de Baltaj. Como era completamente inocente, y apenas si conocía a Mitralia, Khoja miró su cadáver sin apenas ninguna emoción; ya había visto cadáveres de mujeres en otras ocasiones, si bien ninguno, fuerza es decirlo, con noventa o más marcas producidas por un hierro candente.

—Ya estaba al comente de lo nuestro, Chia —dijo Zafra—. Ahora estamos a salvo; estuvo muy agradecido de que le «confesara» nuestra amistad.

—¿Y Mitralia?

—La pobrecilla ha muerto. La poción que hice que le dieras tuvo efecto, y también mi hechizo; confesó haber espiado para Balad, y dijo precisamente lo que yo le había ordenado que dijera cuando su espíritu se me abrió y quedó indefenso ante mí. Implicó a ese

guardia que mencionaste…

—Khoja.

—Sí.

—Bien. Ese cerdo había tenido la arrogancia de mirarme con descaro. —Chia suspiró, y le acarició—. Sin embargo, voy a echar de menos a Mitralia; ¡le encantaba mi cabello, y lo peinaba mejor que nadie! Ahora tendré que encontrar a otra e instruirla.

Zafra rio entre dientes.

—Ven, yo mismo te peinaré con los dedos. ¡Supongo que será el propio khan quien elija a la próxima muchacha que te mande!

—Hummm… pero… Zafra… Khoja no tiene nada que confesar.

—Y no confesará nada. Baltaj quedará impresionado por su bravura y su firmeza de carácter… y también se irritará. Khoja no vivirá mucho tiempo.

—¡Ah, Zafra, Zafra! Mi adorable genio.

—No lo niego, amor mío. ¡Pero ahora tendrás que ser cuidadosa en extremo cuando le entregues información al agente de Balad!

12. Una escolta para dos ladrones

Hajimen, y diez shanki montados en camellos, habían de escoltar a Conan e Isparana hasta Zambula. Akhimen no hubiera consentido que opusieran reparos a la decisión que había tomado, y tampoco vio Conan razón alguna para ello. Impidió que Isparana escandalizara a los shanki pidiéndoles las ropas de hombre que le habrían permitido cabalgar cómodamente. Conan le hizo ver que los atuendos de color escarlata de las mujeres shanki eran tan holgados que le permitirían montar a caballo, y que para aquella gente, para sus amigos, la idea de que una mujer vistiera alguna suerte de pantalones era de naturaleza bárbara, o algo peor.

—¿Y qué? ¡Me hallo en compañía de un bárbaro!

—Ellos no lo saben, Isparana. Ponte al cuello esa piedra contra la luz y procura estar dispuesta. No merece la pena que esperemos hasta el mediodía para ponernos en camino.

—Conan.

Este ya iba a marcharse; se volvió hacia ella.

—Yo tenía una espada, Conan. Te la quedaste. Tenía una daga, y la empleé en salvarte la vida… ¡solamente Erlik sabe por qué!

Conan la miró, interrogador. Ya le había dado las gracias; sabía qué era lo que quería la mujer, y estaba meditando si debía concedérselo.

—Quiero una espada y una daga —dijo la joven.

—Si te acompaña una guardia de once hombres montados en camellos, pocas armas necesitarás.

—¡Eso le decía un estigio a un kushita!

—Mm. —Conan le dejó entrever una muy ligera sonrisa—. Tienes razón. Lo primero que me preguntó esta gente era por qué no llevabas armas. ¡Llevamos todo un arsenal en las alforjas de ese caballo! La espada y la daga de Khassek, y la de Sarid…

—… y la mía…

—… y las de cinco de los yoggitas, además de las dos que Khassek y yo… conseguimos en Shadizar.

—Y mi espada.

—Sí, y tu esp… ¡ah! Aguarda, Isparana.

Tras salir de la tienda, Conan fue hacia la alforja que había llamado «arsenal» y la abrió. A la vista de Akhimen Khan, logró que Hajimen se quedara la buena espada akbitana de Sarid el Samaratano. Como curiosidad, les mostró la sorprendente daga ilbarsi de Khassek. También enseñó a los shanki la espada de cierto agente del rey de Zamora, que había perdido el pomo, y con lacónicas frases les contó cómo la había conseguido. Los shanki rieron; Hajimen y los demás habían conocido ya, y sufrido a otros afectados señorones —ellos los llamaban bujarrones— en Zambula.

Los hombres del desierto mostraron que sabían apreciar la calidad y el valor de la daga ornada con corindones del simpático Ferhad, y de su hoja con filo de plata.

—La regalaré a mi amada Isparana —dijo Conan—. Yo me quedaré con la que ella empleó para… ayudarme contra aquellos yoggitas.

Hajimen escupió. Conan también escupió con diligencia. Pensó que se trataba de una encantadora costumbre, y se juró a sí mismo que seguiría mencionando una y otra vez a los jazikhim de verde túnica para poder compartir con los shanki sus propios escupitajos rituales.

—Es un bello gesto por parte de un hombre —dijo Hajimen, refiriéndose al obsequio que hacía Conan a su «amada mujer»—. He cargado mi camello con ropas que me quedaron pequeñas a los dieciséis años, cuando crecí de repente. Sé que la mujer de Conan es una guerrera. Cuando nos hayamos alejado de aquí, y mi padre y los demás no puedan saberlo ni horrorizarse por ello, ofreceré esas ropas a la mujer guerrera llamada Isparana.

—Hajimen es muy amable —dijo Conan—, aunque mi mujer se complace también en los adornos femeninos de los shanki.

«Tanto como yo con las ortigas», pensó Conan. Así pues, ¿Hajimen representaba a una nueva generación liberal de shanki? Qué lástima; los shanki cambiarían cuando se hallaran bajo sus órdenes, cuando le llegara a Hajimen el momento de ser llamado

khan.

—Lamento que no tuviéramos ropas lo bastante grandes para venirle bien a nuestro huésped —dijo Hajimen—, salvo la cufia y el albornoz para montar en camello que le dimos con placer.

—Me gustan —dijo Conan sonriendo abiertamente, aunque, en verdad, la veste acolchada y el coselete de malla, que a pesar de haberlo tenido desde hacía dos meses no se había puesto hasta aquel día, le daban demasiado calor. Como los shanki nunca llevaban cotas de malla, el cimmerio había cubierto el coselete con una túnica, que se estaba estropeando por dentro, como todo ropaje que se lleve encima de una armadura de malla, anillos o escamas. En Zambula le aguardaba una recompensa. ¡Cuando la hubiera cobrado, podría vestir si le placía una túnica escarlata con bordados!

De hecho, el cimmerio se había puesto un par de abombados calzones de color escarlata que le habían dado los shanki; le venían cortos, pero no le importaba. Las botas le llegaban hasta más arriba de la pantorrilla; ¿para qué quería calzones más largos?

—Cuando haya entregado estas armas a Isparana —dijo—, estaremos listos para dejar atrás la tierra de los shanki.

—No así a su compañía. Nuestros camellos están prestos a seguir a Conan de Cimmeria.

—Llámame Conan.

—Así te he llamado, huésped de mi pueblo.

Conan se volvió, sonriente. Fue a buscar a Isparana. Esta, con austeridad, severo el rostro, se abrochó el talabarte, y tiró un poco de la vaina para que colgara de su cadera izquierda. Echó una mirada intencionada a la vaina más corta que colgaba de la derecha, y luego a Conan.

—¿Y mi daga? La extrajiste del cadáver de ese yoggita, ¿verdad? Conan escupió al estilo shanki, y sonrió.

—Sí, aunque no fue fácil. Al caer del caballo, el brazo que le había atravesado tu daga quedó debajo, y esta se lo clavó en el pecho. La guardaré como recuerdo. Acuérdate de cómo nos conocimos, Ispi…

—¡Te tolero que me llames Isparana —dijo ella—, pero Ispi ya no!

—… éramos dos ladrones —siguió diciendo Conan— que se

miraban, ceñudos, en esa horrible estancia de Hisarr Zul. ¡Quién hubiera dicho que un día habías de salvarme la vida… deliberadamente!

—Actué sin pensar.

—¿Cómo también el día en que nos capturaron los khawarizmi? Después de que yo matara a varios de esos perros esclavistas, cuando ya era segura nuestra fuga, me derribaste de mi silla de montar.

Ella, envuelta en el atuendo rojo que ocultaba sus formas, y con los labios pintados de negro, y los ojos que parecían aún más grandes y brillantes por su contorno también negro, negó con la cabeza.

—¡No, ese día sí que pensé! Al fin y al cabo, había perdido por tu culpa mis camellos y todas mis vituallas. ¡Ahora quiero mi daga, bárbaro ladrón!

—Eso fue el día después de que te quitara del cuello el Ojo de Erlik mientras dormías.

—¡Perro! ¡Puerco bárbaro!

—¡Ah, y yo que temía que ya no me dijeras más palabras cariñosas! Estoy lo bastante crecido como para saborear la espera, Isparana.

—¡También me espiaste cuando me desnudaba y me bañaba en esa charca del oasis! ¡Y además, voy a tener toda la vida esta marca en la cadera, víbora rastrera y bárbara!

Conan le había recordado todo aquello deliberadamente, para estudiar su reacción. La mujer no gritó, ni desenvainó la espada.

—Lamento lo que te sucedió, Isparana… no tenía ni idea de lo que iba a ocurrir. Y estoy más que alegre de que llevaras el falso amuleto en una bolsa, a la cintura, cuando las brujerías de Hisarr fundieron su metal. No querría que esos bellos senos hubieran quedado chamuscados.

—Estás loco por ellos, ¿verdad, verraco bárbaro sobón?

—Sí, estoy loco por ellos, Isparana. Y con todo, aquella noche, en el oasis, ni siquiera te toqué.

—¿Y por qué no lo hiciste, Conan? Luego me dijiste que yo era irresistible. Estaba dormida, y me habías visto desnuda. Podrías haber…

—No soy un violador, Isparana —dijo Conan suavemente, con

dignidad.

Ella le miró.

—¡Sucio mentiroso, que apestas a sarna! Hace solo unos días…

—Hace ya dos semanas, y no fue una violación —dijo Conan, y clavó los ojos en ella.

Cuando Isparana bajó la mirada, admitiendo silenciosamente la verdad, Conan dijo:

—Aquel día, tú trataste de matarme, y, por tu culpa, Sarid y Khassek murieron. Khassek era un hombre bueno, Isparana.

—Bien… Sarid no lo era, pero lamento haberme aprovechado de él, y que haya muerto. Y también que, por mi culpa, asesinara a tu amigo iranistanio.

—Pero, si tú no hubieras seducido a Sarid y te hubieras aprovechado de él…

—¡No tuve que «seducirle», Conan!

—Si no te hubieses aprovechado de Sarid, y no hubieras venido al norte, tú y yo no nos habríamos encontrado de nuevo, ni hubiéramos unido nuestras fuerzas, Isparana. ¿O prefieres que te llame señora Kiliya?

Isparana hizo una mueca. Aquel nombre era el mismo que había empleado el día en que les capturó la caravana de esclavos de Khawarizm, en el oasis donde Conan le había robado el Ojo, y donde se habían enfrentado con palabras e insultos, de tal manera que los camellos de Isparana habían huido en la noche. Los khawarizmi no habían creído que se tratara de una tal señora Kiliya, ni que fuera pariente del rey de Samara como Conan les había dicho. Conan había matado cruelmente a tres de los cuatro con que se habían encontrado. Entonces, Isparana le había propinado a Conan un golpe que le había dejado inconsciente, y había tratado de huir. Por desgracia, otros hombres de la caravana la capturaron, y ella y Conan tuvieron que pasar varios días en la cadena de esclavos.

—¿Has conocido a alguna Kiliya, Conan?

—Sí. Una muchacha de Arenjun —dijo el cimmerio, recordando como aquella brujita había gritado, pidiendo auxilio por su vida, después de haberlo engañado con vinos y encantos—. Solo una muchacha, Ispa. No una mujer como tú.

Isparana no era dada a la bebería, y sin embargo habló

suavemente, al tiempo que le miraba a los ojos con la misma gentileza.

—Has conocido a un gran número de muchachas, ¿verdad? Y de mujeres.

—Algunas —dijo Conan, encogiéndose de hombros—. Tú también has conocido a muchos hombres.

—Algunos —respondió ella, encogiéndose a su vez de hombros, y pensando en lo nefasto que había sido Sarid como amante—. Estás intentando que te diga que eres un amante bastante aceptable, y que ya no tengo ganas de que te corten en pedazos y los echen a tus hermanos los perros, alimaña ladrona.

Conan meneó la cabeza.

—Ah, tratas de apartarme de ti con bonitos nombres de mascotas, amor mío. No. No estoy intentando que me digas nada —contestó, mientras, afuera, uno de los camellos que le aguardaban hizo oír su ridícula voz. Conan sacó la daga que había llevado escondida en el cinturón, a sus espaldas; la daga de Ferhad, agente del rey en Shadizar—. Toma. Vuestra daga, señora mía.

—Esta no es mi… ¡Conan! Tiene… tiene joyas incrustadas… ¡esto es un rubí! Y estas dos deben de ser zafiros… y esta, ¿puede ser una esmeralda?

—Podría serlo. Y puede que haya plata en la hoja. Sin duda, reblandece el filo. No creo que esa bonita ramilla valga mucho como arma, Isparana. —Conan se sentía casi azorado, algo nuevo para él—. Pero puedes venderla y comprarte un buen barril de cuchillos para cortar y trinchar. Y ropa zambulana algo más descarada.

La mujer miraba fijamente el puñal, al que iba dando vueltas y más vueltas con las manos.

—¡Oh, esta hermosa gema es una amatista! —murmuraba. De pronto, miró hacia arriba, y Conan pensó que la codicia le había puesto los ojos vidriosos. Entonces, le pareció distinguir como un velo de humedad. ¿Isparana? ¿Estaba llorando? Aferraba con fuerza el puño incrustado en gemas—. No voy a vender jamás este regalo, Conan. ¿Cómo podías pensar que la vendería? ¡Es un regalo tuyo!

Conan tragó saliva, y se sintió, más o menos, como si hubiera estado colgando de ambos pulgares.

—Bueno… después de todo, yo la robé. Ella le sonrió.

—¡Oh, Conan! ¿Y de qué otra manera, dime, de qué otra manera habríamos podido tú o yo conseguir algo así? Karamek y yo fuimos ladrones en Zambula, ¿no lo sabías? Es por eso por lo que Akter Khan nos envió al norte a recobrar el Ojo que Hisarr Zul le había robado. Si solo nos hubiera prometido que no nos cortarían las manos, pues nos habían capturado, y allí la condena es perder ambas manos, ni nos habríamos molestado. Nos prometió el perdón, ¿sabes?, y que no haría mención de nosotros a la administración turania, que tiene agentes por todas partes, y que nos daría, cuando regresáramos a Zambula, recompensa suficiente para no tener que volver a robar.

—Bien —admitió Conan—, fuiste tú quien se lo robó al viejo de Hisarr, no yo. ¡A mí me capturó!

La mujer rio, e, inesperadamente, le abrazó.

—Oh, Conan, ¿pensaste que yo iba a creer que pagas los regalos que haces, querido?

—Pues llámame alimaña sarnosa, o verraco bárbaro, o… incluso víbora —dijo él, incómodo—. Ya me he acostumbrado a que me llames esas cosas.

Suavemente, oprimiendo su cuerpo contra el del bárbaro, la mujer dijo:

—Conan…

Este se libró de ella y se acercó a la entrada de la tienda, que estaba abierta.

—Ven, Isparana. Nuestra escolta a camello nos está esperando. Y también el khan de Zambula… con una recompensa suficiente para que no tengamos que volver a robar. Y después… ¿la habitación más amplia de la posada más grande de Zambula?

—¡Sí! —gritó la mujer con los ojos encendidos—. La mejor, en la Posada Real de Turan, por ejemplo, para Conan y su… ¿señora Kiliya?

Y, riendo, salieron afuera.

13. Zambula

Los guerreros montados en camellos vieron primero a los jinetes, o, por lo menos, a uno de ellos.

Cuando el shanki dio una voz, y señaló al jinete que se estaba acercando, cuyo yelmo centelleaba a la luz del sol, este tiró de las riendas. El shanki hizo lo mismo, a menos de una milla del jinete, que, sin duda, era un soldado de uniforme. Vieron cómo llevaba una trompeta de latón a los labios, y oyeron sus sones. Como en respuesta, otra se hizo oír a su izquierda. Siguió a esta una tercera, y luego otra, aún más lejana. Y otra.

Hajimen alzó un brazo bien alto. Sus hombres —y la pareja a la que escoltaban, que iba montada a caballo— se acercaron a su dromedario.

—Aprestaos para cargar o para luchar —dijo—, y no hagáis nada sin que yo os dé la orden, salvo seguir avanzando al paso habitual.

Conan e Isparana tuvieron que aguardar hasta que diez shanki hubieron gritado su conformidad. Entonces, los once camellos y dieciocho caballos siguieron caminando por las arenas centelleantes.

Minutos más tarde, aquellos jinetes con yelmos y fajines amarillos convergieron en una suerte de pinza, y cercaron a los shanki.

—Son Zambulanos —murmuró Hajimen—. Todos quietos. No hagáis nada que yo no ordene.

—¡Eh, shanki! —gritó el jefe de los soldados a caballo.

Hajimen, desde lo alto de su dromedario, fue mirando a cada uno de los veinte hombres, y no vio armas desenvainadas ni ballestas amartilladas. Alzó la diestra.

—Hajimen, hijo de Akhimen Khan, de los shanki, saluda a los

guerreros del khan de los Zambulanos —gritó con su voz más amistosa—. ¿El khan de los Zambulanos sabe de nuestra llegada?, ¿sabe que vamos a vender caballos al mercado?

Conan escuchó la voz de Hajimen, que le surgía del diafragma y se expandía por el desierto hasta perderse en la lejanía.

—Si esos dos que viajan con vosotros son Isparana de Zambula y su compañero, hemos sido enviados para escoltarlos.

—¡Yo soy Isparana!

Conan aguijó a su caballo, al que había puesto el nombre de Cabalgadunas, cumpliendo la promesa que le hiciera a la bestia.

—Yo soy Conan, un cimmerio. Viajo con Isparana de Zambula. ¿Cómo supo vuestro khan de nuestra llegada?

—No lo sé, uh, Conan. Aunque no nos dio tu nombre, sí nos dijo que acompañarías a Isparana. Nos mandó para que te condujéramos a la ciudad y al palacio.

—Qué gentil es tu khan —dijo Conan, con cierto regocijo por su parte—. También nos escoltan estos shanki. ¿Tienes algún nombre?

—Yo soy jhabiz, prefecto. ¿Esa que te acompaña es Isparana de Zambula?

—Ya te lo han dicho, Jhabiz, y además te conozco —exclamó ella—. Traemos lo que desea Akter Khan.

—Bien. Hajimen Shanki, no es necesario que tu gente haga todo el camino hasta Zambula. —El hombre que hablaba tenía el rostro aguileño, como el de un ave rapaz.

—Oh, sí lo haremos —dijo Hajimen al tiempo que lanzaba una mirada en derredor—. ¡Cuántos soldados montados a caballo para escoltar solo a dos! Conan e Isparana son amigos nuestros, y nuestro khan nos ha ordenado que los acompañemos hasta el campamento de los Zambulanos. Y además, íbamos a vender caballos, ¿recuerdas?

El prefecto zambulano levantó un dedo para rascarse entre los dos mechones de la partida barba. Cabalgaba algo encorvado, y revelaba así una barriga incipiente. Montado en su gran caballo castaño, fue mordiéndose el bigote mientras meditaba.

—Supongo, entonces, que habremos de ir juntos hasta allí. Nuestro khan nos ha ordenado que hiciéramos lo mismo.

—Nos complace que los guerreros del Khan de Zambula vayan a acompañarnos —dijo Hajimen, pero sin entusiasmo.

Conan sonrió abiertamente. Un par de shanki rieron entre dientes, y también, por lo menos, uno de los hombres que llevaban el doble fajín de vistoso color y las ñámulas de Zambula en el yelmo. El cimmerio miró a Hajimen, que seguía bien aposentado sobre la única giba de su camello. El cabecilla shanki asintió. Los camellos shanki se echaron a caminar. El hombre y la mujer a quienes escoltaban iban en medio, y el prefecto Jhabiz tuvo que seguirlos. Cuando vio una oportunidad, hizo que su castaño se adelantase, y encabezara la comitiva hacia Zambula. De aquella manera, parecería que Jhabiz había ido al frente de todo el grupo, que constaba de veinte camellos, cincuenta y ocho caballos, una mujer y treinta y un hombres, aparte del inquieto prefecto. Sus soldados avanzaban con lentitud, al ritmo de los camellos y de los caballos destinados a la venta, en medio de los cuales cabalgaba la pareja a la que había de acompañar aquella desmesurada escolta.

Conan le echó una mirada a Isparana y sonrió.

—¿El tamaño de este séquito satisface a mi dama?

—Sí, mi señor Conan —repuso ella, y rieron juntos.

Aunque los Zambulanos supieran bien cuál era su misión, y sintieran tantos derechos de propiedad sobre sus dos protegidos como los shanki, entre todos lograron evitar incidentes durante los días que siguieron. Al final, Conan vio que aparecían en medio del desierto las torres y cúpulas de una ciudad. Luego vio sus murallas, blancas, brillantes. Fue viendo la ciudad cada vez más grande, y acabó por poder distinguir algunos árboles; palmeras y nudosos olivos. Jhabiz llamó entonces a dos de sus hombres, y les dictó calladas instrucciones. Tras dirigir un dúplice toque de trompeta a la muralla que lentamente se iba acercando, ambos fueron al galope hacia la ciudad. Pequeñas nubes de polvo amarillento se agitaban a sus espaldas, de tal modo que parecía que los persiguieran unos demonios de arena.

Las puertas ya estaban bien abiertas cuando la compañía llegó ante estas. Entraron todos por una calle ancha; Conan vio que estaba bien defendida por ambos lados con muros. Tras las murallas hacía más calor, si bien la ciudad propiamente dicha no empezaba hasta más adelante. La destreza con que uno conducía a su caballo, y el otro a su camello, permitió a Jhabiz aguardar hasta que Hajimen le hubo dado alcance.

—Ya sabes el camino hacia el mercado —dijo el zambulano.

—Sí. Iremos con mis amigos hasta el palacio, y de allí al mercado.

—Hajimen Shanki, hijo de un khan… ¡no se permite a los camellos entrar en el Camino Real! Ni pueden acercarse a palacio más de veinte jinetes juntos.

Hajimen le miró, impasible, desde lo alto del camello. Apareció el silencio como la niebla, y llevaba a hombros el recelo.

—Prefecto —dijo Conan, y Jhabiz, que de nuevo se hallaba incómodo, le miró—. Más valdrá que suspendas por hoy una de esas reglas, y hagas de manera que puedas saltarte la otra. Nosotros somos trece; parece sabio que tú y seis de tus hombres cabalguéis a nuestro lado, mientras que el resto de tu compañía se nos adelanta, o bien nos sigue cuando haya pasado cierto rato, o se marcha por un camino diferente.

—A nadie le gustará esta…

—A mí tampoco —le aseguró Conan al pobre hombre—. Y te he sugerido un remedio al problema. Parecerá una solución respetuosa y digna. Cualquier otra pondría en peligro la amistad entre Zambula y los shanki.

El prefecto de nariz aguileña miró en derredor. Movió los labios sin hablar, y, más que inquieto, parecía sentirse ya desgraciado. Al fin, asintió. Ordenó a su lugarteniente que eligiera doce hombres y que les siguiera, al paso, en cuanto Jhabiz y su compañía hubieran entrado en el Camino Real, que empezaba en aquella misma avenida, algo más adelante.

Así regresó Isparana la ladrona a Zambula, la de los manzanares y los bosquecillos de moreras, la de los edificios rematados por cúpulas y las torres escarlatas, acompañada por una escolta que atraía tantas miradas como una delegación regia.

Así entró Conan por primera vez en Zambula; con pantalones, cufia blanca y un holgado atuendo shanki que le ocultaba la cota de malla; los soldados, y los tribeños montados en camellos, le escoltaron mientras su caballo avanzaba pausadamente por el Camino Real hacia la cúpula bulbosa del palacio de un sátrapa turanio de elevado rango, que jamás había oído hablar de él. Ninguno de los ciudadanos que le observaban podía adivinar quién era aquel hombre tan claramente importante, tan alto que sus

piernas colgaban del caballo igual que cuelgan de un *pony* las de otros hombres.

El prefecto Jhabiz, que procuraba mantener la apariencia de que estaba al mando, cabalgaba con solemnidad, impasible, a la cabeza. Miraba al frente, y apoyaba la mano izquierda en la cadera para darse más compostura.

Al final del extraño desfile, caminaban pesadamente dieciséis caballos a los que no montaba ningún jinete; las cuatro acémilas de Conan e Isparana, cuyas alforjas se habían vaciado en buena parte, y las bestias entrenadas para cabalgar en el desierto que habían arrebatado a los saqueadores yoggitas. Akhimen Khan había elegido ya entre los cinco que tenía Conan, y el mismo Conan había regalado otro a Hajimen, así que solo dos habían quedado en propiedad del cimmerio. Este no le había dicho a Isparana que también se tenía por propietario de las antiguas monturas de Sarid y Khassek.

La mujer, que cabalgaba a su lado, no parecía en absoluto zambulana. Conan se fijó en que las mujeres zambulanas no se maquillaban tanto los ojos, y que, cuando se pintaban los labios, preferían darles color rojo, o rosa purpúreo. Tampoco se cubrían con demasiada ropa, y esto perjudicaba a las más rechonchas.

Ya se hallaban más cerca del palacio, y lo veían más claramente en toda su altitud. Era una mezcla de piedra gris y blanca, flanqueada por columnas pintadas de amarillo, y una amplia escalinata del color de la arena, que terminaba en un muro, defendido con almenas, delante de la gran puerta labrada. En esta empezaba el palacio propiamente dicho, con sus múltiples torres, sus paredes de pintado adobe, y la gran cúpula oscura que parecía un gigantesco bulbo recién arrancado. Los cortesanos y burócratas, con sus togas y pantalones, con sus túnicas y tabardos, ocupados en sus varios negocios, abandonaban estos por un momento para observar al gran grupo que se acercaba.

¡Camellos en el Camino Real! ¡Aquel gigante, y su mujer maquillada y vestida como una shanki, debían de ser importantes!

Al pie de la amplia escalinata del palacio, Conan se volvió hacia Hajimen.

—¿Los shanki saben negociar bien?

Hajimen entreabrió los labios, y dejó entrever un atisbo de sus

dientes.

—¡Los shanki saben negociar mejor que los Zambulanos!

—Bien —dijo Conan—, pues estamos en Zambula. Entonces, cámbiame mis seis caballos, juntamente con los tuyos, por perlas, o collares de artesanía zambulana, o por cualquier otra cosa que pueda transportar fácilmente. Y también las espadas que están dentro de las alforjas de ese bayo.

—Nos complace y nos honra poder hacer negocios para Conan de Cimmeria.

—¿Me dirá el hijo del khan algún lugar donde podamos encontrarnos dentro de unas horas? ¿Cuando llegue el ocaso, por ejemplo?

—En los establos para camellos del barrio llamado del Bronce estarán los shanki, o por lo menos uno de ellos que se reunirá con Conan y le guiará.

El cimmerio asintió y desmontó. En lo alto de la escalinata, los Zambulanos les estaban observando con sus espléndidos atuendos. Apartándose de su propio caballo, Conan le tendió las manos a Isparana. El rostro de la mujer, tras un momento de duda, se relajó. Con una sonrisa, permitió que el bárbaro la bajara del caballo como si hubiera sido una aristócrata. Puesto que la agente del khan era ella, Conan había decidido ser gentil; Isparana había de parecer competente a ojos de su patrono. Cuando los pies de la mujer ya reposaban en el suelo, Conan la retuvo los momentos necesarios para musitarle al oído:

—Llevo el amuleto debajo de mis ropas. Puedes decírselo.

—Pero… ¿cuándo lo has escondido ahí? —retrocedió con paso vacilante, fruncido el ceño, preguntándose qué había de creer.

—Hace meses, en Arenjun.

—Pero…

—¡Pero tú no lo encontraste cuando me registraste en «nuestra» tienda shanki hace solo unas pocas noches! —dijo él con sonrisa cauta—. Sí que estaba allí. Me lo colgué del cuello el mismo día en que maté a Hisarr Zul y pegué fuego a su palacete.

—¡Pero… no! ¿Quieres decir que el Ojo es esa fea… cosa?

Conan le sonrió con benignidad.

Sin duda, algunos de los transeúntes más curiosos se preguntaron por qué la mujer de labios negros, ataviada con un

blanco atuendo shanki que le cubría el rojo sirwal también shanki, profería maldiciones mientras subía al lado de Conan por la escalinata de palacio.

El cimmerio le hizo una pregunta, despreocupadamente, al hombre que tenía a su lado.

—Alguien va a cuidar de nuestras monturas, ¿verdad?

—Sí —dijo Jhabiz, y se volvió para dar la orden. Luego, volvió corriendo para dar alcance a Conan e Isparana, que no se habían detenido.

—Por si acabara tu turno de servicio mientras nosotros todavía estemos con el khan —dijo Conan, al tiempo que le devolvía una mirada hostil a un cortesano ataviado con ropajes de seda que debía de pesar más que un caballo—, recuerda, Jhabiz que luego iré a buscar una posada. Saldré de los establos del Barrio del Bronce a la hora del crepúsculo.

—¿Y si el khan te retuviera hasta más tarde? Conan andaba pavoneándose; un hombre de magnífica vestidura tuvo que apartarse a un lado.

—No lo hará.

—Yo…

—Estaré comprando —dijo el cimmerio—. ¿Verdad, Isparana?

—… cachorro de una víbora de entrepierna sarnosa mordedora de camellos, sí, hijo y heredero de una puta bastarda amarilla de Khitai…

—Trataré de estar allí —dijo Jhabiz—. ¿Qué le pasa, hombre de Cimmeria? ¿Acaso habéis reñido?

—Está locamente enamorada de mí, y teme que Akter Khan nos separe para poder besar sus bellos labios —dijo Conan, y entraron en palacio mientras Isparana proseguía con el repaso de todo su vocabulario de invectivas.

14. El Ojo de Erlik

Una vez estuvo en el espacioso salón de Estado de Akter Khan, Conan empezó por buscar con la vista medios de defensa y fuga.

La escolta hizo entrar a Conan e Isparana por una puerta de pesadas jambas, que Conan vio que podían cerrarse desde dentro mediante una gran tranca de madera con refuerzos de hierro. Esta descansaba sobre un pivote, equilibrada por un contrapeso, que permitía levantarla y bajarla fácilmente. A treinta pasos a la izquierda, en la pared pintada de color crema, había una sencilla puerta, alta y adornada con paneles. Había asimismo otra, idéntica a esta, en la otra pared, a cuarenta pasos hacia la derecha. Ambas puertas estaban cerradas, y no vio otras.

El trono de madera de frutal y elevado respaldo, con sus tallas guarnecidas de plata, descansaba sobre un estrado que sobresalía de la pared, enfrente de la entrada principal. Se hallaba en su centro, a unos veinte pasos de Conan. Detrás del trono, cuatro hornacinas altas y estrechas permitían la entrada de aire y de luz. Conan pudo imaginar, por su profundidad, el grosor de los muros exteriores del palacio. Cada una de estas hornacinas, casi tan altas como un hombre, estaba adornada con cortinajes amarillos, bordados estos con sinuosas figuras de antirrinos, de color verde, escarlata y blanco. Una gran olla de piedra sin barnizar, con recubrimiento de cobre, reposaba bajo cada una de aquellas aberturas destinadas al tiro al arco y a la iluminación, y sostenía con bravura alguna planta de hojas de color ceroso. Aquella larga, muy larga pared era sostenida y embellecida por cinco medias columnas o pilastras ornadas con cabezas de león, y también por otro adorno.

Conan supuso que este último no debía de servir como puro ornato. A más o menos una yarda a la izquierda del trono, que se hallaba casi a la misma distancia de la pared, dos clavos habían sido

incrustados en la piedra. Cada uno de estos sostenía en su lugar una abrazadera que parecía de oro, si bien probablemente se tratara de un metal menos noble sobredorado. Y las abrazaderas, a su vez, sostenían, tal vez a unos cinco pies del suelo, la vaina, hecha de plata y cuero rojo, de una espada curva. Por la boca de la vaina asomaba su enjoyado puño.

«Tal vez sea la espada del fundador de Zambula —pensó Conan —. O la Espada de Estado de Akter, un símbolo de poder que no quiere llevar encima cuando se sienta en el trono. Quizá se trate de un obsequio del rey de Turan».

No importaba.

Había por la estancia, aquí y allá, grandes columnas de madera, o de piedra pintada, disfrazadas a modo de árboles. Los grandes brazos de Conan no habrían podido abarcar ninguna. Había un guardia igualmente imperturbable, magníficamente vestido, a cada extremo del estrado. Ambos miraban fijamente al vacío. En lo alto del estrado había otros dos hombres, uno a cada lado del trono. Conan supuso que se trataba de consejeros; visires. El que se hallaba a la derecha del khan vestía una túnica y una sobrevesta con adornos de brocado, de color marrón y escarlata. Una cadena de plata reposaba sobre su pecho, bajo el mentón, que llevaba afeitado a pesar de que se hubiera dejado crecer bigote y barba en el resto de la cara. Era medio calvo.

«No parece un hombre alegre», pensó Conan.

El otro que se hallaba a la izquierda del khan debía de tener poco más de veinte años, y no carecía de apostura bajo su voluminoso y extraño gorro marrón. Tenía las esbeltas piernas embutidas en unos calzones rojos, ceñidos, bajo la túnica blanca, lisa, en cuya pechera refulgía un hermoso medallón de oro, perlas y vistosos topacios.

«Tiene ojos de serpiente —pensó Conan—, llenos de orgullo e inteligencia».

A los pies calzados en fieltro de cada uno de los presuntos consejeros estaba sentado un escriba; uno era bastante viejo, y el otro sorprendentemente joven, y corpulento; entre ambos se hallaba Akter Khan, sentado en el trono. No era feo, aunque sí se le veía consumido, y echaba ya algo de barriga.

Su viva y oscura mirada se apartó de Conan para observar a

Isparana, luego volvió a mirar a Conan, y fue a descansar por fin en la mujer.

—Isparana de Zambula regresa con su khan —gritó detrás de Conan una voz—, y, junto a ella, Conan, un cimmerio del lejano norte.

—Informa al visir Hafar, prefecto —dijo Akter Khan, y Conan alcanzó a sorprender cierta emoción en su voz.

El prefecto Jhabiz, el hombre medio calvo y el escriba más viejo fueron todos hacia la puerta que se hallaba a la izquierda de Conan. Salieron por esta y la cerraron a sus espaldas. Mientras lo hacían, Conan se apercibió del considerable grosor de aquella puerta decorada con paneles.

Akter Khan habló de nuevo.

—¿Por qué se halla ese hombre del lejano Norte con nuestra sierva Isparana?

En aquel momento, Conan se dio cuenta de cuan vulnerable era, y se estremeció al recordar cuan imprevisible era Isparana… y las varias razones por las que esta podía sentir alegría y júbilo al ver cómo le aplastaban, y le torturaban… y le mataban.

—Me ha ayudado —dijo Isparana, y la tensión que Conan sentía se aplacó solo en parte—. Conan de Cimmeria es quien trae lo que yo fui a buscar.

Los ojos del khan le miraron desde ambos lados de su nariz, curva como una hoz.

—Conan de Cimmeria, te hallas en presencia de Akter Khan, gobernante de Zambula y de las tierras circundantes, en nombre de Yildiz el Grande, rey de Turan y señor del Imperio, y como sátrapa de este. Ni tú ni yo debemos correr peligro alguno en esta estancia. Se te devolverán tus armas en cuanto vuelvas a trasponer la puerta que tienes a tus espaldas.

Conan sintió comezón en las axilas. Los guardias que estaban armados con lanzas a lado y lado del estrado siguieron mirando al vacío, y no pareció que se dispusieran a hacer nada. El cimmerio echó una ojeada en derredor, y vio a cuatro soldados que vestían coseletes y yelmos. Le miraban con atención.

El cimmerio tragó saliva, y sintió que se le ponía la carne de gallina como si le hubieran andado hormigas por el espinazo. ¡Entregar las armas! ¡Ponerse a merced de aquel sátrapa, y de

aquellos hombres armados… y de los antojos de Isparana! Aquello le revolvía las entrañas. Pero, en breves segundos, ponderó qué otras salidas tenía. Un gobernante entronizado le acababa de ordenar que entregara sus armas. Podía consentirlo, y entregarle el amuleto que tanto valoraba, o bien ser arrestado, o tratar de escapar luchando… ¿de un lugar repleto de guardias armados, y luego de una ciudad hostil que se hallaba en medio del desierto?

«No puedo hacer otra cosa», pensó, y miró por breves momentos la espada que colgaba de la pared. ¿Cuán rápidamente podría arrojarse sobre ella si era menester, cuán rápidamente podría sacarla de la vaina y volverse para tratar de luchar? «Y luego ir hacia esa puerta para seguir el mismo camino que Hafar y Jhabiz», pensó, pues habría sido incapaz de no meditar una tal acción. Supo encontrar palabras convincentes.

—Ningún forastero debe acercarse armado a un rey en la estancia de este —dijo, y desabrochó el talabarte del que colgaban las vainas de la espada y la daga.

Sin volverse, sostuvo los dos extremos del talabarte, y otras manos se lo quitaron por detrás. Conan se había quedado sin armas, a merced de los caprichos de Isparana y de Akter Khan.

—Marchaos —dijo el Khan—. Zafra y Uruj se quedarán conmigo y con estos dos siervos que acaban de regresar.

Como estatuas animadas, los dos guardias del trono atravesaron caminando toda la estancia —pasaron de largo ante Conan e Isparana— y salieron afuera. Conan oyó como a sus espaldas se cerraban las grandes puertas. Quedaban sobre el estrado, de pie, aquel hombre del extraño gorro y, sentado, el escriba, que era joven y corpulento.

Conan se preguntó por qué el escriba permanecería allí mientras un agente del khan exponía su informe confidencial. Y entonces, al fijarse en la corpulencia de aquel hombre, supo el motivo:

«Uruj es un salvaguardia. Pero ese hombre más bien esbelto que lleva puesto ese ridículo gorro… ¿qué hace aquí?». Deseó haberle hecho más preguntas a Isparana. El salón del trono había quedado vacío salvo por ellos cinco. Conan, y cuatro Zambulanos. ¿Enemigos?

—Isparana: ¿Me has traído el Ojo de Erlik?

—Sí, mi señor Khan.

—Tráemelo, sierva excelente. Ella miró a Conan.

—Lo tengo yo —dijo este, y notó que el corpulento escriba se aprestaba, y le observaba con atención, mientras el cimmerio llevaba ambas manos a su propio cuello.

Sacó de debajo de su vestimenta la correa que sostenía su amuleto de arcilla con la incrustación de cristal. Se la quitó, y la sostuvo ante sí. El chato hemisferio se meció y giró lentamente en el aire; obviamente, no tenía ningún valor.

Al mismo tiempo que Akter Khan fruncía el ceño ante un objeto que, sin duda, no era el talismán al que tanto valor daba, Conan se agachó. Con cierto cuidado, golpeó el amuleto en las baldosas rojas y rosadas que se alternaban en el suelo, y lo golpeó de nuevo. La arcilla se agrietó, se rompió, se hizo pedazos. Isparana le observaba con tanta atención como el hombre que se sentaba en el trono.

Conan se levantó. Alzó de nuevo el brazo, y de nuevo un objeto se meció lentamente al extremo de la correa de cuero.

El medallón, que tenía la forma de una espada, era más o menos igual de largo que el dedo meñique del cimmerio. Hacía las veces de pomo un rubí sin facetas. A cada extremo de las guardas centelleaba una gran gema amarilla, atravesada por una única línea vertical de color negro. Ambas gemas, entre las que mediaba una pulgada de distancia, parecían mirar como un par de fantasmales ojos amarillos, a lado y lado de una afilada nariz de plata.

—¡El Ojo de Erlik!

Akter Khan lo dijo con fervor, si bien no había levantado la voz más allá de un susurro. Adelantó el cuerpo, tenso, hasta el borde de su silla de Estado. Aferraba con ambas manos las volutas que adornaban los brazos de su trono, y le llegaron a palidecer los nudillos. Sus oscuros ojos no parecían menos vidriosos que los «ojos» del amuleto.

Conan pensó que el sátrapa estaba a punto de levantarse. Pero no lo hizo. Solo alzó una de las manos que había apoyado en los brazos del trono, y la extendió, con la palma hacia arriba.

—Dámelo —dijo Akter con la misma débil voz de obnubilado.

Al cabo de tres meses de peligrosas aventuras, y de viajes y trabajos interminables por causa de aquella baratija, Conan casi se resistía a entregarla. Casi. Con todo, no lo depositó en la regia mano que aguardaba. Agarró la mano de Isparana y le puso el Ojo de

Erlik en la palma.

—Esta ha sido siempre tu misión y tu empresa, Isparana —dijo, con fuerza suficiente para que le oyeran desde el estrado—. Llévala a buen término.

Envuelta en su sirwal shanki, en su túnica, en su sobrevesta con mangas —y en su maquillaje de color negro—, Isparana atravesó la estancia para acercarse a su gobernante. Conan vio que la mano extendida del hombre temblaba. ¿Estaría su fuerza vital presa en aquella baratija? ¿Había de volverse invencible, imposible de matar? Siguió mirando, y se le ocurrió además que solo las mujeres altas podían vestir calzones abombados.

Isparana depositó el Ojo de Erlik en la mano que aguardaba temblorosa, y el sátrapa cerró el puño. No sucedió nada mágico ni fuera de lo común, después de todo el tiempo pasado, y el horror, y las vidas perdidas. El Khan de Zambula tenía ya su Ojo de Erlik. La ladrona a la que había contratado hizo una genuflexión, e inclinó la cabeza mientras Akter erguía la suya con un largo suspiro.

—Levántate, Isparana, sierva excelente —dijo, y ella se levantó.

Un medallón colgaba sobre la pechera de la túnica de seda multicolor del sátrapa, al extremo de una cadenita de oro excelentemente trabajado. El medallón mismo era un recuadro alado del mismo metal, pulido y con letras grabadas. Tenía en su centro un gran florón, y otro más pequeño en cada esquina. Las hojas de plata sostenían su centro, que era un rubí, grande como el ojo de un colibrí.

Al poco, el medallón colgaba ya sobre el pecho de Isparana, mientras que el khan llevaba otro con menos ornamentos, un colgante con forma de espada al extremo de una correa de piel.

—Ambos lo habéis hecho bien —dijo Akter Khan—, y estoy más que complacido. Conan de Cimmeria: Acércate.

Conan avanzó, teniéndose por muy sagaz al haber entregado el amuleto a Isparana, y haberlo acompañado con palabras corteses que le habían granjeado tanto el favor de la mujer como el del sátrapa. No tenía ningún arma. Como no le pesaba el talabarte, se sentía a la vez desnudo e incómodo, y muy vulnerable, a la merced de una mujer que por su culpa tenía una fea cicatriz; que, de no haber sido por él, habría podido entregar el amuleto, ella sola, dos meses antes. (¿Lo habría logrado?, se preguntó. Los khawarizmi

podrían haberla capturado solo a ella… y, sin la ayuda del bárbaro, se habría visto reducida a la esclavitud, y sin duda la habrían vendido en Arenjun o en Shadizar). En aquel momento, en aquel salón del trono de una ciudad extraña, era importante que Isparana abrigara buenas intenciones para con él. No estaba seguro de que así fuera. Se detuvo al lado de la mujer. Asintió, a modo de abreviada reverencia.

—¿Qué parte has tenido —preguntó Akter— en esta empresa que tantos meses le ha llevado a Isparana?

Conan, más pendiente de la fría mirada del hombre del extraño gorro que se hallaba al lado del khan que de la del propio Akter, optó por decir la verdad.

—Ha sido culpa mía, en parte, que hayan pasado tantos meses, Khan de Zambula. Al conocernos ella y yo, nos tuvimos por rivales y enemigos, aunque ahora Isparana sabe que yo no actuaba sino como indefenso esclavo de Hisarr Zul.

Los cuatro Zambulanos mostraron su sorpresa ante la abierta confesión, que el cimmerio había tenido buen cuidado de atenuar con la mención de su estado de servidumbre.

—¿Y qué ha sido de Hisarr Zul?

—Aquel que fue expulsado de Zambula hace diez años —dijo Conan—, y que en el desierto mató a su hermano Tosya, ese Tosya que luego embrujó los Cerros del Dragón bajo la forma de Demonio de Arena; aquel que robó el amuleto de Akter Khan, y la misma alma de Conan de Cimmeria… ha muerto, mi señor Khan.

Por primera vez, el hombre que se hallaba al lado del sátrapa habló.

—¿Lo mataste tú?

—Lo hice, y le destruí con fuego. Su palacete también ardió.

—¿Y su… erudición? —preguntó Zafra con voz tensa—. ¿Sus pergaminos, sus artefactos?

—Todo ardió —Conan se encogió de hombros—. Ardió con él. No pude tocar nada siquiera.

—¡Bien hecho! —exclamó Akter Khan, y Conan pudo ver la hilera de sus dientes.

Se dio cuenta de que un gesto de desengaño, y aun de contrariedad, había atravesado el rostro de Zafra, y comprendió que aquello no le había complacido. Entonces entendió que Zafra debía

de ser un mago, a pesar de sus pocos años. Sí, tenía más que Conan, e incluso que Isparana. Pero el cimmerio siempre había creído que los magos, como hombres que eran de gran saber, tenían que ser viejos. Mas comprendió que aquella idea era ridícula. Todo hombre llega a viejo después de haber sido joven, y todo maestro moriría por el buen éxito de su aprendiz. O también —supuso el cimmerio— puede un hombre ser tan experto y astuto en las artes mágicas como él mismo lo era con las armas.

Sabía que no se hallaba en presencia de un mero mago, sino que, seguramente, este debía de ser el más poderoso de la región, y que más valdría tenerle respeto, y precaverse de él.

Había tenido razón; Akter presentó a Zafra como Mago de Zambula, e hizo notar que aún no había estado allí en el momento de la partida de Isparana. Esta inclinó la cabeza. Al reconocer el medallón que llevaba, había comprendido que el hombre del gorro ferigio era importante. ¡Qué cambio, en el tercio de año que había pasado desde que Karamek y la mujer abandonaran su ciudad natal! Al hacer ella una rápida reverencia, su propio medallón se le agitó sobre el pecho. Este lo corroboraba: ¡Sí, qué gran cambio! ¡Ya no tendría que volver al Callejón del Colono! Aquel sitio la había hecho y la había instruido; pero su carrera como ladrona y mentirosa, y muchacha de la calle en ocasiones, estaba empezando a enriquecerla. Miró a Conan.

—Hisarr Zul dijo que el Ojo es mágico —explicó el cimmerio—. ¿Zafra ha estado en contacto mágico con el Ojo? ¿Supiste que nos estábamos acercando a Zambula, mago?

Zafra sonrió, pero fue Akter quien habló.

—¿Quieres que el Mago de Zambula te cuente dónde ha estado el Ojo de Erlik, Conan de Cimmeria?

—Yo os lo diré —respondió Conan, aunque ciertamente no había tenido la intención de decirlo—. Isparana y yo no hemos pensado en ocultarle nada al sátrapa del Imperio de Turan.

—Tú e Isparana habéis sido antagonistas, e incluso habéis tratado de asesinaros. Pero ahora sois amigos.

—Juntos —dijo Conan— os hemos devuelto vuestro amuleto. Yo tuve que servir a Hisarr Zul por un tiempo. Este, literalmente, me había quitado el alma.

—¡Tenía ese poder! —dijo Zafra con emoción, y, al instante,

pareció descontento por no haberla ocultado.

—Sí. Por supuesto, también quería la tuya, Khan de Zambula. Tenía que hacerme con ese amuleto, y devolvérselo. Lo logré, reventando caballos, y casi a mí mismo, para dar alcance a Isparana en el desierto. Se lo devolví a Hisarr, que, entonces, trató de matarme. Conseguí matarlo a él, y…

—En una ocasión —le interrumpió Akter, mirando pensativo al forastero—, ambos, cuando ya teníais el Ojo, cambiasteis de rumbo y os dirigisteis hacia el norte.

Isparana, con los labios tensos, dijo:

—Unos khawarizmi nos hicieron esclavos. Logramos recobrar la libertad.

—Pero entonces tú viniste hacia Zambula, mientras este hombre seguía su camino hacia el norte. —El sátrapa señaló al cimmerio con un gesto de la cabeza—. Supongo que lo llevaba él.

—Es cierto —dijo Conan antes de que Isparana pudiera hablar; se sintió atrozmente incómodo al tener que recordarle a la mujer aquella parte de su pasado—. La engañé, o más bien lo hizo Hisarr Zul, con un duplicado del Ojo. «No tendría que haber dicho eso». Ella creyó tener el auténtico.

—¡Un duplicado! —La mano de Akter agarró bruscamente el amuleto.

—Tranquilizaos, mi señor —le dijo Zafra tranquilamente—. Ese que cuelga sobre vuestro pecho es el único y verdadero Ojo de Erlik, pues he seguido su camino hasta aquí.

—¿Y qué ha sido de la copia de Hisarr? —preguntó el khan, algo menos destemplado.

—Fue destruida —dijo Isparana—. Hisarr Zul hizo que se fundiera sola, para asegurarse de que Conan le había llevado el auténtico. El duplicado quedó abandonado en algún lugar del desierto. Es una lástima, pues, según Conan me ha dicho, las gemas y el oro eran reales. Por supuesto, solo se trataba de una baratija, sin más propiedades.

Conan miró la espada que había en la pared, y al escriba sentado de quien creía que debía de ser un salvaguardia, que debía de ocultar una o dos armas. No le gustaba tratar aquellos asuntos en la conversación. Le había recordado a Isparana su dolor, su cicatriz, y ella solo habría necesitado de unas palabras para poner a Conan en

muy mala situación.

—Loado sea Hanumán —le dijo Akter a Isparana—, ya que no lo llevabas puesto cuando se fundió.

Y, si hubiera tenido una espada, Conan habría llevado en aquel mismo momento la mano a la empuñadura.

—Sí —dijo Isparana, al tiempo que echaba una mirada al cimmerio—. He sido afortunada.

Conan, aliviado, trató de ocultar un suspiro. ¿Es que acaso su cariño, su apego por Conan era real? ¿La mujer le había perdonado de verdad? Quizá tuviera en mente chantajearle; tal vez quisiera reservarse aquel poder que tenía sobre él, la posibilidad de delatarlo, sin abrigar verdaderas intenciones de hacerle daño. Conan pensó con rapidez. Como imaginaba que Zafra debía de saberlo todo ya, juzgó oportuno hablar antes de que el hombre del estrado supiera por medio de otro que le estaban engañando.

—El Ojo, que tú mismo has visto que está algo desgastado, también pasó por Shadizar y por Khaurán.

—Y Conan —dijo Isparana— en ningún momento ha tratado de matarme, y, cuando los khawarizmi me llevaban como esclava logró que fuera liberada.

«Es verdad que lo hice —pensó Conan—. ¡Soy todo un héroe!». Akter había asentido. Miró a su mago, como diciendo: ¿Ves? Nosotros ya lo sabíamos; ¡este hombre es sincero! El khan se arrellanó en su trono, más tranquilo. Aunque supuso que ya debían de haber terminado sus tribulaciones, Conan no bajó las defensas mentales.

—Vais a cenar conmigo —dijo Akter Khan—. Querría que me contarais vuestras aventuras.

—Este honor es extremo —dijo Isparana con aliento entrecortado, e inclinó la cabeza hasta que el mentón casi le tocó el pecho.

—Un guerrero de Cimmeria se siente honrado, mi señor Khan —dijo Conan—. Sin embargo, el hijo de Akhimen Khan me aguarda en los establos de camellos del Barrio del Bronce. ¿Tengo tiempo para ir a avisarle?

—¡También Akhimen Khan interviene en esta historia! —dijo Akter, al tiempo que, confuso, movía la cabeza—. Ten por cierto que yo le mandaré el recado. Ese mismo mensajero hará disponer

estancias para vosotros en la Posada Real de Turan. Eso, y la cena, serán las primeras recompensas que recibáis de mis manos, Conan de Cimmeria. Como Zafra ya sabe, soy un soberano muy generoso con los que me sirven bien. Un guerrero, ¿eh? Bien. ¡Procuraremos que ambos podáis bañaros y recibáis ropas adecuadas, y luego, durante la cena, me contaréis las muchas y variadas aventuras que habréis tenido que correr para devolverme el amuleto!

15. Conan el héroe

En los pocos tejidos a los que Conan estaba habituado, el «blanco» tendía a variar desde una especie de color pardo, parecido al del pergamino de piel de oveja, hasta el crema vagamente amarillento. Había visto un verdadero color blanco: el de la leche. Nunca había gastado dinero por bebería, ni siquiera en las pocas ocasiones en que hubiera podido permitírselo. Tampoco había vestido nunca sedas… ni ropajes regalados por un monarca reinante.

Así, el atuendo de seda khitania que le proporcionó Akter Khan fue una experiencia tres veces nueva para el cimmerio. Él mismo se veía noble, casi regio, en la túnica blanca, resplandeciente, con bordados rojos, que le cubría desde los hombros hasta cerca de las rodillas. Tampoco estaba descontento con el holgado y significativamente ligero cinturón de fieltro rojo. Aunque le gustaban los botines de Akter Khan, Zafra y Hafar, y aunque creía que un par de estos habría hecho un bello conjunto con el cinturón, le dieron sandalias por calzado.

Pero seguía siendo el mismo; fue en persona a ver el trato que recibía su caballo en las cuadras reales, y a guardar el coselete de malla y sus otros ropajes junto con la silla de montar. Cabalgadunas había ignorado ya en tres ocasiones su nuevo y bonito nombre, y solo se volvía para mirar a su amo cuando Conan, exasperado, le llamaba Castaño. El cimmerio había desesperado de poder llamar con nombres nobles a las estúpidas bestias.

Volvió a palacio por la puerta trasera, donde la guardia vaciló en admitirle. Al fin, pudo entrar con tan solo algunos gruñidos, y ninguna amenaza.

Isparana vestía sedas blancas. Llevaba un vestido sin mangas, largo y ceñido, que en seguida llamó la atención y enardeció a

Conan. Pero este no tuvo nada que hacer; se encontraron cuando ya les conducían a la cena con el sátrapa.

Solo estuvieron presentes los mismos cinco: el khan y su mago, el supuesto escriba que tenía muñecas y hombros de luchador, Isparana y Conan. Les sirvieron unos muchachos por cuyas venas corría sangre estigia. El ágape fue soberbio, si bien delicado y especioso en demasía. Hubo muchas carnes, y Conan apreció de verdad la fruta fresca. También le gustó el vino de Akter Khan.

El escriba o «escriba» Uruj no dijo nada, por lo que Conan se preguntó si aquel corpulento muchacho sería mudo, o sordo. Zafra hablaba poco, pero estaba meditabundo, y escuchaba con un aire atento, que ponía tan nervioso a Conan como la misma suavidad de los ojos de serpiente del mago. Akter Khan hizo muchas preguntas y bebió generosamente vino de albaricoque. Conan e Isparana hablaron, y mucho.

Cuando finalizó el ágape, la gran cantidad de vino ingerida embotaba ya los sentidos de Conan, y Akter Khan decidió poner fin a la audiencia. Ambos, él y Conan, se tambaleaban, y tenían la lengua pastosa. El sátrapa, sumamente impresionado, regaló al cimmerio una bella copa de oro, y diez monedas: águilas turanias, que tenían más valor, y por tanto daban más prestigio, que la moneda zambulana. Juró que había de darle más a semejante héroe.

Aunque también había proporcionado al joven norteño un bello y voluminoso manto de varias yardas de color escarlata, Conan pasó la noche en palacio. No estaba en condiciones de andar ni de cabalgar por la ciudad.

Al despertar, se encontró con una jaqueca, y con una agria y colérica Isparana, y juró que no volvería a beber vino en toda su vida. Mas no por ello dejó de estar contento con su suerte, y satisfecho consigo mismo. Todo lo que había visto de Akter Khan le indicaba que este era un buen camarada.

Akter Khan estaba atareado; un gobernante debe gobernar, y decidir, y escuchar a mucha gente a la que preferiría no tener que ver. Mascando higos y albaricoques, ambos salieron de palacio en compañía del prefecto Jhabiz. Este siguió una ruta turística para mostrarles Zambula, y luego les guio hasta una posada grande y hermosa, en cuyo rótulo había la figura de un grifo dorado sobre

fondo escarlata: la Real de Turan. No solo les esperaban; su llegada había sido anunciada con gran expectación la noche anterior. El posadero no sabía por qué el propio Khan había mandado disponer habitaciones para ellos, y por esto mismo se mostró aún más solícito. En verdad, más que atento parecía obsequioso. Conan, soberanamente alegre, no podía evitar el ir pavoneándose. Aunque ya había pasado bastante tiempo en posadas, nunca lo habían tratado de aquella manera, ni había sido objeto de tantas atenciones por parte de los demás clientes. No tenía que preocuparse por la cuenta de lo que bebiera, ni por el número de jarras de cerveza que pudiera pagarse.

Su estancia era, ciertamente, la mejor que había en la mejor de las posadas de Zambula. Emocionados, eufóricos, llamándose el uno al otro «mi señora» y «mi señor», Conan e Isparana se entretuvieron en la espaciosa habitación, donde se habían demorado para cambiarse sus atavíos.

Al pie de la escalera, Jhabiz esperó durante largos minutos a que acabara su diversión, y nada dijo cuando por fin bajaron, jubilosos.

Se pusieron en camino, con gran entusiasmo, hacia el Barrio del Bronce, que era pobre, pero no tenía comparación con el Mazo o el Desierto. Olieron los establos de los camellos antes de haberlos visto, y oyeron los gruñidos de las bestias antes ya de entrar. Allí, Conan vio que con una de sus águilas de oro podía pagar cualquier cuenta y ganarse también un tratamiento respetuoso.

—¿Y cómo dejó Conan a Akter Khan? —preguntó Hajimen.

—¡De mejor humor que cuando vinimos, por Crom! Y generoso por añadidura. Es un muchacho generoso para con los que le han prestado algún servicio.

En el mismo momento en que Isparana lanzaba una mirada al exultante Conan, Hajimen preguntó:

—¿Habló de mi hermana?

—Oh… no, Hajimen —dijo Conan, con voz más apagada.

—¿Y guarda luto por ella?

—Sí —dijo Isparana, y Conan, al volverse hacia ella, sintió que los dedos de la mujer le pellizcaban la espalda, oculta por su lujoso manto carmesí—. Ya viste la banda de color negro que llevaba puesta, Conan.

—Ah, sí —dijo él, cuando se dio cuenta de que Isparana no

había querido entristecer a Hajimen—. He visto tantas cosas que ya casi lo olvidaba.

—Es bueno que el Khan de los Zambulanos llore a una hija de los shanki —dijo Hajimen, el hijo del khan, asintiendo sin sonreír.

Conan agarró al hombre del desierto por su amarilla manga.

—No parece un mal hombre, amigo mío, e hijo de un amigo —dijo con formalidad shanki. Y pensó: «¡Es algo raro en un gobernante! ¡Aunque no pondría la mano en el fuego por la gentileza de su mago!».

—¡Una capitanía en vuestra Guardia! —repitió Zafra, y Akter Khan clavó la mirada en él—. Disculpadme, mi señor —dijo el mago con más suavidad—, pero el asombro ha podido con mis buenas maneras cuando habéis hablado de dar empleo a un hombre como ese Conan, y de alojarle en el palacio tan cerca de vos.

Akter Khan se arrellanó en su asiento, y miró al mago, con mirada penetrante y cortes a un tiempo.

—Me vienes sirviendo bien, Zafra. Te presto mi confianza y mi oído. Dime, pues, qué impresión te causa ese hombre.

—Es joven, y ambicioso, y está deseoso de… —Zafra se interrumpió—. Mi señor Khan, os ha devuelto el Ojo de Erlik, y debe de ser, sin duda, un notable guerrero. Un joven con muchos recursos, y más que peligroso en cuanto se le dé un arma. Tiene muchos recursos. Es muy peligroso. Y está igualmente claro que os habéis formado de él un elevado concepto. Será mejor que no hable más de ello.

—¡Zukli! ¡Tráenos vino! —gritó el khan, sin apartar de Zafra su inquieta mirada—. Habla, Zafra. Cuenta con mi atención y mi interés. Habla, Mago de Zambula, pues el khan confía en ti. Has dicho que tiene recursos, que es joven, y ambicioso. Todo eso puede vedo cualquiera que tenga ojos, y no encuentro nada malo en ello. E ibas a decir otra palabra en el momento en que te has interrumpido. Dímela. Habla. ¿Te parece que no debo confiar en ese joven norteño, Zafra?

El brujo aplastó una pequeña mosca de la fruta en su bordada manga verde.

—No es un hombre civilizado, Akter Khan. Es un hombre de una lejana tierra norteña, de la que apenas si sabemos nada. ¿Quién sabe cuáles pueden ser sus bárbaras costumbres y normas de

conducta? Yo creo que puede contarse entre ellas un cierto desdén por la nobleza; aun por la realeza. Abandonó a su pueblo. Lo abandonó en busca de algo, ese joven es un oportunista. No sirve a gobierno alguno, mi señor Khan, y creo que debe de ser ingobernable. Yo no confiaría en un hombre semejante como para tenerlo cerca de mí, dejando aparte su edad. Es un hombre… inquieto. ¿Cómo podremos tener contento, tranquilo, y libre de ambiciones excesivas a un individuo semejante?

—Mmm. —El sátrapa tomó el vino que le había traído un siervo kushita, y con un gesto alejó de sí al muchacho—. Te escucho, y te entiendo. ¿E Isparana?

—¡Una ladrona del Callejón del Colono! Ahora ha recibido un indulto, y, aún más… ¡ha sido favorecida, ha cenado con Akter Khan! Una ladrona, una mujer que ha robado y vendido propiedades, y que sin duda también se habrá vendido a sí misma en estas mismas calles. Y además… ¡ajjj! Ama a ese arrogante cimmerio.

—Sí, yo también lo he notado…

—Ambos os han servido… Ponderadlo: un hombre tiene un ave muy bien entrenada. La usa durante años, y el ave caza para él como ninguna otra. Pero, un día, vuelve volando de la cacería y le vacía un ojo. ¿No habría valido la pena vigilar los signos de su descontento, y, viendo que se trataba de un buen siervo que se había vuelto peligroso, eliminarla? Más valdría que Conan e Isparana no tuvieran ninguna oportunidad de hablar del Ojo, ni de… serviros mal, mi señor Khan.

Parpadeando, Akter apuró la copa de plata y se sirvió más vino. Zafra no había tocado la suya. Se acercó al khan, y habló en voz más baja.

—Ponderadlo. Ponderad quién es ese hombre, y cuál es su estirpe. En Arenjun, luchó con hombres de la Guardia de la Ciudad, los hirió y mató… y huyó. No fue castigado, y, por tanto, crecieron en él la confianza en sí mismo y el desdén por la autoridad. Ha engañado a Isparana en más de una ocasión… ¡y ella le ama! ¿Qué lección debe de haber aprendido con ello? Solo tenemos la palabra de un bárbaro. ¿Cómo sabemos que el gran mago no cumplió su trato con el bárbaro que le devolvió el Ojo? En Shadizar, se las compuso de algún modo para aliarse con una aristócrata de

Khaurán. Allí, mató a un noble kóthico; ¡a un noble, en presencia de la propia reina! Y luego murió ella también. ¿Qué hizo Conan? Se marchó de nuevo a Shadizar, volvió a enfrentarse con la Guardia, y de nuevo sobrevivió… sin una herida, sin un rasguño, sin sufrir castigo alguno.

Akter Khan negó con la cabeza. Eructó.

—Es todo un hombre. Y peligroso, sí.

Una mosca zumbó en la estancia. El khan frunció el ceño; Zafra no pareció verla. Tenía toda su atención concentrada en el khan y en las palabras que le decía, y seguía hablando con voz baja y tensa.

—¡Un hombre desenfrenado, oh Khan! ¡No me digáis que él, y ese iranistanio con el que viajó hacia el sur, pretendían traeros el Ojo a vos! Mataron al iranistanio. Conan se encontró en compañía de Isparana… de Zambula. Sin duda, habría cobrado la recompensa por llevar vuestro amuleto al rey de Iranistán. Pero, como había muerto su cómplice iranistanio, y había encontrado a una zambulana, y como sin duda había de cobrar una recompensa por devolver el Ojo a su legítimo propietario… ¿lo vais entendiendo?

Akter iba asintiendo, y bebiendo a sorbos. Entrecerró los ojos. La mosca se posó en el borde de su copa, y ni siquiera se dio cuenta.

—Así pues… Conan os ha devuelto el amuleto como un héroe. ¡Y le celebráis, y recompensáis, y agasajáis como si lo fuera! Pero ese hombre es un oportunista, que no tolera frenos ni principio alguno. ¡Este Conan ha descubierto que puede hacer todo lo que desee! ¿A quién respeta? ¿Qué respeta ese hombre por cuya mano murieron Guardias de la Ciudad armados, y también un mago, y un hombre de alta cuna? ¿Qué lecciones ha aprendido? ¿Por qué tendría que respetar a algo o a alguien aparte de sí mismo? ¿Qué más le ha inculcado la experiencia? Dadle poder, y querrá más. Dadle responsabilidades, y se tomará más, y asumirá más. No tardará en soñar con el poder supremo. Ese hombre sabe mucho acerca de vos, mi señor Khan. ¡Sin duda, Balad intentará entrar en tratos con él! ¡Creo que un bárbaro sin freno ni principios le escuchará, y pactará con ese hombre que quiere arrebataros el trono!

Akter Khan se sirvió más vino. No se percató de que Zafra había dejado de mirarle a la cara, pero, con rápido gesto, el mago extendió la mano, agarró la mosca que se hallaba en la mesa y la

aplastó contra su calzón.

—Creo, Zafra —dijo Akter, pensativo— que todavía me has prestado otro servicio. Creo que acabas de salvarme de cometer un error, en la ceguera de mi gratitud, y de mi corazón, que rebosa gentileza en demasía. —Akter Khan calló un momento para pensar en aquello: la pureza, y la gentileza de su corazón, de las que este rebosaba en demasía—. Sí, y también he elevado demasiado a Isparana. Aunque es una guapa moza, ¿verdad?

Una tercera voz habló desde la puerta para alegría de Zafra.

—Oh Khan, el visir aguarda con…

Akter Khan volvió sus airados ojos hacia el edecán.

—¡Fuera! ¡Puede esperar! ¡Estoy ocupado! Cuando el pobre hombre hubo salido de la estancia, sobresaltado, Akter vació de nuevo la copa y miró a su brujo.

—Sí. Más vale que su incontrolable carrera halle freno aquí, en Zambula, antes de que más guardias de la ciudad, aun mis propios Espinas, y otros nobles caigan ante su impaciencia y su incuestionable destreza. Sí. Mmm… Zafra… ¿querrías tú… consentirán aceptar a Isparana como regalo de tu khan…?

Pues Akter Khan se había fijado en cómo la miraba Zafra, y el khan todavía no era idiota por completo.

El brujo hizo un vago ademán…

—Por supuesto que quieres. ¡Hafar! ¡Hafar!, ¡ven aquí! Al cabo de unos momentos, el visir abrió la puerta, y miró con solemne rostro a su señor, aguardando órdenes.

—Conan e Isparana deben ser capturados. Hazlo saber al capitán, así como que debe seguir las órdenes de mi excelente siervo y consejero, Zafra.

El rostro de Hafar no se alteró en lo más mínimo, pues tales habilidades son las que necesita un hombre para servir bien a su khan como visir y mantenerse con vida, y Hafar las poseía.

—Mi señor —dijo a modo de respuesta, y con esto bastó.

—Luego, haz desaparecer a esos malditos aduladores con sus peticiones, a los suplicantes y lameculos, Hafar, y tráeme esos estúpidos documentos que quieres que firme y selle.

—Mi señor.

Zafra y Hafar salieron al mismo tiempo, pero no juntos. Asintiendo sabiamente para sí, y congratulándose por su perspicacia

y su buen juicio al haber elegido a un consejero como Zafra, Akter Khan volvió a coger la jarra de vino.

16. Conan el fugitivo

Los demás clientes de la Posada Real de Turan eran gentes de noble cuna o adineradas, y también impostores competentes. Pero dejaron lo que estaban haciendo para poder mirar al hombre que había entrado y que andaba con resolución entre las mesas. Una cufia blanca le cubría toda la cabeza, salvo el rostro joven, barbado, curtido por el desierto. Llevaba calzones holgados, con los extremos metidos en las botas. Estos calzones eran de color carmesí, y la camisa de mangas largas amarilla, y llevaba un adorno de tela, con forma de estrella negra, prendido en el pecho.

Fue directamente a la mesa donde se sentaba el invitado personal del khan, mientras la mayoría de los otros miraban.

—¡Hajimen! —dijo Conan a modo de saludo—. Creía que mi amigo había vuelto al hogar de los shanki.

Este, que parecía turbado, o por lo menos de un humor muy solemne, negó con la cabeza.

—No lo hice.

Se fijó en Isparana, que también estaba sentada cabe la pequeña mesa triangular, enfrente del cimmerio. Llevaba un atuendo nada discreto, y Hajimen apartó la mirada.

Conan señaló con la mano a su invitado.

—Mi amigo Hajimen, de los shanki, se sentará con nosotros. Ven —le dijo al vástago del khan shanki—, siéntate.

Hajimen se sentó. A su alrededor, todos volvieron a llenar las copas y prosiguieron con sus conversaciones. A muchos habría gustado conocer al individuo de aspecto patibulario que había prestado servicios tan importantes a su khan, pero el género de clientela que frecuentaba las mesas de la Real de Turan no tenía previsto en sus normas de conducta el acercarse a sujetos semejantes.

—El hijo del Khan de los Shanki parece turbado —dijo Conan. Hajimen le miró, y la tristeza pareció competir en sus pupilas con el temor o quizá con la rabia.

—Se lo contaré a mi amigo Conan y a su mujer. Algunos dicen que mi hermana no murió de una fiebre, sino que fue… asesinada. Algunos dicen que no llevaba un hijo en sus entrañas, como explicó el khan de los Zambulanos, sino que murió todavía virgen, rehusando sus abrazos.

Conan permaneció en silencio mientras le traían una copa a Hajimen, y una nueva jarra de cerveza. El escanciador se marchó. El cimmerio entendía las emociones del shanki, y no le resultaba fácil decirle algo. También ponderó la verosimilitud de aquella historia: Una hija del desierto, presentada por su padre a un gran sátrapa del Imperio de Turan… ¿qué rechazaba al sátrapa? Él solo había visto comportamientos serviles por parte de las mujeres shanki… y recordaba los obscenos adornos que había visto llevar a la otra hermana de Hajimen.

—En una ciudad poblada por gentes como estas —dijo Conan con gran cuidado—, hay tres rumores por cada hecho cierto.

Hajimen se sirvió cerveza, y la apuró hasta las heces; volvió a servirse.

—Lo sé. No digo que haya creído lo que oí. Solo se lo he contado a mi amigo cimmerio, pues Theba ha dicho que un hombre angustiado es un hombre solo, y también se ha dicho que ningún hombre debe estar solo.

Isparana preguntó:

—Pero ¿por qué habrían tenido que matar en Zambula a la hija de Akhimen Khan de los shanki?

Hajimen miró el interior de su copa vidriada en rojo, y le habló a su contenido.

—No hay honor en esto. Porque ella era virgen, y se deshonró a sí misma y a su pueblo al querer seguir siéndolo.

—Ah.

Conan vio una razón adicional para el tormento anímico que sufría Hajimen. Si hubiera sido cierto el relato que oyera, la muchacha se habría deshonrado a sí misma y a su padre, y, por supuesto, a su hermano y a todo su pueblo. Así había de pensar un shanki, pues estos eran una tribu pequeña, y antigua, y fiel a sus

costumbres. Por tanto, no convenía que aquella historia saliera a la luz; habría avergonzado a su padre y a su pueblo. No importaba que nadie más viera en ello una causa de deshonra; los shanki vivían para sí mismos, no para los demás. Por lo que Conan había visto, no era fácil ser un shanki. Por otra parte, la muchacha había sido entregada a un khan como regalo de otro khan. Si su condición de obsequio no había sido honrada, y a ella misma la habían asesinado, ¿era lícito el tolerarte? Sin duda, Akter tenía la principal culpa. Pero, por lo que Conan sabía, tal vez Hajimen no lo viera de la misma manera… y quizá el castigo shanki para la conducta de la doncella dada en obsequio que se niega a entregarse al hombre elegido para ella fuera la muerte. Ciertamente, no le correspondía al gobernante zambulano ejecutar la sentencia. Y sin embargo…

Sí, Conan se compadecía de las emociones de Hajimen, y de su dilema, aunque no lo entendiera del todo.

Con gran cuidado, Conan dijo:

—Esta historia… este rumor, ¿dice que ella desairó a Akter Khan y que este, en su enfado, la mató?

—Dicen que no la mató tan apasionadamente. Que ella… ella hizo lo que tú dices, sí… pero fue asesinada más tarde, a sangre fría.

A sangre fr… oh; sí, Conan sabía lo que podía significar «sin pasión» para aquella gente. Le dio una palmada a aquel hombre del desierto que se regía por sus costumbres, pero fugaz, pues no estaba seguro de lo que debía hacerse y no debía hacerse entre los shanki. No sentía ningún deseo de ofender a un hombre a quien tenía en muy alta estima. Para el cimmerio, los shanki eran una nación buena, honorable y patética.

—Así, el hijo del khan de los shanki no ha vuelto a las tiendas de su pueblo —dijo, impaciente a causa de la necesidad del circunloquio—. ¿Qué va a hacer?

—Me quedaré entre los Zambulanos —dijo Hajimen con los labios tensos. Miró a la mesa—. Y trataré de descubrir lo que ha ocurrido.

—Y averiguar la verdad.

—Sí.

—Y si ese feo rumor resultara cierto, mi amigo se verá enfrentado todavía a una decisión y un dilema.

—Sí —dijo Hajimen sin levantar la vista.

—Hajimen.

El shanki miró a Conan, envarado, y parpadeó.

—Sí, te hablo directamente y te llamo por tu nombre. Aunque haya respetado las costumbres de los shanki, ahora no estamos entre ellos. Esas costumbres no son las de mi pueblo. Nosotros decimos el nombre de nuestros amigos. Hajimen, yo soy Conan. Y tienes amigos en Zambula.

Tras unos momentos, Hajimen dijo:

—Conan se ha granjeado el favor del Khan de los Zambulanos.

—Sí.

—Por ahora —dijo Isparana, que conocía mejor que Conan a su gobernante.

Hajimen le miró por unos momentos más. Asintió levemente, y apuró su jarra. Empezó a levantarse.

—Me sentiría avergonzado de no procurarte bebida, ahora que te hallas en mi provisional hogar —dijo Conan, empleando deliberadamente el pronombre personal por duplicado.

De nuevo, Hajimen le miró con sus ojos tan solemnes. Tras unos momentos, habló.

—¿Es Akter Khan quién te paga esta cerveza?

—Sí…

Hajimen inclinó la cabeza, dejó una moneda sobre la mesa y se fue.

—Es un hombre orgulloso —dijo Conan—. Y, con todo, en ningún momento me ha hablado directamente.

—Creo que no le has ofendido —dijo Isparana.

—Espero que no. Acabo irritándome con los rigores de su manera de hablar. No soy hombre de buenas maneras, Isparana. Pero no quería ofenderle, ni tampoco a ninguno de los shanki. ¿Crees que lo que nos ha contado de su hermana es creíble?

—Sí. Tú no conoces a Akter Khan, Conan. Solo le has conocido en su papel de monarca agradecido. Conan se encogió de hombros.

—He conocido a otros gobernantes. ¡No le mostraría el brazo desnudo a uno que tuviera una espada en la mano! Pero me cuesta creer la otra parte de la historia, Isparana: que una hija de Akhimen Khan rechazara a Akter… o a cualquier otro hombre a quien fuera dada.

—¡Algunas de nosotras —dijo Isparana— no aceptamos que un hombre nos dé a otro hombre!

—Isparana, tú eres toda una mujer. Además, eres diferente: No fuiste criada entre los shanki, por su propio khan.

—Cierto. Loados sean los dioses. Pero ya entiendo lo que quieres decir. Supón que la muchacha fuera rebelde de corazón, como yo, y que no osara demostrarlo, ni emprender ninguna acción, mientras se hallara en las tiendas shanki. Aquí… tal vez decidiera intentarlo.

—Supongo que es posible —dijo Conan. Observó a un hombre que entraba en la posada sin que este le viera—. Creo que será mejor que no digamos nada de esto. De todos modos, encontraré una manera de averiguar la verdad.

—¿Estás seguro de querer saberlo?

—El saberlo no me hará daño, Isparana. ¡Si el rumor fuera cierto, a Hajimen sí le convendría marcharse a su aldea antes de descubrirlo!

La mujer sonrió, y le tocó la mano, sintiendo cierta empatía con aquel joven tan severo; entonces, levantó la vista y miró en torno, siguiendo la del cimmerio. Este lo había aprendido, y jurado, aunque no formalmente: nunca debía sentarse en una posada de espaldas a la puerta.

Así, advirtió que se le acercaba un hombre de gruesas mejillas y aspecto sumamente ordinario, ataviado con una capa, recogida en torno al cuerpo, de paño burdo teñido de color pardo.

—Disculpadme. Hay un hombre afuera que desea hablar con Conan, el cimmerio.

Sosteniendo todavía con la mano la copa excelentemente labrada, Conan no se levantó, ni le mudó el rostro mientras examinaba con la mirada al hombre que le había ido a buscar con tanto sigilo. Isparana miró también al abúlico sujeto. A su alrededor, los otros clientes solo se preocupaban de su noble cuna, su dinero y sus pretensiones; no les prestaban atención.

—Tú ya me conoces —dijo Conan—. Dile que entre y que beba conmigo.

—Tenemos una noche ajetreada —dijo amargamente Isparana, y bajó el mentón para poder ver en el amplio escote de su vestido de seda roja como el vino, que le dejaba los hombros desnudos. Llevaba el medallón que le había dado Akter Khan; su borde

inferior le acariciaba el contorno superior de los senos. «Esta noche tenía que ser solo nuestra», pensó, pero no llegó a decirlo.

—Él querría hablar contigo fuera de esta posada —le dijo el hombre a Conan.

—¿No quiere ser visto en público?

—Tal vez. Tal vez seas tú quien prefiera no ser visto en su compañía.

Conan sonrió.

—Bien dicho. Pero ¿hay alguna razón por la que yo deba hablar con él?

—¡No dejes de hacerlo, Conan! Hablar no hace daño a nadie —dijo el hombre de la capa, y Conan se acordó de Hajimen, y supo que era falso lo que le estaban diciendo. Y sin embargo…

Observó al sujeto en cuestión. No parecía particularmente peligroso. De hecho, no parecía peligroso en absoluto. No parecía, ni tenía las fuerzas de un agresor. El cimmerio se preguntó quién sería el que quería hablar en privado con él. Y su gran curiosidad cimmeria dijo: ¿Por qué no?

Se apartó de la mesa.

—Abre la capa.

El otro le dirigió una mirada breve e interrogadora. Le obedeció. Bajo la larga capa de color pardo llevaba una túnica de flequillo bordado, que le llegaba a la rodilla. El cinturón no le venía ancho, y no colgaba de este ninguna espada. Conan se tranquilizó un poco, aunque no del todo.

—Querría que cogieras esa daga que llevas y, con la mano izquierda, se la dejaras encima de la mesa a mi compañera. Al cabo de un momento, el otro asintió.

—No queremos matarte, Conan de Cimmeria. No te deseamos ningún daño.

Dejó la daga sobre la mesa. Era tan sencilla y práctica como su capa; un mero utensilio para comer.

Isparana le preguntó:

—¿Dices «queremos»? ¿Quiénes sois?

—Yo, y el que quiere hablar, solo hablar, con tu compañero, Isparana.

—¿Se llama Balad?

—No.

—No vayas, Conan.

—Nos conoces a ambos. —Conan observó al mensajero y a Isparana—. Tengo aquí mi espada y mi daga, y este no tiene ningún arma. Iré a hablar con su señor.

Le miró de reojo para observar su reacción ante esta última palabra. No vio ninguna.

—Yo no lo haría —dijo Isparana, y manifestó su preocupación. Conan se levantó.

—No te vayas, Isparana, ¡ni bebas demasiado! Voy a volver pronto para examinar muy de cerca tu medallón.

Se dirigió al escanciador, y logró que le diera un albaricoque. Volvió con el mensajero, que tenía mucho cabello, castaño, ondulado, y medía un pie menos que el cimmerio.

—Te sigo.

Conan era todo un personaje. Los otros clientes de la posada observaron con disimulo cómo se marchaba comiéndose su albaricoque. Siguiendo al hombre delgado de la capa de apagado color, desapareció por la puerta.

—¿Sabes? —dijo, ya en la calle, el frugívoro Conan, como de pasada—. Me encanta llevar espada. Me cae bien sobre la pierna.

—Te oigo, y comprendo. No tienes nada que temer.

—Oh, eso ya lo sé.

—Quiero decir que…

Prefirió callar antes que decir una obviedad. Cada uno de los dos entendía al otro. Como había aceptado, tal vez con imprudencia, la invitación de un desconocido de adentrarse en lo desconocido —y en la penumbra de las calles del centro de Zambula—, Conan le recordaba a su guía que llevaba armas, y, con la misma sutileza, que no temía a nada. Ambos cruzaron la calle. En la otra acera, apenas si había luz, y las sombras eran más negras. Conan siguió a su guía hasta un cruce. De súbito, hizo un movimiento inesperado.

—¿La sientes?

El hombre, que estaba justo delante de él, dijo:

—Sí. ¿Es tu daga?

—No, la tuya. Al principio mismo de la rabadilla. Si te la clavo, quedarás muerto, o tullido. ¿Qué sería peor?

—Sin duda, has tomado una sabia precaución, propia de un hombre prudente, pero innecesaria. El misterio no implica siempre

peligro.

—Y las dagas desenvainadas no siempre se usan… aunque ese no sea un dicho habitual en Cimmeria. Puedes comprender que no tengo razón alguna para confiar en ti.

—Sí.

Conan escupió el hueso del albaricoque al doblar una esquina. El hombre le hizo entrar por un portal. Un corto pasillo terminaba entre una puerta y unas escaleras; su guía le hizo subir por estas, a oscuras. Conan se limpió el jugo de albaricoque de la mano en la capa de su guía, sin que este se diera cuenta. Llegaron a un rellano, y el hombre dio tres golpecitos en la puerta. Al mismo tiempo, silbó en tres tonos distintos. La puerta fue abierta desde dentro, y Conan tuvo que entrecerrar los ojos a causa de la fortísima luz. Había allí dos lámparas, una mesa y tres sillas, una alfombra raída, de forma ovalada, tejida en el desierto, un aguamanil y dos jarras de loza, y un único hombre. Vestía ropajes tan poco vistosos como los de su mensajero, de color leonado. El guía entró. Conan le siguió. El hombre que les había estado aguardando cerró la puerta.

Conan oyó un ruido afuera, y le miró a los ojos.

—Es un vigilante —dijo este; tenía aspecto de mercader, y había pasado de los cuarenta años de edad. Conan asintió.

—Voy armado.

—A menos que quieras matar, Conan de Cimmeria, poco nos importa.

Conan siguió estudiándole con la mirada. Aquel hombre había ido perdiendo cabello, y le había quedado una frente alta, lustrosa y prominente. Asomaban a su barba hebras grises, como escarcha ocasional. Su larga túnica, o albornoz corto, de color leonado, estaba bordada en verde, y en el rostro tenía ojos esquivos sobre las grisáceas ojeras, flanqueados por multitud de arrugas. La nariz era grande, aunque no aguileña.

—Me veo obligado a confiar en ti, Conan de Cimmeria. Espero poder hacerlo.

—Oigo palabras necias —dijo Conan, y se apartó de su guía para mostrar la larga espada que sostenía con su gran puño. Vio una angosta ventana a su derecha; no había ninguna otra ventana ni puerta, salvo aquella por la que había entrado—. ¿Tú, confiar en mí? Soy yo quien te otorga su confianza. He venido sin saber

siquiera el nombre de ninguno de vosotros dos.

El hombre sonrió.

—¿Quieres vino?

—No. He dejado una confortable posada, y buena compañía. Pronto volveré allí a seguir bebiendo con ella. Los otros dos hombres se miraron.

—Hablas con franqueza.

—Vosotros, no. Ya estoy aquí. Hablad.

—¿Conoces el nombre de Balad, Conan?

—Tu guía me dijo que no iba a llevarme ante Balad.

—Entonces, sabes quién es.

—Sé que es un hombre que querría ser Khan de Zambula.

—Sigues hablando con franqueza.

—Y tú sigues diciéndome cosas que ya sé.

—No somos enemigos, Conan. No tienes razón alguna para mostrarte hostil. ¿Eso es todo lo que sabes de Balad?

—Es obvio que me habéis traído aquí para contarme más. Hablad.

—Amigo de Akter Khan, ¿escucharás lo que te cuenten de Balad?

Conan se encogió de hombros.

—Me ha otorgado su favor, pero no soy amigo suyo. Akter Khan está en deuda conmigo, no yo con él. Y su maldito amuleto me ha costado bastante caro. Escuchar cuesta bien poco, y no conlleva nada.

Lo que había dicho era cierto, y Conan pensaba que, además, sonaba bien. Muy bien. ¡Unos conjurados habían acudido a él! Sí, escucharía lo que tuvieran que decirle. ¿Osarían hacer tratos con el hombre que había recibido tantos favores de Akter? Si así fuera, habían de ser sumamente necios, o muy valientes, y Conan quería saber en cuál de los dos casos se hallaban. Callado, sin permitir que el rostro delatara sus pensamientos, aguardó.

—Balad cree que Akter Khan no es el mejor gobernante que pueda tener Zambula, ni, ciertamente, es el mejor para sus moradores.

El hombre se detuvo para observar el efecto que sus palabras habían producido en Conan; este no reaccionó de manera alguna. Los dos conjurados se miraron entre sí.

—Mejor será que regreses a la posada. El que había guiado a Conan se marchó.

—Me llamo Jelal, Conan. El que te ha traído no sabe mi nombre.

Conan entendió que quería impresionarlo con aquella confesión. Sabía, con todo cinismo, que «Jelal» podía no ser su verdadero nombre. Además, no le creía. El que le había guiado, sin duda, debía de llamar de alguna manera a su superior en la organización de Balad, y, ¿por qué iba este a darle otro nombre a Conan? Permaneció en silencio. Nada se alteró en su rostro.

—Akter Khan teme a su propia sombra —dijo Jelal—. Se está convirtiendo en un borrachín, y no hace nada de lo que debería hacer un gobernante. Su visir es un hombre bueno y sabio, pero ha sido desplazado por ese jovenzuelo, el brujo Zafra. Asesinó al mago que le había instruido, ¿no lo sabías?

«No —pensó Conan—, ni tampoco se me hubiera ocurrido que hubiera algo malo en ser joven».

—En las mazmorras del palacio de Zambula —siguió contándole Jelal—, la gente muere sin razón, sin ningún motivo.

La sorpresa se pintó en los ojos del conjurado cuando Conan, de repente, le hizo una pregunta.

—¿Cómo murió la muchacha shanki?

—Sabes bastantes cosas —dijo Jelal y, al ver que Conan no hacía ningún comentario, siguió hablando—. Fue asesinada. Había herido el orgullo de Akter Khan, pues ¿qué mujer no desea acostarse con un hombre poderoso? Pero no la mató en un arrebato de cólera. Un día, dos espías de Iranistán fueron asesinados en la mazmorra por Zafra y Akter, después de que Zafra pusiera en obra un… extraño rito con una espada. Mandaron a por la shanki, y ordenaron que fuera llevada al calabozo. Es decir, no ordenó que la arrestaran, sino que la llevaran con su señor, que se encontraba allí. La dejaron en la mazmorra. Se quedó sola con Akter Khan y Zafra. Akter salió poco después. Zafra y la niña se demoraron en aquel lugar. Nadie la volvió a ver. Tampoco vio nadie el cadáver. Me he ceñido a los hechos ciertos, Conan. No podemos estar seguros de lo que voy a contarte ahora: Algunos creen que fue descuartizada, y que fue su cuerpo el que, al ser hallado en el Callejón del Colono, causó tan grande agitación. El cuerpo troceado de una joven mujer o de una niña, y cuidadosamente envuelto en varios paquetes; un hallazgo

tan estremecedor que llamó la atención incluso en un sumidero como el Callejón del Colono… un sumidero que Balad, dicho sea de paso, haría limpiar.

Conan ignoró el lema de campaña.

—Dices estar seguro de que fue asesinada.

—Sí.

—¿Y cómo lo sabes?

—No puedo decírtelo, Conan. O, más bien, no quiero decírtelo.

—Tienes un espía en palacio.

—Balad los tiene, por supuesto. Somos muchos, muchos, los que creemos que Akter Khan no es un buen gobernante, Conan, y vemos en Zafra un gran peligro para todos nosotros.

—Pero ¿por qué Balad? Conspirad, pues los hombres suelen hacerlo, y no hay gobernante que no mate ni disponga de mazmorras. Matad a Akter, y poned a su hijo Jungir en el trono. Dadle sólidos consejeros, entre los que quizá podría contarse el mismo Balad.

—Jungir solo es un muchacho, Conan, pero sabría lo que le había ocurrido a su padre, y, al final, cuando adquiriera fuerzas con la edad, acabaría por querer vengarse. Balad es un hombre fuerte, vástago de una casa antigua y noble, y liberal por añadidura. Además, tiene cierto sentido del destino de Zambula. No podemos quedarnos sentados, pudrirnos bajo un «gobernante» que nada hace, salvo emborracharse para poder conciliar el sueño.

El cimmerio se dio cuenta de que Jelal no quería decir nada más hasta que Conan hubiera hablado a su vez. Y Conan habló.

—He escuchado tus palabras, Jelal. Me parecen interesantes. Dudo que haya algo nuevo en lo que dices; siempre ha habido malos gobernantes, y hombres que se conjuran contra ellos. Aun los buenos gobernantes, he oído decir que existen algunos, tienen que hacer frente a conspiraciones. No le hablaré a Akter Khan de este encuentro, ni de nada más. Recuerda que no soy zambulano, ni tengo previsto quedarme aquí. Los asuntos de Zambula no me incumben.

—Podrías ayudarnos, Conan.

—Sin duda. Y también podría ayudar a Akter Khan. Isparana y el capitán Jhabiz creen que podría ofrecerme un cargo adecuado a mi oficio: el de hombre de armas.

—Poco respeto, y ningún amor, se ganan los que sirven a Akter Khan, Conan. Eres un hombre diestro, y joven, y no tienes riquezas. Si Balad pudiera gobernar Zambula, recibirías sin duda algún cargo con poder.

—¿A mi edad?

Jelal le miró con atención.

—¿Qué edad tienes?

—No importa. Lo que me dices es interesante, Jelal. Pero, ahora mismo, ya tengo mi recompensa, y el favor de Akter Khan. En Cimmeria, decimos que cuando en invierno uno tiene la tripa vacía y mata un alce no debe buscar vino y especias.

Como si estas palabras le hubieran hecho caer en la cuenta —o tal vez a modo de símbolo—, Jelal se volvió para llenarse de nuevo la copa de vino. Tras invitar a Conan con un gesto, bebió, mirando al forastero por encima del borde de la copa.

—En Zambula, dicen que el hombre que tiene ambición pero no actúa es un cadáver sin enterrar. El cimmerio se encogió de hombros.

—Mira, Conan, Akter Khan acabará por caer. Balad subirá al trono. Turan le aceptará, pues el rey-emperador solo quiere que un hombre fuerte ocupe el trono de Zambula, y que sigamos enviando esas mercaderías que mandamos a Aghrapur como tributos. Tenemos amigos en Aghrapur…

—¿Agentes?

—Llamémoslos amigos. Tenemos a todos los que se oponen a Akter Khan por amigos de Balad. Los que ayuden a este serán favorecidos por él. Será necesario contar con hombres fuertes y diestros.

—Para luchar. ¿Vuestro Balad pretende iniciar un baño de sangre en Zambula?

—En absoluto. ¡No hay nadie en Zambula que vaya a pelear por Akter Khan! Puede que tengamos que luchar para apoderarnos del palacio —replicó Jelal sin alterarse—. Estoy pensando en sus guardias, los Espinas del Khan.

Conan asintió.

—Todavía no he dicho que no, Jelal. Solo he dicho que no me has convencido de que deba arriesgar mi suerte por Balad, solo por un nombre. No lo conozco, ni sé casi nada de él.

—No es necesario que conozcas a Balad, Conan. A los que le conocen, y no están de su parte, los tenemos por enemigos.

El estómago de Conan se endureció; también sus labios. Había escuchado por segunda vez aquellas palabras, y, en cierto sentido, las había oído tres veces. Entrañaban una amenaza. Únete a nosotros, o entenderemos que estás contra nosotros, y tendrás que pagar las consecuencias cuando hayamos triunfado. Tuvo la impresión de que aquellas palabras debían de ser comunes por todo el mundo, y que volvería a oírlas alguna otra vez antes de que le llegara la muerte.

Mientras meditaba la respuesta —y observaba la diestra de Jelal, pues aquel hombre era un conjurado, y hombre corpulento aunque aquella túnica de color entre marrón y amarillo lo disimulara, y como conjurado debía de ser astuto, y estaba sosteniendo su copa de vino con la mano izquierda—, oyó que otro subía por las escaleras que empezaban detrás de la puerta sin el menor sigilo. Oyó dos voces enardecidas que hablaban afuera. Conan vio como le mudaba el rostro a Jelal, cómo su mano buscaba, bajo la cadera derecha, la daga que escondía allí, oculta a miradas casuales. Dio algunos pasos a la izquierda antes de volverse; así, se quedó en un lugar desde donde podía observar tanto a Jelal como a la puerta. Pese a la angustia que sentía, que sin duda le habría acelerado el corazón, Jelal se percató de la astuta maniobra del luchador.

La puerta se abrió violentamente hacia dentro; Conan y Jelal aprestaron sus armas; el hombre que había guiado al cimmerio entró solo.

—No menos de veinte guardias de palacio acaban de salir de la Real de Turan. Te buscaban a ti, Conan, y también a Isparana. Ahora mismo se la llevan.

Conan miró fijamente a Jelal, y vio en su rostro verdadera sorpresa y agitación. Blandiendo la espada aún desnuda, se asomó a la ventana.

Al otro extremo de la calle, en la otra acera, la puerta de la Real de Turan todavía arrojaba luz a la calle. En el escalón, un puñado de clientes estaba mirando. No alcanzó a distinguir lo que ellos veían. «Están contemplando cómo se la llevan», pensó Conan, y su espíritu se ensombreció terriblemente. No habría podido verla desde aquel ángulo, ni aunque hubiera rasgado la raída pantalla de

intestino de cerdo que cubría la angosta ventana.

Se apartó de esta, y dos hombres vieron cómo el rostro de un joven podía mudarse en inquietante y fiero, y sus ojos, antiguos manchones de cielo, en cristales de hielo.

—Traición —masculló, y a todos les erizó el cabello; no la palabra, sino el sonido animal de su voz norteña—. Ese puerco traidor… va a ver lo que… veinte. Has dicho veinte hombres.

—Sí. Guardias armados. Los mejores de Akter. Los Espinas.

Conan aún parecía indeciso, aunque se hubiera precipitado afuera para tratar de rescatar a Isparana de sus custodios. La espada que sostenía con el puño le convertía el brazo en un instrumento asesino de seis pies de largo.

—Conan —dijo Jelal suavemente. Había envainado su daga de larga hoja—. Podrías hacer frente a cinco hombres. He oído hablar de ti y de tu destreza, y, sin duda, eres tan corpulento como cualquier hombre de Zambula. Pero no podrás con veinte. Te matarían, o te infligirían tales heridas que podrían capturarte, y llevarte preso junto con la mujer. Mientras tú sigas libre, y vivas, quedará una esperanza para ella. Y además… tienes amigos en Zambula, Conan.

Con estas palabras logró que aquellos ojos azules, gélidos, le miraran, interrogándole, y que el bárbaro enarcara las negras cejas.

—Todos los que tienen razones para ser enemigos de Akter Khan —le dijo Jelal—, también las tienen para ser amigos de cierto hombre.

Conan parpadeó; le miró con súbita comprensión. Acababa de escuchar una nueva versión de las anteriores palabras de Jelal, y, ¡cuánto mejores le parecían en su nueva forma! Ya no le amenazaban; ¡solo le ofrecían una promesa consoladora!

Moviendo los labios tensos sobre la apretada mandíbula, Conan dijo:

—Querría conocer a Balad.

Y alargó el brazo hacia la jarra de vino.

17. Conan el ladrón

—Dale la capa —dijo Jelal.

Cuando el que había sido su guía empezó a quitarse aquella prenda larga, y teñida de color pardo, Conan vio que el plan era bueno. Ellos no podían haber sabido que había hombres en camino para detenerle a él y a Isparana, sin duda; tan solo habían tenido la esperanza de suscitar su interés. Sí, y habían elaborado otros planes todavía mejores:

—¡Turth! —llamó Jelal.

Un tercer hombre entró por la puerta; Conan supuso que debía de tratarse del centinela. Bajo su gran nariz medraba un bigote negro, cuyos extremos le colgaban a ambos lados de la boca. Al acercarse a Conan, se agarró el bigote con la mano… y, con una mueca de dolor en el rostro, se lo arrancó.

—¿Qué lo sostenía? —preguntó Conan cuando Turth le entregó el bigote; estaba hecho de pelo, sin duda, y parecía humano; no era lo bastante áspero como para haber sido cortado de la crin o la cola de un caballo.

—La misma cera que lo sostendrá debajo de tu nariz, Conan —dijo Jelal—. Si llevas puesto el bigote, y la capa, como el color azul de tus ojos no será visible en la oscuridad, no te reconocerán. Puedes estar seguro de que los hombres de Akter te buscarán con tu descripción en la mano. Ven, déjame hacer.

Conan se mantuvo quieto, pese a la incomodidad, mientras Jelal calculaba el sitio, y le ponía y le oprimía cuidadosamente el bigote en el lugar adecuado. La nariz de Conan se agitó nerviosamente. Tras aceptar la capa del otro hombre, se envolvió con ella el cuerpo. Le empujaba la excitación, la adrenalina. En aquel momento se acordó de algo.

—¡Mi habitación! ¡Mis cosas!

El hombre esbelto, ahora sin capa, negó con la cabeza.

—Varios de los hombres del khan se quedaron allí, prestos para el combate. Te buscaron en tu estancia y por toda la posada. Deben de esperarte allí, ocultos.

Conan profirió una blasfemia. Con el ceño fruncido, y meneando el bigote al tiempo que mascullaba nuevas blasfemias, se acercó de nuevo a la angosta ventana. Contempló la calle en toda su longitud hasta la Real de Turan, y los edificios que se encontraban a cada lado de la posada.

—¿Tenemos que ir muy lejos para ver a Balad? —preguntó sin volverse.

—Algo —dijo Jelal.

—¡No juegues conmigo al oráculo oscuro! ¡Quiero saber cuán lejos está!

—Una buena caminata. Y allí también te ofreceremos nuestra hospitalidad. Necesitaras un sitio donde alojarte, Conan.

El cimmerio se apartó de la ventana. Por breves instantes, los otros dos vieron su fea mueca animal, que habría hecho que un niño huyera chillando a refugiarse en su madre.

—Entonces, vámonos ya. ¡Tengo otros planes para esta noche!

Sin embargo, Jelal salió el primero; pocos minutos después, los otros dos escoltaron al impaciente cimmerio. Aún de noche, en aquella ciudad desconocida, Conan iba tomando nota cuidadosamente del camino que seguían, y dominaban en él sus poco civilizados instintos.

«Qué perros», pensó, apretando los dientes. Le hacían andar en círculos, y se dio cuenta de que trataban de ocultarle deliberadamente el camino que seguían y la distancia a la que se hallaba la casa de Jelal. Aunque le hicieran preguntas, él obraba con la misma astucia; no pensaba decirles cuáles eran sus «planes para aquella noche».

Pudo vaciarse una clepsidra entera antes de que abandonaran aquella vecindad, y subieran a la Colina del Buey por entre las villas de los opulentos de Zambula. Condujeron por dos grandes quintas de la ladera al cimmerio, que vio guardias y fanales. Ladraron los perros, y se profirieron y respondieron desafíos. Siguieron subiendo por la colina, y pasaron por delante de un árbol, del que colgaba un cartel sujeto por un pivote de ballesta; advertía a los viajeros que, si

seguían adelante, los tendrían por ladrones. Siguieron adelante, y subieron más arriba, y se detuvieron entre dos grandes mojones de piedra. Jelal había dado una contraseña que Turth gritó:

—¡Liberad a Isparana!

Un silbido le respondió. Unas ollas, dispuestas encima de postes de madera anchos, y planos por arriba, escupieron llama, y echaron humo grasiento hacia el cielo. Conan y sus guías fueron retados de nuevo, aquella vez por unos hombres que se dejaron ver. Las llamas se mecían en la penumbra. Estos hombres llevaban ballestas. Cuando su comandante, que vestía una armadura, reconoció a los que escoltaban a Conan, asintió con un gesto. Estudió la cabeza y el rostro que asomaban por entre la capa, que no le quedaba tan larga a Conan ni le envolvía tan bien como antes al mensajero de Jelal.

—Es corpulento —dijo el jefe de guardias, que llevaba puestos un yelmo y un coselete de acero.

—Y además —murmuró Conan—, no le gusta que hablen de él como si no estuviera presente.

El otro tuvo por juicioso no contestar, o tal vez no respondiera de puro chasco. Entraron en una villa a la que se accedía por un pórtico, de puertas grandes, y gruesas, con refuerzos de hierro.

—El cocinero te ha preparado buena comida, Jelal —dijo el guardián de la finca.

—Ah, bien. No he comido nada desde el mediodía.

—¿Jelal? —repitió el cimmerio en tono interrogador—. ¿También te llamas Jelal?

—Solo yo me llamo Jelal —dijo sonriendo el hombre esbelto.

—Entonces, ¿quién…?

—Yo soy Balad, Conan.

Al oír la voz, Conan se volvió, y vio el rostro del hombre al que antes llamara Jelal. Había ido directamente hasta allí, por supuesto, y también había llegado mucho antes; no había cambiado de vestimenta.

—Lo siento. Comprenderás que, por pura necesidad, los que conspiran tienen que mentir a veces.

—¡Condenación! —dijo el cimmerio, al tiempo que arrojaba, airado, la capa del verdadero Jelal al reluciente suelo de mármol—. ¡Podrías habérmelo dicho hace más de una hora, y así nos habríamos evitado este juego del escondite por media Zambula, y

nos habrías ahorrado muchas molestias a ambos!

—Soy un hombre buscado —dijo Jelal-Balad—, y tales juegos del escondite son tan necesarios como los guardias de la puerta y las contraseñas. Has ido tomando nota del camino, ¿verdad?

—¡Poco me cuesta saber que he girado tres veces a la izquierda, y luego cuatro más hacia la derecha!

Balad sonrió; el jefe de conjurados que hacía frente al trono de Zambula.

—Sin duda, eres un hombre peligroso, Conan de Cimmeria. Lamentamos haberte causado tantas molestias. Pero… ¿Por qué crees que me habría ahorrado alguna trayéndote aquí directamente? Tenemos la intención de proteger mi seguridad… nuestra seguridad.

—Porque ahora habremos de volver a la ciudad para buscar la llave de tu triunfo, Balad: un hombre llamado Hajimen.

—¿Hajimen? ¿El shanki? Ya le tanteamos al mismo tiempo que decidíamos ir en tu busca.

—Y además, tendréis que guiarme —siguió explicando Conan, como si nada hubiera dicho Balad—, o si no habré de encontrar yo solo el camino hasta la Real de Turan.

—¡La Real de Turan! ¿Es que no comprendes que no puedes volver allí? ¡Los soldados de Akter Khan te aguardan!

—No me quedaré mucho tiempo en ese lugar —dijo Conan. Balad negó con la cabeza.

—¡Esta noche no vas a volver allí, Conan!

El cimmerio miró a aquel hombre corpulento.

—Sí voy a ir, Balad. Y he de ir solo. No trates de impedírmelo.

Durante largo rato, Balad contempló a su presunto nuevo recluta: un forastero gigantesco que tenía una mirada fiera y siniestra, unos ojos que debían de ser los más extraños de Zambula.

—¿Por qué, Conan?

El cimmerio movió su falso bigote en un atisbo de sonrisa.

—Ya sabes cuan hábil soy con las armas —dijo—. Este es otro negocio en el que también soy bueno.

Una capa larga, de color pardo, había quedado arrebujada al pie de un edificio adyacente a la Posada Real de Turan. Escondía un par de grandes borceguíes. Y, por el tejado casi llano del edificio, andaba agachado un hombre con los pies desnudos. La espada colgaba de sus hombros; una correa ataba con fuerza su

empuñadura a la anilla que sujetaba la vaina. Era un hombre corpulento. En lo alto de la suave ladera del tejado, se detuvo para enrollarse en torno al talle la cuerda con que había escalado el edificio. Midió con la vista los cinco pies que le separaban del tejado vecino. Este era llano, y se hallaba casi a la misma altura que el otro. La luz de una luna que ya llegaba a su crepúsculo centelleó en sus dientes; sonrió con sonrisa lobuna.

Una vez tuvo la cuerda atada en torno al cuerpo, volvió a bajar, a gachas, por el tejado, como un sigiloso vándalo.

Se detuvo, y fue apalancando el cuerpo con la suelta gracia del felino que acecha, con los músculos de las pantorrillas tensos. Luego, aunque fuera alto, e inusualmente ancho de espaldas, y de constitución poderosa, corrió por el tejado y saltó de su extremo superior. No agitó las piernas en el aire, y apenas si dobló las rodillas hasta que hubo alcanzado el tejado del edificio adyacente. Dobló ambas piernas al aterrizar, hasta hundir los tobillos en las nalgas. El estrépito del choque fue extraordinariamente leve para un hombre de su tamaño.

En el tejado de la Real de Turan no había manera de atar la cuerda. Sabía qué ventana le interesaba; solo podría llegar hasta ella, y hasta su alféizar, si se colgaba del borde del tejado, aguantándose con las rodillas, de espaldas a la pared. Lo hizo.

Así, unas horas después de la medianoche, Conan logró entrar en su propia habitación de la Real de Turan.

La cámara estaba vacía, y a oscuras, tal como debía estar. Se desató la espada, la sujetó al talabarte, y deshizo los nudos que unían la empuñadura a la vaina. Luego, ató la cuerda a una viga, y bajó el otro cabo por la ventana hasta que casi tocó el suelo. Con el mero tacto, encontró su larga cota de tintineante malla. Se despojó de la espada, pero la apoyó en la pared, a fin de poder empuñarla en solo un instante. Ignorando la túnica oscura y demasiado pequeña que le había prestado Balad, Conan, entre apreturas y contorsiones, se puso la cota de malla. Volvió a ceñirse la espada.

La excelente capa que Akter Khan le regalara se hallaba todavía en el mismo lugar, plegada sobre el lecho inusualmente cómodo. La extendió, y empezó a amontonar sobre ella sus tesoros: monedas, y la copa de oro… que cayó rodando de la capa y del lecho, y armó gran estrépito al llegar al suelo.

—¡Condenación!

Sin preocuparse ya por mantener el sigilo, Conan se agachó para recogerla y la dejó entre las otras cosas que había ido apilando sobre la capa, con la que rápidamente lio un fardo. Cuando iba hacia la ventana, se abrió la puerta que daba al pasillo, y la luz amarilla y brillante de una candela parpadeó en la oscuridad.

Cuando la lumbre y uno de los pies de su portador hubieron entrado en la estancia, Conan había desenvainado ya la espada.

—¿Quién está ahí?

El hombre entró; un soldado. Se esforzó por ver en la oscuridad, y empuñó la antorcha en alto. La luz amarilla dio cierto aire espectral a su rostro… y descubrió a Conan. El cimmerio estaba agazapado con un improvisado fardo en la mano izquierda, una espada en la derecha, la cabeza descubierta; protegido el cuerpo, mas desnudos los brazos. Y le miraba con intenciones terriblemente siniestras.

—¡Ja! Eres un ladrón, ¿no? Te he capt… ¡es CONAN!

—Bocazas —masculló el cimmerio, y su espada acometió de lado y hacia arriba mientras el otro se abalanzaba sobre él.

Afuera, en el corredor, se oyeron otras voces, y hubo rumor de pies que subían pesadamente por la escalera. Entraron más soldados. El primero tropezó con su compañero caído, quien había tenido la mala fortuna de sorprender al cimmerio, y gritó incluso antes de soltar la puerta de la estancia, que aún sujetaba con la diestra. El segundo y el tercero tuvieron que apartarse prestos del camino de una bola de fuego que se precipitó violentamente sobre ellos, dejando a su paso una estela llameante. Esta salió volando por la entrada para ir a chocar con la pared de enfrente del pasillo. Los dos hombres, y un tercero, tuvieron problemas de nuevo cuando aquello rebotó y amenazó con quemarles los pies. Uno logró cogerlo; se trataba de la antorcha con la que se había alumbrado el vigilante que debía montar guardia frente a la puerta del forastero. Sosteniéndola en alto, entró en la estancia con sus camaradas.

El primer soldado yacía, silencioso, en un charco de su propia sangre; el segundo se había asomado a la ventana, y miraba abajo. Una cuerda, tirante, colgaba de una viga a la que estaba dando la espalda, y pasaba por encima de su hombro y del alféizar. Se volvió.

—¡Ha huido por la ventana!

Uno de sus compañeros tuvo el buen sentido de asestar un mandoble a la cuerda. No llegó a cortarla del todo; había perdido su tirantez.

—Yo lo cogeré —dijo el hombre que estaba en la ventana, y empezó a bajar por la cuerda.

—¡No! ¡Zakum, espera! He cortado…

Zakum ya bajaba heroicamente por la cuerda, que la espada del otro había cortado a medias. Cuando apoyó los pies en la pared del edificio, dio una sacudida, y la cuerda a medio cortar cedió. Se partió, y cayó de la ventana como una serpiente en su ataque. Después del grito de Zakum, se oyó el estrépito de su choque con la tierra apisonada del callejón.

—¡Diablos de Hanumán! —Con estas mismas palabras, otro hombre miró afuera.

Zakum retorcía el cuerpo, sufría convulsiones, se sujetaba una pierna con ambas manos.

—Mi pierna, mi pierna…

—¡Esa mula sin seso se ha roto la pierna! Salid de aquí, y bajad por las escaleras. ¡Perderemos algo más que las piernas si ese forastero escapa… el khan quiere su captura!

Salieron a toda prisa de la habitación. Bajaron por las escaleras como el ruidoso estruendo de un trueno veraniego, pasaron por la sala principal y salieron a la calle. Como no vieron rastro alguno de Conan, se separaron, y cada uno lo buscó por alguna de las calles cercanas.

Una media hora más tarde, cierto soldado descontento, que volvía sin haber capturado presa alguna, se acercó a una puerta que se hallaba enfrente de la posada. Una aparición emergió de la penumbra del corredor que había tras la puerta. A punto estuvo el soldado de gritar, y desenvainó el arma antes de ver siquiera que se trataba de un hombre; un jorobado, corpulento, encorvado, cubierto por una vulgar capa de color pardo, y con un jirón raído de tela en torno a la cabeza, a modo de improvisada cufia. Una mano larga, pero temblorosa, asomó de la capa.

—¡Una moneda, capitán!

—¡No soy capitán, maldito, y tú lo sabes! ¡Vete a gimotear a otra parte, condenado mendigo!

El soldado se inclinó un poco para verle la cara al jorobado,

oculta a la sombra de su cufia.

—¡Por los diablos negros de Set! ¡Y búscate a alguien que te recorte ese ridículo bigote!

El soldado volvió con las manos vacías a la Real de Turan. Conan, que llevaba el saco cargado a las espaldas, bajo la capa de Jelal, y se había cubierto la cabeza con un jirón arrancado de la túnica que le había dado Balad, se fue por el camino opuesto, con amplia sonrisa. El soldado había tenido la suerte de ser lento en razonar, y de tener embotado el seso; con la otra mano, bajo la capa de Jelal, Conan aferraba el puño de su daga.

Anduvo encorvado hacia la Colina del Buey.

18. La llave de Zambula

Balad contaba con apoyos. Balad estaba organizado, tenía partidarios; Balad se sentía preparado («¡Yo soy el pueblo de Zambula!», como solía decir) para hacer frente a Akter Khan. Solo necesitaba algo que hiciera las veces de llave; un incidente, o ardid, que aún no se le había ocurrido o no se le había presentado.

Un cuerpo militar de tamaño considerable estaba acuartelado en las casernas del barrio oriental de Zambula. Cierta amplia avenida permitía transitar rápidamente de allí hasta el palacio, atravesando toda la ciudad. En la regia mansión, y en las casernas adyacentes, que más parecían posadas, moraban otros doscientos soldados. Algunos les llamaban «los Escogidos»; habían recibido oficialmente el nombre de Khan-Khilayim, que significaba «Espinas del Khan». Se creía que eran leales a Akter, a pesar de las ofensas de este, y del estado de ánimo de algunos y aun de muchos de ellos. Los Espinas recibían buena soldada, alojamiento y vituallas. Estaban bien aprovisionados de sal, cerveza de excelente calidad y compañía femenina. Todos los palacios hacen las veces de fortines, de plaza fuerte del gobernante, y de último refugio de sus fieles, y el de Zambula no era ninguna excepción. Los doscientos escogidos habrían podido resistir un largo asedio por parte de una fuerza superior, muy superior. También cabía movilizar jinetes de refuerzo en las casernas del otro extremo de la ciudad; estos podían tomar armas, monturas, y presentarse al cabo de una hora; se aseguraban de ello, una y otra vez, mediante falsas alarmas y entrenamientos. Así, el khan se guardaba de ataques exteriores, y también de las insurrecciones de las que ningún gobernante está jamás a salvo. Aunque hubiera espías en palacio que pudieran abrir sus puertas a las fuerzas de Balad, y de hecho lo hicieran, estos tendrían que esquivar la vigilancia de los Espinas… y también los atacantes

deberían hacerlo.

Así, Balad, que no contaba con un ejército, ni aliados exteriores, ni con poderes mágicos que pudieran competir con los del mago del khan, necesitaba un ardid, o un incidente, al que llamaba La Llave. Se necesitaba algo que entretuviera a las tropas de las casernas, y al ejército, algo tal vez que apartara también de palacio a los Khan-Khilayim.

El forastero de ojos azules vio que podía proporcionarle aquella llave.

Conan no se habría unido a Balad por voluntad propia. Zambula no era su ciudad, ni aquellas gentes su pueblo. No pretendía ayudarles ni estorbarles en sus empresas. Nada tenían que ver con Conan. Si este hubiese recibido un puesto en los Espinas de Akter Khan, le habría sido leal, y, seguramente, hubiera empleado su seso y su destreza contra Balad y los suyos. Pero Akter Khan le había invitado a cenar, lo había emborrachado y le había dado recompensas, le había elogiado, había escuchado su historia, y luego se había mostrado traicionero con el mismo hombre que le había prestado tan valioso servicio; que le creía amigo y buen gobernante, prescindiendo de lo que pudiera saber y presuponer de los gobernantes en general.

Independientemente de que el Ojo de Erlik tuviera o no algún valor real para Akter Khan, este lo juzgaba valioso, y, solo por esta razón, lo era. Presumiblemente, debía de ser cierto que otro podía utilizarlo contra él; solo el mismo hecho de que pudiera ser robado casi lo aterrorizaba.

—Ojalá te lo hubiera entregado directamente a ti, Balad —masculló el cimmerio.

—Ojalá, Conan —dijo el conjurado, no sin cierta ironía, antes de proseguir con sus más pragmáticas intrigas.

Poco importaba que Conan hubiera servido solo a sus propios intereses en aquel asunto, y que se hubiera metido en aquella larga cadena de acontecimientos sin ninguna intención de ayudar a Akter Khan de Zambula. Había olvidado esa circunstancia. En su lugar, solo le quedaba el rencor con pretensiones justicieras, y la cólera. Había dado mucho de sí mismo para prestar un servicio a un hombre traicionero e ingrato. Ciertamente, había entregado a Akter Khan varios meses de su vida; medio año, si contaba con el tiempo

que necesitaría para regresar a Zamora. También Isparana había dado mucho de sí misma, había sacrificado mucho. ¡Y el khan, su khan, se había comportado como un señor de monstruosa ingratitud! Tenía presa a Isparana en algún lugar de su palacio —en el caso de que aún viviera—, y Conan solo seguía libre gracias a la suerte y a Balad.

Así, el cimmerio sentía rencor, e ira, y desengaño de sí mismo por no haber sospechado nada de Akter Khan. Necesitaba una satisfacción: venganza. Así, se había unido a Balad. Tampoco tardó mucho en ver cuáles eran los problemas de este.

Iba a ayudar a Balad. Y de paso, apenas si necesitaba decírselo a sí mismo, ayudaría con nobleza y heroísmo al pueblo de Zambula. Akter no era un gobernante digno, si es que alguno puede existir; Conan lo dudaba. En cualquier caso, era todavía peor que la mayoría de esos hombres que tienen el ánimo cruel y el espinazo frágil a fuerza de sentarse en el trono. En verdad, el propio khan le había facilitado a Balad la llave que buscaba. Conan había visto cómo usarla, simplemente. Akter había cometido un crimen más que reprensible, el asesinato de la adolescente que le había sido entregada como obsequio por el jefe de los shanki. Dada la situación, aquel crimen había sido estúpido. Iba a servirles como llave.

Fue Conan el Cimmerio quien logró que Hajimen el Shanki fuera escoltado hasta la morada de Balad el revolucionario, de cuyo buen acuerdo se había asegurado Conan; Hajimen hablaría a solas con el bárbaro en su habitación. Ambos charlaron tranquilamente: el hombre del desierto, con su característico pantalón, y el cimmerio, que vestía una túnica nueva de rústico paño.

—Sabes que los shanki no tienen ninguna esperanza de conquistar Zambula —dijo Conan al hijo de Akhimen Khan—, ni siquiera de traspasar sus muros. No hay shanki en número suficiente.

—¡Un joven guerrero de los shanki vale por cinco yoggitas —Hajimen escupió—, y por tres de esos Zambulanos, pese a sus cotas de malla!

Conan asintió.

—Es cierto. Lo sé. Pero no basta con eso. Los mejores guerreros Zambulanos superan en número a los shanki por mucho más de tres

a uno, y, además, tienen estas murallas.

Hajimen suspiró, se levantó, dio algunos pasos y se dejó caer de nuevo sobre el cojín, delante de otro en el que estaba sentado Conan. Este había decidido conversar con el shanki a la manera shanki, si bien su impaciencia ante la rebuscada manera con que estos se dirigían a su interlocutor le hacía hablar de manera cada vez más llana. En verdad, los esfuerzos que había invertido en el hijo del khan habían tenido algún éxito; este, en varias ocasiones, llamó «tú» y «Conan» a Conan. Pero no cuando le dijo:

—Conan sabe que yo admito que cuanto dice es verdad —dijo Hajimen, sombrío como un sacerdote en un funeral de Estado—. Sin embargo, rige el honor shanki, y el orgullo de mi padre. ¿Sabrá él que sería una locura atacar esta ciudad?

—La cuestión es: ¿Aceptará que no fue toda Zambula, sino Akter y su mago, quiénes mataron a tu hermana? No es necesario hacer la guerra contra todos los Zambulanos, que no gustan de su khan ni lo respetan. Esta enemistad concierne a los shanki… no, a tu padre, por un lado, y a Akter y Zafra por el otro.

—¡Y a mí, Conan! Sí, entiendo lo que dices. Lo sé. Mejor será que no se lo cuente a mi padre. Más vale que me quede aquí para vengar a mi hermana… como pueda —añadió tristemente—, y entonces llevaré la noticia de su asesinato, y del cumplimiento de nuestra venganza, ambas a la vez, al Khan de los Shanki.

Conan negó con la cabeza.

—No es buena idea. Tu resolución es valerosa, y necia, y ambos lo sabemos.

Hajimen miró con ceño al hombre que compartía con él aquella estancia de la villa del conde Shihran; la villa que ocupaba Balad, el conjurado, quien pronto habría de llamarse Balad Khan. Conan tomó en su mano el brazo de Hajimen, en señal de amistad; el orgulloso guerrero del desierto se apartó de él. Al verlo, y suspirando para sus adentros al comprender su necedad, Conan aprendió algo de sí mismo, del honor y el orgullo.

—Ven, Hajimen. Ya entiendes lo que quiero decirte. Ni tú ni yo creemos que puedas acercarte a Akter lo bastante como para matarlo. Y aunque lo lograras quién sabe cómo, no vivirías para contárselo a tu padre. Entonces, este se habría quedado sin hija y sin hijo. Ya sabes lo que haría entonces: atacar, y morir.

Hajimen le miraba sin dar reposo a su rostro. Entonces, se apartó del cimmerio, y anduvo hasta una ventana angosta, que estaba abierta.

—Conan es sabio. En nombre de Theba… ¿cuántos años tienes, Conan?

El cimmerio sonrió.

—¡Soy lo bastante viejo como para dar consejos que, sin duda, no tendría la sensatez de seguir! Hajimen, de espaldas, gruñó.

—¿Qué piensa Conan que debemos hacer? ¿Obrar como si nada hubiera ocurrido? ¡Ese hombre aceptó a mi hermana como obsequio de mi padre, y la asesinó como si se hubiera tratado de un ladrón o de un yoggita! —Hajimen escupió, sin dejar de darle a Conan las espaldas, anchas, cubiertas por una camisa amarilla.

—No. Ahora, escúchame. El más grande de los hombres podría, no, debería ocultar un hecho como este con tal de evitar que su padre, por honor y orgullo, actuara neciamente, si supiera que la venganza no está al alcance de la mano… pero que tal vez algún día sí esté. ¡Sé que ni Hajimen ni Conan son tan grandes! No, Hajimen, hijo de Akhimen, es a ti a quien hablo. Escúchame. Ni siquiera los soldados de Zambula ven con agrado a Akter Khan. ¡Yo querría que vieras vengada la muerte de tu hermana, Hajimen! A la vez, los shanki pueden ayudar heroicamente a los Zambulanos a librarse de la indigna criatura que habita en su palacio. ¡Hajimen! ¡Escúchame! Querría que tú… te ruego que vuelvas con tu padre tan rápido como puedas, y regreses con guerreros. Que vengan ataviados para la guerra, con los más rápidos de vuestros camellos. Deteneos todos a cierta distancia de las murallas de la ciudad, y arrojad flechas a las murallas, no muy arriba para que no caigan dentro de Zambula. ¡Y, entre tanto, id gritando acusaciones y desafíos a Akter Khan!

Hajimen se había vuelto, para encararse con el gigante de ojos azules.

—¡Ah! —la emoción y la esperanza se pintaron en su rostro; sin embargo, la duda acechaba en sus ojos, debajo mismo de la cicatriz tribal de los fieros y doblemente orgullosos shanki—. Pero… ¡un hombre como ese no saldrá!

—No, él no lo hará. Se quedará sentado en su palacio, con la certeza de que sus guerreros habrán de rechazar tan ridícu… imprudente ataque. Los soldados de la guarnición saldrán a

combatir, alegres por poder entrar en una acción, y deseosos de matar. Y entonces, los shanki deberéis hacer algo valiente, y noble… y difícil. Deberéis huir.

—¡Huir! —Hajimen masculló con horror aquella palabra extraña a su misma naturaleza.

—¡Sí, Hajimen! —Conan levantó la voz con entusiasmo; necesitaba que el shanki cooperara en su plan—. ¡Sí! Que salgan a campo abierto y os ataquen. Haced que os persigan. Huid, huid. Cuando por fin desistan, como sin duda harán, deteneos, reagrupaos, y esperad a que os tomen una buena delantera de camino a la ciudad. ¡Entonces, corred tras ellos!

—¡Ah! ¡Y entonces, perseguimos a esos chacales, y caemos sobre ellos por la espalda, y los acuchillamos en plena fuga! ¡Así reduciremos nuestra desventaja!

Conan suspiró con fuerza, y se aseguró de que Hajimen se diera cuenta.

—No son chacales, Hajimen, amigo mío. Son hombres jóvenes, y bravos como nosotros, valerosos, y sirven a un mal khan. No, se volverán, se distribuirán en formación para resistir vuestra carga. Entonces, tendréis que dar media vuelta, y huir de nuevo sin deteneros a fin de que os sigan. Si fuera posible, una pequeña partida de shanki debería cargar contra la puerta de la ciudad. Eso infundiría cierto miedo a los que hagan guardia en las murallas. Pedirían refuerzos… a palacio.

—No hallo nada honorable en lo que me dices, Conan, ni propio de un shanki. ¿Qué se persigue con esta inocua carrera por la llanura?

—¡Ah! ¡Hajimen, eres grande! ¡Sabes preguntar, en vez de andarte con jactancias; en eso se conoce! ¡Sin duda, Hajimen, vas a suceder a Akhimen, y los shanki tendrán un buen caudillo! Piénsalo. Los shanki pueden armar y montar a camello… ¿a cuántos hombres? ¿Tal vez trescientos, si añadimos los muchachos púberes y los hombres que ya han dejado atrás su juventud?

—¡Y un centenar de mujeres y niñas! ¡Nuestras mujeres no son frágiles mascotas, como las que he visto en este campamento de piedra!

—… Mientras que debe de haber unos dos mil soldados acuartelados aquí. Son tantos que acabarían con todos vosotros, y

también con las mujeres y las niñas, y, mientras tanto, Akter estaría a salvo en su palacio, y luego ordenaría el exterminio de los shanki. Por eso te demuestro que debes aliarte con estos que queman derribar a Akter. ¡Solo pueden lograrlo con la ayuda de los shanki, Hajimen!

Hajimen, el hijo del khan, le miró, pensativo.

—Conan y Balad.

—Y otros, sí —dijo Conan, al tiempo que asentía con resolución —. Puedo colarme en el palacio. Lo haré. Balad podrá atacar, y vencer, y deponer a Akter Khan… si los guerreros del khan están ocupados dando caza a unos fantasmas por el desierto.

—¿Fantasmas, dices? ¡Unos shanki!

—¡Sí! —gritó Conan, que veía y oía cómo se manifestaban las emociones de Hajimen, y hablaba más rápido, y con voz más fuerte, para azuzarlas—. Y entonces, Balad hará llamar a las tropas, y les dirá que los shanki son aliados nuestros… y tu pueblo será amado en Zambula, y su nuevo gobernante os tendrá por aliados.

—¡Ja! ¡Los jinetes Zambulanos dan caza a los fantasmas shanki, mientras Conan y Balad irrumpen en palacio! Balad tendrá la corona; y los Zambulanos un gobernante nuevo y mejor… y Conan y Hajimen tendrán su venganza; ¡justicia!

La abierta sonrisa de Conan no le volvió más bello el rostro.

—Sí, guerrero.

Hajimen se acercó a él y, entonces, de súbito, se detuvo, y su rostro se volvió de piedra.

—¡Y Akter Khan, si sigue con vida, deberá ser entregado a los shanki para su castigo!

Conan sabía que no podía prometerle eso, y que tal vez tuviera problemas por aquella misma causa. Se le ocurrió una componenda:

—¡Hajimen! ¡Apresúrate a marcharte a las tiendas de tu pueblo, ahora mismo! Pero… ¿acaso los shanki entregarían a Akhimen Khan a los Zambulanos en caso de que este les hubiera ofendido, no importa cuan grave fuera la ofensa? ¡Medítalo! Akter Khan ha cometido más crímenes contra su propio pueblo que contra el tuyo. Deben castigarlo ellos. Es suyo, es uno de ellos. No dudo de que lo ejecutarán… si sobrevive a nuestro ataque. ¡Sin duda, los aliados de Balad Khan se hallarán presentes para verlo morir! Tras largo rato, Hajimen asintió.

—No era necesario que me dijeras todo eso. Bastaba con decir «sí», y tratar de disuadirme luego.

—Cierto. Pero ¿he de mentirle a mi amigo, que también es hijo de mi amigo?

Al cabo de una hora, Hajimen y su partida se hubieron marchado de Zambula. Iba con ellos, vestido con un atuendo shanki, el hombre de Balad llamado Jelal. Llevaba su propia vestimenta en la alforja de su acémila, y la cufia shanki le escondía el rostro con su sombra para evitar que alguien le reconociera en la puerta. Al cabo de unos días, cuando los viajeros shanki se hallaran a menos de un día de Zambula, Jelal había de regresar: montado a caballo, y con sus propias ropas. Informaría a Balad. Así, la táctica de diversión que había de ponerse en práctica en el desierto podría coordinarse con el verdadero ataque, que tendría lugar dentro de los muros de Zambula.

Tras la partida de Jelal y de los shanki, Conan pasó la mayor parte de la tarde reunido con Balad y sus conjurados. Esto no le sentaba bien al bárbaro, que, con la poca paciencia de los jóvenes y los bárbaros, habría preferido conspirar menos y aplicarse más a la violenta acción. En aquella empresa, la tozuda insistencia de Hajimen en su necia nobleza había forzado a Conan a adoptar actitudes más reflexivas y persuasoras. Aquel cimmerio, que un día habría de capitanear cuadrillas, y luego escuadrones, y luego ejércitos, y al fin una nación entera, no había cumplido todavía los dieciocho años, y estaba aprendiendo, y madurando.

Una parte de su osado plan tampoco gozaba del favor de Balad. Él y los demás decían que el deseo de Conan —la decisión, en realidad, pero ellos lo llamaban deseo— de entrar en palacio, liberar a Isparana e iniciar el ataque desde dentro era necio, y fruto de la testarudez.

El cimmerio, que había aconsejado y convencido al obstinado Hajimen, se obstinaba él mismo y no se dejaba convencer.

Así, pocas noches después, un hábil ladrón que había vivido en Shadizar, en Arenjun y en Cimmeria escaló dos muros y entró en el palacio de Akter Khan. Al cabo de menos de dos horas le hizo cautivo el hombre que se había convertido en el verdadero gobernante de Zambula: Zafra el Mago.

19. «¡Mátalo!»

Recordaba la tortura. La recordaba confusamente, entre brumas, como si le hubieran drogado o hechizado. Recordaba el insistente roce de la punta de acero en la espalda, en el centro, más arriba del coxis. Recordaba que le habían metido por la fuerza entre dos estacas clavadas en el suelo, separadas por menos de dos pies de distancia. La punta de acero le siguió rozando la espalda mientras un segundo hombre le ataba cada una de las piernas, por el tobillo y el muslo, a cada una de las estacas, que eran tan gruesas como sus pantorrillas. La punta de acero le rozaba la espalda a modo de constante advertencia, y no se movió mientras le ataban las muñecas delante del cuerpo. Le anudaron una y otra vez las correas de cuero. El pinchazo que sentía en la espalda se volvió más agudo, y le obligó a avanzar. Como tenía las piernas atadas, no podía moverse; solo pudo echar el cuerpo hacia adelante desde la cintura. La punta de acero le arrancó un hilillo de cálida sangre. Lo sintió. Inclinó el cuerpo por el talle. Le obligaron a poner las atadas muñecas entre las piernas que sus ataduras le forzaban a tener abiertas. Dobló el cuerpo. Alguien cogió desde detrás una larga cuerda que habían atado a la que le sujetaba las muñecas, y dio un fuerte tirón. Había gruñido. Ataron la cuerda a un brasero de hierro que había en la pared, siete u ocho pies más atrás. El suelo estaba gélido bajo sus pies desnudos, o lo había estado; recordaba haber sentido con alegría el frío. Le obligaron a doblar más el cuerpo, le siguieron pinchando en la espalda, y la cálida sangre le empapó la cabeza, le enrojeció el rostro. Su visión se enturbió, se tiño de bermejo. No tenía a su alcance el alivio de dejarse caer, porque las fuertes ligaduras le ataban muslos y tobillos a las estacas. Le habían amordazado, tenía la boca llena de saliva, y ello le resultó humillante: como le obligaban a estar cabeza abajo, no pudo evitar

el babear por la mordaza. Recordó haber sentido odio. Las sombras rojas le enturbiaban cada vez más la visión, y la espesa cabeza. Le dolía. Al final, como la sangre le iba bajando al cerebro, cayó en la inconsciencia.

Recordaba cómo el flagelo había zumbado en el aire, cómo había caído brusca y velozmente, cómo había restallado horizontalmente sobre su rabadilla. Recordaba haber jadeado en un intento de respirar, porque el látigo le dejaba sin aliento, y que el sudor le había empapado el rostro, y le había resbalado por ambos costados desde las axilas. Aquello siguió. El látigo retrocedía, cantaba en el aire, le fustigaba el cuerpo. Su lengua negra hería y cortaba sin misericordia. Sabía que le estaban haciendo verdugones. Sus ojos ardían de rabia contra aquel látigo serpentino y su portador. Su pecho, forzado por las ataduras a la tirantez de una piel de tambor, y a la dureza del pecho de un oso, respiraba con dificultad, y sus narices temblaban y se esforzaban. El látigo silbaba y golpeaba. No recordaba que le hubieran preguntado nada; solo le hacían daño. Sabía que había gemido, y que se había esforzado por no gritar. Todo se le aparecía entre brumas, entre neblinas. Podría haberse tratado de un sueño. Se mordió con fuerza los labios. Le dolieron. No era un sueño. No podía controlar los espasmos de su cuerpo atado, las contorsiones de sus ágiles caderas, la tensa rigidez de los pequeños cojines musculares de las nalgas. El sudor bajaba a chorros por su espalda, por sus costados, por su rostro. Salpicaba el suelo en algún lugar que se hallaba bajo su cuerpo. Esas eran las respuestas automáticas a la amenaza y al ataque del látigo, al implacable fustiga-y-retrocede-y-apréstase-y-restalla, y a la terrible incomodidad, y al dolor ardiente. Pero acallaba aun los gemidos, y en ningún momento gritó. Le habían quitado la mordaza y le habían hecho tragar agua para poder oír sus gritos. No habían oído ninguno, estaba seguro de ello. ¿Verdad?

Recordaba la pomada ardiente. Recordaba, o creía recordar, un extraño espectáculo; le pareció que una espada, que ninguna mano sostenía, mataba a un compañero de cautiverio. No estaba seguro. ¿Podía haber sucedido? ¿Realmente había oído que la extraña voz decía «mátalo»… y que una espada comprendía, y obedecía?

No podía estar seguro. Lo recordaba, o creía recordarlo.

El dolor que le producía el flagelo de ortigas era leve; la

comezón que le dejaba, la peor de las torturas. Como estaba atado, no podía rascarse los horribles sarpullidos.

Le azotaron en el estómago. La ancha correa hizo un ruido muy fuerte.

Recordó que le habían dicho que pensaban envolverle en un sangriento pellejo de vaca recién desollada y le dejarían atado afuera, de cara al sol matinal. No creía que lo hubieran hecho. Estaba seguro de que le habían puesto un yelmo en la cabeza, y habían abrochado la correa con tal fuerza que le cortaba el mentón. Alguien empezó a golpear el yelmo con un martillo, y se preguntó qué vendría primero: la muerte o la locura.

Ninguna de las dos cosas. Aguantó, y pensó en que no había gritado, aunque no estaba seguro de que no hubiera gemido. Habría preferido que lo apalearan o crucificaran.

Quizá se debiera en parte a la brujería de Zafra; seguramente, parte de aquello se debía a su brujería, y no había ocurrido en realidad. Con la misma seguridad, algunas de las torturas sí habían sido reales. Sí se había mordido los labios; la blanda hinchazón de la carne daba testimonio de ello. Y la cabeza le dolía, y algo le resonaba en la cabeza.

Despertó, así, horas o días más tarde, con aquella sensación difusa, horrible, de incertidumbre, de que era posible que hubiese estado soñando, o que le hubieran drogado, o le hubieran embotado el juicio mediante brujerías, y la cabeza se le iba aclarando, y le pareció que no estaba atado. Yacía inmóvil; trató de averiguar si seguía atado buscando sensación de constricción en muñecas y tobillos. Al principio, no llegó a estar seguro. Yacía inmóvil, tratando de saber cómo estaba, y en qué sitio. Oh. Estaba en el palacio. Lo habían capturado. ¿Dónde estaba? En el palacio… ¿en qué parte? No podía saberlo. Tenía la mente embotada, y su cuerpo le parecía varios años más viejo. Fue volviendo en sus sentidos, y estos se fueron avivando como llama que, lentamente, crece en una estancia donde solo se agita el más leve soplo de aire. Aunque sabía que estaba débil, sentía que sus fuerzas crecían… o que, por lo menos, la debilidad cedía.

Conan abrió los ojos.

Yacía en parte sobre una alfombra, en parte sobre un suelo embaldosado, de baldosas grises y de pálido color rojo, entre

delgadas franjas blancas y negras. Un bello suelo de mármol, de baldosas teseladas. Vio una mesa, que tenía varios objetos encima… se acordó de la Estancia Verde, la guarida de Hisarr Zul, mago que había vivido en Zambula y luego en Arenjun, y ahora en el Infierno, adonde le había mandado Conan. Había parafernalia de la misma suerte. Así pues, aquella debía de ser la cámara de Zafra, el mago de Akter Khan.

Sí. ¿No se hallaba al lado del salón del trono? Tal vez aquella puerta…

A Conan no le gustaba el olor de la habitación.

Productos químicos, y hierbas, y el feo aroma del aire quemado. Retorció los dedos, y luego ambas manos. Antes había tenido razón; no estaba atado. Unos pocos impulsos que hizo llegar a sus piernas le revelaron que estas también estaban libres. Yacía en parte sobre el costado, en parte sobre el estómago. Respiró hondo, aunque poco le gustara el aroma o el sabor del aire que había en la cámara del hechicero.

Ya se había incorporado a medias cuando vio a Zafra. El mago, por astucia, se había quedado en un lugar donde Conan no podía verle salvo si se movía intencionadamente; así, había podido saber cuándo Conan recobraba la consciencia.

El cimmerio se detuvo, apoyado en el suelo con la rodilla y los nudillos de una mano.

—Ah —dijo Zafra, sonriente—. Qué amable. Me reconforta, sin duda: te inclinas en respetuosa genuflexión.

Con una mueca en el rostro, Conan se puso en pie. Zafra se apresuró a mostrar la espada que tenía en la mano.

—Nos contaste tu historia, ¿te acuerdas, bárbaro? Ya sé qué especie de jovenzuelo rastrero y arrogante eres. Pensé que intentarías lo que de hecho intentaste: venir aquí como un ladrón para encontrar a Isparana y marcharte con un par de cabezas, ¿verdad? La belleza ha podido contigo, ¿no? Eres un bárbaro, y te arrastran los mismos instintos que guían a un perro, un cerdo o un oso, ¿lo sabías? Yo tengo metas, metas específicas. Cuando dos hombres como nosotros se enfrentan, ha de triunfar el que se guía por su razón, el que persigue metas. Como ves, ya he triunfado. Y seguiré adelante, mientras tú regresas al fango que te escupió a través de las entrañas de alguna puta bárbara. Dentro de un año,

gobernaré Zambula. En unos cuantos más, Aghrapur. ¡Zafra, rey-emperador de Turan! ¡Sí! No puede quejarse aquel hijo de un campesino, a quien su maestro pegaba porque tardaba en aprender las lecciones… ¡lecciones de brujería, que yo aprendía mucho, mucho más rápido de lo que creía ese viejo cerdo! Contémplame si quieres con esos siniestros ojos de animal… ¡pero si tratas de atacarme, bárbaro, tu vida será todavía más breve!

—Que lo sea, pues —dijo Conan, y dio una zancada larga, muy larga, y agarró un broncíneo pie de lámpara, pesado, tan alto como él mismo, que en la parte más delgada del labrado soporte era tan grueso como su muñeca. Era pesado, y él no contaba con todas sus fuerzas; gruñó. Vació de una sacudida la lámpara que sostenía. El aceite ardiendo se derramó por el suelo.

Por un instante, Zafra miró con asombro, y con algo más que se asemejaba al terror; entonces, enarcó las cejas y sonrió.

—¿Recuerdas esta espada? Ya te la enseñé, bárbaro. Te enseñé de qué manera obedece. Una vez le dé la orden, no reposará hasta que haya matado. Así pues, tendrás que moverte con rapidez, bárbaro… mátalo.

Conan sintió un hormigueo en la nuca, y unos pies de hielo, menudos, que le corrían por la espalda desnuda; Zafra abrió la mano.

La espada que sostenía no cayó al suelo. Su punta giró hasta que Conan la vio de frente, y la empuñadura hubo quedado justo detrás… y entonces, se precipitó hacia él.

Presa del único miedo que conocía —el miedo a la brujería—, a pesar de todo no se quedó quieto. Hacerlo habría sido su muerte. En cambio, se arrojó al suelo, y golpeó violentamente con el pie de lámpara a la espada cuando esta se volvía para seguirle. El soporte de bronce labrado golpeó la hoja de brillante acero con grande y belicoso estrépito de metales, y la espada voló al otro extremo de la estancia. Las manos y los brazos de Conan no pudieron con el peso de su arma —o defensa—, y quedó tendido en el suelo. Oyó que la espada chocaba con una pared a sus espaldas. Logró ponerse en pie, sujetando el broncíneo soporte con ambas manos. Saltó hacia Zafra, que abrió los ojos desorbitadamente. Entonces, el mago miró detrás de Conan, y el cimmerio se dejó caer, enroscando el cuerpo y golpeando hacia arriba a la par que caía. Resopló por el doloroso

esfuerzo que tuvo que hacer su costado. De nuevo, su improvisado garrote golpeó la espada que nadie blandía, y que trataba de matar.

Recordando lo que le había dicho Zafra, Conan sonrió de pronto. Su visaje infundió miedo y horror al mago, pues se trataba de la horrible, fiera sonrisa de una bestia babeante. Conan se puso en pie bruscamente y corrió… y no hacia Zafra. ¡Corrió hacia la puerta que daba al corredor de palacio!

Los segundos que pudieran marcar las gotitas de agua de una clepsidra le parecieron minutos, y por toda la espalda se le puso la carne de gallina. Subió tres escalones, cuatro, todavía otro… y arrojó la lámpara a su derecha, mientras él saltaba a la izquierda. Se hallaba a dos pasos de la gran puerta guarnecida con paneles; había juzgado que no lograría alcanzarla, pues la terrible espada sin mente debía de estar a punto de clavarse en su espalda.

Así era. Y, aquella vez, había llegado tan lejos y a tal velocidad en la persecución de su fugitiva presa que no acertó a girar en el aire para seguirle. En cambio, se clavó en la puerta con tal fuerza que se hundió hasta más allá de la punta; una pulgada o algo así. Sin decir palabra, ni mirar a Zafra, Conan se puso en pie de nuevo, y agarró el pomo de bronce de la puerta, y tiró de él mientras la espada, de forma pavorosa y horrible, iba liberándose a base de sacudidas de la madera crujiente; Conan salió de un salto al corredor.

«La espada no se detiene hasta haber matado, ¿en?», pensó el cimmerio con sonrisa torva y horrible, y cerró la puerta a sus espaldas. La cerró con un ruidoso golpe. Esperó allí, jadeante, sujetando el pomo con la mano, oyó la protesta de su propio vientre vacío… y el grito, dentro de la cámara del mago.

Y entonces oyó el chillido, que finalizó con un ronco y espasmódico gorgoteo, y Conan dio por cierto que la carrera del joven mago había terminado antes de que tuviera la oportunidad de hacerse viejo en su oficio, y menos todavía de conquistar tronos.

—¡Eh, tú!

Aquella voz, y el ver, al volverse hacia el que había gritado, a un guardia de palacio que se le acercaba, acabaron de despabilarle. Se había preguntado si osaría entrar en la habitación y trataría de apoderarse de la espada, puesto que ya había matado. «¡Bien —pensó—, o hago eso o huyo desnudo por los corredores del palacio

real, y pasaré tan desapercibido como un elefante en una trampa para osos!».

Abrió la puerta violentamente y entró en la estancia. Volvió a cerrarla a sus espaldas. Al cabo de unos pocos segundos, el cuerpo de alguien arremetió contra ella; ¡el Espina del Khan se había apresurado en su persecución! Conan no se detuvo a mirar el esbelto cuerpo que yacía tendido en poco decorosa postura sobre las bellas baldosas. Estaba inmóvil. Y también la espada que sobresalía de él, que se había clavado profundamente en el pecho de Zafra.

—Solo un poco a la izquierda del centro —murmuró Conan, que, pese a sentir que la carne del brazo se le ponía de gallina, agarró la empuñadura del arma encantada—. ¡Ciertamente, es una buena espada! —Su mano se cerró sobre el puño. No se movió. Parecía una simple espada—. Bien, Zafra, no te sirvió como tú esperabas… ¡tal vez sirva a Conan!

Ciertamente, era una buena espada; se había clavado tan profundamente en la región inferior del pecho de Zafra, que Conan tuvo que apoyar un pie sobre el cuerpo del mago, que estaba en posición supina, para extraerla.

La puerta se abrió de una patada, y apareció un hombre cubierto con un yelmo y un coselete, fornido, la espada en mano; se volvió hacia él otro hombre, desnudo, que se hallaba frente a un cadáver en quien pudo reconocer al Mago de Zambula; también llevaba una espada en la mano, y sus ojos, y su boca, contraída en una mueca, eran los de una bestia asesina.

Conan, cubierto con el yelmo y el coselete, y la túnica de cuero de uno de los Khan-Khilayim, andaba por el pasillo posterior del palacio de Zambula. Colgaba de su cadera la espada de Zafra, aunque esta hubiera acabado por romper la vaina, hecha de cuero trabajado sobre madera delgada y ligera. Llevaba en la mano media barra de pan que había sisado hábilmente de una bandeja sin que su portadora lo notara. Era pan fermentado con exceso de levadura, propio del decadente señor de una ciudad decadente… y Conan se alegró por ello, pues pudo tragarlo con rapidez, y, al tener poco peso, había podido robarlo a una sirvienta sin que esta lo notara.

«O quizá sí que se ha dado cuenta, pero me ha ignorado —pensó Conan—. Sin duda, los Khan-Khilayim obtienen fácilmente todo lo que desean.

»Bien… ¡ya no por mucho tiempo, escoria, que servís a escoria! Ah… esta debe de ser la puerta».

Aquella era, y no había vigilancia; daba paso a una mazmorra, donde ardía la sólita lumbre de un candelabro. En el interior, abajo, se hallaba Isparana, tal y como él había esperado. O quizá lo recordara; sin duda alguna, Zafra debía de haberle torturado en aquel lugar. Por fin podría…

Por desgracia, Isparana no estaba sola. En el momento en que Conan, al verla, sufrió una momentánea distracción en su vigilancia, y cruzó el rellano hacia los escalones que descendían a la fosa, oyó una voz y, al volverse, vio a dos Espinas. Aquellos bastardos habían estado allí, a la izquierda misma de la puerta, mirando a la mujer, mientras que él, al entrar, se había vuelto hacia la derecha, y había pasado por su lado sin verlos. Agazapándose, empleó ambas manos para empuñar la espada y la daga, y les hizo frente.

Los dos hombres le miraban, confusos.

—¿Qué te crees que…? —empezó a decir uno de ellos, pero Conan había olvidado que vestía su mismo uniforme.

Hizo algo que les resultó asombroso e inesperado, y que era típico y normal en el cimmerio; atacó a los dos hombres.

El que había hablado, el más joven de ambos, casi perdió el brazo ante la cruel espada de Zafra, y una daga se clavó en el vientre del otro antes de que pudiera manejar su arma. El primero, que sin duda había caído presa del pánico, echó mano de su propia espada, aunque tuviera pálido el rostro, y su brazo a medio cortar colgara cual desgarrada bandera escarlata.

—Eres un valeroso perro guardián, aunque sirvas a un hombre indigno —dijo Conan—, y esto casi me apena. —Paró con su espada, y el otro hombre recibió un mandoble en su propia arma, mientras la mano izquierda de Conan actuaba también.

La daga se rompió contra la cota de malla. Conan maldijo a ese khan que vestía a sus guardias con tan buena armadura, mientras que les daba armas que no habrían servido para trinchar una gallina asada. Airado, le arreó un puntapié en la horcajadura. El pobre diablo gimió, dobló el cuerpo, perdió el equilibrio al mismo tiempo que el destrozado brazo, y cayó por el borde del rellano. Chocó con el suelo de tierra apisonada, que debía de hallarse unos veinte pies

más abajo. Conan se tomó su tiempo para observar la caída figura. No se movía. El cimmerio se volvió, y bajó a toda prisa por las escaleras. Descendió veinticinco escalones, hasta aquella oscura cámara de indecible horror y tormento.

Solo cuando se acercó a la mujer, atada y desnuda, Conan se dio cuenta de que había alguien más en la fosa.

El señor de aquella heredad, lóbrega, manchada de sangre y cuajada de dolor, había estado descansando, había estado roncando sobre un jergón, oculto entre las sombras. Conan le vio por primera vez; Baltaj el torturador era un hombre tan fornido como el propio bárbaro, con el brazo igual de largo, y quizá con la misma fuerza, y sin duda más barriga. Igual que el cimmerio, portaba una espada y una daga. Había la diferencia de que su gran puñal estaba intacto.

—Eres corpulento —dijo, con voz gutural, aunque extrañamente aguda—, ¿verdad?

Conan no pensó en darle una orden a la espada embrujada de Zafra. Ni aguardó a que el maestro torturador le atacara. Arrojó la daga rota al aire, y clavó la espada en el suelo de tierra apisonada, a tiempo de volver a coger el puñal con la diestra. No le importaba el rasguño; dio impulso con el brazo, y la empuñadura de la daga, más tres o cuatro pulgadas de hoja burdamente rota, salieron volando por el aire mientras la mano de Conan volvía a aferrar el puño de la espada. Toda aquella extraña maniobra le había llevado solo unos segundos. Había sido una acción desesperada; Conan no quería perder tiempo haciendo frente a un hombre con las mismas fuerzas y el brazo igual de largo, y que iba mejor armado que él.

No había arrojado la daga a la cabeza de Baltaj, sino a su pecho, pensando que aquel hombre, con su bien alimentada panza, no sería lo bastante rápido para esquivarla. Tuvo razón. Además, el torturador de Akter dio un paso en falso; se agachó. Así, ofreció la cara al proyectil que le habían arrojado. El puño de la daga rota le golpeó los labios, ruidosa y duramente. El torturador gruñó de dolor y asombro; tenía el labio rasgado, y un diente roto; lágrimas, que no eran de llanto, le manaron de ambos ojos. Dejó de ver, aunque solo fuera por un momento. Con aquello bastó.

La espada de Conan, que este había desclavado del suelo volviendo el brazo a un lado, rajó toda la panza de Baltaj desde el ombligo hasta el esternón. El corte no era profundo, aunque sí

doloroso, y largo, y sangriento. Dejando un rastro de sangre, la espada no se detuvo, no logró acertar en el rostro del torturador, y se alzó sobre su cabeza. Conan dio un paso adelante al tiempo que trataba de asestar un golpe con su arma. La excelente arma de Zafra partió el cráneo del maestro torturador de Zambula.

—Qué lástima —murmuró el cimmerio—. ¡Habría disfrutado mucho sometiéndote a tus propios artefactos, puerco rechoncho!

—Deja… de hablar con los muertos —le dijo con cierta dificultad una mujer atada, que estaba forcejeando— y desátame. Te he esperado demasiado tiempo, bárbaro de sesos de gallina, bastardo de un ladrón de camellos cimmerio.

—Soy cimmerio, ¡condenación!, cimmerio —dijo Conan, y la liberó, mientras admiraba en silencio su valor. Le habían hecho cosas, y ninguna había sido agradable—. Estás desastrada, Isparana, amor mío… aunque, te lo juro, incluso llena de verdugones y mugrienta, y con esa quemadura, desnuda eres más bella que otras diez mujeres.

Ella se sentó con sus escasas fuerzas, haciendo muecas de dolor, frotándose las muñecas que la cuerda le había llagado.

—Ese puerco rechoncho tenía vino y comida encima del jergón —dijo—. Con cuánta dulzura le hablas, amado, a una pobre muchacha, dulce, inocente, que abandonaste en una posada con los cerdos y los perros de Akter Khan. Oh… Conan… lo siento, pero creo que voy a desmayarme…

—No hay tiempo para eso, Isparana. Debe de provocártelo la sangre al bajar de la cabeza… ¿cuánto hace que no has estado de pie?

Trajo el vino, agitando la jarra y sonriendo al oír el chapoteo, y le dio primero a ella un largo trago. La ayudó a ponerse en pie y, de súbito, la mujer le abrazó con fiereza.

—¡Ayy! —gritó Isparana, y retrocedió.

—Comprendo tu gratitud, y tu amor inmortal, Isparana, pero yo que tú no abrazaría un cuerpo cubierto por una cota de malla.

Sin alzar el rostro, Isparana volvió la mirada hacia arriba para poder verle.

—De verdad que eres un puerco bárbaro de alma mezquina, Conan, ¿lo sabías?

El rostro del cimmerio se endureció. Tal vez no pretendiera nada

con ello, salvo aliviarse de un momento de tensión, puesto que el tiempo no se detenía, y, además, las palabras de la mujer empezaban a antojársele demasiado sinceras.

—Puede ser, mi dulce dama de Zambula, pero acabo de matar a Zafra, a tres de los Espinas del Khan, y a varios centenares de libras de torturador para venir en tu busca y sacarte de aquí.

—Oh… oh, Conan —dijo ella, y le estrujó los brazos, que estaban resbaladizos porque la sangre de otros los cubría, y miró al suelo—. No debes tomarme en serio así tan de pronto; sabes que te estoy agradecida, y que te amo.

Al cabo de un momento, como él no decía nada, le miró con ojos brillantes:

—¿Zafra?

—Sí. Con su propia espada, que es esta. Ya te contaré en otro momento. ¿Estás lista para volver a ser una mujer guerrera, Isparana?

—¿Desnuda?

—El jergón del maestro torturador es agradable, y suave, y está aromatizado… parece que lo ha hecho con los atuendos de varias mujeres, incluida tú. He reconocido esa bonita lanilla roja que vestías la noche en que fueron a por ti.

—¡Ajj! No pienso ponerme nada sobre lo que haya dormido ese… —Miró en derredor—. Pero parece que no tengo nada más que elegir. Si al menos esa babosa no hubiera tenido pulgas… —Anduvo, desnuda, hacia las sombras donde había yacido Baltaj—. No sé decirte cuánto me alegra que mataras a Zafra, Conan… ¡ni cuánto lamento que hayas dado una muerte tan rápida a este puerco de Baltaj! No se han contentado con forzarme, ¿sabes?, me han hecho muchas otras cosas.

Conan asintió. Sabía que, para otra mujer, habría sido mucho, mucho más doloroso que se «contentaran» con «forzarla», y también para la muchacha que Isparana ya no era. Quizá se las hubiera ingeniado para sentir algún placer con aquello; deseaba que así fuera. Se alegró de ser un hombre, y de que nunca hubiera tenido que decir que se habían «contentado» con forzarlo.

—Eres una guerrera, Isparana —dijo suavemente.

—De pronto, hablas de manera muy formal.

—Me has impresionado —respondió Conan—. ¿Quieres ponerte

una cota de malla sucia de sangre?

—Buena idea —dijo ella mientras se vestía—. ¿No podrías limpiarla un poco con su túnica, o algo así?

Mientras despojaba de la túnica al cadáver del joven que tenía el brazo destrozado y el cuello roto, Conan vio por el rabillo del ojo que algo se movía arriba. Miró. Reconoció a uno de los salvaguardias de Akter Khan, Faruz. El guardián, grueso, de mediana edad, le sonreía.

—Bien. De todas maneras, siempre había aborrecido a esa escoria de Baltaj.

Conan, en cuclillas, aferró la empuñadura de la espada que tenía al lado. Miró torvamente a Faruz, que se hallaba delante mismo de la puerta. No podría darle alcance antes de que saliera afuera y cerrara.

—Este es un buen lugar para ti, bárbaro. ¡Voy a cerrar esta puerta mientras mi señor el Khan decide qué quiere hacer con vosotros dos!

Conan desenvainó la espada.

—Yog se lleve tu alma, Faruz, ¡tenías que aparecer precisamente ahora! ¿No querrías cambiar de amo?

—En absoluto. Me tratan bien, Conan. Pronto vendremos a verte… seremos varios.

Por extraño que parezca, una leve sonrisa afloró a los labios del cimmerio. Apuntó con la espada a Faruz, que se hallaba a veinte pies de él.

—Mátalo —murmuró, y abrió la mano.

La espada de Zafra cayó al suelo de la mazmorra.

Faruz rio.

—Ah, ya decía yo que esa espada era… así que no obedece a los bárbaros, ¿eh, bárbaro?

—¡Condenación! —rugió Conan—. ¡Ese perro de Zafra… el hechizo solo le servía a él! ¡Esto es solo una espada!

Cuando se agachó para recogerla, una esbelta mano surgió de las sombras, desde el rincón de la fosa sumido en la penumbra, y agarró la daga de Baltaj. Conan echó mano de la espada de Zafra y la arrojó con desesperación, cuando Faruz se volvía. La espada chocó contra la pared de piedra. Faruz se rio, y alzó el brazo a modo de burlesca despedida… y entonces, la daga que le había

arrojado Isparana demostró que el faldón de cuero de su túnica no era lo bastante largo por debajo; el puñal de Baltaj se clavó en la ingle del guardián. Farfullando, vomitando, desorbitados los ojos, y vidriosos a causa del dolor, Faruz cayó de espaldas.

Conan se volvió hacia Isparana. Esta había salido a la luz, ataviada con una abigarrada mezcla de atuendos diversos que aun en aquella mazmorra parecía ridícula.

—¡No sabía que pudieras arrojar así una daga dos veces!

—Por fortuna para ti, sí puedo. En muchas ocasiones podría haberte clavado una, amor mío, si hubiese tenido la ocasión. No lo hice… también por suerte para ti.

La mujer estaba royendo con apetito un hueso grasiento.

Conan la miró, recordando todas las veces en que ella habría podido matarle fácilmente —cuando había tenido la intención de hacerlo— de haber contado con una daga bien contrapesada, que fuera posible arrojar. ¡Aquella mujer, que estaba comiendo tranquilamente, era capaz de matar con la calma y el aplomo de un cimmerio!

—¡Ah! ¡Loados sean todos los dioses porque solo te enfrentaste a mí con la espada! Tenemos que hablar de esto… en alguna otra ocasión. Además, esa daga era pesada.

—Sí. No soy débil. Pero me vendría bien tu ayuda para ponerme esa cota de malla.

—Oh.

Mientras la ayudaba a ponerse treinta o más libras de malla engarzada, no cosida, por la cabeza y la masa de cabello negro —que tenía sucio, y de color apagado por la suciedad—, Isparana le hizo una pregunta embarazosa.

—¿Qué cosa extraña querías hacer con la espada? ¿Dijiste «mátalo»… y la dejaste caer?

Conan le contó con pocas palabras cómo Zafra había empleado la espada, y lo que le había dicho de esta, y cómo el arma había perseguido a Conan… y había acabado por clavarse en el brujo que la dominaba.

—Colmillos de Yog —dijo la mujer con un leve estremecimiento—, ¡qué horribles manejos mágicos! Me alegro de que haya muerto, y de que ahora tengamos nosotros la espada. ¿Y crees que tenía un hechizo que le hacía obedecer solo las órdenes de Zafra?

—Bien —dijo Conan mientras iban hacia la escalera—, ¡no obedeció la mía! Tampoco la arrojé bien… si no hubiera sido por ti, ahora estaríamos presos, aguardando a una horda de hombres armados.

—Con dos habría bastado —dijo Isparana—, con tal de que llevaran arcos o ballestas. ¡Así que Zafra intrigaba por el poder supremo… sin duda, Akter Khan habría querido tener un arma como esta si hubiese conocido su existencia!

Conan sonrió torvamente, y asintió. Poco más tarde, el cadáver de Faruz yacía en la fosa del tormento, y ellos dos vestían armadura, e iban doblemente armados. Ninguno de los yelmos encajaba bien en la cabeza de Isparana; tenía demasiado cabello. Fueron hacia la puerta abierta. La mujer le dio la mano al cimmerio.

—No me creo que podamos salir vivos de este sitio, Conan. Quiero decirte que…

—Pues vayamos a por ayuda —dijo él, y salió a toda prisa por la puerta.

—¡Espera… Conan! Quería decirte que… ¿qué dices de ir a por ayuda? ¿Qué has querido decir? ¡Conan!

Este no la esperó, y, con el rostro huraño, Isparana le siguió por todo el corredor.

—¿Qué quieres decir con lo de esa ayuda, maldito seas?

—Tienes razón, sin duda alguna, al decir que no podremos abrirnos paso luchando por este palacio, y, desde luego, tampoco podríamos escapar sin ser descubiertos. ¡Nadie que nos mire con alguna atención creerá que somos un par de Khan-Khilayim! ¡Bien, hay un hombre aquí que puede ayudarnos a salir… si le tomamos cautivo! Lo encontraremos en el salón del trono.

Isparana ahogó un grito.

—No querrás que secuestremos a Akt… —calló, y una amplia sonrisa afloró lentamente a su rostro—. ¡Sí, sí quieres! ¡Sí! ¡Y si alguien puede hacerlo… esos somos nosotros, Conan!

—Podrías tratar de llamarme Peluzio, o algo parecido —dijo él, exasperado—. ¡No hay ninguna necesidad de ir pregonando mi nombre para ver si llamamos la atención!

—Lo siento, Pelusa —dijo Isparana, y siguieron adelante por los corredores de palacio, como si estos hubieran sido suyos.

Primero uno, luego otro y al poco un tercer sirviente huyeron al verlos con su torva faz, al ver a un gigante con armadura, a una mujer también con armadura, con el cabello enmarañado y el rostro y las piernas llenos de mugre y sebo. Les vio también un cuarto sirviente, y dudó, y huyó. Más les habría valido huir también a dos de los Khilayim. Conan e Isparana, en su camino hacia las puertas que daban acceso al salón de la realeza de Zambula, dejaron a uno muerto, y al otro gimiendo en un charco de su propia sangre.

—Qué amable por su parte que no tenga guardias ahí fuera —dijo Conan con una fea sonrisa—. ¿Estás lista?

—Sí.

Conan e Isparana abrieron bruscamente las grandes jambas y entraron en el amplio salón del trono.

A casi cincuenta pies frente a ellos, Akter Khan ocupaba su trono, con regias vestiduras y calzado escarlata. Once guardias estaban apostados entre su persona y los dos intrusos. Estos se sorprendieron. Doce pares de ojos les miraron. Un yelmo adornado con un penacho amarillo coronaba uno de estos pares, y fue este el hombre que habló.

—Cogedlos.

20. La espada que colgaba de la pared

—¡Esperad!

Esta contraorden provenía de Akter Khan, y sus diez Espinas se detuvieron, y aguardaron, con la mano en el puño de la espada. El rostro del khan daba muestras de entusiasmo; echó el cuerpo adelante, sin levantarse de su silla de madera de frutal con incrustaciones de plata.

—Conan —siguió diciendo—, Isparana, haceos los dos a un lado. Dejad el camino libre hasta la puerta. Capitán Hamer: sal con tus hombres al corredor. Con todos ellos. Quiero hablar con estos dos.

El hombre del penacho volvió el rostro hacia Akter, sin moverse.

—¡Mi señor Khan! ¡Son enemigos… y van armados!

Conan observó con detenimiento al sátrapa y al capitán. No vio que intercambiaran ninguna señal. El oficial parecía genuinamente horrorizado ante la aparente locura de su señor. Apartando los ojos de él, Akter miró a Conan.

—¿Vais a entregar vuestras armas? No habrá engaños, Conan. Solo quiero que quedemos los tres a solas en este salón.

—¿Por qué?

Estas palabras del cimmerio levantaron ecos como un rugido en el silencio de la gran estancia.

—Voy a explicároslo —dijo Akter Khan, sorprendiendo a todos salvo a Conan—. Quizá vosotros sepáis por qué una pequeña horda de guerreros montados en camellos están dando, ahora mismo, tantos problemas a mi ejército. Recuerdo que llegasteis a Zambula en compañía de algunos de esos shanki… y me disgustaría tener que exterminarlos; tanto tú como ellos sabéis que puedo hacerlo. Querría hablar a solas contigo y con Isparana.

Casi con un susurro, Isparana dijo:

—¡No le creas!

Conan respondió en voz alta:

—¡Le creo!

—Mi señor Khan… —empezó a decir el capitán Hamer en tono de súplica.

Mostrando cierto enfado, Akter levantó una mano.

—¡Basta! Vais a salir de esta estancia, capitán, y os quedaréis cerca, a mano, en el corredor, tú y tus hombres. Hamer, voy a aceptar que me falte al respeto este poderoso hombre de armas, que cree que le he traicionado. Pero no pienso discutir contigo, puesto que solo tienes tu cargo por ser el hermano de una que me había hecho de put… de amante. Quédate fuera, cerca de aquí, ¿quieres?; ¡bastantes de mis Espinas se han marchado ya de palacio para asegurarse de que esas ratas del desierto y sus camellos sarnosos no ataquen por sorpresa la puerta de la ciudad!

De nuevo, Akter Khan apartó los ojos de Hamer para mirar a Conan.

—¿Vuestras armas…? Comprenderéis que no puedo teneros conmigo a solas, y armados.

—Comprendo. Ningún forastero debe entrar armado en los aposentos de un rey.

—Conan —trató de decirle de nuevo Isparana.

El bárbaro no prestó más atención a sus protestas que Akter Khan a las de Hamer. Aquellos dos grandes señores, el sátrapa entronizado por el imperio de Turan, y el montañés de diecisiete años, oriundo de Cimmeria, se miraron a los ojos… mientras Conan, inclinándose, depositaba sus espadas en el sudo. Dudó, miró atentamente en derredor, y se despojó también de sus dagas. Un khan y doce Zambulanos le observaban, conteniendo la respiración, y el aire de la espaciosa cámara pareció crecer en densidad.

—Isparana… —dijo Conan.

—Conan… nosotros solo…

El cimmerio apartó la mirada del rostro de Akter el tiempo suficiente para que la mujer viera el centelleo de aquellos ojos de color azul volcánico en su severa faz. Le miró a su vez, y trató de expresar con sus propios ojos una súplica razonable.

—Estoy desarmado, Khan de Zambula —dijo, sin perder de vista a Isparana—. Si esta zambulana rehúsa, que se marche con Hamer y con su espinosa cuadrilla.

El más negro presagio asomaba ya a los ojos de la mujer… y lentamente, sin convencerse del todo, Isparana repitió el gesto del cimmerio. Cuatro espadas y cuatro dagas quedaron sobre el suelo liso y embaldosado. Conan no acababa de incorporarse, presto a echar mano de la hoja larga y de la corta.

Hamer miró de nuevo a su khan… con más esperanzas. Sus hombres no variaron de actitud. A una palabra, a una señal, desenvainarían las espadas y acometerían, para derramar la sangre de aquella antigua ladrona de su ciudad y del corpulento, hosco, taciturno, iracundo y arrogante forastero de quien el khan aceptaba una intencionada falta de respeto. Dándose cuenta de que había estado conteniendo el aliento, Conan lo expulsó, tomó aliento de nuevo, volvió a expulsarlo; necesitaba el concurso de su voluntad para hacerlo.

—Capitán Hamer —dijo Akter Khan, y los músculos de Conan se endurecieron, así como los de los guardias que le miraban con aversión—, vete.

Conan se obligó a relajarse, aunque solo en pequeña medida.

—Sal el último, capitán —dijo Akter Khan—. Llévate sus armas.

Con miradas de odio y visible tensión, diez hombres desfilaron por delante de Isparana y de Conan. La mirada de este se cruzó con la de Hamer.

—¿Querrás apartarte de tus armas, Conan? —le dijo el khan.

—No quiero. Que recoja primero las de Isparana.

Ella protestó. Sin perder de vista al guardia shemita, Conan insistió. Estaba ya totalmente erguido; si el capitán trataba de desenvainar su espada, un ataque súbito, y la violencia de su rodilla y su brazo lo tumbarían en el suelo. Y entonces comenzaría la pelea, pues sus hombres se abalanzarían sobre…

—¡Isparana! —gritó Conan—. ¡Hazlo!

Con una mueca, Isparana obedeció. Dando dos pasos, el capitán puso un pie sobre sus dagas y las separó. Una a una, las fue mandando de una patada al corredor. También su espada. Su otra espada. Los hombres armados, que aguardaban y vigilaban, las recogieron, y dos de ellos envainaron sus propias armas.

Hamer miró a Conan, y las miradas de ambos se encontraron. El cimmerio dio un paso adelante.

—Mis dagas —dijo, y vio que el shemita daba también un

cauteloso paso adelante, y luego, de un puntapié, mandaba su cuchillo junto con las otras armas. Luego la segunda daga; la que había pertenecido a Baltaj.

Hizo falta un minuto entero para que desaparecieran todas las espadas de Conan. El bárbaro estaba convencido de que Isparana y Hamer se hallaban cada vez más tensos. Contaba con esa baza; él mismo estaba cada vez más sereno. Solo él sabía que, si Akter había ordenado alguna traición, y Hamer trataba de desenvainar su propia espada, al instante sentiría un vivísimo dolor en la ingle, y además le destrozaría el rostro. Conan aguardó. Llevando la mano al puño de la espada, tras retroceder dos pasos, el capitán de la guardia del khan se volvió para mirar con muda interrogación a su señor. Con algún tintineo de su armadura, y el más leve susurro de sus calzados pies, Conan dio dos pasos hacia Hamer.

—Capitán Hamer… vete.

Antes de que el khan hubiera acabado de decir esta última palabra, Conan había dado ya diez rápidos pasos hacia su derecha, y luego hacia adelante. Se detuvo. Estaba tan cerca del khan como Hamer, y lejos del uniformado shemita.

Con la cara llena de recelos, y un brillo en los ojos que daba fe de su deseo de matar, el capitán salió de la estancia para reunirse con sus Khilayim.

—Cerrad las puertas —ordenó Akter Khan.

—Mi señor Khan…

Akter Khan dio una patada en el suelo y apuntó con el dedo.

—¡CERRAD LAS PUERTAS!

El khan parecía haber enloquecido por fin. Quizá esto se debiese a sus conocidas borracheras. Había dado órdenes, y trece personas podían dar testimonio de ello. Había decidido suicidarse, tras avergonzar y denigrar gravemente a Hamer delante de sus propios hombres y de sus enemigos. Hamer se encogió mentalmente de hombros. Si aquel maldito borracho, aquel Encurdado que tenían por khan, quería suicidarse… que lo hiciera. Lo dio a entender con un ademán.

El propio capitán Hamer ayudó a cerrar las puertas.

Aquello había terminado.

Dos ladrones estaban solos en el salón del trono con el Khan de Zambula.

Se habían quedado sin armas, y ambos tenían aguda conciencia de ello, y también de que había hombres apelotonados a sus espaldas, al otro lado de las puertas, que se abrían hacia dentro. Conan se concentró en su propia respiración, e impidió que la vista se le distrajera con la espada, bellamente enjoyada, que adornaba la pared a la izquierda del trono. Oh, sí, él sabía que estaba allí. Tal vez Akter Khan creyera que la había olvidado, o que no se había fijado en ella. Tal vez creyera que Conan, habida cuenta de dónde se hallaba, no sintiera recelo alguno. Conan no era hombre de esa jaez; recordaba que Akter Khan era zurdo.

La tensión reinante hizo que el silencio se adueñara de la amplia sala, como una mortífera águila que se mece sobre su cauta presa.

El khan había permitido que Conan se enterara de que su plan ya se estaba poniendo en práctica. Ya habían empezado.

Fuera de la ciudad, los shanki estaban cumpliendo con su parte del plan. La guarnición les estaba dando caza; había hombres de palacio en las puertas, lejos de allí. En alguna parte, Balad y sus fuerzas avanzaban hacia el palacio. Y, dentro de este… Conan e Isparana estaban de pie ante Akter Khan, estaban solos con Akter Khan, y Conan seguía pendiente de la espada a la que no miraba. Tampoco la miraba el sátrapa de Zambula.

«No lo logrará», pensaba Conan. Habría alcanzado a Akter antes de que este hubiera podido sacar media espada de su vaina ornamental.

El cimmerio pensó que sería mejor acercarse él mismo al arma. Tal vez Akter tuviera una espada oculta en su silla de Estado de elevado respaldo. Aquella túnica de largo faldón hecha de púrpura de Shahpur habría podido ocultar toda suerte de dagas… «No», pensó Conan. No era necesario temer a la espada que colgaba de la pared; si alguien llegaba a blandiría, habría de ser él mismo.

Los guardias, por supuesto, aguardaban todavía detrás de las altas puertas…

—Ispa —dijo Conan, sin perder de vista al khan—, atranca las puertas.

Akter Khan se limitó a sonreír, y se arrellanó en su asiento, mientras Isparana dejaba caer la tranca enorme, equilibrada por un contrapeso, sobre las abrazaderas, unidas a la puerta por junturas doblemente reforzadas. Conan sonrió, aunque solo levemente, al

imaginar la cara del capitán, y el júbilo que iba a sentir cuando oyera que le separaban de su khan por completo.

¡Sí, el buen capitán shemita debía de encontrarse muy angustiado!

La pregunta era: ¿Por qué sonreía Akter Khan?

¿Acaso conocía los agitados pensamientos de Conan?

—Bien, cimmerio. Has visto la espada de Zafra.

—La he visto. La he eludido y la he derrotado. La he empleado. El hermano de tu antigua barragana se la ha llevado al corredor.

La mano del khan oprimió el brazo del trono. Conan no dejó de advertir su inconsciente gesto.

—Esa espada —dijo Akter sin aliento—. La has… Conan asintió.

—Ya —dijo Akter—. Y Zafra…

—… la dirigió contra mí. La esquivé y escapé de la habitación, y cerré la puerta a mis espaldas —dijo Conan, sin dar importancia al hecho de haber necesitado aquella lámpara de elevado pie para rechazar la acometida del embrujado gladio—. Mientras impedía que la puerta se abriera, la espada de Zafra prosiguió con su labor. Cumplió con la orden. Le había sido ordenado que matara. Y mató… cuando solamente Zafra estuvo dentro de la habitación.

Akter cerró con fuerza los párpados, y le rechinaron los dientes al oír contar la muerte de su pupilo, su consejero, el joven y apreciado encantador a quien había nombrado Mago de Zambula.

Acabó por abrir los ojos, abrió la boca como si hubiera recobrado el control de sí mismo. Habló con voz muy suave.

—Fuiste muy… astuto. ¿Zafra no tenía medios para protegerse de su propio hechizo?

—No lo sé —dijo Conan, encogiéndose de hombros—. Una vez hube salido de la habitación, solo quedó un hombre allá dentro, el que daba órdenes a la espada, y Zafra había dicho que esta no reposaría hasta haber matado. Le había ordenado «mátalo». Al final, mató a Zafra, y no a mí.

Akter Khan suspiró.

—Le echaré de menos, aunque sé que jamás hubiera podido confiar en él. Plenamente, no. A Isparana, de quien no debí fiarme, no voy a echarla de menos en absoluto.

—Trata de pasar por mi lado para hacerle algo a ella, Khan de Zambula.

—Eso es lo que soy —empezó a salmodiar Akter calculadamente —. Soy el Khan de Zambula. Hay un hombre llamado Balad que se me opone, con unos pocos descontentos sin lealtad, y no tendrán éxito. Te hiciste amigo de esos bárbaros shanki del desierto, y ahora están atacando Zambula. Yo soy el Khan de Zambula.

Conan, con sumo cuidado, procuró que ninguna emoción asomara a su rostro.

—Eso es lo que eres, Akter, en esta hora, en este minuto. Todavía no ha relacionado a Balad conmigo ni con el "ataque" shanki; solo a mí con los shanki. ¡Ya puedes seguir absorto en mí, Khan de Zambula, ya puedes seguir con tu estupidez!

Akter Khan sonrió.

—Sí; yo soy el Khan de Zambula. Y tú… pobre bárbaro. Qué poco sabes. ¡Solo tienes tu fuerza, ¿verdad?, y tu destreza con la espada!

—No me distingo por mi ingenio, es cierto. Hace solo unas semanas, estaba harto y enojado porque me llamabais bárbaro, vosotros, los chacales de ciudad, que creéis que por construir murallas en torno a montones de casas apiñadas tenéis algo que llamáis «civilización». Ahora ya no estoy enojado; siento orgullo. Llamadme bárbaro. Yo mato, pero no asesino. Tú, Khan de Zambula, asesinas. Ya ves que voy aprendiendo.

—Sí, estás aprendiendo, muchacho de los montes de… del país aquel. Pero, Conan… no has aprendido lo bastante, ni con suficiente rapidez. No voy a echarte de menos en absoluto.

Conan, como única respuesta, le miró con odio. Quería tener libres todas sus facultades, estar dispuesto para todo. No miraba la espada. No miraba a Isparana. No importaba en qué dirección se moviera Akter, Conan alcanzaría con un salto el arma que se hallaba en la pared. No tenía nada que temer de ella; el khan sí, no importaba que se diera o no se diera cuenta.

—¿Te dijo Zafra que la espada no sabe nada de géneros, Conan, que no sabe nada de pronombres, y que no cesa hasta haber matado… y que, entonces, solo hay que darle de nuevo la orden? Para ordenarle que matara a Isparana, habría que decirle «mátalo», igual que contigo.

El cimmerio se encogió de hombros con osadía.

—Dejando aparte lo que signifique eso… ¿qué importa? Esa

espada no atravesaría las puertas aunque Zafra estuviera vivo para darle órdenes. Y no lo está.

Conan no vio razón alguna para decirle a Akter que la espada solo parecía obedecer —y de hecho había obedecido, sin importarle la identidad de su víctima— al brujo muerto. Pero… ¿por qué Akter parecía tan confiado, por qué parecía recrearse con aquello?

«¿Qué está planeando? ¿Qué puede saber que yo no sepa?».

Conan miró de reojo a la pared que tenía a la derecha. Sabía que aquella puerta daba a la estancia de Zafra. Tal vez el capitán fuera a… no. Conan estaba convencido de que no había mediado señal alguna entre el khan y sus Khan-Khilayim; ni tenían estos motivo alguno para creer que él e Isparana se habían abierto paso luchando desde las mazmorras hasta aquel salón con el único fin de escapar por la puerta más cercana. Sin embargo, el cimmerio dio un paso hacia esta. Hacia Akter Khan. Hacia la espada que colgaba de la pared.

Se devanaba los sesos tratando de poner algo en claro. No podía buscar por la estancia, pues no habría osado apartar la vista de aquel grumo de escoria asesina que profanaba la silla de Estado. ¿Por qué parecía tan confiado aquel hombre?, ¿por qué razón sonreía?, ¿por qué era capaz de hacerlo? No parecía que hubiera tenido la intención de quedarse a solas con Conan e Isparana para interrogarles sobre el ataque shanki, como había dicho antes; no temía ese ataque, y no había sospechado que se trataba de una mera táctica de diversión, fruto del plan de asalto por tres frentes que Conan, Balad y Hajimen habían trazado. Había querido que se quedaran allí por alguna otra razón. ¿Cuál debía de ser?, ¿por qué sonreía? Era una sonrisa de regodeo. ¿Por qué, y cómo?

Conan no lo sabía. El cimmerio pensó que Akter tenía razón; era joven, y no sabía lo suficiente. No había sido lo bastante astuto, aunque se hubiera creído brillante, al elaborar el plan para derrocar a aquel gobernante borracho y traicionero. Akter tenía razón. Las armas de Conan eran su presteza, sus fuerzas y su espada, no su cerebro.

Dando a su cuerpo tensas órdenes de que no estuviera tenso, solo pudo aguardar a ver qué ardid le reservaba Akter Khan. Debía de guardarse algún truco en la manga… ¿tal vez literalmente? ¿Una daga? No importaba. Aquel hombre no podría lanzarla más

rápidamente de lo que saltaría el cimmerio. Ni podría arrojarla con la destreza de Isparana; ni era lo bastante hombre para enzarzarse en combate cuerpo a cuerpo con el corpulento joven al que con tanta ligereza había llamado «bárbaro». La paciencia de Conan no era inacabable, ni había alcanzado aún la que había de tener en sus días de madurez… si alcanzaba a verlos.

Empezó a acercarse lentamente al estrado, y al trono de madera de frutal con reflejos de plata que reposaba sobre este, y al hombre de la túnica violácea.

—¡Ah, Conan, Conan! Sabes, bárbaro… sabes, Zafra formuló el hechizo de Skelos sobre dos espadas. —Y el khan sonrió, casi alegremente.

—¡Conan! —gritó Isparana, alarmada.

Al instante, los ojos del cimmerio se volvieron hacia la espada que colgaba, envainada, de la pared. En el mismo instante supo que estaba perdido, que iba a morir, y lo siguiente que pensó fue que al menos podría salvar a Isparana. La espada no hacía distinción de sexos ni pronombres, ¿eh? Entonces, había de matarlos a ambos, uno después del otro, siguiendo dos órdenes… a menos que ella abriera las puertas, y se mezclara con los guardias del capitán Hamer. ¿Entonces, quizá, la espada, después de matar a Conan, se arrojaría sobre ellos como la guadaña sobre un gran campo de trigo tentador?

—¡Isparana! ¡Abre la puerta!

—¡Conan! La espada…

—Mátalo.

El sudor empapó los costados del cimmerio, y su frente. Conan clavó la mirada en la espada que colgaba de la pared, la espada hechizada que había de matarle, aun cuando ya no existiera el hombre que la había hechizado. Conan la miró fijamente. Parecía que sus ojos azules hubieran quedado unidos por pesadas cadenas a la enjoyada empuñadura.

El momento de palpitante tensión se alargó. Todo el cuerpo de Conan temblaba en la espera. Miraba fijamente la espada.

Esta no se movió.

Era solo una espada, envainada, que colgaba de unas abrazaderas de oro en la pared de un salón del trono. Como tantas otras espadas.

—¡Mátalo! —Esta vez, el khan dio la orden con voz algo más fuerte. Su mandato empezaba a parecer una súplica.

Isparana se había detenido frente a la gran puerta atrancada, con las manos sobre la barra que hacía las veces de contrapeso, vuelto el rostro, fija la mirada en el arma.

La espada no se movió. Akter Khan se agarró con fuerza a los brazos, tallados en forma de león, de su gran trono, y los nudillos de sus manos llegaron a quedar blancos mientras se volvía para contemplar la espada.

—¡Mátalo! ¡MÁTALO!

—Suelta la tranca, Isparana.

Esta volvió a caer ruidosamente en su sitio. El Khan miró al hombre que le retaba. La espada seguía en la pared.

—Akter Khan: la espada de Zafra le obedeció a él, pero no a mí.

Los ojos de Conan se llenaron de sudor, y este los cerró con fuerza y sacudió la cabeza. Habría deseado poder sentarse. Sintió frío. La tensión le abandonaba; el sudor se evaporaba. O bien el conjuro se deshizo con su muerte, o bien…

—¡Ese perro traidor!

Estalló una risa nerviosa de mujer.

—¿Mi señor Khan? ¿Se te había ocurrido que tu entendimiento es excelente, pero que aprendes con demasiada lentitud? Podrías haber confiado en nosotros. Bien pagados, nos hubieras tenido satisfechos y leales. ¡En cambio, no podías confiar en Zafra!

En la fosa… Akter Khan recordó que, cuando había ordenado a Baltaj que se quedara a su lado… y había mandado la espada contra aquella muchacha aquilonia, Mitralia… Zafra había retrocedido, había ido con él, pero se había quedado más atrás. Akter había creído oír un breve susurro, pero entonces la maravillosa espada se había arrojado a la fosa y había cumplido su orden —así lo había creído—, y no había prestado atención a nada más, tan complacido y regocijado estaba. ¿Su orden? ¡No! La espada debía de haber oído la de Zafra, que sin duda había dicho en voz baja: «mátala»… o «mátalo».

Miró a los dos intrusos, a los dos con quienes había querido que le dejaran solo, a los dos que, en su confianza y dependencia para con la espada de Skelos, había permitido incluso que cerraran la puerta, y de pronto se halló muy solo en su silla de Estado, y

pareció encogerse dentro de la túnica.

—No llames a tus hombres, Akter Khan —dijo Conan mientras se acercaba al trono—. Ya habrías muerto estrangulado, y estarías pudriéndote para cuando desistieran de abrir un hueco en la puerta con sus espadas y mandaran a por un ariete o hachas. Y para qué, ¿para salvarte a ti?

Conan se acercó al estrado donde se hallaba el khan, y, en aquel mismo momento, arreció el estrépito detrás de las grandes puertas atrancadas: los gritos y el clamor del combate.

21. El trono de Zambula

A cierta distancia del estrado sobre el que descansaba el trono, que duplicaba su estatura, Conan se detuvo. Miró a las grandes puertas, y lo mismo hicieron Isparana y Akter Khan. Afuera, en el corredor, los hombres gritaban maldiciones, y advertencias, y retos. Otros aullaban, y gemían con fuerza al ser heridos. Las armaduras entrechocaban ruidosamente. Afiladas hojas arrancaban ecos metálicos a yelmos, armaduras y otras afiladas hojas. Alguien golpeó la puerta con gran estruendo; debía de haber asestado un fuerte mandoble, y la pretendida víctima lo había esquivado agachándose. Conan sabía por su experiencia que la madera de la puerta resistiría al acero, y supuso que el hombre que había acometido con tan mala fortuna debía de estar ya muerto o herido, pues, en el combate, basta con quedarse indefenso unos pocos segundos. Los gritos y los ecos del acero no cesaron. El cimmerio se percató de que cada vez se oían menos voces, cada vez menos alaridos de dolor o angustia, y, sí, menos espadas enzarzadas en combate.

Y luego hubo todavía menos. Alguien cayó contra la puerta. Conan sabía qué iba a oír luego: un cuerpo sin vida que resbalaba por la gran jamba hasta el suelo. Y entonces, se hizo el silencio.

Conan miró a Isparana, y vio que esta le miraba fijamente a él.

—Balad —murmuró.

Un puño —no, la empuñadura de una espada— golpeó la puerta, que, con su fuerza, su tamaño y su grosor, apenas si lo notó. La gran tranca ni siquiera retembló.

—¡AKTER! —gritó una voz, y Conan la reconoció—. Tus guardias están muertos, o se han rendido. Los Khan-Khilayim ya no existen. Hamer yace malherido. ¡Jhabiz se ha rendido hace rato, y pide poder unirse a mí y servirme! Soy Balad, Akter; ¿me recuerdas,

viejo amigo? El palacio es nuestro. ¡ABRE LAS PUERTAS, Akterrr!

Durante largo rato, Akter, el que había sido khan, permaneció inmóvil en su trono, mirando las puertas adornadas con tallas.

Conan pasó lentamente por su lado, tomó fácilmente la espada de la pared, y empezó a sujetársela al talabarte. Se detuvo, frunciendo el ceño. Entonces, arrojó la espada de Skelos al suelo, y esta rodó y armó estruendo sobre las baldosas rojas y rosadas. Se detuvo a unos pocos pies de la atrancada puerta.

Akter no le había visto. Miraba a las puertas, que de nuevo fueron golpeadas por la empuñadura de una espada.

Al fin, en voz muy baja, Akter dijo:

—Abre.

Con voz más potente, Isparana contestó:

—No lo haré.

Y se alejó de la gran puerta, y de la espada que yacía, envainada, delante de esta.

Akter lo vio. Luego, volvió sus ojos oscuros y su rostro macilento hacia Conan. El cimmerio le observaba también, cruzado de brazos.

—Conan…

—No, Akter K… Akter. Tú abrirás la puerta. Agraviar a esa niña shanki fue tu gran error. Agraviarnos a Isparana y a mí, el penúltimo. Poner todas tus esperanzas y tu confianza en esa espada embrujada ha sido el último. No sé a cuántos otros habrás agraviado, a cuántos habrás asesinado aparte de esa niña shanki, o destruido. Pero… ha llegado la hora de que pagues por todo. Ya no eres el sátrapa, Akter, ya no eres el khan, ni gobiernas. Abre tú la puerta a los representantes del pueblo al que has escupido y pisoteado.

Durante largo rato, Akter siguió mirando fijamente a Conan. No relucía el odio en sus ojos oscuros, ni la ira; parecía que suplicaran. Poco a poco, su testa coronada se volvió para contemplar la gran puerta de madera que le separaba de quienes lo habían depuesto. Pasaron unos segundos todavía más lentos, como caracoles, mientras miraba a la puerta y rumiaba su derrota. ¿Y sus remordimientos, tal vez? Conan lo dudaba.

Akter se levantó, dándose un fuerte empujón con ambas manos sobre los brazos de su silla de Estado. Bajó por los escalones del estrado hasta el suelo embaldosado. Tras agarrar maquinalmente

unos pocos pliegues de su túnica con la mano izquierda, recorrió —más que andar, parecía deslizarse— unos cincuenta pies. Tras la duda de unos breves momentos, tiró de la pequeña palanca con la que se levantaba, a su vez, la gran tranca que cerraba las puertas. Se volvió, miró a Conan, y a Isparana, y a la espada que yacía en el suelo cerca de él, y volvió a su trono. Conan contempló cómo subía por los escalones a la manera de un viejo fatigado, y se volvía. Akter se dejó caer sobre su gran silla de Estado. Entonces, juntó los pies, apoyó una mano en cada uno de los brazos del trono, y se quedó sentado, con el cuerpo erguido.

Conan quedó impresionado ante la valentía de aquel hombre, y su dignidad.

«En verdad, yo habría recogido esa espada y les habría hecho frente como un guerrero, para morir luchando —pensó el cimmerio—. Pero yo no soy un sátrapa, ni un rey, y no tengo sangre real. Akter sí tiene sangre regia… y dignidad».

No complacía al cimmerio que aquel hombre le impresionara, un hombre de aquella jaez, pero tal era su forma de ser que no podía sentir otra cosa.

Akter Khan dio su última orden.

—Entrad.

Hombres armados, ataviados con cotas de malla, abrieron violentamente las dos grandes jambas. No se precipitaron al interior del salón del trono; aguardaron en la entrada, y en medio de ellos apareció Balad, también con cota de malla. Tenía la cabeza desnuda, pero algunos mechones húmedos de cabello indicaban que acababa de sacarse el yelmo que había llevado durante el combate.

Arrojaron dentro del salón del trono un esbelto cadáver de mujer, ataviado con jirones de seda. No hizo mucho ruido al llegar al suelo, y su cuello giraba sin trabas, y los ojos de Chia la Tigresa parecieron clavarse en su amo.

Balad levantó la mano; tensó un arco, puso la flecha. Alzó la otra mano, suspiró brevemente… y arrojó una saeta al hombre que se sentaba en el trono. Akter soltó un gruñido al tiempo que su cuerpo se contraía sobre la gran silla de Estado; entonces, aferrándose a los brazos de esta, se levantó. Balad arrojó otra flecha. Detrás de él, sus partidarios murmuraron, y en las caras de algunos se pintó el horror. La segunda flecha se había clavado en

Akter con húmedo impacto. Dos varillas adornadas en el extremo con plumas blanquigrises sobresalían de su vientre.

—¡Balad! —rugió Conan—. ¡Él te había abierto las puertas… estaba ahí sentado con la dignidad de un rey! ¡Ni siquiera iba armado! ¡Esto no es un combate… es una carnicería!

Le miró con odio, e Isparana vio esfumarse toda la belleza de su rostro.

—¡Hombres! ¿Queréis tener otro khan asesino? ¿Quién jurará lealtad a un hombre que se hace con el trono y mata a su ocupante, no tras un juicio, ni en combate, sino con un asesinato… desde lejos?

Y los hombres murmuraban. Y Balad volvió sus brillantes ojos hacia el cimmerio, que estaba muy solo.

Isparana, alarmada, le dijo, a modo de advertencia:

—Conan…

Balad y el cimmerio se miraron con odio, mientras Akter caía y bajaba rodando por los escalones del estrado, y quedaba inmóvil sobre las baldosas.

—¿Conan? ¡Ahora soy el khan! ¡Khan de Zambula! —Balad levantó las manos con las que sostenía el arco asesino—. ¡Vas a recibir tu recompensa!

—Akter —dijo Conan— gobernó como una bestia, pero tuvo madera de gobernante, y ahora mismo lo ha demostrado. Aguardó como un rey, y aceptó su deposición… y fue asesinado como un criminal, ¡por un hombre que ha empleado un arma que mata a distancia, como un cobarde, como el más vil cazador!

Balad dio algunos pasos adelante, y entró con aires de tirano en el salón del trono que reclamaba. Pisó descuidadamente el extremo de la vaina de la espada mágica. Miró a Conan, y habló con una voz que a fuerza de calmosa parecía aún más cruel.

—No me hables así, Conan. ¡Este monstruo solo merecía la muerte, y no tenemos tiempo para juicios! ¡Es mucho lo que tenemos que hacer por Zambula! Y en cuanto a ti, Conan, mi hombre de confianza, forastero pero leal… ¿querrías el puesto de salvaguardia personal del Khan?

Isparana miró a Conan, y se mordió los labios. Balad también le miró, y aguardó, y obraba ya con la fría imperiosidad del gobernante. Conan echó una mirada, sombrío, a sus espaldas.

Hombres ensangrentados, con armas y cotas de malla, aguardaban en la amplia entrada.

Al fin, Conan dijo:

—No pienso salvaguardarte, Balad. Me atrajiste a ti con mentiras, temeroso incluso de que supiera que te había conocido a ti, y no a cierto Jelal. Gracias a mí, y a Hajimen, y a sus guerreros montados en camellos, has podido tomar el palacio. Cuando quiera un trono yo también mataré… pero solo si mi oponente tiene una espada en la mano. ¡Me uní a ti para oponerme a un asesino injusto… no me pondré ahora a salvaguardara un asesino!

De nuevo, la tensión se meció cual nube de tormenta sobre la gran estancia, y también el silencio.

Entonces, Balad, cuyas facciones se habían endurecido, alargó el brazo para coger otra flecha de su aljaba.

Cuando ya la estaba sacando del carcaj, algo que se hallaba detrás de Conan le hizo desviar los ojos. El cimmerio se volvió para ver de qué se trataba, y ya no pudo apartar la mirada. Una puerta se había abierto. Apareció una mano en el suelo. Arrastrándose con el brazo derecho, entró en el salón del trono un sangriento Zafra. Conan abrió desorbitadamente los ojos, azules y redondos, y sintió que se le erizaban los cabellos de la nuca. Se alejó lentamente, para poder ver tanto a Zafra como a Balad.

Zafra habló con voz débil, y entrecortada, y ronca. La perdía y la recobraba con violentos esfuerzos, entre espasmos de dolor. Como se arrastraba sobre el costado izquierdo, no podía apartar la siniestra del ensangrentado pecho.

—A-alguien que… ha avanzado en la… bruje…ría tanto como yo… no… no muere tan… tan fáaacilmenteee, cimm…erio. T-tendríamos que haber sido aliadoss… ss… Balad, ¿verdad? —También un hombre tendido en el suelo, desangrado, que sin duda va a morir, puede chancearse—. Solo un hechizo… que hice hace mucho tiempoo… oo… me mantiene con… vida… Bal… aad. ¿Balad, en es…se trono? ¡Incluso… ese perro de Ak… era mejor! M…mata…lo.

Afuera, en el corredor, un soldado que se había llevado algo como botín chilló, y el chillido terminó en horrible gorgoteo cuando la espada de Zafra le hubo atravesado el corazón. Al mismo tiempo, la espada que se hallaba en el suelo salió de la vaina sobre la que descansaba el pie de Balad. Este no se había movido, pues se había

detenido en el acto de sacar otra flecha para acabar con la vida y la lengua de Conan. Y fue Balad quien calló para siempre, pues la víctima se hallaba tan cerca que el arma no tuvo que tomar una decisión; se alzó, apuntó en el aire, y se clavó, como una lanza arrojada con destreza, en el corazón del hombre más cercano.

Conan vio que había errado en una de sus conjeturas; después de matar, ambas espadas se detuvieron en espera de una nueva orden. Zafra estaba tumbado en el suelo, jadeando; Balad no se movía, y aún tenía la espada de Skelos clavada en el cuerpo.

Acompañado del pavoroso silencio, el cimmerio cruzó el amplio salón hasta la acongojada cuadrilla de hombres de la puerta. Habían matado a un rey; el hombre con quien querían reemplazarlo había muerto solo unos minutos después.

—Tú, dame eso —dijo Conan, y arrancó una espada de la rígida mano de uno de los partisanos de Balad antes de que este pudiera oponerse.

Siguió adelante; se abalanzó a la carrera sobre la maltrecha figura de Zafra, y todos vieron cómo el bárbaro norteño blandía en alto aquella espada prestada. Zafra le miró penetrantemente.

—Mm-mata —farfulló, y Conan le mató.

Tuvo que asestarle dos mandobles y, con el segundo, la espada golpeó el suelo y arrancó algunos destellos. La cabeza del Mago de Zambula todavía rodaba repulsivamente cuando Conan se volvió y habló.

—Os sugiero que queméis esto —dijo Conan—. Uno nunca puede estar seguro con los brujos.

Tras otro largo momento, habló de nuevo.

—No me gusta vuestra ciudad, y voy a abandonarla, y juraré no haber oído hablar nunca de ella. Y bien… ¿qué os ocurre, bravos partisanos de Zambula? ¡Tres villanos yacen muertos, y con justicia, y tanto Zambula como el mundo entero vivirán mejor sin ellos! ¿Es que ninguno de vosotros va a decirlo?… ¡Larga vida a Jungir Khan!

Al cabo de un momento, Isparana gritó las mismas palabras, y también un hombre, en el corredor —era el visir, Hafar—, y resonaron por toda la ciudad mientras Hafar e Isparana iban en busca del muchacho que había sido aclamado como Khan de Zambula. Al tiempo que le buscaban, se pusieron de acuerdo en algo; no habían de contarle cómo un forastero le había elevado a

rey y sátrapa del Imperio.

Un corpulento joven acababa de montar en un caballo, que tenía atadas a la silla las riendas de cinco acémilas cargadas. Otros hombres montaron en los camellos que le rodeaban; todos vestían cufias y túnicas sobre rojos calzones, y todos observaron a la mujer que se acercaba al jinete.

—¿Qué transportan tus acémilas, Conan? El cimmerio sonrió, y miró a los animales.

—Hola, Ispa. Llevo agua suficiente para llegar a Zamora, o a ese, ¿cómo lo llaman?, oasis; así lo espero. Y… unas pocas chucherías que… escogí. ¡Temí que Jungir Khan se olvidara de recompensarme por el servicio que presté a su progenitor al devolverle el amuleto! Ya sabes que nos prometieron una recompensa.

Ella le respondió con una triste sonrisa. Y le dijo:

—Se está tomando bien la muerte de su padre. Nos ha asegurado a Hafar y a mí que perdonará a los conjurados si le juran lealtad. Resulta que le hemos convencido de que Balad era un brujo y les había subyugado… y nadie ha hecho mención de cierto cimmerio.

—Él y yo no nos hemos visto nunca. Espero que nunca tengamos que vernos. No me gusta esta podrida ciudad, ni sus podridos conspiradores, y estoy seguro de que no me gustaría ningún hijo de Akter Khan, aun cuando Hafar y tú le guieis. En cuanto a que perdone a todo el mundo, y no castigue a nadie… lo creeré cuando lo vea —dijo Conan, pues había crecido, y había conocido a reyes y a aspirantes a la realeza, y se había vuelto algo más sabio—. Más les valdría ensillar el caballo e irse lejos, muy lejos. —Pensando tal vez en sí mismo, tiró distraídamente de las riendas que tenían sujetas a las acémilas, y estas se inquietaron. Conan miró, con los ojos entrecerrados, cómo se mecían sus alforjas—. No querría marcharme sin despedirme de estos. Hajimen y yo nos vamos, Isparana. Tal vez me quede con ellos un día o dos. Los shanki son la mejor gente que he conocido este año, en el que he tenido trato con demasiados pueblos. No tienen que angustiarse por sus establos, ¿sabes? Poseen gran cantidad de excelentes bestias. Yo solo me llevaré seis, y Hajimen insiste en que me obligarán a quedarme también con uno o dos camellos. ¿Quieres que ensillemos otro caballo para ti?

—Así pues, te marchas de verdad.

—Sí. Prefiero un sitio como Shadizar, donde cada uno sabe cuál es su sitio: ¡Todo el mundo es abiertamente corrupto, y lo admite, y así nadie intriga ni finge!

La mujer sonrió con cierta melancolía.

—Eres todo un hombre, Conan de Cimmeria.

—Y tú, toda una mujer, Isparana.

Se estuvieron mirando el uno al otro durante algunos instantes, y entonces ella dijo:

—Hafar me ha nombrado Compañera del Khan, y los nobles lo han aceptado. Ahora soy la primera dama de Zambula, Conan. ¡Dioses, cómo necesitamos un general que nada deba a ninguna facción! Tal vez un corpulento forastero.

Conan apretó los labios, enarcó las cejas, pensó en ello. Y negó con la cabeza.

—¡No en Zambula! ¡Yo, no! En verdad, eres toda una mujer… pero ¿cuántos años tienes, Isparana?

—Veintiséis —dijo ella, con tanta prontitud que el cimmerio no dudó de que decía la verdad—. ¿Y cuántos tienes tú, Conan, que puedes decir no a quien te ofrece un generalato, y, lo que es más… a mí?

—Dieciocho —dijo él, avanzándose a su siguiente cumpleaños, y empuñó las riendas del caballo.

Los shanki aún seguían montados en sus camellos; estos estaban contentos de tanta demora. Los caballos espantaban sin cesar a las moscas con la cola. Conan miró en derredor.

—¿Hajimen?

—Estoy listo —dijo el shanki.

Conan miró a Isparana.

—¿Quieres venir?

—¡Dieciocho años!

—Bueno… casi.

La mujer meneó la cabeza. Las perlas brillaron en sus cabellos, y en la ancha cinta de seda amarilla que le ceñía la frente.

—Casi dieciocho años —dijo en voz baja—. Qué hombre vas a ser. Conan sonrió muy forzadamente.

—Antes has dicho «eres», Isparana, y ahora dices «vas a ser». Entonces, es que no vienes. Adiós, Isparana. Me alegro de que no lograras matarme.

—Yo no estoy tan segura —dijo suavemente la mujer. Conan rio.

—¿Y todo por qué? ¡Por un amuleto para proteger a Akter Khan! Ha sido de lo más eficaz, ¿no te parece? ¡Al traérselo nosotros, quedó bien protegido de camino hacia el féretro! Dioses, salvadme de tales amuletos.

—Conan… ¿crees que vas regresar algún día a Zambula?

—Isparana… —Se volvió para mirar a Hajimen—. Óyeme, Haji. ¡Juro por el cimmerio Crom, y por el zambulano Erlik, y por el shanki Theba, que jamás voy a admitir siquiera haber estado en Zambula! ¡Es un juramento! Negaré haber estado aquí. Olvidaré todo esto tan rápido como pueda. ¡Y también a ese maldito Ojo de Erlik!

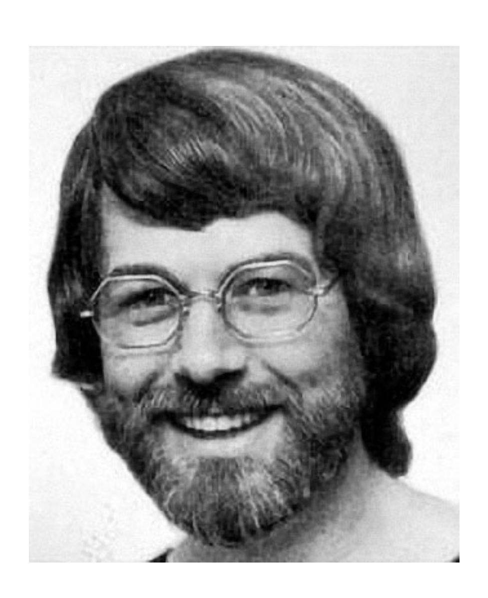
—Y también a mí.

Aquella Compañera del Khan parecía pequeña enfrente de Conan, que montaba un caballo de los establos del propio khan.

—Y también a ti, Ispa. Si alguna vez regreso a Zambula, oh Isparana, niñera y Compañera de jungir Khan, lo haré cuando ya estés llena de arrugas, y hayas tenido varios hijos. No dudes de mi palabra.

Sus ojos azules miraron largo rato a los ojos castaños de la mujer, y, cuando vio que estos se humedecían, irguió bruscamente la cabeza, como si acabara de despertar.

—¡Hajimen! —gritó Conan, y tiró de las riendas. La mujer le contempló mientras se marchaba.



ANDREW JEFFERSON OFFUTT (16 agosto 1934 - 30 abril 2013) fue un autor de ciencia ficción y fantasía estadounidense. Escribió como Andrew J. Offutt, A. J. Offutt, y Andy Offutt. También escribió novela erótica bajo diecisiete diferentes seudónimos, principalmente John Cleve, John Denis, Jeff Morehead, y Turk invierno. Es el padre del novelista Chris Offutt.

Como editor Offutt produjo una serie de cinco antologías tituladas *Swords Against Darkness* (Espadas contra la Oscuridad), que incluía la primera obra que publicó Charles de Lint. De 1976 a 1978 se desempeñó la presidencia de «the Science Fiction Writers of America».